

CARTAGENA DE INDIAS EN EL SISTEMA MUNDIAL

**Lectura crítica de las geografías postmodernas en una
ciudad periférica**

Santiago Burgos Bolaños

**CARTAGENA DE INDIAS EN EL SISTEMA
MUNDIAL**

**Lectura crítica de las geografías postmodernas en una
ciudad periférica**

CARTAGENA DE INDIAS EN EL SISTEMA MUNDIAL

Lectura crítica de las geografías postmodernas en una ciudad periférica

Autor: Santiago Burgos Bolaños

ISBN: 978 958 8736 91 4

Rector:	Edgar Parra Chacón
Vicerrector Académico:	Federico Gallego Vásquez
Vicerrector de Investigaciones:	Jesús Olivero Verbel
Vicerrector Administrativo:	Orlando Alvear Cristancho
Secretaría General:	Marly Mardini Llamas

307.760986114 / B915

Burgos Bolaños, Santiago

Cartagena de indias en el sistema mundial: Lectura crítica de las geografías postmodernas en una ciudad periférica / Santiago Burgos Bolaños; Freddy Badran Padauí, editor - - Cartagena de Indias: Editorial Universitaria, c ?

464 páginas.

Referencias Bibliográficas (p.427 - 464)

ISBN: 978 958 8736 91 4

1. Urbanismo – Historia y crítica – Cartagena de Indias (Colombia) 2. Vida Urbana – Cartagena de Indias (Colombia) – Investigaciones 3. Desarrollo de la comunidad urbana – Cartagena de Indias (Colombia) 4. Identidad cultural – Cartagena de Indias (Colombia) 5. Sociología urbana – Cartagena de Indias (Colombia) – Investigaciones I. Badran Padauí, Freddy, Ed.

CEP: Universidad de Cartagena. Centro de Información y Documentación José Fernández de Madrid.



Editor: Fredy Badrán Padauí
Jefe de Sección de Publicaciones
Universidad de Cartagena
Diseño de Portada: Jorge L. Barrios A.
Diagramación: Alicia Mora Restrepo
Fotografía: Mario Lorduy Benedetti

Primera Edición: Cartagena, 2016.

Foto de solapa: Mario Lorduy Benedetti.

© Santiago Burgos Bolaños

Editorial Universitaria, Centro calle de la Universidad, Cra. 6, N° 36 – 100, Claustro de San Agustín, primer piso, Cartagena de Indias, 2016.

Impreso en Colombia – Printed in Colombia/ Se imprimieron 200 ejemplares

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro - óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	13
PRESENTACIÓN	17
INTRODUCCIÓN	21
1. CARTAGENA DE INDIAS, PRIMER ACERCAMIENTO	21
2. PENSAR EL MUNDO DESDE CARTAGENA DE INDIAS	41
3. SOBRE LOS COMPONENTES TRANSHISTÓRICOS PARA EL ANÁLISIS DE LA CIUDAD EN EL SISTEMA MUNDIAL	51
4. SOBRE LA PARTICULAR ORGANIZACIÓN DE CONCEP- TOS	60
PRIMERA PARTE	73
CIUDAD, ESPACIO URBANO Y SISTEMA MUNDO: LÓGI- CA ECONÓMICA	73
5. CIUDAD, ESTADO Y CAPITALISMO	73
6. CARTAGENA DE INDIAS, “EN ESTA ANGOSTA ESQUI- NA DE LA PUTA TIERRA”	115
SEGUNDA PARTE	135
CIUDAD, ESPACIO URBANO Y SISTEMA MUNDO: MO- DERNIDAD Y POSTMODERNIDAD	135
7. LA CIUDAD Y LA LÓGICA CULTURAL DEL SISTEMA MUNDIAL	135

8. CARTAGENA DE INDIAS Y LAS (POST)MODERNIDADES NACIONALES	198
TERCERA PARTE	211
GEOGRAFÍAS POSTMODERNAS: CARTAGENA DE INDIAS Y LA ESCALA LOCAL DEL SISTEMA MUNDIAL	211
9. COMPRENDER ESTA CIUDAD EN LA POSTMODERNIDAD	211
10. INTRODUCCIÓN A LA CARTAGENA POSTMETROPOLITANA	225
11. CIUDAD FLEXIBLE: UNA POSTMETRÓPOLIS QUE NO FUE METRÓPOLIS	238
12. COSMÓPOLIS: CIUDAD GLOBAL, CIUDAD NORMAL, CIUDAD DUAL	273
13. EXÓPOLIS: CUANDO CASI TODO ES PERIFERIA	310
14. CIUDAD FRACTAL: MULTICULTURALISMO, SOCIO-RRACISMO Y SEGREGACIÓN ESPACIAL	332
15. EL ARCHIPIÉLAGO CARCELARIO: AHORA SÍ, OTRA CARTAGENA	357
16. SIMCITY: LA GESTIÓN DEL PARAISO Y EL TRIUNFO DEL SIMULACRO	382
CIERRE	417
17. PARA REEMPLAZAR LA CONCLUSIÓN: EL DESARRAIGO, LA CRISIS Y LA OPORTUNIDAD	417
BIBLIOGRAFÍA	425

A Ezequiel, que ríe. A quienes lo amen. A quienes él ame.

Gritar para expulsar esta imposición de olvido [...]

*Gritar. Así protejo de la devastación los restos de esta memoria
asediada que es la única señal para reconocer que yo soy yo.*

Roberto Burgos Cantor. La ceiba de la memoria

AGRADECIMIENTOS

Me siento orgulloso de este trabajo solo por haber logrado dar buen uso a tanto esfuerzo de tantas personas y organizaciones, integrado con mi esfuerzo propio. Solo eso me adjudico.

En ese sentido, comienzo por agradecer particularmente a algunas personas y organizaciones a quienes no solo admiro, sino que envidio por lo que son capaces de dejar sobre el camino para aspirar a la construcción de una ciudad digna para todos y todas. En principio quiero agradecer a mis compañeros y compañeras del Observatorio de Derechos y Desarrollo (ODESDO): Lluís, Consuelo, Tatiana, Evelyn, Mariano, Inés, Darley. Este trabajo comenzó antes de que esta iniciativa de Funsarep y Accisol nos juntase en ese escenario, pero no existe posibilidad alguna de que tuviera forma parecida sin ese ejercicio atravesado en su núcleo, como se comprobará a lo largo de los capítulos.

Agradezco a todas las personas que trabajan en las iniciativas de Funsarep, que han sido un ejemplo de dónde y cómo dar las luchas por una ciudad que se merezca la risa de un hijo: a Israel, Carlos, Edilberto, Gilberto, Nelsy, Argentina, Yenifer, Soledad, Alfredo, Dunia, Josefa, Mery y todos y todas las demás que no alcanzo a mencionar. A la Mesa del Movimiento Social de Mujeres de Cartagena y Bolívar, a cada una de sus organizaciones y a cada una de sus mujeres, les debo mi admira-

ción y apoyo perpetuos. A cada una de las demás organizaciones sociales, como Aprodic y CDS, y personas que han renunciado al principio del ascenso que caracteriza a parte del pensamiento y la acción local, para resistir la inercia de un cuerpo social perverso, desde el hígado de una ciudad que lastima, mata y persigue; y, sin fechar el momento del abandono o el éxito, intentan cada día virar su proceso hacia un lugar donde la justicia social y espacial sea la premisa.

En segunda instancia, agradezco a las personas que me han dejado ver las vivas posibilidades de un “universalismo más universal”, verdaderamente liberador e integrador. A mis amigos Lluís Casanovas y Consuelo Arnaiz (qepd), que dejaron su país para integrar la idea de un mundo justo y digno con los esfuerzos de los sectores populares de Cartagena. A mi amigo Roberto Burgos Cantor, que con su afecto y su literatura sostiene la idea de un arte-mundo dignificante y guardián tanto de patios de “vientos perdidos” como de los pliegues infinitos de una belleza que no cabe en un estereotipo o una imagen instrumentalizada. A mi amiga Totó la Momposina, cátedra humana de cómo se defiende el valor de una/otra identidad sin violentar las unas/otras, y cómo se integran en un proyecto universal –más universal- que no le cueste la vida y los derechos a nadie. A mi tutora y amiga Pamela Flores que me ha mostrado cómo buscar la complejidad del mundo en la ciudad, sin caer en el intento.

Agradezco a mi familia, que me ha permitido ir buscando un lugar en el mundo sin tener que abandonar el que hemos construido allí. A Buenaventura y Delfina, por todo el amor. A Ana Catalina y a Elena Isabel que descubren el mundo y me ayudan a descubrirlo a través de su asombro. A Julio que me mantiene anudado a la dimensión material y cotidiana de las cosas que son fundamentales. A Manuel Santiago y a

Francisco, aliados estratégicos de un proyecto más denso del que este trabajo es apenas parte. A Ana Gloria porque le debo la dedicatoria de un trabajo serio. A Chave y José les agradezco el día a día, una suma que no se representa. A los demás afectos familiares que no caben en pocos párrafos. Agradezco a los amigos y las amigas. A Mercedes, Augusto, Gina, Gisella, Elvis, Jhon, Ricardo y muchas personas más que he encontrado en esta ciudad que da grima, pena y temas inagotables de conversación. A Shelly, por andar la vida conmigo: quizá no hubiera aguantado solo.

Finalmente, agradezco a las instituciones que han facilitado las condiciones para construir y publicar este trabajo. A las personas y el espíritu que mantienen en funcionamiento la Red Nacional de Bibliotecas Públicas del Banco de la República y especialmente a las personas de la Biblioteca Bartolomé Calvo, en Cartagena, sin cuyo trabajo algunos estaríamos desconectados del mundo. A la Universidad del Norte y al cuerpo docente de la Maestría en Comunicación. Un agradecimiento especial a Clemencia Rodríguez por aquella frase reveladora, dicha con tanta naturalidad que quizá ella misma no la recuerde: “Esto sin Marx no se entiende”. Y a mis compañeros de la primera cohorte de ese programa. A la Universidad Jorge Tadeo Lozano y su biblioteca, especialmente al personal de la seccional Caribe. Mi agradecimiento total a los y las estudiantes de esa universidad, que durante años se han empeñado en tomarme en serio.

Quiero agregar además una disculpa. A mi hijo Ezequiel, por si ha pasado algún momento en el que haya dado la impresión de que algo de esto tiene sentido y vale la pena sin él, sin su risa y sin su presencia constante.

PRESENTACIÓN

Este libro es producto de un análisis crítico de la espacialidad de Cartagena de Indias desde un método ecléctico, que anuda la Comunicación, pensada como ciencia unidisciplinaria, con el urbanismo crítico, específicamente con los conceptos del tercer espacio y las geografías postmodernas de Edward Soja; el materialismo histórico-geográfico (desarrollo geográfico desigual y justicia espacial) de David Harvey; y el análisis de los sistemas-mundo de Immanuel Wallerstein.

Pretende describir la forma urbana que ha tomado Cartagena en su interrelación -económica, política, social y cultural- con el sistema mundial, específicamente en la primera década del siglo XXI, cuando se ha incorporado a una escala particular de la economía globalizada y del desarrollo geográfico desigual; para entonces valorar los efectos que esta interrelación ha tenido sobre los habitantes y su derecho a la ciudad: a habitarla, construirla y transformarla. Para ello limita el eclecticismo con un esquema narrativo-histórico, donde se entrelazan el pensamiento comunicacional con una forma mucho más compleja de “leer” la ciudad desde la crítica neomarxista. El libro es resultado de la tesis de maestría con el mismo nombre.

Consta de tres partes, antecedidas por un capítulo que introduce una cartografía de teorías sobre las cuales se sostiene este análisis. La pri-

mera y la segunda parte sintetizan la relación entre el sistema urbano y el sistema mundial, subrayando las interrelaciones y tratando de exponer, con base en los autores que la han estudiado, los elementos de la estructura de relaciones que han estado vigentes desde la instalación de las primeras capacidades sistémicas en la ciudad ‘occidental’ y su consecuente sistema de producción y reproducción social. Estas dos partes contienen además apartes introductorios sobre la relación del país y de Cartagena de Indias con dicho sistema. La tercera parte intenta explicar la relación de la Cartagena de la primera década del siglo XXI con esa comunidad de comunicación que es el mundo, a partir de las geografías postmodernas expuestas por Edward Soja (2006).

Este análisis ha sido alimentado por el trabajo del Observatorio de Derechos Sociales y Desarrollo (Odesdo), proyecto de cinco años del que surgió el Centro Interdisciplinar de Derechos Sociales y Desarrollo (Cidesd); y por el ejercicio en la Maestría en Comunicación de la Universidad del Norte, especialmente al acompañamiento tutorial de Pamela Flores Prieto para la elaboración de la tesis.

Al plantear el tema de investigación inicial, los objetivos apuntaban a un trabajo de corriente semiolingüística sobre la construcción de sentido en la relación entre las personas y cierta socioespacialidad de Cartagena -descrita en analogía a las seis geografías postmodernas de Edward Soja-. Pero en la construcción del marco teórico se evidenció una ausencia de batería teórica que facilitara la comprensión integral de la complejidad de esa socioespacialidad, por lo que la capacidad de un análisis denso quedaba limitada a un análisis textual. Desconectado de otros procesos a los que está conectada esa textualidad no se alcanza una lectura verdaderamente crítica, porque no llega a las contradicciones estructurales, más allá de la sostenida teorización de las

crisis cíclicas. El marco narrativo-histórico permite dar cuenta de las características generales del sistema universal al que Cartagena pertenece y compararlo y contrastarlo con las especificidades propias de su socioespacialidad.

Cuando se definió el proyecto, se apostó por un ejercicio más largo y complejo que relacionara la ciudad con el Sistema Mundial y describiera sus interrelaciones, para luego regresar de esa abstracción a la especificidad socioespacial y la relación interdependiente del espacio (vivido) también con sus habitantes. No pudo abarcarse todo lo pretendido en un solo ejercicio, así que este trabajo cumplió apenas con la descripción de la interrelación entre Cartagena de Indias y el Sistema Mundial, valorando las condiciones en que sus habitantes ejercen su derecho a la ciudad.

Para cumplirla aparece el análisis marxista, desatado de un aparato disciplinario específico y las concepciones acotadas que esa especificidad pueda ofrecer, para posibilitar –parafraseando a David Harvey (2010a)- “el frote de varios bloques conceptuales para hacer un fuego revolucionario” de saber, avivado por el frote contra la realidad que se pretende entender. Por supuesto que se consideran vigentes sus justificaciones políticas, críticas y antisistémicas, pese a -y precisamente por su condición paradójica de crítica moderna de la modernidad. Autores contemporáneos han podido ajustar las premisas y ampliar el marco de acción a una teoría, filosofía y acción abarcadora, capaz de sostener la vista sobre las contradicciones fundantes y vigentes del sistema, sin perder de vista la multiplicidad de cuestiones y retos que las distintas inflexiones del mismo le asignan a una teoría crítica con pretensiones de cambio social.

La investigación para la tesis culminó en 2012 y sus resultados se actualizaron en respuesta a nuevas lecturas y situaciones durante el año siguiente. No obstante, el ‘momento’ crítico de los cambios que pretende entender y describir, tal como se ha dicho, es la primera década de este siglo, asumiendo que entonces se hicieron más evidentes las consecuencias de una potenciada interrelación con el Sistema Mundial.

Cartagena de Indias, mayo de 2015.

INTRODUCCIÓN

1. CARTAGENA DE INDIAS, PRIMER ACERCAMIENTO

CARTAGENA(S)

El debate social en Cartagena ha estado caracterizado por la referencia a “varias” ciudades que existen en una. Se describe una ciudad fracturada, fragmentada, que se pretende entender en plural pero no de forma integral y compleja, en sus interrelaciones y sus interdependencias. Entre esas varias ciudades, de las que se habla en los estudios, foros, debates y seminarios, están separadas la rica y la pobre, la negra de la blanca, la que está a la luz y la que crece en las sombras, detrás del telón de la historia contada, en los llamados “cordones de miseria”. Las investigaciones en distintas áreas del conocimiento han ahondado en este polimorfismo, casi siempre a partir de representaciones binarias: la ciudad dual.

La transformación económica ha ido paralela al crecimiento de la brecha entre “esas ciudades” que en el debate público son puestas en oposición dicotómica, apenas compartiendo límites geográficos y políticos. Los procesos de desarrollo de la ciudad han reforzado las fronteras entre los habitantes ricos y pobres, desde una ciudad hispana, colonial y esclavista que tomó forma en el siglo XVI, hasta la turística, industrial, comercial y portuaria vigente en este siglo. Y aunque las discusiones del siglo XXI se concentran en describir y proponer soluciones para los problemas de la mayoría de la ciudad marginal, la puesta en práctica continúa reforzando eficazmente los procesos en favor de los grupos de poder.

Cartagena de Indias ostenta un puerto de importancia en el país y un sector industrial sólido en el Caribe colombiano. En 2006 contribuyó con el 7,9 por ciento de la producción industrial colombiana y en 2008 la producción en este sector creció 6,6 por ciento, muy por encima del 3,1 por ciento del país (Sarmiento, 2010: 59). Es el emblema de la pro-

moción turística de Colombia y el destino nacional de mayor estatus en esta industria. Las ediciones periódicas de Cuadernos de Coyuntura Económica¹ muestran un creciente número de visitantes nacionales e internacionales, por vía aérea y crucero, fruto de una apuesta local reforzada desde 1984, cuando la ciudad fue declarada patrimonio de la humanidad por la Unesco, gracias a su herencia histórica y la arquitectura colonial del Centro Histórico: la ciudad hecha por España entre los siglos XVI y XVIII.

El crecimiento económico es empujado por los sectores portuario e industrial y la coordinación del sistema financiero bancario. El Producto Interno Bruto (PIB) de Bolívar² y las captaciones del sistema financiero han crecido de forma sostenida desde 2001 (Casanovas, coord. 2009: 88). En la primera década de este siglo se reactivó la construcción, impulsando “las tasas de crecimiento del sector” (Alvis, 2009: 71): el número de licencias para construcción local creció 11,3 por ciento entre 1998 y 2008. No obstante, el revés de las cifras deja ver la materialidad contradictoria de la ciudad.

El “*boom* de la construcción” ha estado marcado por el desarrollo de proyectos urbanísticos para vivienda: 792.342 metros cuadrados entre 2002 y 2008 (Alvis: 74). La mayoría responde a proyectos hoteleros y habitacionales de inversión y costos multimillonarios en las zonas de mayor riqueza paisajística de la ciudad, cuyo valor las destina a clases

¹ Cuadernos de Coyuntura Económica es una publicación conjunta del Banco de la República, la Cámara de Comercio de Cartagena, el Observatorio del Caribe Colombiano, la Universidad Jorge Tadeo Lozano, Seccional Caribe, la Universidad Tecnológica de Bolívar y la Asociación Nacional de Industriales (ANDI) Seccional Cartagena.

² El DANE no genera estadísticas del PIB por municipios y no es posible calcular la participación exacta de la industria de Cartagena en la producción, pero vale anotar que la industria de la ciudad representa más del 90 por ciento de la industria departamental.

ricas. Solo 19 por ciento de esta área fue destinada a proyectos para los estratos 1, 2 y 3. Una dinámica que se sostuvo en 2010, según las cifras del Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE): en el primer trimestre de ese año el 68 por ciento de los metros cuadrados en construcción se concentró en estratos 5 y 6. Los estratos 1, 2 y 3 apenas concentraron el 19 por ciento.

El Índice de Pobreza Multidimensional (IPM) ha dado pistas de una reducción de la pobreza, que todavía sigue siendo alta: 34,2 por ciento en 2010 y 33,4 por ciento en 2011³ (DANE, 2012b:4). Anteriores acercamientos a las condiciones de la población de la ciudad habían planteado cifras de pobreza entre 63 y 72 por ciento (Casanovas, coord. 2009: 88-100). Hasta 2008 habían sido aplicadas distintas metodologías de cálculo del porcentaje de habitantes pobres: la estimación de ingresos insuficientes para adquirir la canasta familiar básica mostró la pobreza en 63 por ciento; los criterios administrativos del Sistema de Selección de Beneficiarios –Sisbén-, que asimilaba las condiciones de pobreza a los niveles 1, 2 y 3, hablaban de un 72 por ciento de pobres; y por estratificación socioeconómica se evidenciaba que el 70,76 por ciento de la población vivía en estratos 1 y 2, niveles que el sistema asimila a las condiciones de pobreza. Solo los cálculos de la Misión para el Empalme de las Series de Empleo, Pobreza y Desigualdad (MESEP) estaban ese año por debajo de estos promedios, estimando la pobreza en 33,1 por ciento y la indigencia en 5,3 por ciento

Pese a que la nueva metodología ha arrojado una cifra mucho menor de pobreza, la concentración de la riqueza es cada vez mayor: el coeficiente de Gini fue de 0,489 en 2010 y de 0,488 en 2011⁴.

³ Durante 2013 fue de 29,2 por ciento.

⁴ El coeficiente de Gini fue de 0,475 en 2014.

En 2011 Cartagena de Indias tenía 955.709 habitantes, según las proyecciones del DANE. No alcanza la dimensión de otras ciudades del país y de las megalópolis del centro del sistema mundial, objeto de análisis para el grueso de estudios críticos de las ciudades. De hecho, los resultados del Censo de 2005 arrojaron una población inferior a la estimada a partir de las proyecciones del Censo de 1993. No es una gran receptora de inmigrantes, aunque entre otros fenómenos, es una de las ciudades capitales que más recibe víctimas del desplazamiento forzado. Los datos del desaparecido programa Presidencial para la Acción Social⁵ indican que 65.232 personas llegaron en situación de desplazamiento a la ciudad hasta diciembre de 2009.

Un devenir de desigualdades

Las herencias de la esclavitud y de todo el orden sociorracial de la colonia continúan marcando los conflictos, y su vigencia explica parte de la inequidad y la desigualdad, tal como arrojan los resultados de las investigaciones de Pérez y Salazar (2007); Díaz y Forero (2006); y Viáfara y Urrea (2006). Recientemente Libardo Sarmiento (2010) reiteró que “el sociorracismo es uno de los patrones organizativos de esta ciudad”, agregándose a “la importancia geoestratégica, la economía de enclave y la exclusión” (p. 13).

⁵ La Agencia Presidencial para la Acción Social era el organismo del Gobierno que coordinaba la política frente al desplazamiento, antes de la creación del súper Departamento de Prosperidad Social (DPS). Hasta 2009 había registrado a más de 3 millones de personas forzadas a abandonar sus lugares de residencia, de las cuales 70 por ciento tenía vínculos con la tierra, ya fuera como propietario, poseedor, tenedor u ocupante. Los datos se verificaron en <http://www.accionsocial.gov.co/contenido/contenido.aspx?catID=383&conID=556> en abril de 2010.

La ciudad no ha desempeñado el mismo papel en todas partes, pero las claves del desarrollo que conduce hasta el presente de América Latina deben buscarse “en el papel de las sociedades urbanas que desencadenaron los cambios, partiendo tanto de los impactos externos que recibieron como de las ideologías que elaboraron con elementos propios y extraños” (Romero, 1976). La comprensión de la situación de cada una de las ciudades del continente está condicionada por la comprensión de las relaciones con los conquistadores y luego colonizadores, y con la estructura de relaciones de poder y su carga simbólica. Esa estructura fundada con la ciudad europea en América se perpetuó pese a las independencias, haciéndose más compleja a medida que aumenta la interrelación con el sistema mundial en el contexto de la vigente globalización. Así que estos patrones de organización, estructuras de relaciones -diría Bourdieu-, no solo tienen relación con la historia local. Cada historia urbana debe ponerse en relación con la historia del mundo al que las ciudades del continente fueron incorporadas.

La forma espacial cartagenera está relacionada con todas estas dinámicas, aunque esta dimensión de análisis aparece poco en la bibliografía local y mucho menos en la normativa de ordenamiento espacial. La ciudad no ha convenido nunca un programa, una meta, o una vocación de crecimiento. No podría decirse que se haya consolidado colectivamente la idea de la ciudad deseada. Ni siquiera se han dado discusiones elementales sobre la expansión o la densificación. Los obviados contenidos del Plan de Ordenamiento Territorial (POT) vigente desde 2001 no han evitado que los modelos urbanísticos de alto costo sean arbitrados por el consumo y el mercado globalizado, y los de bajo costo sean producto de la precariedad y la improvisación.

Las viviendas de interés social, por ejemplo, “solo avanzan en las zonas de periferia, pero no en áreas céntricas y de mayores posibilidades urbanísticas” (Casanovas, coord., 2009: 202). Coincide esto con las dinámicas que el modelo hegemónico urbanizador, predeterminado por las interdependencias propias de la globalización económica y la mundialización cultural, provoca en los territorios de las ciudades latinoamericanas, tal como ha mostrado, por ejemplo, el trabajo de Vidal-Koppmann (2007) en Buenos Aires.

De acuerdo con el Odesdo el ordenamiento territorial local no tiene claridad siquiera sobre los límites —uso no residencial, precios, conservación del espacio público, etc—. En los comienzos de la segunda década del siglo XXI la inercia del mercado ha asegurado la tierra urbana como bien de inversión rentable y seguro, garantizando derechos del capital por encima de los habitantes, que “son alejados del centro urbano, de los mercados y de los lugares de trabajo” (Casanovas: 201).

Nuevos discursos, la misma estructura

A partir de la década de 1990 crecieron movimientos en busca de la reivindicación de las identidades de género y afrodescendiente de la ciudad. La primera había estado asociada a las funciones tradicionales de la mujer en el hogar y la sociedad. Y la segunda tradicionalmente asociada a lo “popular” desacreditado y rotulado para existir solo en la sombras. En general, el discurso que primó en la ciudad durante el siglo XX silenció la visión de “otros” grupos sociales y étnicos. La historia más replicada se había contado desde el punto de vista hispanista, macho, masculino y cristiano, sin muchos espacios para cualquier capí-

tulo escrito por negros, indígenas, mujeres, jóvenes, LGBTI⁶ y demás colectivos y agremiaciones variopintas que emergieron con la postmodernidad.

Terminando el siglo pasado, la identidad afrocolombiana e indígena de la ciudad comenzó a ser gestionada en beneficio de la industria del turismo, “al que se le vende la postal colonial y se le seduce con la imagen de ciudad caribeña llena de música, folclore y de espacios para el ocio, en plenas condiciones de seguridad” (Cunin, 2006). Durante la primera década del siglo XXI, una suerte de cataclismo identitario hizo visible en lo local un universo de movimientos y colectivos que desde hace décadas están peleando su derecho a enunciarse dentro de los relatos y a habitar la cotidianidad local, en conflicto con la cultura hispanista, patriarcal y homofóbica que se asumía natural. Así, las dimensiones postmodernas de los conflictos sociales llegaron -medio siglo después de haber sido registradas en los textos de distintos campos disciplinares- a una ciudad cuyo leitmotiv sociocultural estuvo concentrado en monumentos coloniales.

Hasta el vertiginoso aterrizaje de la dinámica económica del mercado inmobiliario transnacional aquí mencionado, la historia de Cartagena tallada en la postal turística y representada en sus discursos se limitaba a un par de siglos de conquista y colonia (Cunin, 2006). Ahora, en medio del violento despegue de la construcción y de la producción flexible conectada con el mundo, la ciudad no solo seduce para el paso turístico, también se vende para ser habitada en condiciones de exclusividad territorial y de servicios privilegiados. Los precios del metro cuadrado en algunas zonas, son de los más caros del país (Dinero, 2012).

⁶ Lesbianas, gay, bisexuales, transexuales, transgeneristas, intersexuales.

Curiosamente, los relatos de la alteridad, la multiculturalidad y la pluriétnia, se venden como parte del paisaje (Cunin, 2006). La misma idea de una ciudad turística, portuaria e industrial requiere conectarla con el mundo y sus imperativos éticos, que son los de sus consumidores. La ciudad en venta, en el laberinto mundial, requiere de ciertas formas y provoca nuevas formas y nuevos discursos. Y las dinámicas urbanas propias de una ciudad del tercer mundo arrastrada a unas formas de globalización han puesto en conflicto muchas formas de usar la ciudad, tanto en consecuencia como en contradicción con el discurso progresista de la integración multicultural.

Porosidad

La informalidad en el crecimiento ha parido una gruesa informalidad en la economía: gran parte del empleo local se mueve en ese margen (Cartagena cómo vamos, 2012), lo que empuja a los trabajadores de este sector a darle ciertos usos de explotación a los espacios, que chocan con la forma de explotación que requiere el sector formal, más acorde y consecuente con el discurso de la ciudad postal/global, con las formas y las estéticas que se asumen legítimas dentro del orden social local. Las dinámicas urbanas han puesto también en conflicto diversas formas de interpretar esos espacios, de interpretar los discursos, de sobrevivir y habitar la ciudad, que en su propio laberinto requiere de muchas formas. La Cartagena de hoy finalmente es un conflicto de muchos territorios, no todos etiquetados para el debate público.

Las representaciones de ciudad estudiadas principalmente desde el culturalismo se construyen desde la prensa, en la historia escrita, en la publicidad, en lo mítico, fabulado y/o cultural. Por un lado están registradas las representaciones del discurso hegemónico y, por el otro,

las representaciones de los discursos subversivos, de la resistencia. Las representaciones de la ciudad postal/global, turística e industrial; frente a las representaciones de la ciudad popular, nativa y sobreviviente.

Pero lo que la prensa y la publicidad pueden “zonificar” en productos culturales y en mitos -la ciudad mediática, la ciudad representada y la imaginada-, en marketing comercial y en marketing social, está en contacto permanente en la ciudad “real”, en su vida material, en el espacio vivido, en el espacio físico y aún poroso de Cartagena. Conflictos por el espacio tienen lugar en distintos escenarios. En el corregimiento La Boquilla y las zonas cercanas, el desarrollo de proyectos de los estratos más altos promocionados para la élite mundial limita (y desplaza) con viviendas precarias de los más bajos. Toda la Zona Norte de la ciudad vive una mutación de zona rural de afrodescendientes a zonas de urbanizaciones privadas millonarias, conjuntos cerrados, ciudadelas. En Manga, último refugio de la época de la República, los símbolos de los criollos, burgueses y patricios quedaron sepultados bajo una nueva ciudad hecha para el mundo, con una estructura “urbanalizada” (Muñoz, 2008), un “paisaje global” de altos edificios parecidos entre sí y parecidos a la ciudad-mundo que parece anhelarse. Allí se habían apoltronado los apellidos que durante la primera mitad del pasado siglo ejercieron la hegemonía local y habían materializado en sus espacios la gramática de su poder, con grandes casonas de corte europeo, con apellidos colgados en las entradas, que se han transformado en edificios para anónimos visitantes, que hacen difícil distinguir en una foto si se trata de la bahía de Cartagena o de *Miami Beach*. El mismo proceso transformó las mansiones modernas de Castillogrande, el barrio de casas de estilo estadounidense habitadas por las élites económicas de la segunda mitad del siglo pasado, en un gajo de edificios de tufo mundial.

Al final estas transformaciones de los paisajes de las ciudades están destinadas a satisfacer los intereses y requerimientos de la economía transnacional, tal como explica Francesc Muñoz (2008).

La ciudad que debate hacia adentro sus espacios está en constante convivencia y conflicto con la ciudad que se construye para el mundo, que es la ciudad que el sistema-mundo descrito por Wallerstein (1989) influye y desde donde este se construye. La regla que se cumple es la del mercado: pese a todo, la ciudad “se vende” y sus geografías responden a los derechos del capital, sin que se hayan borrado todos los espacios de la contemporaneidad de épocas y de prácticas sociales. Habitante, visitante y turista se mueven en este maremágnum, territorializándolo a su manera (Muñoz: 26-28). La vida del habitante excluido de la lógica del mercado, pobre, sin poder, está atada a este proceso vertiginoso de Cartagena. Proceso que no es exclusivo de la ciudad.

Hay similares, aunque no iguales, lecturas en distintas ciudades del Tercer Mundo insertas en el proceso globalizador y cuyos relatos están mediados por la dicotomía discursiva del modelo (neo) liberal: lo transnacional y lo multicultural (Flores y Crawford, 2001). Dicotomía que se negocia en una pose donde el discurso de la democracia, la equidad, el reconocimiento y los derechos no tiene equivalencia material en términos de calidad de vida: “La globalización ha encontrado en los planteamientos multiculturalistas el escenario adecuado para la puesta en escena de reparaciones virtuales y de un espacio plural que oculta el totalitarismo tras la metáfora del descentramiento y la marginalización tras la simbolización de la multiplicidad” (Flores y Crawford, 2003: 67).

La globalización es una etapa de esa compleja estructura histórica –el moderno sistema mundial- de la que es parte esta ciudad. El

acercamiento a su complejidad deja sospechar que, desde su posición periférica, la ciudad ha comenzado a recibir los efectos de una incorporación a dimensiones superlativas (o al menos de mayor intensidad) del capitalismo, en cuanto a circulación de capitales, cuyo centro la piensa o la imagina en unas dimensiones incluso más desconectadas de su materialidad provincial y de las apuestas de sus tradicionales élites.

Vidal-Koppmann (2007) reitera que los territorios urbanos se han modificado a la par del modelo de sociedad que los habitaba. “El concepto de espacio público como espacio contenedor de una sociedad democrática también ha mutado. Ya no es tan claro que dicho espacio sea la esencia misma de lo urbano, los modelos de las ciudades privadas lo van desvirtuando inexorablemente” (p. 450). Los nuevos centros comerciales, esas “nuevas burbujas de cristal”, como les ha llamado Federico Medina (1997), fueron levantados para ayudar a reinventar la idea de espacio público. Las recientes encuestas del proyecto Cartagena Cómo Vamos⁷ muestran que gran parte de la población en esta ciudad entiende estos nacientes *malls* como el espacio de esparcimiento y cada vez menos los sitios públicos propios de la modernidad. Esto es un cambio en las coordenadas de comunicación de la ciudad y, en esa misma línea, un cambio en su categoría narrativa, imposible de comprender en su totalidad desde el localismo escindido de las dinámicas del capitalismo y el sistema mundial en general como estructura histórica.

⁷ El proyecto Cartagena Cómo Vamos es una iniciativa privada concertada por varias organizaciones para medir calidad de vida a partir de indicadores técnicos y la percepción de calidad de vida a partir de una encuesta. Hacen parte la Andi (Asociación Nacional de Industriales) Seccional Bolívar, la Cámara de Comercio de Cartagena, la Caja de Compensación Familiar Comfamiliar, El Universal, la ONG Funcicar, la Universidad Tecnológica de Bolívar, la Cámara de Comercio de Bogotá, la Casa Editorial El Tiempo y la Fundación Corona.

PARA UNA LECTURA DENSA DE LA COMPLEJIDAD DE LA CIUDAD

Como se sugiere antes, la relación entre el proceso económico local, que hace parte, cada vez con mayor intensidad, de la dinámica del sistema mundial, los discursos de reconocimiento y los efectos materiales y espaciales de sus ciclos económicos, en cuanto a inclusión material real en las dinámicas de desarrollo económico y urbano, no han sido suficientemente analizados y estudiados de forma estructural y/u holística. Muchas investigaciones locales se mantienen en cierto purismo cultural que “al partir de una desconexión entre la economía y la cultura, eluden los vínculos entre un multiculturalismo que reconoce al otro en su diferencia cultural, y en una globalización para la cual todo ser humano está sujeto a unas reglas de mercado que necesariamente lo involucran” (Flores y Crawford, 2001: 43). Otras asumen una lectura desde una perspectiva económica, de la cual se sospecha porque parten desde el desarraigo con los otros conjuntos de una sociedad densa, tal como la entiende Fernand Braudel (1979a). Desde ninguna de las dos orillas hay análisis densos de las dinámicas correlacionales de la ciudad con la estructura histórica del sistema mundial y de la superestructura que llamamos “Occidente”, toda una comunidad de comunicación liada a la modernidad (o acaso ahora la postmodernidad, o acaso a la globalidad) como categoría narrativa.

En la orilla económica, las investigaciones sobre el desarrollo están soportadas sobre varios mitos, algunos de los cuales fueron subrayados por Sarmiento (2010: 29):

Cuatro imaginarios fundamentan los mitos que interpretan y ocultan, a la vez, la realidad y verdad de esta ciudad portuaria y se reproducen hasta el presente: el dualismo, la dependencia “neocolonial”, el capital humano y el desarrollismo. [...] La imagen de ciudad dual, la rica y la pobre, hace parte

de la ideología cartagenera [...] Dos historias paralelas, sin articulaciones ni responsabilidades mutuas, alimentan el imaginario colectivo.

Esta línea ha impedido, por ejemplo, leer de forma crítica los discursos de derechos y de reconocimiento que desde hace varios años caracterizan los planes y propuestas gubernamentales locales y nacionales, asesorados y en algunas ocasiones financiados por agencias de cooperación del centro del sistemas-mundo. Porque el discurso se sacude de la equivalencia espacial y económica del modelo liberal. Impide llevar a cabo un proceso de planeación social, territorial y económica coherente con la batería liberal de derechos. En cambio, el discurso impresionista y espectacularizado de la inclusión permite esconder la inequidad en las reglas del mercado y las dinámicas de causalidad entre la ciudad y el desarrollo desigual del sistema mundial. Se pierde de vista la interiorización, la incorporación del desarrollo desigual en la forma espacial de la ciudad.

Esta es una paradoja de particular manifestación en la ciudad globalizada y específicamente en una ciudad globalizada del tercer mundo o periferia como Cartagena. O mejor dicho, una ciudad que fue incorporada a cierta intensidad de la economía mundial sin alcanzar en su particular y accidentada historia una base de derechos ciudadanos. Jordi Borja (2004) advierte que la discusión de los derechos ciudadanos, -“políticos y concretos”-, desarrollados sobre la base de los derechos humanos -“morales y abstractos”-, no puede ser efectiva si se escinde de los procesos de la globalización y el mercado y de las consecuencias que estos segundos tienen sobre los primeros y sobre las dinámicas urbanas. Entiéndase todos estos elementos parte de un mismo mode-

lo policéfalo: con equivalencia económica (capitalismo), equivalencia cultural y social; y materialidad espacial.

La Carta Mundial por el Derecho a la Ciudad (CMDC)⁸ señala que los modelos de desarrollo implementados en la mayoría de los países empobrecidos se caracterizan por establecer niveles de concentración de renta y de poder que generan pobreza y exclusión, contribuyen a la depredación del ambiente y aceleran los procesos migratorios y de urbanización. Recientemente en Cartagena de Indias el Observatorio de Derechos Sociales y Desarrollo (Odesdo)⁹ intentó enfocar debates sobre el modelo de desarrollo de la ciudad para romper con los mitos que sugieren que las condiciones de la población pobre nada tienen que ver con los beneficios que recibe la población rica.

Cuestiones pendientes

Desde el Estado se han anunciado distintos planes de inclusión y de programas y estrategias con “perspectiva de derechos”. En la reciente década se han elaborado o anunciado para Cartagena políticas públicas de mujeres, de afrocolombianos y de juventudes, entre otras. También se han elaborado planes de inclusión de distintos grupos poblacionales en situación de discapacidad o de grupos colectivos construidos a partir de discursos de libertad sexual. Estrategias con participación de grupos

⁸ Carta Mundial por el Derecho a la Ciudad: Foro Social de las Américas (Quito), julio de 2004; Foro Social Urbano (Barcelona), octubre de 2004; Foro Social Mundial (Porto Alegre), enero de 2005. Revisión previa a Barcelona, septiembre de 2005.

⁹ El Odesdo fue una iniciativa concertada entre la Asociación Santa Rita para la Educación y la Promoción (Funsarep) y la ONG catalana Acción para una Ciudadanía Solidaria (Accisol), para generar información estratégica para el movimiento social y brindar apoyo a las organizaciones sociales de Cartagena en el análisis de los componentes del desarrollo y el derecho a la ciudad.

sociales y colectividades que han exigido o demandado reconocimiento y garantías de su derecho a la ciudad. Y se ha celebrado la elección de una mujer para alcaldesa y de un afrocolombiano para alcalde como muestra del progresismo multicultural local. Todas son dinámicas propias de una ciudad multicultural y postmoderna.

Pero parece que los discursos se sofistican mientras la ciudad en su materialidad, en la gramática urbana –como la entiende Pamela Flores (2004) desde la comunicación o como la postula la semiótica de Algirdas Julius Greimas (1970)-, es producto de una marginación sistémica y sistemática, fruto del relato del poder de los sectores que la escriben, y del sistema que la dicta. Esa gramática, decidida en interrelación con zonas centrales de dominio, condiciona las formas de uso de la ciudad. Y esa gramática está (re)elaborada en coherencia con dinámicas económicas y sociales del mundo globalizado, como bien lo muestran, por mencionar solo algunos urbanistas en el ámbito internacional, Soja (2006), Borja y Castells (1997), Davis (2004), y Sassen (2001, 2006); y en Colombia, Yory (2003, 2006).

Desde *Urbanismo y desigualdad social*, David Harvey (1973) explicó cómo los procesos sociales y las formas espaciales están atados: las formas espaciales contienen procesos sociales y los procesos sociales son espaciales. Entenderlos por separado fue un error repetido antes de que lo señalara el urbanismo crítico neomarxista que nació en la década de los 60. Adentrarse al estudio de la ciudad por cualesquiera de sus dimensiones es igual de válido, siempre que se tenga en cuenta su interdependencia; siempre que no se olvide que lo urbano es “forma espacial humana” (Harvey: 3) y ello implica que debe descomponerse en múltiples conjuntos y elementos.

Soja (1996) propone la interpretación de las mutaciones urbanas desde la “trialectica del espacio urbano” (*Thirdspace*). Un *tercer espacio* donde convergen las dimensiones espaciales (*spaciality*), sociales (*sociality*) e históricas (*historically*): “Comprender el espacio vivido puede ser comparado a escribir una biografía, una interpretación del tiempo vivido de un individuo, o en términos más generales a la historiografía, es decir, al intento de describir y entender el tiempo vivido de las colectividades o las sociedades humanas” (Soja, 2006: 41).

Es propósito de este libro explorar en el conflicto de (y por) la ciudad, pretendiendo integrar desde la comunicación, el urbanismo crítico y las ciencias sociales históricas, elementos que permitan describir las formas de esta ciudad globalizada, es decir, las formas producto de su relación con el sistema mundial; describir cuáles y cómo son las geografías urbanas (humanas) que se han materializado en relación con las estructuras económicas y socioculturales de Cartagena en las recientes décadas. Estos son procesos económicos universales que Ernest Mandel (1972), entre otros autores, llama capitalismo tardío; y procesos culturales equivalentes, a los que llamamos postmodernidad. El resultado espacial está del lado de lo que Soja (1989) y Harvey (1998) nombraron como geografías postmodernas, la manera en que el sistema (post)moderno mundial se materializa en la ciudad, en cada ciudad.

Como todas las postmodernidades, estas geografías son particulares y distintas en cada proceso/ciudad. Pero incomprensibles por fuera del marco de las estructuras históricas que las definen. A partir de estas geografías podremos entender las prácticas sociales que en ellas ocurren, que ellas determinan y que las determinan. Pero para entender su gramática se ha de entender la construcción histórica de las mismas.

La lectura de la relación entre la ciudad y el sistema mundial y entre los habitantes y la ciudad lleva a entender la relación de los habitantes con el sistema mundial a través de la ciudad. Una lectura mediada por la ciudad misma, partiendo de su propio “texto”, entendiendo que hay un lenguaje, una gramática propia para leer en estos espacios o geografías y en el proceso que les dio forma, de todas maneras inseparables de su forma. Una gramática que, como diría Octavio Paz (sobre la arquitectura), es el testigo menos sobornable de la historia.

Ese relato espacial que es posible registrar nos permite ver qué ciudad está configurándose en este siglo, pero siempre atando el análisis a las dinámicas históricas estructurales; y cuál es el efecto que estos procesos tienen sobre la ciudadanía en contacto directo con este relato. Se pretende esta lectura bajo una premisa, que arroja un reto mayúsculo al ejercicio: La ciudad puede ser pensada como texto -“Qué duda cabe de que en nuestra experiencia de la vida urbana siempre entra en juego un elemento estético” (Harvey, en Del Olmo y Rendueles, 2007)-, pero nunca solo como texto¹⁰. Así que el análisis si bien asume la posibilidad de ingreso a la complejidad de la ciudad desde sus formas y estética, desde su textualidad, requiere trascenderlo y confrontarlo con la incorporación de los componentes históricos y complejos de la dinámica urbana en relación con el sistema mundial. La forma es la entrada al análisis de la complejidad de la ciudad, no todo el objeto de análisis.

¹⁰ Harvey, respondiendo a una pregunta (en Del Olmo y Rendueles, 2007) resume los riesgos que considera en asumir la ciudad solo como texto: “Me parece una postura tremendamente estúpida, cuya principal aportación es lograr que los banqueros, especuladores, terratenientes y constructores hagan camino al banco muertos de la risa, bien conscientes de que la oposición que puede plantear el análisis textual es absolutamente insignificante”.

Dar respuesta a esta ecuación compleja implica entender las geografías postmodernas y sus determinantes sociohistóricos, para poder entender cómo inciden en el derecho a la ciudad de los habitantes.

2. PENSAR EL MUNDO DESDE CARTAGENA DE INDIAS

Pensar desde otro lugar

El sentido común, el sentido que ha sido incorporado como común en los análisis repetidos en la ciudad, aquellas metáforas que nos piensan, como diría Emmanuel Lizcano (2006), lleva una premisa que se controvierte en este trabajo: la necesidad de leer la ciudad desde el mundo. Desde esa perspectiva, la lectura y las premisas de lectura están bajo la orden de una clase reflexiva específica que se legitima a partir de una cadena de atribuciones mutuas. Dicha clase es, en todo caso, producto de una interdependencia local-global también en el campo de los capitales culturales (incluidos escolares) que se reconvierten localmente para alimentar la misma dinámica sistémica de incorporación de la ciudad al universalismo. Un universalismo en crisis, hay que decir, tal como distintas corrientes científicas y filosóficas han coincidido: crisis de los paradigmas, de las categorías narrativas o de las estructuras; crisis en la cual se presentan las oportunidades de apostar por una verdadera universalización: “un universalismo más universal”.

Las anteriores referencias tendrán su momento de desarrollo en capítulos posteriores, correspondientes al análisis de la ciudad en el moderno sistema mundial y las geografías postmodernas postuladas para Cartagena de Indias. Ahora sirven para dar entrada a una declaración de principios o, en un nivel menor de pretensión, una muestra de juego limpio.

Comienza con la aclaración del lugar desde el que ha sido escrito el libro. Si bien es producto de una investigación validada como tesis de

maestría en Comunicación, está pensado y ejecutado desde lo popular de Cartagena, no como objeto de estudio, sino como lugar desde el que se estudia la ciudad y el mundo. Ya se ha mencionado el trabajo del Odesdo y los múltiples procesos sociales que allí se alimentan con información estratégica, gracias a las capacidades acumuladas de Fun-sarep¹¹ y Accisol.

Un texto con las pretensiones del aquí introducido intenta evitar la inercia del pensamiento reflexivo validado a priori por las dinámicas locales de enclasmiento reflexivo, la vigencia de la ciudad letrada que bien describe Ángel Rama. No porque niegue que la crítica es un elemento propio del universalismo y por tanto, capacidad también incorporada al mismo. Porque espera que esta crítica trascienda las lógicas organizadoras que la gestionan como estrategia de reproducción de las estructuras sociales y espaciales y como instrumento de enclasmiento y, por tanto, como acción legitimadora de la estructura de relaciones que critica.

En esa intención de juego limpio corresponde exponer además varias razones que motivaron el trabajo: las pretensiones. Para la primera vale recordar que hace más de una década Flores y Crawford (2001) advertían de la oportunidad histórica de las ciudades de América Latina para debatir su libertad dentro de las posibilidades que da la postmodernidad:

La valorización de lo local, en particular, del territorio ciudadano, nos obliga a pensar modelos para nuestras ciudades con proyectos históricos que

¹¹ Asociación Santa Rita para la Educación y la Promoción. Es una ONG con más de 30 años de trabajo por el desarrollo social en las Unidades Comuneras de Gobierno 1 y 2 de Cartagena de Indias.

nos vinculen a la cultura mundo [...] no desde un reconocimiento otorgado por los centros de poder, sino desde el autorreconocimiento alcanzado en la propia regulación de la producción simbólica que nos represente y en la construcción de escenarios urbanos en donde socializar dichos símbolos [...] hay que empezar a mirar nuestras ciudades en toda su dimensión física y simbólica [...] (p. 45).

Esta oportunidad se convierte en un imperativo, teniendo en cuenta la crisis estructural del moderno sistema mundial capitalista en la que, como sistema histórico, se encuentra, tras diversos ciclos, tal como lo advierte Immanuel Wallerstein (1991, 2006, 2007). Se convierte en un imperativo en la medida en que “el resultado final de todo el proceso [de la crisis estructural] será fruto de nuestro empeño colectivo, de lo que da fe en buena medida el trabajo de los movimientos antisistémicos” (1991: 27). Y en la medida en que la lucha por el derecho a la ciudad está en el centro de la lucha contra el capital, si como sugiere Harvey (2009), “la forma como el capital opera en las ciudades es una de sus debilidades”. El libro pretende aportar a la línea de estudios críticos de las ciudades en la periferia del sistema mundial, desde la comunicación y el urbanismo críticos, con una nueva mirada compleja de nuestros espacios urbanos, de nuestro “territorio ciudadano”, teniendo en cuenta su interrelación con el sistema mundial.

Un intento de superar la desconexión entre cultura y economía de los estudios culturales (Flores y Crawford, 2001: 43); y entre lo social, lo histórico y lo espacial que los estudios sociológicos, por un lado, y la geografía por el otro, mantuvieron durante décadas (Harvey, 1973: 21-31). Esa desconexión, si bien ha sido señalada desde hace décadas por el urbanismo crítico, sigue vigente y funcional para los poderes en

la planificación de la ciudad actual y, específicamente, de nuestras ciudades latinoamericanas.

Como se presentó antes, las dos primeras partes del libro relacionan el devenir de la ciudad y de esta ciudad con la formación histórica del moderno sistema mundial capitalista, para dar pistas sobre el proceso de construcción de sus interdependencias. La división en dos categorías de interrelación –lógica económica o capitalismo y lógica cultural o modernidad- no debe entenderse como la asunción limitada de dos conjuntos divisorios de la historia. Son apenas dos piedras de toque para ir anudando alrededor suyo las múltiples dimensiones en las que se manifiesta la estructura del sistema. Dimensiones que, vigentes, deben ser posteriormente descritas en la socioespacialidad actual de la ciudad, núcleo del análisis pretendido.

Pensar de otra forma el lugar

Sobre las dinámicas urbanas de Buenos Aires, Vidal-Koppmann (2007) señala que, a lomo de los arquitectos tradicionales, la preocupación en la planificación y en general por la temática de la ciudad “se ha concentrado exclusivamente en la dimensión física del fenómeno urbano”, para a partir de allí modificar el comportamiento y las estructuras sociales (p. 452). Esto es igual en grandes ciudades metropolitanas de América Latina y en algunas menores. En Cartagena de Indias, la mayor arbitrariedad de los procesos de planificación (Redondo, 2004), de imaginación urbana, hace necesaria una mirada más compleja del sistema urbano y de sus fenómenos conectados con el orden mundial, a lo que este trabajo responde intentando rescatar insumos de nuevas discusiones de la ordenación territorial y del desarrollo geográfico y

social urbano. Es decir, apostar por nuevas formas de pensar la ciudad (ya no solo sobre la ciudad y sus problemas) e incrementar la batería teórica del estudio crítico de las ciudades, desde una ciudad periférica en el Caribe colombiano.

Si bien las ciudades pueden relacionarse a partir de algunas “particularidades generalizables”, tienen, cada una, características únicas e incomparables (Soja, 2006: 24), como todas las postmodernidades. La literatura disponible, no obstante, no suele acercar la lectura del sistema-mundo a las periferias de la periferia.

Como señala Soja (Tomás, 2004), en los grandes cambios en la estructura urbana y en la estructura de la sociedad urbana “están insertas grandes fuerzas conduciendo a una polarización social en aumento, ensanchando las brechas de ingreso y de la llamada ciudad fractal¹², que no es simplemente dual, sea burguesa o proletaria, o negra o blanca, o de ricos y pobres. Es algo mucho más complicado”. Entonces los dualismos con los que se explica Cartagena de Indias desde lo socioeconómico o desde lo sociocultural tampoco permiten mayor integralidad, y como lo han señalado Sarmiento (2010) y Casanovas (coord. 2009) apenas alcanzan “para ocultar y permitir la manipulación ideológica”, “adornar los discursos de políticos, burócratas y académicos”, aliviar la conciencia filantrópica de las élites y apaciguar el espíritu popular.

El esfuerzo por romper esa barrera mítica y mistificadora lleva en este trabajo a la conexión (confrontación) de procesos locales, antes estudiados fragmentariamente, a través de la interrelación de las distintas geografías (socioespacialidades) en los que se materializan, permitiendo la revelación de contradicciones y tensiones tan bien apaciguadas

¹² Las definiciones de ciudad fractal, como geografía urbana, y su equivalencia en Cartagena hacen parte de la tercera parte del libro.

por el mito. La tercera parte, la más extensa del libro, es una descripción de la socioespacialidad de Cartagena de Indias a partir de los discursos expuestos por Edward Soja para el estudio crítico de las ciudades.

“Las grandes fuerzas” que determinan el desarrollo y la planificación de la ciudad equivalen a pequeños grupos privilegiados¹³. Un (des)equilibrio que se explica en parte por las dinámicas económicas e histórico-sociales¹⁴, y por la falta de peso político de las mayorías para la transformación de las relaciones de poder (Harvey, 1973: 76; 2005). Mayorías sometidas por el poder en la “comunidad de comunicación” que es esta llamada “civilización occidental”.

Esto debe explicarse por partes. Recurriendo a Romero (1976: 35), podemos entender la fundación y construcción (y entonces planificación) de las ciudades como un acto político que materializa (ciudad espacial) una idea preconcebida de ciudad (ciudad imaginada). En la fundación de la ciudad española en América Latina el acto político estaba en los golpes de espada del conquistador fundador. En la ciudad actual, bajo el velo democrático, la planificación será el resultado de un proceso de negociación de intereses y necesidades (Harvey: 1973). Proceso en el que los resultados dependen de los recursos que una coalición tenga para ganar.

Olson, citado por Harvey (1973: 73-74), advierte que los participantes en la competencia democrática no están en igualdad de condiciones, porque los privilegios de grupos más pequeños con recursos y bien organizados (la burguesía de la modernidad, las élites), les permite impo-

¹³ Para argumentarlo aquí se citan los estudios de Harvey (1973, 1990, 2000), Castells (1981), Borja (2004) y Soja (1989, 2006), entre otros.

¹⁴ En este libro se citan entre otros a Furtado (1961), Frank (1970) y Romero (1976) para el caso de Latinoamérica.

ner sus deseos, que al final inciden en la desigualdad social de la ciudad. Esos privilegios son producto de procesos histórico-sociales. Bourdieu (1979, 2011) explicó densamente cómo las estrategias de reproducción social en los diferentes órdenes sociales son mutables y transmutables de acuerdo con las necesidades del sistema, de la estructura de relaciones sociales. En ejercicio de la dominación social, existen distintos tipos de capital acumulado por las clases hegemónicas que pueden ser reconvertidos en poder. El control sobre esa estructura de relaciones y sobre las jerarquías en los diferentes órdenes sociales que conforman el complejo orden social recae precisamente en la excepcionalidad de establecer qué tipo de capital tiene el mayor valor en qué espacio y tiempo del sistema. Esto permite, en coherencia con las conclusiones de Sygmunt Bauman (2002: 274), obtener poder de la excepción que se ejerce para someter por la ley, para “despojar de deberes, pero también de derechos”, desnudar, desarmar ante la ley: “El soberano es soberano en tanto controla el acceso a la ley”.

Dussel (1992), Quijano (1992) y Wallerstein (2006), entre otros, han mostrado cómo la construcción de un universalismo funcional a los intereses del centro del mundo vicia las intervenciones en la discusión urbana de la periferia. En las ciudades colombianas, el proceso se reinicia periódicamente pues nuestra democracia, como ha señalado Marco Palacios (2003), solo encuentra legitimidad en los procesos electorales, sin que la cualidad de las relaciones sociales y su estructura sea tenida en cuenta para evaluar la legitimidad del proceso y del propio Estado, controlado racionalmente por una clase variopinta de oligarquías históricas (Palacios y Safford, 2002), otras sujetas a nuevos enclasmientos y doctos, representantes nacionales de la élite global que cir-

cula la “nueva vulgata planetaria”¹⁵, la “jerga moderna”, y administra el discurso universalista que circula y determina las políticas sociales y económicas del país.

Pensar las ciudades en su complejidad y sus contradicciones con respecto al sistema mundial o a “la comunidad de comunicación” que es el mundo, puede viabilizar la discusión de otras maneras de ser urbano y de ser moderno, postmoderno, transmoderno (Dussel, 1992) o poscolonial (Mignolo, 2000: 55-82); en todo caso, de una manera de pensar, imaginar y construir la ciudad que supere el mito de la modernidad/postmodernidad universal europea/estadounidense e integre verdaderamente a quienes durante siglos han estado excluidos del relato y, por tanto, de la intención de su materialización.

La fragilidad política de las masas, sugieren los urbanistas citados, radica en la incapacidad de pensar las relaciones espaciales, de entender el desarrollo a partir de la realización de la sociedad urbana (Lefebvre, citado por Soja, 2006: 51) y la ciudad como un cuerpo político (Harvey en Canavese, 2006), amarrado a las dinámicas mundiales, pero definido por las locales, como bien advierte Saskia Sassen (1991, 1995, 1998, 2006, 2007).

La ausencia de esta tecnología ha sido una causa y consecuencia de los mitos con que se interpreta la realidad social en Cartagena. Organizaciones y colectivos sociales populares como Funsarep, la Mesa del Movimiento Social de Mujeres¹⁶, entre otros, han promovido la creación de centros de estudio y análisis urbanos al margen de las universidades, estrategia que, sin que se pueda refutar o demostrar empíricamente, su-

¹⁵ *La nouvelle vulgate planétaire*, término acuñado por Pierre Bourdieu y Loïc Wacquant como crítica a algunas tendencias sociológicas (citados por Bauman, 2002: 57).

¹⁶ En el que coinciden más de veinte organizaciones feministas.

giere la falta de conexión de las agendas investigativas de la academia local con las necesidades estratégicas de los movimientos sociales. Quizá responde esto al planteamiento de Marcela Garcelán (2010) que señala a las universidades como una institución, desde siempre, “ligada al poder, que desconoce todo de las culturas periféricas o sustituye ese desconocimiento por un aura de exotismo imaginado” (p. 14).

Es fundamental una tecnología o un insumo teórico para la acción política de los movimientos y organizaciones sociales, no desconectado del lugar que se pretende transformar. Este estudio crítico parte del compromiso de aportar saber para quienes pretendan la transformación de realidades (Soja, 2006: 19). En este caso, uno de tantos insumos para quienes actúan por el usufructo equitativo de la ciudad y por el derecho a construirla y transformarla.

Esto no implica de ninguna forma un choque con la academia. Todo lo contrario, este análisis quiere aportar a la construcción de puentes entre la academia local y del Caribe colombiano y las organizaciones sociales o los movimientos. Es, al fin de cuentas, un estudio crítico en relación con lo que es habitar una ciudad latinoamericana del Caribe colombiano en la primera década del siglo XXI, y puede servir de referencia académica sobre la relación entre la ciudad y el sistema mundial, entre la ciudad y sus habitantes, y entre la ciudad, sus habitantes y el sistema mundial, contribuyendo, como se postula antes, en la (re)construcción de dicha relación. Que el libro desemboque en tan corto cierre, que no alcanza a ser conclusión, es de hecho una inevitable declaración de impotencia en cuanto a las respuestas. Es una certeza de que no tenemos camino abierto hacia las conclusiones o respuestas a los problemas fundamentales. Quizá necesitamos hacer otras preguntas.

CARTOGRAFÍA TEÓRICA Y GUÍA DE LECTURA

3. SOBRE LOS COMPONENTES TRANSHISTÓRICOS PARA EL ANÁLISIS DE LA CIUDAD EN EL SISTEMA MUNDIAL

CARTOGRAFÍA DE TEORÍAS

El mapa teórico y el ejercicio de análisis total de este trabajo están basados en las teorías críticas de la postmetrópolis y sus geografías postmodernas, de Edward Soja; el análisis crítico del espacio urbano y el desarrollo geográfico desigual, de David Harvey; y el análisis crítico de los sistemas mundo de Immanuel Wallerstein. Tres perspectivas conectadas por la crítica marxista y anudadas en esta versión de enfoque histórico narrativo por emulación del enfoque transhistórico propuesto por Saskia Sassen (2006).

El marco narrativo histórico fue construido alrededor de tres conceptos principales, que se pretende sirvan para conectar las complejidades sociales, históricas y espaciales de la ciudad con las del sistema mundial en sus distintas escalas: territorio, cultura/sociedad y derecho. Cada concepto es complejo y portador de muchas especificaciones. En este caso, se detallaron respectivamente en la escala espacial de la ciudad, en la dimensión temporal de la modernidad/postmodernidad, y en la perspectiva político espacial del derecho a la ciudad. Para comprenderlos en la anunciada complejidad se propone un ejercicio de análisis de la historiografía, donde se abordarán tanto como ramas independientes, en solo ciertas partes; e integrados de forma narrativa en lo que será un marco histórico que servirá de piedra de toque para la interpretación de las formas, relaciones espaciales y dinámicas socioespaciales de Cartagena de Indias. En otras palabras, de su geohistoria.

Esa búsqueda de diferencias, similitudes, causalidades y recurrencias, es propia del análisis crítico de los sistemas-mundo propuesto por Immanuel Wallerstein (1974: 7-16; Aguirre, 2007). Consta de cuatro ejes:

[1] El *eje histórico crítico*, que intenta explicar, de manera novedosa, la entera historia del capitalismo y de la modernidad [...] [2] el *análisis crítico* de los principales acontecimientos y procesos “del largo siglo XX” [...] [3] el *estudio de la historia más inmediata*, como también el audaz ejercicio de la *definición de los posibles escenarios prospectivos* de la futura evolución del sistemas-mundo capitalista. [...] [4] *la reflexión epistemológica* respecto de nuestros modos habituales de aprender las realidades sociales que investigamos, y más en general, el de la configuración misma de la actual estructura de los saberes constituidos por la propia modernidad capitalista todavía vigente. (Aguirre: 13-15)

La complejidad e historicidad de los términos y los caminos a los que deberá llevar este trabajo responden al primer eje del análisis crítico de los sistemas-mundo. En consonancia se deben entender los dos capítulos siguientes como elementos importantes de las respuestas que se buscan y no solo como un sumario de nominaciones previo a las respuestas. De hecho, como se explica más adelante en esta guía de lectura y se clarifica en el desarrollo de todo el texto, debe asumirse todo el ejercicio introductorio previo como una parte de la integralidad que pretende dar respuestas a las preguntas que en él mismo se formularon.

Debe decirse también, antes de aspirar a que se haga una lectura completa de tal extensión, que el ejercicio está justificado precisamente por los antecedentes hallados (y los no encontrados) y por la metodología adoptada para un análisis de pretensiones descriptiva y analítica de un fenómeno –si acaso se usa por primera y última vez el término para definirla- como es una ciudad en el marco del sistema mundial. La adaptación de la perspectiva de los sistemas-mundo al estudio de una ciudad obliga a intentar antes unas cuantas clarificaciones sobre

los conceptos (formas de nominar procesos socioculturales, históricos y espaciales) que, como se postula aquí, los atan.

Ciudad, postmodernidad y derecho a la ciudad

De acuerdo con Soja (1996) el recorrido por las teorías de la ciudad requiere tener en cuenta su dimensión espacial, histórica y social (económica y cultural); y requiere detenerse en las dimensiones del urbanismo que, como lo ha llamado Harvey (1973), es “ese punto panorámico desde el que podemos captar rasgos sobresalientes de procesos sociales que operan en la totalidad de la sociedad”. La historia económica de Braudel (1968, 1974, 1979a, 1979b, 1979c, 1985), fundamental en el análisis crítico de los sistemas-mundo, ha mostrado que la lectura compleja de la sociedad –densa, como es-, sobre su escenario urbano, en este caso, conlleva su descomposición en conjuntos: económico, político, cultural y jerárquico social. Cada uno se comprende en relación con los otros tres. Por lo que una lectura densa deberá integrar tanto los elementos de acercamiento a la ciudad, como los conjuntos complejos de la sociedad que la construye y significa. Hablar de la ciudad para hablar de la sociedad, o viceversa, conlleva la responsabilidad de relacionar, al menos, dichos conjuntos. Y esa relación es posible en el marco de un ejercicio dialéctico entre pasado y presente (ibíd.), es decir, echando mano de la historia, la historia de las ciudades que es, en su complejidad, la historia del sistema mundial y del mundo humano; ergo, requiere entender el papel de la ciudad en el marco de los procesos históricos globales.

Las teorías de la modernidad/postmodernidad y de las prevalentes lógicas culturales que aquí se engarzan son aquellas que la(s) postula(n)

como equivalencias culturales de lógicas económicas y de los otros conjuntos de la sociedad densa, no por estar necesariamente supeditadas, pero sí relacionadas, como se ha explicado en el párrafo anterior. Sin embargo se incluye la revisión de los distintos enfoques, entre los cuales algunos pueden obviar la equivalencia económica y sistémica de esta(s) lógica(s) cultural(es). Se incluyen más como evidencia de la conexión sistémica de lo cultural y de su papel en el sistema urbano y en el sistema mundial que como intento de legitimación del ejercicio de arte que requiere toda investigación.

Como propone Jameson (1991), se debe entender la postmodernidad como “revolución”¹⁷ cultural a escala de un sistema económico: el capitalismo tardío. Así la modernidad será entonces la lógica cultural de una etapa o etapas anteriores del capitalismo, que no obstante, no ha desaparecido. “Entonces lo postmoderno ha de verse como la producción de personas postmodernas capaces de funcionar en un mundo socio-económico muy peculiar” (p. 15). Ese sería el mundo presente, si asumimos la premisa que justifica este trabajo. Dicho de otra forma, para entender la postmodernidad ha de entenderse la coordinación de hábitos, prácticas sociales y, en nuestro caso de análisis, formas espaciales y ciudades, con las nuevas formas de producción en el moderno sistema mundial; es decir, las estructuras y las macroestructuras/superestructuras del sistema mundial en el que insondablemente estamos insertos.

No es difícil aceptar que en esta complejidad sea más fácil ejemplificar la postmodernidad que definirla (Jameson, 1991), tal como de la

¹⁷ Los alcances de este término deben ser matizados. En la medida en que se entienda dentro del continuo de la historia es posible hablar de puntos de inflexión, tal como propone Sassen (2006); o crisis como lo interpreta Wallerstein (1974, 1980, 1989). Se verá cómo distintas escuelas utilizan términos diversos.

modernidad ha dicho Peter Gay (2007). Al fin que si se sigue la línea de Jameson (2002) se entenderá la modernidad, no como un concepto, sino una categoría narrativa, parte integral del histórico sistema mundial capitalista, ajustable a las ideas de universalismo o del tan contemporáneo y taquillero término de la globalidad.

Como señalan diversos autores citados durante el recorrido, en consecuencia con la idea anterior, entender la postmodernidad implica también entenderla en referencia a la modernidad y viceversa; su historicidad y su(s) respectivo(s) momento(s) económico(s), por lo que se hace un recorrido dialéctico (quizá) y (al menos) histórico, entendiéndola como parte de un continuo, por tanto, buscando los puntos de inflexión entre las lógicas dentro del sistema mundial, incluso antes de que este mismo se constituyera como un éxito de la sociedad urbana europea. Debe entenderse, ambas, modernidad y postmodernidad, incluso en referencia a las narrativas que las prevalecen en ese continuo y en referencia a la posibilidad de sus alternativas futuras (hacer arqueología del futuro, propone Jameson).

De acuerdo con los antecedentes revisados no sería tan cuestionable empezar el recorrido en esa “segunda gran línea divisoria de la historia, que es la creación del mundo moderno” (Wallerstein, 1974: 7) o la tercera revolución urbana (Soja, 2006) que comienza con la Revolución Industrial, que según Braudel partió la historia del mundo en dos, y sus equivalencias culturales, sociales y espaciales. De hecho, allí se origina la estructura histórica objeto del análisis crítico de los sistemas-mundo. Pero no se pretende obviar capacidades humanas –urbanas- previas a esta transformación estructural. La más importante es: la ciudad prevalece a la modernidad y al capitalismo. Por ello, este trabajo asume para la comunicación y las ciencias sociales en general la recomendación

que Eric Wolf (1982: 9) hace para la antropología: “La antropología necesita escribir a la historia”. La recoge de manera mucho más elaborada del mismo Wallerstein quien propone la edificación de las ciencias sociales-históricas unidisciplinarias, un ejercicio que a partir de la segunda mitad del siglo pasado debieron comenzar casi todas las ciencias sociales (Wallerstein, coord. 1996: 48-49).

Este trabajo, en una primera parte de cada capítulo posterior, rastrea en la historiografía los elementos que se requieren para entender la ciudad y esta ciudad en el sistema mundial; y sus dinámicas en su mayor complejidad. Asume la historiografía como diccionario de la sociedad urbana con un sincretismo de acepciones posibles.

También, como han señalado Jameson y Harvey, entre otros, entender la postmodernidad y sus “antecedentes” requiere pasarla de inmediato del singular al plural: postmodernidades (modernidades), por las distintas manifestaciones que esta(s) lógica(s) cultural(es) tiene(n) en cada lugar; así como las estructuras económicas tienen distintas manifestaciones y están conectadas por relaciones de producción dependiendo de las regiones, partiendo de si son centro o periferia¹⁸. La transhistoricidad servirá para empalmar las lógicas culturales de los sistemas y modelos que resistan como “capacidades”, tanto en su manifestación urbana, como en los marcos determinantes del sistema mundial.

En el aspecto conceptual del derecho a la ciudad es pertinente advertir que, pese a la tenencia en cuenta de las múltiples dimensiones de la discusión de los derechos humanos, el recorrido histórico conceptual pone foco sobre los derechos concretos y políticos de la sociedad

¹⁸ En la explicación de estas diferencias serán citados Marx (1867/1946), Polanyi (1944), Wallerstein (1974, 1980), Braudel (1979a, 1979b y 1979c; 1985), Mandel (1972), Wolf (1982) y Sassen (2006), entre otros autores.

urbana. Como lo sugiere Borja (2004), la meta es cerrar los márgenes entre “derechos ciudadanos” para enfatizar en su condición política; y derecho a la ciudad, para poner foco en el ámbito espacial de la ciudad. Incluso, más allá, entender el derecho a la ciudad en los términos de Harvey (2009): “El derecho a la ciudad no es simplemente el derecho a lo que ya está en la ciudad, sino el derecho a transformar la ciudad en algo radicalmente distinto”.

4. SOBRE LA PARTICULAR ORGANIZACIÓN DE CONCEPTOS

La transhistoricidad y la narrativa del libro

Saskia Sassen (2006) aplica los conceptos Territorio, Autoridad y Derechos como componentes transhistóricos para la comprensión de los nuevos órdenes globales-nacionales. El acercamiento propuesto aquí reemplaza, como ella misma sugiere puede hacerse, los componentes en un nuevo ejercicio dialéctico. Aquí los componentes son el espacio/territorio¹⁹ (ciudad), la lógica cultural/social (postmodernidad) y el derecho a la ciudad/ciudadanía. De esta manera se acerca su análisis histórico a la dialéctica del espacio urbano o la lectura del tercer espacio (*thirdspace*) que Soja propone como herramienta para hacer la “biografía de la ciudad”. Y se guarda relación también con la perspectiva crítica de los análisis de los sistemas-mundo, que desarrolló Wallerstein, rescatando las matrices críticas del marxismo, repotenciadas por el análisis crítico de las estructuras históricas encabezado por Braudel (Aguirre, 2007). Un mosaico analítico donde caben las teorías marxistas del desarrollo geográfico desigual de David Harvey.

La historia y la periodización

Soja (2006: 30) expone la evolución urbana como “un viaje selectivo a través de más de 10.000 años de geohistoria del espacio urbano”. En su caso, el viaje tiene cuatro capitulaciones equivalentes a lo que

¹⁹ Entendidos como parte de una misma cosa, relación que se aclarará a lo largo del marco histórico-teórico.

considera las revoluciones urbanas. Estas son equivalentes a los ciclos urbanos que otros historiadores y arqueólogos utilizan para separar las etapas de la evolución urbana. Gustavo Munizaga (1999: 46-47) las resume así: preurbano, urbano paleotécnico, urbano neotécnico I y urbano neotécnico II.

Para efectos de este trabajo, que pretende recorrer por la historia más que nominar, se recorren estas revoluciones capitulares -marcas de las respectivas estructuras- para desembocar en la cuarta revolución, con su carga cultural, política, social y económica, y su relación con el respectivo “sistema-mundo”²⁰. Si lo que se propone es una lectura espacial, que sirva entonces el espacio también como motivo recurrente de estos conceptos. Esto incluye, claro está, las lógicas espaciales y las alteraciones de la geografía económica y cultural del mundo (del sistema mundial), el movimiento de *los centros* y la incorporación de *las periferias*. Los apartes correspondientes a la narración de la primera revolución urbana, en los comienzos de la primera parte, deben entenderse como los pilotes que se usan para cimentar unas categorías básicas del análisis de los sistemas urbanos, cuya descripción se irá complejizando a medida que se relaciona con la conformación del sistema mundial. En consonancia con su condición de análisis crítico con dimensión marxista, deberá regresar a lo concreto, quizá no simple, pero concreto.

El esfuerzo narrativo tiene una finalidad clara: es lo que Sassen (2006) entiende como el “uso de la historia como experimento natural que siguió su curso” (p. 27), definición que puede extenderse a Wa-

²⁰ Aunque pueda ser fácilmente reprochada la idea de sistemas mundo antes de la Edad Media, se toma aquí la idea de Wallerstein sobre los sistemas-mundo anteriores, entendidos como el mundo conectado, sin importar que no contemplase la totalidad del mundo existente.

Wallerstein y a Braudel. El laboratorio es la ciudad²¹; si vale la analogía, la prueba específica sería Cartagena. Esta es una aclaración que se hace innecesaria a medida que pasan los capítulos, pero no impide adelantar aquí otros cuatro apuntes necesarios.

MÁS QUE NOMINAR: LEER EL TEXTO COMO UN TODO

El primero es que ese recorrido histórico es también parte clave del análisis aquí pretendido, coherente con el análisis crítico de los sistemas-mundo. Como lo han establecido analistas de esta corriente como Lefebvre (1968, 1970), Jameson, (2002), Mandel (1972), Borón (2006), Harvey (1973, 1990), Soja (2006, 1996, 1989) y el mismo Wallerstein, cada uno en su área de estudio, gran parte de los ejercicios de la teoría crítica de los recientes 50 años -sobre los que se basa gran parte de la investigación crítica en comunicación- apenas ha podido superar los marcos del estructuralismo y el posestructuralismo, concentrados en dimensiones culturalistas de la ciencia, desde donde apenas insinúan –sin relacionarlas dialécticamente- las contradicciones de la sociedad densa, taimadas principalmente por la fuerza “negativa” que el socialismo realmente existente de la URSS le había arrojado al marxismo. Mucho menos se ha podido insinuar desde el funcionalismo de gran parte de los estudios en comunicación.

Como se ha dicho, si es que se necesitara ajustarlo a una corriente metodológica, este libro se puede entender, técnicamente, como un ejercicio de análisis dentro de un esquema narrativo-histórico que integra lo macrosocial y lo microsocia. Estos esquemas “se proponen comprender los procesos sociales en forma coherente e integrada a partir de un marco analítico argumental que postula una determinada relación

²¹ Aquí entendida como manifestación del sistema.

entre procesos sociales, políticos y económicos” (Sautu, Boniolo, Dalle y Elbert, 2005: 55).

Técnicamente pero no necesariamente. En realidad, no estando ajeno a la realidad social desde donde se escribió y desde la que se escribe, este trabajo no puede escindirse de un malestar hacia la disciplina. Malestar al que otros ya le han puesto nombre. No en vano Wallerstein (2006, 1996) y la comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales han reiterado la necesidad de abrir las ciencias sociales, impensarlas, indisciplinarlas. La sociedad que se estudia ha desbordado por mucho los modos de estudio y la ciencia como la tecnología, que no responde a las necesidades sociales, apenas atina a crear algunas necesidades a la medida de sus posibilidades.

El caso de Cartagena de Indias ya ha sido sugerido en apartes anteriores de esta introducción. Hay muchos, que no son todos, grupos de nominadores distribuyendo conceptos, a manera de minoristas de teorías (tal como diría Marx sobre la aplicación del entonces modelo económico inglés en otras partes del mundo). Lo mismo podría decirse de este trabajo si es que no intentara con esta narración evidenciar la aporía que el sistema universal implica para el prometido desarrollo local. La insostenibilidad ética del modelo, no por su mal funcionamiento, como sostiene el mito, y en lo que parecen coincidir los análisis aludidos, sino porque precisamente funciona con base en esa desconexión perpetua con los principios de derechos universales que simula. Porque tiene incorporada la imposibilidad de su materialización.

Capacidades y lógicas organizadoras/estructuras

Como ejercicio crítico, este trabajo recoge, entre algunas otras, las premisas de Wallerstein, Mandel y Harvey sobre el análisis de las estructuras históricas, dentro de las cuales califican capitalismo (como proceso social), sistema urbano y sistemas-mundo. Esas premisas llevan a asumir un camino de ida y vuelta entre la abstracción y lo concreto, la particularidad y la universalidad (Harvey, 2000: 104-105). En ese camino, se ha arrancado de la parte (el contexto con el que se abre en esta misma introducción), objeto de análisis específico: Cartagena; que a continuación se “elevatorá” a la abstracción de la ciudad, el sistema urbano y el sistema mundial: un proceso inductivo. Después de la densidad abstracta, el ejercicio de análisis estará completo al aterrizar de nuevo en lo concreto: proceso deductivo. Así que los capítulos están organizados, desde la presentación, como ejercicio en esta dimensión crítica.

Los capítulos de la siguiente parte intentan llenar de sentido histórico conceptos que corren el riesgo de ser tomados apenas por nominaciones. Es decir, que se replica en la narración el recorrido de ida y vuelta para lograr -usando los términos de Barthés (1957/1970)- cargarla de sentido histórico en desmedro del mito.

Otro apunte necesario. El recorrido histórico permitirá, volviendo a la emulación a Sassen (2006: 35), encontrar “un terreno analítico mucho más fuerte que cualquier modelo para confrontar las reconfiguraciones tan complejas como las que presenciamos hoy en día”. Así, superadas las nominaciones, se podrán develar “las diferencias, las causalidades, las recurrencias comunes de los hechos analizados” (Aguirre, 2007: 17). Y se podrán reconocer las capacidades que persisten en los distin-

tos órdenes, lógicas organizadoras o estructuras, incluyendo el sistema urbano, que tiene como centro la(s) ciudad(es).

Tal como lo hace Sassen (27-28.):

Entendemos a las capacidades como producciones colectivas cuyo desarrollo requiere tiempo, construcción, competencia y conflictos, y cuyas utilidades, en principio, son multivalentes, pues dependen del carácter de los sistemas de relaciones en las que operan, lo cual quiere decir que una capacidad determinada puede contribuir con la formación de un sistema de relaciones muy distinto al que dio origen.

Monetización, militarismo, clase, nacionalismo, patriotismo, identidad, individualidad, representaciones, imaginarios, ciencia, derechos. Son capacidades sociales o “producciones colectivas” que, materializadas en distintas épocas y/o espacios, pueden ser rastreadas hasta los órdenes contemporáneos, con distintas aplicaciones o usos y utilidades, dependiendo de la lógica organizadora.

Las lógicas organizadoras son, en otra terminología, las *estructuras*: “[L]os arrecifes de coral de las relaciones humanas, que tienen una existencia estable durante un periodo relativamente largo de tiempo. Pero las estructuras también nacen, se desarrollan y mueren” (Wallerstein, 1974: 7). Las lógicas organizadoras o las estructuras, están sujetas a ser transformadas por ciclos sociales, económicos y culturales, pero existen dentro de un sistema más complejo del que ciudad y mundo/sistema son elementos interdependientes. Acaso esos sistemas más complejos sean las civilizaciones, como las entiende Braudel (1968).

Las capacidades, entonces, son instrumentos de usos múltiples. En este caso corresponde la búsqueda de las capacidades urbanas en el

marco estructural del sistema mundial a lo largo de la historia, para intentar conectarlas en un ejercicio dialéctico con el orden social, la espacialidad y la temporalidad de la Cartagena de Indias contemporánea; y de esa manera, poder ubicar a Cartagena en un “lugar” del sistema mundial y evidenciar los resultados socioespaciales de esa interrelación o interdependencia. Se contemplan como capacidades aquellas dinámicas o elementos que surgieron o se complementaron/alimentaron y manifestaron dentro del proceso de aglomeración y que están subrayadas a lo largo de esta narración. Y algunas veces la ciudad puede asumirse como una capacidad, pero entendida como la forma de espacializar, instrumento para el desarrollo geográfico desigual.

Las estructuras sociales son reproducidas en y por las relaciones sociales; y estas relaciones sociales en y por las prácticas sociales, que tienen lugar en la ciudad. Es decir, que la ciudad, entendida ahora como espacio urbano, como escenario de las relaciones sociales, es el centro desde el que se mira y se lee el proceso histórico que allí toma forma. El proceso puede ir en vía contraria: las prácticas sociales alteran las relaciones sociales y forman procesos sociales. Por ello se considera clave hacer el ejercicio dialéctico entre la ciudad, sus estructuras; y el sistema-mundo y sus estructuras. Ciudad y sistema se crean y se recrean en ida y vuelta. En el ejercicio narrativo expuesto a continuación juegan las capacidades aplicadas a la vida urbana, que -de todas formas, valga precisar con Lefebvre (1968)- no es lo mismo que ciudad²².

La ciudad es un/el elemento transhistórico amarrado al sistema del mundo que llamamos Occidente, aunque no haya comenzado en Occi-

²² Entendida aquí como escenario. Quiere decir, se entenderá más adelante, que las capacidades urbanas tienen lugar en su escenario: ciudad; pero no necesariamente son lo mismo; las capacidades urbanas pueden extenderse por fuera de la ciudad.

dente. Está atada, se explicará, a las transformaciones. Es *espacio*, que como el *tiempo*, son las realidades a las que están sujetas las construcciones sociales, incluyendo, las realidades que socialmente se construyen, la realidad del mundo de la vida cotidiana (Berger y Luckmann, 1967: 42) o de la vida material (Braudel 1979a). Espacio y tiempo: la ciudad y la historia. El tapete donde se interconectan los conjuntos de la sociedad densa (Braudel, 1979, 1985): economía, política, cultura y jerarquía social. Espacio y tiempo son, anudados al dinero y los distintos capitales, los elementos definitorios en las relaciones de poder del capitalismo (Harvey, 2011).

En esa misma estrategia narrativa se subrayan, si bien pueden no especificarse, los *puntos de inflexión* (Sassen, 2006: 29). Entiéndase por esto las “dinámicas que entran en juego cuando las capacidades cambian de sistema de relaciones” (ibíd.). En términos de Wallerstein (1974: 261), estas *crisis* son puntos de inflexión simbólicos, porque “el cambio de acento organizativo es siempre gradual [...] los factores estructurales subyacentes se mueven como los glaciales”. Otro texto del mismo Wallerstein (1980) entiende por *crisis*:

Esos raros momentos históricos en que los mecanismos de compensación habituales dentro de un sistema social resultan tan ineficaces desde el punto de vista de tantos y tan importantes actores sociales, que empieza a producirse una importante restructuración de la economía (y no una mera redistribución de las ventajas del sistema), la cual es considerada retrospectivamente inevitable [...] y la mayoría de los actores sociales considera que el hundimiento de cierto sistema es mejor y menos desagradable que la revolución estructural que se produce entonces. (p.11)

Se evita la premisa errada de que un nuevo orden implica la caída absoluta del anterior o un cambio total del sistema mundial o de sus estructuras. “En lo que respecta a sus leyes –dice Braudel (1985, 86)- el

mundo no ha cambiado. Sigue distribuyéndose estructuralmente entre privilegiados y no privilegiados”.

El punto de partida y la aporía de la descripción geográfica

El tercer apunte en esta guía de lectura retoma la advertencia sobre el punto de partida de la periodización. Si bien es válido poner el punto cero en los periodos ya insertos en la historia moderna y por tanto objeto de periodización dentro de esta categoría narrativa, es cierto también, tal como sugiere Jameson (2002), que la “localización” del punto cero en términos modernos conlleva una postura ideológica, en la medida en que valora por antonomasia lo que queda por fuera de dicha periodización. Si aquí el punto de partida y llegada no es la modernidad, sino la ciudad, la ubicación del punto cero mucho antes de la periodización moderna evidencia que se asume que muchas de las capacidades son preexistentes a la modernidad como categoría narrativa e incluso al capitalismo como estructura histórica. La ciudad lo es, aunque exista ahora solo una manera moderna de narrarla -incluso de entender sus orígenes- y de construirla.

Si se emulan ejercicios que se han localizado en el mismo punto cero, no es por un capricho de imitación, sino por una necesidad que surge de la verificación de que nunca un análisis de la ciudad objeto de este trabajo –Cartagena de Indias, periférica como es- ha permitido la confrontación de diferencias, causalidades y recurrencias con capacidades desde ese punto cero. Ni ha permitido la dialéctica con momentos de la historia urbana que otros, teniendo como referente respectivas ciudades y metrópolis del centro del sistema, no han tenido en cuenta. Por ejemplo Soja, que analiza la contemporaneidad de Los Ángeles, obvia

dinámicas feudales -“premodernas”- claves para la comprensión histórica de la ciudad de la periferia latinoamericana, fundada bajo principios hidalgos sobrevivientes en las clases feudoburguesas que formaron sus poderes originales y que heredaron a las oligarquías regionales contemporáneas, en contraste con esa hibridación sociohistórica de transterrados africanos y los exterminados indígenas.

Esto permite además separar sin fracturar la modernidad de la ciudad, entendiendo esta última, -la ciudad europea y la ciudad europea en América-, como un relato desde la perspectiva narrativa de la modernidad. Y la modernidad como una categoría narrativa. En las conclusiones o en lo futuro, esto facilitará liberar la ciudad de la totalidad de la modernidad eurocéntrica para pensarla de formas verdaderamente alternativas que ojalá tomen de la modernidad sus más universales –en el objetivo de un universalismo más universal- capacidades para que apliquen en lógicas organizadoras o estructuras menos excluyentes.

Por último, es preferible quedarse con la idea de narración para esquivar cualquier sugestión de historiografía. Volviendo a Sassen, “me valgo de la historia” para el análisis, pero “no me jacto de hacer historiografía”. Se sugirió que como argumentación narrativa e histórica, desde la comunicación y las ciencias sociales, el trabajo puede catalogarse (sin mucho deseo de defenderlo) en “un modelo lógico-histórico en el cual los procesos antecedentes son postulados como los determinantes o activantes de otros procesos o fenómenos vinculados y subsecuentes en el tiempo histórico” (Sautu et al. 2005: 56).

Si quiere acercarse a los manuales, se hace uso cualitativo de fuentes documentales, análisis históricos (historiografía) (ibíd.), más otras fuentes como archivos de prensa que permiten conectarlo con elemen-

tos microsociales. Y tal como en el análisis de Sassen (2006), los momentos históricos objetos de relato corresponden a casos específicos²³, suficientes para reconocer las capacidades urbanas que en ellos se produjeron en relación con el sistema mundial; igual que cada uno de las fuentes citadas; que en conjunto permitirán el análisis dialéctico de la ciudad objeto y espacio de este trabajo. Es decir, Cartagena de Indias en el sistema mundial, que es decir Cartagena de Indias en la comunidad universal de comunicación.

Su extensión, particularmente exagerada en relación con trabajos de equivalente formación y dimensión académica es producto de una contradicción de la lectura y análisis espacial, incluso desde cualquier gramática aquí incorporada: Soja (1989: 2-9) advierte que el espacio es una simultaneidad de tiempos, situaciones, fenómenos, episodios, historias; y el texto escrito no lo es. Así que “todo ejercicio ambicioso de descripción crítica geográfica, al traducir a palabras la inabarcable y politizada espacialidad de la vida social, conlleva una desesperanza lingüística”²⁴ (p. 2). Dos objetos, dos palabras, no caben en el mismo lugar en un texto escrito (ibíd.). Por ello, la simultaneidad solo se puede reemplazar con una linealidad que describa o explique adecuadamente la yuxtaposición que el texto escrito no puede contener.

Se entiende que desde cierta valoración estilística (la estética de la ciencia) pueda asumirse pesado el modelo de estudio y escritura aquí

²³ Son los lugares hegemónicos de determinado momento, sobre los que se pone el foco geográfico a sabiendas de que no existe una sola historia (Braudel, citado por Wallerstein, 1980: 27).

²⁴ Traducción del autor. Se asume responsabilidad por las incorrecciones de la misma y para liberar el original de una mala interpretación se incorpora tal cual como aparece en inglés: *Every ambitious exercise in critical geographical description, in translating into words the encompassing and politicized spaciality of social life, provokes a similar linguistic despair.*

presentado, tan cargado de citas y atribuciones²⁵. Corrientes de la crítica contemporánea aquí abordadas, no solo las que mueven las líneas de la comunicación y el cambio social o los estudios culturales estructuralistas y/o postmarxistas, incorporan el poder analítico de este abordaje de contraste, comparación, y en general, la búsqueda de “diferencias, similitudes, causalidad y recurrencias”. Es decir, el poder del ejercicio analítico que se esconde detrás de cierta ausencia editorial, deficiente para quien busca innegociablemente la cuantificación de las reflexiones propias y evidencia de invención teórica, como equivalencia de la innovación. Un poder de análisis que los periodistas interiorizan mucho más fácil que los ensayistas o los científicos.

También desde cierto rigorismo científico (el purismo de los paradigmas y los enfoques) puede acusarse de caer en contradicciones epistemológicas, al ver contrastados conceptos pertenecientes a enfoques entendidos como opuestos o incompatibles²⁶. La intención abarcadora del materialismo histórico-geográfico, el análisis de los sistemas

²⁵ Entre algunas apreciaciones, al ser presentado como tesis de maestría, este trabajo, pese a su calificación superior, recibió comentarios del Jurado en este sentido: “Si bien es cierto hay un esfuerzo por ser riguroso en la escritura, el exceso de citas le da demasiada rigidez al texto y no permiten que fluyan con soltura los planteamientos propios del estudiante. Si bien es cierto en este tipo de trabajos la teoría siempre dialoga con los resultados, cuando aborda el tema específico de Cartagena, el excesivo contraste con la teoría en ocasiones no permite ver la interpretación de Cartagena a partir de las propias categorías de análisis. Esto sucede aún en las conclusiones, donde debería ser más una expresión más suelta del autor [...] Para todo el andamiaje de reflexión sobre la ciudad las reflexiones son muy pobres”. La actualización para convertirlo en libro recoge algunas sugerencias de forma y reescribe algunos capítulos, pero la gran mayoría del texto, sobre todo las tres partes siguientes, corresponden al mismo trabajo valorado por el Jurado de tesis.

²⁶ Otro comentario del Jurado indica: “La excesiva citación lleva en algunos casos a utilizar autores de paradigmas opuestos a los que anuncia como centrales en su análisis. Por ejemplo la utilización de Pierre Bourdieu o [Manuel] Castells en algunos apartes”.

mundo o las teorías neomarxistas del tercer espacio, con intenciones meta-teóricas (la de los autores citados, no necesariamente las del autor de este trabajo), implican este contraste y tensión entre conceptos, siempre que en su confrontación dialéctica pueda demostrarse que responden al mismo fenómeno o proceso histórico: al mismo objeto de nominación. Por ello la transhistoricidad aplicada. Teorías de autores críticos, marxistas, neomarxistas y postmarxistas, así como estructuralistas y funcionalistas, son integrados dialógica o contrastados dialécticamente²⁷. No son asumidos como opuestos o excluyentes frente a la apuesta de unas ciencias sociales históricas (unidisciplinarias por abarcativas y sincréticas más que multidisciplinarias por excluyentes entre sí), tal como las propone Wallerstein (1996) y la comisión Gulbenkian que él coordina. Al fin que el foco no está sobre las nominaciones relativas a los paradigmas, sino sobre la materialidad estudiada; y el esfuerzo está puesto sobre la descripción de procesos.

Allí emerge la exigencia argumentativa del marxismo, que no está soportada por la necesidad de elocuencia del analista, sino por la necesidad de explicitar, demostrar que los elementos en contraste están en la misma dimensión para poder ser sometidos a confrontación dialéctica: si uno habla de blanco y otro de negro, se debe estar seguros de que ambos se refieren a colores (Lefebvre, 1961: 14). Y eso se determina a través de un ejercicio argumentativo y evaluativo del “objeto” que nunca es poco denso.

²⁷ Lo que Harvey (2010b) dice pretendía Marx: “El frote de varios bloques conceptuales para hacer un fuego revolucionario”.

PRIMERA PARTE

CIUDAD, ESPACIO URBANO Y SISTEMA MUNDO: LÓGICA ECONÓMICA

5. CIUDAD, ESTADO Y CAPITALISMO

LA HISTORIA PREVIA DE LAS CIUDADES Y EL ESPACIO URBANO

La ciudad ha jugado un papel fundante y fundamental en la construcción del moderno sistema mundial capitalista, forjando las capacidades para que este funcione y se sostenga. De ese papel hay explicaciones en los trabajos de Sassen (2006), Soja (2006), Wallerstein (1974, 1982, 1989) y Braudel (1979a, 1979b, 1979c). Una mano protagónica ha sido la de la clase que lo administra: la burguesía. La ciudad prevalece al sistema mundial vigente y distintos autores²⁸ han sistematizado diversas capacidades urbanas previas a dicho sistema y la respectiva economía-mundo universalizada entre los siglos XV y XIX. Dos de las cuatro revoluciones urbanas sucedieron antes de eso.

La primera revolución urbana, en lo que V. Gordon Childe llama la Revolución Neolítica, representó la transformación del humano en sedentario, núcleo desde donde se desarrollaron las complejas ciudades actuales (Mumford, 1961: 11). Castells (1971) y Bairoch (1990) coinciden en que pese a la carencia de conciencia económica, los determinantes de este proceso fueron geoeconómicos²⁹: sin una agricultura rural no pudo comenzar un sistema urbano regional, que hiciera además posible la densificación, y sin domesticación animal, no se justificaba el transporte (Bairoch, 1990: 23-25). Castells (1971: 84) dice que las ciudades son “la forma de residencia adoptada por aquellos [...] cuya

²⁸ Véase en este libro las citas de Soja (2006), Lewis Mumford (1961), Castells (1971), Bairoch (1990), Morris, (1981), Sica (1970) y Sennet (1994).

²⁹ Arqueólogos como Charles Keith Maisels, V. Gordon Childe, James Mellaart e Ian Hodder ayudaron a entender a los sociólogos y urbanistas la economía geopolítica que comenzó a gestarse a partir de esta experiencia.

permanencia directa sobre el lugar de cultivo no era necesaria”³⁰, convirtiéndola en centros administrativos y religiosos donde se invierten los excedentes del trabajo social.

Algunos historiadores y arqueólogos sostienen que lo urbano existe solo desde las ciudades Estado y la manifestación de un gobierno relacionado con la escritura y la historia escrita. En síntesis, la creación de una estructura organizada que vincula a sus habitantes con la naturaleza. Los urbanistas como Castells (1971: 78) asumen lo urbano como “una forma particular de organización de la población humana caracterizada por la fuerte concentración de la misma en un punto determinado”. Consecuentemente, las aglomeraciones, ciudades o no, serán “aglomeraciones urbanas”.

Soja evita descansar su argumento en la etiqueta de lo que es ciudad y defiende una idea de lo urbano donde la chispa aglomeradora (*el sinecismo*), más que la invención de la escritura y el Estado, es una fuerza activa en la producción del espacio físico. No solo una “chispa”, sino parte integral del sistema y de la aglomeración que ha provocado, todo un “proceso conductual y transaccional, así como político y económico, que activa la especificidad espacial del urbanismo, transformándola en una fuerza social e histórica” (Soja, 2006: 43). Lo urbano es sistema y proceso, fuerza perpetua en la ciudad y desde la ciudad y espacio en constante transformación y un constante transformador. Así señala la interrelación entre espacialidad y sociabilidad o la dialéctica socio-espacial (p. 35). Entonces la ciudad, como el espacio, se entiende como una fuerza en sí misma.

³⁰ La permanencia y la continuidad en el lugar se dio de la mano -y al tiempo promovió- del control y la previsión de procesos naturales -procesos de germinación, crecimiento de los animales- y mayor diversificación del trabajo (Mumford, 1961: 18-20).

Las capacidades urbanas previas del sistema mundial

En todo caso, la escritura ha sido uno de los cambios más trascendentales en el espacio urbano³¹. Fue el motor de la segunda revolución urbana³², determinante en la construcción de las estructuras del poder regio y de la nobleza, que hasta las revoluciones burguesas gestionaron, en gran medida, los usos y significados del espacio urbano (Soja, 2006: 91-116). La escritura, tanto como la disposición de espacio (su manipulación y distribución) y la de sus formas, se convirtieron en instrumento de poder en las ciudades Estado (ibíd.; Mumford, 1961: 17). Pulieron la capacidad de la reproducción social (Soja, 2006: 99), de la recreación permanente de los órdenes sociales. Se crearon instituciones políticas, económicas y culturales que formaron la gubernamentalidad social (Soja 2006; Childe, 1936/1997; Mumford, 1961).

El orden adquirió equivalencia espacial, localizando la dirigencia en el *centro* ordenador y repartidor de los poderes entre públicos/estatales y comunales/privados. La nobleza nació para administrar el excedente de la producción (el sector público) y los patriarcas para liderar el sector comunitario, dando pista a la creación de los comerciantes-financieros emprendedores, la fuerza armada militar organizada, la burocracia municipal institucionalizada y la pléyade de gente marginal urbana empobrecida (Soja, 2006: 101). En ella se definieron las oposiciones binarias de lo urbano y lo rural, ciudadano y campesino, centro y periferia. Y

³¹ La escritura facilitó la administración y la autoridad más allá de las que se basaban en el linaje, permitió la expansión política y económica de la ciudad (ver Soja, 2006: 91-148).

³² Pueden revisarse sus orígenes a lo largo de las zonas fértiles bañadas por el Tigris y el Éufrates, entre el 5000 y el 2000 a.C., zonas extendidas hasta el Golfo Pérsico, en lo que hoy es un devastado Irak, donde crecieron ciudades como Eridu, Uruk y Ur, antecedentes fieles de las ciudades occidentales (Soja, 2006; Mumford, 1961; Bairoch, 1990; Morris, 1984; Castells, 1971; Munizaga, 1999).

nació la composición de *clase*, como relaciones de producción representadas social y espacialmente, y la separación civil entre gobernantes y gobernados. La clase como rol social.

La ciudad comenzó a identificar clases y funciones económicas, por distribución y tipo de vivienda (Morris, 1981: 33-66), generando lógicas de lo público y lo privado. En medio de estas lógicas ambivalentes apareció el dinero³³ para fungir como medio neutral y fuente de poder dentro de la ciudad³⁴, sumándose a las representaciones de la riqueza y el poder.

Feudalismo, cristianismo, tierra y territorio nacional

En la segunda revolución urbana la ciudad motivó las relaciones de poderes y prácticas útiles para el moderno sistema mundial. Ya fuera en Grecia o Roma, en sus respectivos tiempos, se construyó una trama de sistema urbano que no se interrumpió. Al colapso de Roma sobrevivió su institucionalidad política, cultural y económica, lo que equivalía en gran parte al cristianismo, que en su momento llegó a ser dueño del poder moral. La iglesia quedó como referente de centralidad urbana y de civilización (Wallerstein, 1974: 52; Anderson, 2006). De esta y de la aristocracia se hizo dependiente el Estado, lo que permitió a los nobles

³³ Diferentes fuentes calculan la aparición de las monedas de metales, como elemento de mediación de intercambio comercial, en el siglo VII a.C. Igual sugieren que en Mesopotamia y Egipto pudieron usarse pedazos de metales con forma de lingotes desde tres milenios a.C. Para ampliar puede revisarse Eagleton C. & Williams, J. (1997) y Whitehead, G. & Baskerville, P. (1979).

³⁴ Eagleton y Williams (1997: 16-38) explican que en un principio el dinero, en cualquiera de sus formas, no estaba destinado a prácticas de mercado netamente comerciales y libres, sino a reconocimientos que hacía el monarca a quienes le seguían en la pirámide; o en dirección inversa, al pago de tributos o sanciones

tomar mayor control territorial³⁵. Allí se desarrolló como capacidad la superposición de poderes sobre un mismo territorio (Sassen, 2006: 64): “feudalismo, iglesia e imperio/monarquía”. Se distinguían tres órdenes: clero, militares y trabajadores, sin perder la dimensión espacial. Pero la autoridad y los derechos eran de carácter no territorial. Así se posibilitó la descentralización (ibíd.); mientras que se forjaba la unidad territorial (Wallerstein, 1974: 244). Oh paradoja, la que pinta Wallerstein (p. 163), si fue esta forma de tenencia de la tierra la “clave en la diferenciación de Europa occidental”, pues liberó tal cantidad de personal requerida para “los avatares de la economía-mundo”.

ESPACIO URBANO, CRISIS FEUDAL Y CAPITALISMO

Esa liberación de personas provocó una redistribución del esfuerzo económico rural en las ciudades y aumentó la presión sobre la tierra urbana (Wallerstein, 1974: 165). La vida vagabunda y la explotación -ser explotados- quedaron como las únicas alternativas³⁶ (Wallerstein, 1974: 167). Moneda y especulación habían penetrado incluso en sectores marginales. La riqueza se volvió posible incluso para los que no na-

³⁵ La iglesia Cristiana adoptó el sistema administrativo y la organización del imperio. Después en la debacle institucional del sistema romano permaneció como dueña del poder moral y también institucional. Le habían asignado el gran poder de acuñar monedas, y en medio del éxodo y despoblamiento de la ciudad que perdía con el comercio su “chispa” aglomerante, quedó como referente de alguna centralidad urbana. En términos de Perry Anderson (en Borón, Amadeo y González. Comp. 2006): “La Cristiandad transformó desde el interior y gradualmente al universo imperial existente, sin ninguna alteración significativa de su estructura social. Pero al crear en la Iglesia un complejo institucional paralelo al estado, que sobrevivió al colapso definitivo del imperio, aseguró continuidades culturales y políticas mínimas para el subsiguiente surgimiento del feudalismo”. (p. 381).

³⁶ Es la tragedia del momento del proletariado rural, amenazado también por las epidemias y la muerte prematura (Wallerstein, 1974: 167).

cieron nobles (Pirenne, 1971: 77), rompiendo con el escrúpulo religioso que condenaba la usura.

Los mercaderes surgieron como agentes de los terratenientes que se independizaron, como campesinos de tamaño intermedio que se rebelaron contra la explotación señorial. Según Wallerstein, la economía feudal, que ya había extendido las fronteras de la producción europea, cayó en crisis. Su inmovilidad comenzó a contrastar con la movilidad del comerciante, que se convertía en un ser indescifrable, sin tierras y sin relación con la tierra; ergo, sin clase (Pirenne, 1971: 83).

Así generó una crisis en el derecho vigente y en la sociedad, que llevó a un trenzado entre clases, de la cual emergería una nueva, con elementos de nobleza, comerciantes, artesanos e inmigrantes: los patriciados (Wallerstein, 1974: 29). Se echó al lomo la nueva lógica comercial interurbana, mientras el feudalismo, como estructura histórica, terminaba de colapsar³⁷. Triunfo para las necesidades del burgués de integrar la tierra y el trabajo al mercado; y las del Estado, para aumentar la capacidad de pago de impuestos en zonas agrícolas (Weber, citado por Wallerstein, 1974: 160).

Burguesía, espacio urbano y expansión

La nueva disposición comercial de la tierra iba en contra de la máxima noble-cristiana que impedía su mercantilización y contra todos sus marcos legales. Por eso nació el derecho comercial o, es lo mismo, comerciantes con derecho especial (Pirenne, 1971: 84), con lo que arrancó

³⁷ Wallerstein (1974: 52-53) explica que este colapsó porque 1) alcanzó el punto óptimo de expansión, por lo que correspondía una contracción; 2) llegó a un punto de disminución de las ganancias, después de 1000 años de explotación agrícola; y 3) por variables climatológicas.

el proceso de construcción jurídica de la burguesía. La ciudad se convirtió en espacio colectivo, al menos de más clases. Se construyeron organizaciones municipales y nuevas instituciones urbanas laicas compatibles con la práctica del comercio y de la industria, el germen urbano de la geopolítica capitalista.

La ciudad burguesa convocó a gran número de habitantes, masas de personas que llegaban a trabajar en puertos, y en las dinámicas industriales que antes eran rurales. Con la dinámica mercantil comenzó un intercambio cultural y lo que ahora podemos reconocer como ética civil, pacto de convivencia de la emergente burguesía (Flores, 2004: 11-49).

Al tiempo comenzaron las “expansiones [urbanas] hacia la periferia” (Romero, 1976: 10), en las que el señor iba detrás del poder que representaba la tierra, además de los réditos simbólicos de la conquista, y el burgués detrás de la riqueza mueble (monetaria) que se multiplicaba a través de la red del mundo urbano. Para Wallerstein (1974, 1980, 1989) este es el comienzo del sistema mundial capitalista, entre el siglo XIV y el siglo XIX.

Fue la segunda expansión europea, “más allá del océano”, ensayada por los patriciados feudoburgueses en el siglo XV, la que constituyó el “sustento del mundo moderno hasta el siglo XVIII” (Romero: 17), en la connivencia de un capitalismo mercantilista que aplastó a las poblaciones nativas de las regiones conquistadas, imponiendo una “división europea del trabajo” (Wallerstein, 1974: 94-183) y encubriendo la explotación bajo “el mito sacrificial moderno” (Dussel, 1992).

La función urbana y la construcción de la economía política europea

El espacio urbano motivó la construcción del Estado-nación territorial, conjugando burguesía, nobleza y monarquía. El capitalismo “representó una solución a la crisis del feudalismo” (Wallerstein, 1974: 43). En la transición, el Estado monárquico impuso la economía-mundo capitalista a las zonas incorporadas (Bloch, citado por Wallerstein, 1974: 40).

En las ciudades tuvieron lugar las revoluciones, esfuerzo burgués³⁸ por construir la ciudad y sistema deseado. La burguesía asumió papel en el ordenamiento jurídico, y eventualmente impuso sus métodos de acción económica y administrativa. El acceso de los grupos marginados se delimitó a partir de la construcción de las simbologías de lo público y lo privado. La diferencia de privilegios se escondía detrás del discurso integrador representado por el espacio público (Flores, 2004: 33).

Al surgir el capitalismo comercial la ciudad integró su valor de cambio -la circulación del dinero- y su valor de uso -las obras, las calles, las plazas- (Lefebvre, 1968, 1970). Como orden político y económico fue clave para el control del mercado y el comercio, incluyendo el de los

³⁸ Touraine (1992), al tenor de Weber, diferencia entre el burgués y el capitalista, que serían actores diferenciados de las dinámicas modernas-económicas que estarían por venir. El capitalista, en este sentido, es un actor del modelo capitalista de modernización y está definido por su vocación netamente económica, a partir de la cual adquiere identidad social y cultural. Pero su ambición no está en la disputa de poderes simbólicos o materiales urbanos: “[...] Está enteramente inmerso en la actividad económica, cuya capacidad de invertir depende de sus ahorros personales, que no se siente atraído por el lujo y que usa los bienes del mundo como si no los usara, según la fórmula de San Pablo” (p. 32). Para efectos de este trabajo, más allá de la salvedad hecha, se incorporan todos en los mismos grupos de poder.

productos agrícolas (Wallerstein, 1974: 170), y para la aplicación de las nuevas ideas de administración (Sassen, 2006: 103).

Gracias a su lógica económica se consolidó una economía-mundo capitalista en Europa, con sus nuevas formas de apropiación y regulación del excedente. A medida que se estableció una “economía política de la territorialidad urbana” (Sassen: 86), la autoridad se territorializó y formalizó en leyes: un orden jurídico escrito, racional y probatorio. Las cartas constitucionales urbanas establecieron los marcos de derechos de la vida urbana y, por tanto, los límites del poder coercitivo del poder central. Es decir, que la ciudad elaboró el orden jurídico.

Su relación con las zonas rurales comenzó a ser determinada por la monetización y por la acumulación y la distribución de la plusvalía, porque la ciudad dinamizó el intercambio de productos del campesino a su favor (Lefebvre, 1968; Tilly, citado por Sassen, 2006: 87). Sobre estas bases políticas y económicas se asentaron el capitalismo mercantil, primero, y después, sobre este, el industrial (Wallerstein, 1974: 45). Aunque sobrevivieran otras formas de producción o de control (feudal y esclavista), lo que postulan Sassen y Wallerstein, en similar sentido al de Braudel, es que aquí se consolidaron las lógicas socio-política y económica del sistema moderno.

Los cuadros de poder comprendieron que el régimen vale la pena y es más estable (Wallerstein, 1974: 203). Un nacionalismo que se alimenta del pragmatismo institucional construido por las redes de comercio entre ciudades de distintos Estados para regular la circulación de moneda.

En general, moneda y ciudades hicieron un binomio perfecto (Braudel, 1985: 21): la primera como elemento del intercambio –“sin inter-

cambio no hay sociedad”- y las segundas como “estructuras multise-
culares que forman parte de la vida más común”. Con base en este,
la economía-mundo europea se convirtió en una conexión económica,
si bien no enteramente política, reforzada por “vínculos culturales y
arreglos políticos” (Wallerstein, 1974: 21). En esta los estados medios
tomaron las posiciones económicas hegemónicas, apropiando exceden-
tes, no como tributo imperial o renta feudal, sino con base en una pro-
ductividad más eficiente, tanto en la agricultura –primero- como en la
industria –después-, por medio del mecanismo de un mercado mundial,
con asistencia artificial del Estado (p. 53).

LA GEOGRAFÍA DEL PODER EN EL SISTEMA MUNDIAL

Braudel y Wallerstein explican la composición de la economía-mun-
do a partir del “largo siglo XVI” como una complejidad de centros,
periferias y semiperiferias. Las lógicas geopolítica y geoeconómica se
ensamblaron para aumentar los flujos de excedente hacia las zonas del
centro, con mucho menos despilfarro que en sistemas anteriores (Wa-
llerstein, 1974: 22; Braudel, 1979c: 10-27). Circulación para la que el
Estado debía dejar de ser una empresa central, para convertirse en un
medio de aseguramiento de determinadas condiciones de intercambio
(Wallerstein: 23).

América, en especial Latinoamérica, entró a la economía-mundo a
garrotazos de España, durante el siglo de hegemonía de esta. Representó
un importante anexo como periferia, como despensa y como escenario
de dinámicas y modos de producción que ayudaban a impulsar el bien-
estar del centro. “Las tres contradicciones del capitalismo, la expropia-
ción-apropiación del excedente, la estructura centro metropolitano-sa-
télite periférica y la continuidad en el cambio, hicieron su aparición en

América Latina en el siglo XVI y desde entonces han caracterizado a este continente” (Frank, 1970: 30). En medio del centro y la periferia estaban unas semiperiferias por las que circulaba el capital, en situación menos precaria que la periferia, pero lejos de ser los centros del poder.

Este es el momento en que Europa establece las ventajas frente al resto y se pone en el centro de una economía-mundo extendida (Wallerstein, 1974: 138). En el siglo anterior había logrado adelantarse tecnológicamente tanto, que solo pudo equipararla a mediados del siglo XX China (Needham, citado por Wallerstein, 1974: 76-83).

Otro elemento que fortaleció a Europa fue “la aparición de empresarios a los que confiar en gran medida las finanzas”, una clase urbana protagonista en la utopía capitalista del libre mercado, que respondió a la necesidad de los acreedores extranjeros (Weber, citado por Wallerstein: 42). Incluso la producción feudal, ya en fase de economía agrícola indirecta, quedó bajo el sistema capitalista, entendiéndose, el “modo dominante de organización social de la economía”³⁹ (p. 106).

La expansión de la economía-mundo ayudó a cortar una inminente guerra de clases en los principales países de Europa, liberando tensiones entre burguesía y nobleza, gracias a la incorporación de oro, plata, materias primas, proteínas, alimentos, maderas, materiales para textiles y fuerza de trabajo “más tratable” (Wallerstein, 1974: 72). Es decir,

³⁹ Antes se ha citado a diversos autores para señalar que el feudalismo, si bien se entiende generalmente en oposición binaria al capitalismo, hace parte integral de su proceso, pues históricamente lo estimuló (Braudel, 1979a, 1979b, 1979c; Wallerstein, 1974, 1980, 1989; Sassen, 2006). Además de las equivalencias territoriales del poder y el Estado que han sido citadas aquí a Sassen, Wallerstein advierte que llegado los siglos XVI y XVII, la feudalización de los estados ayudó a dismantelar la estructura imperial. Y España, un estado de carácter feudal, aunque monárquico, fue el que extendió la economía-mundo al continente más nuevo.

que la división internacional del trabajo⁴⁰ (Braudel, 1979c: 8-10) evitó conflictos en el centro construyendo alianzas de clase en un sistema político que estaba en función de los intereses de grupos dominantes (Wallerstein, 1974: 187-230).

Capas económicas, capas políticas: la matriuska de la economía-mundo

El capitalismo está definido por la racionalización de la economía (Weber y Polanyi, citados por Touraine, 1992: 33). Y la racionalización de la economía-mundo era compatible y consecencial a la competencia entre Estados. El imperio estaba impedido para controlarla por ser una totalidad (Wallerstein, 1974: 84-85). Al explotar en el mundo “la atmósfera febril del boom capitalista”, el mercado monetario y sus escenarios fundamentales, las ciudades, tomaron dinámica propia y superaron la capacidad de manejo del imperio, por ejemplo, del imperio construido por España⁴¹, que había petrificado todo su dinero en templos, palacios y monasterios (Braudel, 1985: 279), por ese fundamento hidalgo que todavía la movía, y no tuvo capital industrial para competir, pasando a la semiperiferia.

⁴⁰ “Una división europea del trabajo” (Wallerstein, 1974: 94-183).

⁴¹ Tres episodios son monumentales en el colapso español, gradual como son las inflexiones (Wallerstein 1974: 261): la pérdida de la autoridad sobre los Países Bajos en 1576, la derrota de su “armada invencible” frente a Inglaterra en 1588 y la paz de Vervins, en 1598. A partir de allí, el centro financiero de la economía-mundo se trasladó a Ámsterdam y Londres, tumbando con el cambio también a las economías alemana e italiana. Inglaterra y Francia aprovecharon el cambio para embasarse al frente del sistema, gracias a la liberación del capital. Estados fuertes y economías fuertes se hicieron sinónimos. Ambas naciones librarían luego la segunda gran guerra por la hegemonía.

Se requerían los Estados-nación de tamaño medio. La competencia por mercados obligó también a la racionalización de la empresa privada. La situación general estaba al orden de un sistema de esas dimensiones: la gran cantidad de metales que ingresaban desde América y las demás tierras conquistadas abarataron el dinero pero aumentaron los precios de los bienes (Wallerstein, 1974: 106; Braudel, 1985: 46-84); los precios aumentaron y el salario y las rentas, por ejemplo, se redujeron, dando lugar al nacimiento de una superganancia a costa de estos (Wallerstein: 111); ese producto se convirtió en capital y, entonces, garantizó la empresa del sistema.

De la mano del cambio, las dinámicas políticas y económicas del sistema se estratificaron en diversos niveles, permitiendo el goteo medido del poder desde el centro hacia la periferia (y la circulación de excedente en el sentido contrario), aunque en dimensiones más complejas que la caricaturizada dependencia simple. La liberación de gran mano de obra en el centro de la economía-mundo, gracias a la inclusión de la periferia oriental de Europa y de América les facilitó la especialización⁴², otra ventaja estratégica.

El capitalismo está definido también por las relaciones de producción. En las periferias persistieron el feudalismo, la aparcería y el esclavismo, cada uno en escenarios distintos, todos ajustándose al marco social y político del capitalismo como sistema⁴³ (Wallerstein, 1974:

⁴² Aunque no todo fuese del mismo color para todos en el centro. En las áreas centrales ganaban sobre todo los grupos de comercio internacional, el personal local supervisor y los dirigentes de la industria y el mercado; de resto, había una gran masa de población obligada al trabajo asalariado (Wallerstein, 1974: 141).

⁴³ La economía-mundo capitalista, ya instalada, como se repite en este texto, limitaba las decisiones políticas en el interior de las naciones y sujetaba las económicas del exterior, de la economía mundo europea.

106-107, 179) y a la complejidad multiestratificada del sistema moderno⁴⁴. “La penetración capitalista, además de convertir a América Latina en satélite de Europa, introdujo pronto en ella esencialmente la misma estructura metrópoli-satélite que caracterizaba las relaciones latinoamericanas con Europa” (Frank, 1970: 32).

La guerra jugó un papel protagónico, pues también distribuye papeles económicos e intensifica disparidades (Wallerstein, 1980: 34); ejemplos son los conflictos entre Holanda e Inglaterra y entre Holanda y Francia en el siglo XVII; de Inglaterra y Francia en el siglo XVIII y entre Estados Unidos y Alemania en el siglo XX.

Ciudades, centro económico mundial

La ciudad tuvo un papel fundamental en la construcción del sistema, ya se ha dicho, y de la riqueza pública, porque en estas estaba el capital monetario (Wallerstein, 1974: 249). En un Estado hegemónico una ciudad es el eje de la economía-mundo. Antes de la industrialización del capitalismo, tres ciudades se circularon ese papel: Sevilla, Amberes y Ámsterdam, que estaban relacionadas más con imperios que con Estados nacionales (Braudel, 1985: 102-103). Sevilla fue centro antes de la consolidación del sistema, y se hizo como Casa de Contratación

⁴⁴ La complejidad multiestratificada (Wallerstein, 1974: 120) establece que hay países del centro europeo por una parte y los de América, Asia y África, por otra, con semiperiferias en Europa oriental. Del centro se distinguen estados centrales y estados secundarios, en un juego de hegemonías. España, por ejemplo, que fue en el siglo XVI un centro, pasó a ser en los siglos siguientes una semiperiferia. En los Estados, diferentes metrópolis compiten por ser el centro del flujo. Dentro de los países, también se distinguieron las regiones importantes de otras menos importantes: un centro y una periferia internos. En cada región, se diferenciaron las ciudades, cargadas de importancia, del campo, cada vez más alejado del prestigio. Y cada ciudad tenía su centro de clase alta diferenciado de las clases bajas (Braudel, 1985: 88-89).

de las Indias, desde donde el Imperio Español controlaba la producción en el “Nuevo Mundo”, ayudada por pilares económicos como las ciudades comerciales italianas, los banqueros mercantiles de Alemania y Amberes.

La emergencia de Ámsterdam como “capital económica” va de la mano con la hegemonía holandesa en la economía-mundo capitalista, si se quiere, preindustrial, pese a que las reflexiones de Wallerstein (1980), Davis (1973) y Wolf (1982, 323-358), entre otros, impiden ponerle una cota cronológica tajante a la “industrialización”⁴⁵. Como potencia estuvo dominada, en general, por “una burguesía sólida” que controlaba la economía política (Sassen, 2006; 133).

Las Provincias Unidas o Ámsterdam específicamente, a criterio de Braudel, inauguraron la hegemonía en la economía-mundo, y sellaron el destino del sistema capitalista desarrollando las capacidades para interconectar su capitalismo nacional con el desarrollo a escala mundial (Sassen, 2006: 133). Ámsterdam entonces puso las líneas de lo que hace una ciudad como centro económico y cultural de poder⁴⁶. Era, señala Clark (citado por Wallerstein, 1980: 62), “el almacén del mundo”, y su bolsa hoy se recuerda como la Wall Street del siglo XVII⁴⁷. Pasó la

⁴⁵ En este sentido sirve señalar que Braudel (1985: 113) considera la Revolución Industrial y su movimiento lento una contradicción con la etimología de la palabra revolución, que significa un movimiento rápido.

⁴⁶ La población no solo se cuadruplicó, también se mezcló. El antecedente multicultural de Holanda tiene en la Ámsterdam del siglo XVII todo un ejemplo de flamencos, valones, alemanes, judíos, portugueses y franceses (Wallerstein, 1980: 61); y en general era el destino de “numerosos ‘herejes’ conocidos” (Sassen, 2006: 133). Todo hacía de esta un escenario “multicultural” antes de la existencia del término.

⁴⁷ La fuerza productiva y comercial de la economía-mundo creó una base sólida de hacienda pública, mientras la ciudad era el centro del sistema internacional de pagos y el mercado monetario, impulsando la exportación del capital holandés (Wallerstein: 79-80)

hegemonía a Londres, pero más o menos hasta 1763, en vigencia de la hegemonía inglesa, siguió siendo fundamental en la economía-mundo (ibíd.). La mixtura de población generó la necesidad de una planificación urbana que evitara los conflictos, tal “como ocurrió después en el siglo XX”. En palabras de Deyon (citada por Wallerstein: 62), Ámsterdam “fue el primer ejemplo de planificación sistemática, profundamente segregacionista y burguesa”⁴⁸.

TERCERA REVOLUCIÓN URBANA Y LA UNIVERSALIZACIÓN DEL SISTEMA MUNDIAL

La Tercera Revolución urbana estuvo determinada por “revoluciones”⁴⁹ materializadas en la metrópolis que Soja entiende como la metáfora de la modernidad. Allí ese construyó un nuevo discurso, se dieron transformaciones económicas, se consolidó el capitalismo como sistema de ordenamiento mundial, se instrumentalizó la tecnología y hubo crecimiento demográfico, provocando la mutación del espacio urbano.

Tantos efectos de la industria en la forma y dinámica urbana provocan la asimilación de urbanización con industrialización (Castells, 1971: 77), perdiendo de vista que la ciudad precede por mucho a la industria. Lefebvre (1970), para definir la sociedad que nace en la in-

⁴⁸ Y fue la última ciudad que gobernó sola la economía-mundo. Para Braudel (1985: 102-103, 107-108), una de las claves aprendidas por Inglaterra fue el blindaje de su centro económico, Londres, con una economía nacional, superando así la limitación de una economía de dirección urbana: “continúa el ejemplo de Ámsterdam, pero lo supera”.

⁴⁹ Quizá, acorde con la apuesta de este trabajo, sería más exacto hablar de puntos de inflexión, emulando a Sassen. Pero como se explicó en la guía de lectura, en la historiografía que se analiza aparecen también los términos revolución, crisis y ruptura, para hablar de las distintas fases de conformación del sistemas-mundo que se materializa a partir de estos siglos.

dustrialización -la postindustrial-, usa el término “sociedad urbana”, apostando por lo que llama “la urbanización completa de la sociedad”⁵⁰.

La máquina de vapor permitió a la burguesía anclar a la ciudad una versión más tecnificada de la industria, superando los beneficios de un establecimiento cercano a las fuentes de energía anteriores (Mumford, 1961; Wallerstein, 1974, 1980; Jane Jacobs, citada por Soja, 2006: 124), posibilitando una producción a gran escala y concentrando industrias y trabajadores, a diferencia de la dispersión alcanzada en las extensiones rurales. La lejanía de las fuentes de materia prima se compensaba gracias al desarrollo de los transportes. Las industrias, inicialmente manufactureras y mineras⁵¹, se insertaron en el espacio urbano, alimentándose de -y alimentando- un crecimiento urbano sin precedentes (Castells, 1971: 83).

Como Engels señaló, el papel histórico de la burguesía fue concentrar y desarrollar esta forma de producción, reorganizando las relaciones sociales (Polanyi, 1944: 117-128) para garantizarla. El éxodo inducido y espontáneo hacia la ciudad generó toda una potencialidad de trabajadores y una reserva de desempleados, sin tierra y destituidos, sin más opción que intentar sobrevivir a la creciente ciudad: mano de obra industrial y “su repuesto”, el ejército industrial y el ejército industrial de reserva (Engels, citado por Polanyi, 1944: 143), que “presiona sobre los salarios y permite el incremento de la plusvalía” (Marx, citado por

⁵⁰ Esta hipótesis, aclara Lefebvre, respondía -todavía entonces: 1970- a una realidad virtual.

⁵¹ Wallerstein (1980: 21) señala que entre la Edad Media y el siglo XVII la industria rural textil irrumpió fuertemente en escena, pero sobre todo se extendieron las industrias para la fabricación de cerveza, la destilación y la fabricación de pastas alimenticias (todo basado en la transformación de cereales). Polanyi (1944) ya había señalado que en el siglo XVI la industria artesanal era característica del campo.

Lefebvre: 1970). Creó también una “subclase” de extrema pobreza y miseria que sirvió para intimidar y amenazar a las clases medias y los trabajadores (Soja: 128): ‘Esto les espera si quedan por fuera, si se rebelan’.

La naturaleza del capitalismo industrial reorganizó el paisaje urbano (Castells, 1971: 87), creando grandes círculos urbanos marginados y miserables alrededor de las zonas de producción, como en Manchester, expuesto por Soja (2006: 127-134). Las estructuras sociales y económicas se reflejaron de distinta forma en cada metrópolis, pero en general la industrialización fue un inductor de la ciudad a “la vida moderna”⁵², provocando una dinámica inédita de urbanización. Ambos, industrialización y urbanización, son aspectos distintos de un mismo proceso (Lefebvre, 1968: 23), caracterizado por la lógica utilitarista.

Lefebvre explica que la ciudad de antes había relacionado su valor de uso –obras- y su valor de cambio - dinero- a partir del encuentro y la fiesta, por ejemplo, al consumir e invertir en ella las riquezas. Se producían obras: edificios, calles, plazas, catedrales. En la naciente metrópolis, en cambio, la producción de obras se reemplazó por la producción de productos y la mercancía se convirtió en la obra. La ciudad se hizo desagradable para habitar, por lo que quienes tuvieron la posibilidad se alejaron a una reinventada periferia, lugar de escape de la burguesía y las clases medias: una nueva ecuación de los patriciados en la metrópolis. Esto facilitó la indiferencia y la despreocupación por las condiciones de la mayoría que sobrevivía en el hervidero que era la ciudad.

La metrópolis produjo también un choque entre las dimensiones del sistema urbano (Lefebvre, 1968, 1970): el sistema de fines, referido a

⁵² Un término usado por Lefebvre con el que da la impresión se refiere específicamente a la modernidad como técnica.

los servicios que hacen posible y justifican la ciudad (agua potable, la energía, los lujos, el carro, el mobiliario); y el sistema de valores (intangibles), como el ocio, las costumbres o ese sistema de códigos que llamamos urbanidad. En ese sentido se alteró también el tejido urbano que sostiene el sistema.

El tejido, de acuerdo con Lefebvre, es el almacén de esa manera de vivir que llamamos sociedad urbana. Tiene una base económica y una social y cultural⁵³. Al penetrar en el campo y arrastrar hasta la ciudad a la población rural, replanteó las relaciones y la dicotomía entre lo rural y lo urbano, interiorizando las tensiones entre lo urbano y lo rural a manera de conflicto en la ciudad. El centro y la periferia en la misma aglomeración.

Los modos utilitaristas y desiguales de integración a la ciudad desembocaron en una lucha inédita de poderes. La sustancia de la ciudad, como la sustancia humana mencionada por Polanyi (1944: 118-127), se subordinó a las necesidades del mercado, y al mercado, ahora como sistema⁵⁴. Dicho de otra forma: el valor de cambio se impuso al valor de uso. Una inversión necesaria para los poderes capitalistas, ante la amenaza contra los privilegios burgueses que representaba la masa de personas que ingresaba al ejército de trabajadores y trabajadores de reemplazo. En síntesis, se destruyó la urbanidad como manifestación de la democracia urbana, para poder extender la sociedad urbana a necesidad del capitalismo industrial (Lefebvre, 1968).

⁵³ Habría que agregar el conjunto político para igualar la relación de la sociedad densa de la que habla Braudel.

⁵⁴ Polanyi (1944) no pasa por alto hacer la diferenciación entre mercados, como fenómenos, prácticas o escenarios de intercambios y entre mercado como sistema o economía de mercado. Braudel, Wallerstein o Mandel nunca pasan por alto diferenciar entre los capitalismos como modo de producción y el capitalismo como sistema mundial.

Sujetos modernos y el Estado moderno en el sistema mundial.

En caliente, Marx y Engels subrayaron en su *Manifiesto Comunista* (1848: 14) que “cada etapa de la revolución recorrida por la burguesía ha ido acompañada del correspondiente progreso político”, incluyendo la hegemonía en el Estado representativo moderno, “una junta que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa”. Francisco Colom (1998: 63-103) explica que los lenguajes políticos en los que mutaron las ideas y la cultura modernas hilvanaron identidades culturales colectivas, mitos y prácticas, con categorías de derechos y nociones de igualdad, pero en función, muchas veces, del fortalecimiento institucional. El “proyecto” liberal moderno, sus discursos y construcciones teóricas, trenzó lo mítico liberal con lo material-económico-industrial, construyendo categorías conceptuales e imaginadas de ciudadanía que, inaplicables por no estar basadas en la realidad, justificaban por omisión la explotación, la violencia y la desigualdad que tenía lugar en la ciudad (Borón, 2000: 300).

El Estado moderno conlleva la construcción de la burguesía nacional como persona jurídica, y de la figura legal del sujeto desfavorecido, el proletariado del que habla Marx, en las nuevas relaciones de producción y de reproducción social. En sus fronteras coinciden la *identidad*, la *autoridad* y el *mercado* (Soja, 2006: 294). Instituciones que caracterizan el extendido siglo XIX, entre 1815 y 1914, o el periodo de “la paz de los cien años” (Polanyi: 49-66), cuando las estructuras sociales se vieron como nunca alteradas por el capitalismo, tanto como sistema, como modo de producción.

La nacionalización institucionalizó la categoría de favorecido del burgués y de sus medios para enriquecerse (Sassen, 2006: 141-158), consolidando el reclamo del pensamiento y el poder de su lenguaje, que

según Colom (1998: 63) condiciona aquello que pueda decirse, pero también es susceptible de ser modificado por lo dicho en él.

El lenguaje político de la burguesía se estableció como el contexto de expresión de ideas (Colom, 1998: 64), más allá del lenguaje como mero texto, condicionando las ideas a sus marcos (ibíd.). El sujeto jurídico burgués poseía tanto los medios de producción como los mecanismos de control y dominación sobre los trabajadores (Sassen, 2006: 143), modificando la infraestructura institucional para engordar el poder transaccional de las compañías y los marcos contractuales de la relación con los trabajadores. Una tropa de ilustrados alimentó durante un par de siglos la batería teórica de la economía política burguesa, entre los que se subrayan Anne Robert, Jacques Turgot y Adam Smith. Principalmente en una etapa inglesa, que es, de acuerdo con Polanyi (1944), la que convierte al país en “el taller del mundo”, porque sus pensadores parieron las creencias organizadoras de economía mundial que se establecería a partir de allí⁵⁵.

Las creencias fueron alimentadas por las consecuencias sociales y culturales del discurso democrático liberal de la Revolución Francesa, superiores en poder mitificador a las revoluciones inglesa y holandesa⁵⁶, si es que, por un momento, las entendemos por separado. A juicio de Touraine (1992: 67), el impacto de la gesta heroica -cuando menos- de la Revolución Francesa, la postuló como una necesidad histórica, cruzando en el pensamiento y la historia “la idea del encuentro de un

⁵⁵ En el prólogo de *El capital*, Marx explica que se concentra en las dinámicas y autores de economía de Inglaterra porque éste es “el lugar clásico del régimen”.

⁵⁶ La explotación institucionalizada por el Estado no se habría consolidado sin la mitificación que este conjunto de revoluciones burguesas tomó de la versión francesa, como bien advierten Touraine, Soboul (1987, citado por Clemente, 1989), Polanyi (1944), Wallerstein (1980) y el mismo Marx (en el prólogo de la primera edición de *El capital*).

personaje o de una categoría social y del destino”. Permitió la fusión de las herencias de Locke y las de Rousseau, “del liberalismo de los defensores de derechos del hombre y la idea de la voluntad general”, y la construcción de un sistema único de pensamiento alrededor de la idea de *progreso*, que amalgamó racionalización y desarrollo (ibíd.); y se hizo categoría de narración de la historia (Wallerstein, 1991:21).

El progreso se asumía un objetivo mayor para el nuevo cuerpo social, objetivo que justificaba la sacralización del naciente sistema social, en el cual, contradictoriamente, se agazapan las ideas de democracia, de justicia, *libertad, igualdad y fraternidad*; y las prácticas desiguales de la producción y del sistema económico. La teoría liberal sustentaba la diferenciación de las estructuras sociales como una pluralidad necesaria para que los individuos pudieran identificarse (Colom, 1998: 70). Así se podía entregar “libertad” sin arriesgar la dominación política, pues se sostenía bajo la premisa del cuerpo social, en el que el proletariado se configuró en función de la producción y el sistema de la nueva economía capitalista.

Sassen (2006: 150-151) explica que la clase trabajadora recibió una personalidad jurídica equivalente a un sujeto sin derechos. El proyecto capitalista de la burguesía materializó así el desgaste que la clase trabajadora había sufrido durante siglos, para poner en marcha, en su desmedro, una nueva economía política que legitimaba y justificaba la explotación.

Capitalista y obrero están relacionados por la libre compra y venta de la fuerza de trabajo⁵⁷, en la que el primero consigue su ganancia a

⁵⁷ Marx (1868/1954: 215) escribió que: “El uso de la fuerza de trabajo es el trabajo mismo. El comprador de la fuerza la consume haciendo trabajar a su vendedor”, convirtiéndose el obrero en fuerza de trabajo que se pone en movimiento a sí misma” bajo la fiscalización del capitalista.

través de la explotación del segundo (Marx, 1867/1946; Mandel, 1972, 1977; Lefebvre, 1970). Esa explotación capitalista⁵⁸ está basada en el principio de enajenación (Martínez, 2006: 9), proceso de transformación del sujeto en otro, en un ser extraño a sí mismo⁵⁹ (Gurméndez, en Reyes, Dir., 2009), con lo que se consigue que la mayoría cumpla con el papel que le está dado en el nuevo orden mistificado. La categoría narrativa burguesa conlleva la institucionalización del papel subordinado del obrero en el sistema.

La economía-política transnacional en el moderno sistema mundial (industrializado)

La consolidación del sistema capitalista se formalizó transnacionalmente a partir de acuerdos y códigos internacionales (Sassen, 2006:187). En una economía-mundo capitalista, las decisiones económicas tomadas en la zona transnacional de dominio del capitalismo están orientadas primariamente hacia la arena de la economía-mundo, mientras que las decisiones políticas nacionales, donde intervienen los Estados, están orientadas principalmente hacia las estructuras menores que tienen bajo control legal los Estados (naciones-Estado, ciudades-Estado, imperios) en el seno de la economía mundo (Wallerstein, 1974: 93; Braudel, 1979a).

⁵⁸ El obrero produce bienes o valores de uso que sirven para la satisfacción de necesidades. Le agrega un valor a la materia prima representado acorde con las horas de trabajo. El capitalista consigue su ganancia al explotar la fuerza laboral del obrero aún después de que ha reproducido el valor de su salario cotidiano.

⁵⁹ El dinero y el capital son formas abstractas en las que transmutan los productos del hombre. Pero el hombre no puede reconocerlos como abstracciones que median las relaciones entre individuos, sino que los asume como realidades soberanas “y opresivas”, que determinan dichas relaciones. Esas realidades benefician a una minoría (Lefebvre, 1961: 21).

Mientras el sistema interestatal yuxtapone políticas que facilitan las dinámicas transnacionales (Wolf, 1982: 373; Braudel, 1979a; Furtado, 1961: 59-85), el Estado modera las revoluciones en la vida material (Wallerstein, 1980: 44) e impone⁶⁰ a obreros, campesinos y pequeños comerciantes la lógica del mercado, pese a los riesgos que supone para su vida (Polanyi, 1944): el desempleo urbano, la competencia, los menores salarios. La interdependencia compleja del sistema-mundo estiró las decisiones a todas las zonas, como expone Frank:

El establecimiento de estructuras metrópoli-satélite entre Europa y las colonias latinoamericanas y dentro de estas mismas, sirvió para fomentar desde luego un desarrollo limitado o subdesarrollo en la metrópoli colonial (nacional después) y un subdesarrollo estructural en los satélites periféricos de estas metrópolis coloniales. (Frank, 1970: 36-37)

Polanyi sostiene que el cambio fundamental de la Revolución Industrial fue el establecimiento de la economía de mercado, principal impacto de la máquina sobre la sociedad comercial. Una vez la industria copó la producción, la economía de mercado enlazó la producción y el consumo, subordinando las necesidades a los impulsos de la industrialización y a una economía-mundo en tales condiciones de apertura mercantil. La producción industrial implicaba unas mayores inversiones, riesgos para el capitalista, ahora industrial⁶¹. La garantía de un abastecimiento necesario para ganar en el sistema estaba sujeta a que

⁶⁰ Impone bajo el manto de la legitimidad, pues “mediante el contrato social los individuos habían intercambiado su libertad original por la protección y la seguridad que solo un orden social y soberano es capaz de proporcionar” (Colom, 1998: 72).

⁶¹ La diferencia entre el capitalismo comercial y el industrial radica básicamente en que en el comercial, el capitalista vende bienes que antes ha comprado ya elaborados; y en el industrial, el capitalista no compra los bienes elaborados, sino que compra la materia prima y la mano de obra (Polanyi, 1944; 89).

todos los elementos de la producción estuvieran incluidos en el mercado y ser así objetos de especulación y compraventa. Que a través del mercado, desde la zona de dominio del capitalismo se pueda decidir sobre todo en la vida material.

Para que la economía de mercado sirva al capitalismo, requiere que todos estos componentes de la industria estén a la venta. Así se saldaron las imperfecciones que presentó la economía de intercambio siglos antes, asociando “toda la producción a todo el consumo” (Braudel, 1985: 23), asignando valores de cambio a los respectivos componentes con base en una tabla capitalista de precios. La mano de obra tiene un precio representado en el salario⁶², la tierra en las rentas, y el dinero en los intereses. El beneficio solo es posible si están en una dimensión de mercado donde el capitalista puede apropiarse de todas estas plusvalías, diferenciando entre el precio de estos elementos como bienes y los costos. Así, con todo dado para controlar y enlazar producción y consumo a nivel transnacional (Braudel, 1985: 24) el capitalismo industrial quedó instalado en el marco del sistema mundial.

LA NUEVA ONDA LARGA DEL SISTEMA MUNDIAL

Tres potencias han ejercido hegemonía en el sistema mundial: Provincias Unidas, soportada en Ámsterdam; Inglaterra, que enmarcaba la centralidad de Londres; y la vigente Estados Unidos, que es la primera no europea, y aunque es eurocentrista, llevó la internacionalización hacia el norteamericanismo, una versión de cultura europea híbrida y mucho más flexible (Wallerstein, 2007: 90), acorde con la etapa capitalista que encabeza.

⁶² En aparte anterior referido al proletariado se ha hecho referencia a las teorías marxistas sobre la alienación y las relaciones de producción entre obrero y capitalista.

En la última se construyó una nueva forma de centro, no radicado en una aglomeración urbana específica, y se modificó el tipo de administración, no enteramente un territorio nacional y/o imperial. Es lo que Sassen (2006: 201-403) ha llamado el desanclaje de lo nacional, hacia una nueva territorialidad y una construcción inédita de centro, permitida y facilitada por las nuevas tecnologías y las nuevas dimensiones que adquirió la cultura, el capital y sus flujos.

Este nuevo ensamblaje mundial, una reorganización de capacidades ya existentes y la generación de otras inéditas, no se deben exagerar, pues desde la perspectiva crítica del sistema mundial de Wallerstein, no equivalen a dinámicas nuevas, que, al menos, no se puedan rastrear en los ciclos anteriores del sistema. Pero se aceptará aquí que, al menos, se caracteriza por un grado inédito de expansión geográfica del capital productivo industrial (Soja, 2006: 281) y de sus esquemas de acumulación (Harvey, 1990: 164-196), así como de equivalencias culturales y sociales. Las particularidades del ciclo actual están dadas por lo que según Wallerstein, es la fase final del sistema. Comenzó con la “era de las catástrofes” o la última “guerra de los treinta años”⁶³, punto culminante de la pérdida de hegemonía inglesa en el centro del sistema mundial, y de la lucha entre Estados Unidos y Alemania por ocupar ese lugar (Wallerstein, 1991: 2007).

⁶³ Wallerstein (2007: 117) sostiene que cada fase final de las luchas hegemónicas implicó una versión distinta de “guerra de los treinta años”: La primera y original guerra de los treinta años entre 1618 y 1648; la segunda estuvo formada por las guerras revolucionarias y napoleónicas entre 1792 y 1815; y finalmente las dos guerras mundiales del siglo XX, entre 1914 y 1945. Se caracterizaron porque “fueron esporádicas y no continuas, vieron cómo los Estados cambiaban de bando en plena guerra, contradiciendo sus proclamados compromisos ideológicos, y terminaron en la victoria definitiva de uno de los contendientes principales” (ibíd.).

El sistema interestatal, lo público y lo privado

Sassen observa que el gran esfuerzo de los imperialismos del siglo XIX fue proyectar los capitalismo nacionales a las zonas extranjeras, o, en términos de Wallerstein, incorporar las periferias (directamente) y las zonas externas (de manera indirecta) a la economía-mundo. La nueva versión de la estructura interestatal garantiza la propiedad internacionalizada del capital, ya sea bajo la figura de la corporación o de las transnacionales⁶⁴ (Sassen, 2006: 187).

El sistema interestatal hace parte esencial del último ciclo del sistema mundial (Wallerstein, 2007: 115-124). Allí toma forma la geopolítica estadounidense (p. 103), que funciona para maximizar la acumulación de capital, estableciendo en una pose democrática las reglas del juego entre los centros y las periferias, específicamente en cuanto a la división internacional del trabajo y las justas proporciones de libre mercado⁶⁵, manera que se consiga el objetivo fundamental: “La transferencia de plusvalía desde el sector periférico hasta el sector central” (p. 104).

Wallerstein explica que los centros y las periferias, que antes fueron más fácilmente subrayados geográficamente, han de entenderse ahora como “términos relacionales” entre “sectores más monopolizados de producción, por una parte, y los más competitivos por otra, y por lo

⁶⁴ “Se forman los trust y monopolios nacionales, y los capitalismo nacionales dominantes se expanden a escala mundial mediante el comercio y la exportación de capitales, la creación de grupos multinacionales, el capital financiero y la colonización” (Sassen, 2006: 190).

⁶⁵ Para Wallerstein (1989; 2007) los mercados libres nunca han existido, ni ahora ni antes. Son solo juegos de normas dispares entre centros y periferias. La persistencia de ese juego, un mercado parcialmente libre, es requisito para la acumulación de capital (Wallerstein, 2007: 106). Pero “el capitalismo no ha conocido una verdadera etapa real de libre cambio” (p. 59).

tanto entre actividades de producción de alta ganancia (y generalmente alto salario) y baja ganancia (con bajo salario)” (ibíd.).

Garantizar una fuerza de trabajo mundial disponible, reubicable y barata requiere incidencia en la vida material por parte de cada uno de los Estados, incidiendo incluso en la consolidación periférica de unidades familiares semiproletarias y unidades familiares proletarias en el centro. Estas familias son sostén de las estructuras políticas, de clase media en el centro y de clase media “marginal” en la periferia, sometidas a condiciones laborales diferentes.

Debe mantenerse vigente la condición de las estructuras estatales en justa condición de poder: ni muy fuertes que puedan impedir los flujos libres de capital, ni muy débiles que no puedan evitar que movimientos antisistémicos interfieran con el flujo libre de capital hacia el centro. Con ese objetivo las leyes de comercio se asumieron nacionales e internacionales de manera paralela, lo que se reforzó después con la entrada en funcionamiento de los organismos multilaterales reguladores.

Esto queda claro en la tesis de Sassen (1998; 2006) sobre la construcción bidireccional de la globalización, más allá de la contradicción o las reservas que el uso del término implica para Wallerstein o para Harvey⁶⁶. Explicita la globalización como un proceso que se construye tanto desde el plano interestatal mundial como desde el seno de los

⁶⁶ Wallerstein (2007: 58) considera que postular que la dinámica actual de flujos transfronterizos de bienes y de capital es inédita es desconocer lo que ha sido el capitalismo histórico, desde siempre “supranacional”. No aplica la crítica para Sassen, que reconoce la preexistencia de flujos financieros y comercio transfronterizos, pero apela a otras características nuevas de la era global actual. En ese sentido Harvey (2000: 87) reconoce “con reservas” la transformación cuantitativa y cualitativa en el proceso de globalización, pero “acompañado por la afirmación de que no se ha producido un cambio fundamental en el modo de producción y en las relaciones sociales correspondientes”.

Estados y sus centros (las ciudades), grupos y cuadros de poder relacionados en su propia dinámica interna de centro-periferia. La estructura interestatal es alimentada desde la complejidad y las tensiones particulares de cada Estado y de cada ciudad, y viceversa⁶⁷. En el Estado se reorganiza el poder.

En el caso de Estados Unidos, explicado por Sassen (2006: 207-278), las transmisiones de poder se dieron desde el poder judicial hacia el ejecutivo, de acuerdo con las necesidades de acoplamiento de la estructura de relaciones a las dimensiones del sistema, ahora, desde la posición hegemónica del país.

Las necesidades y papeles de los cuadros y poderes de los países de la periferia y de la semiperiferia impulsaron la redistribución de poderes entre sus ramas y las formas de ligar las nuevas estructuras culturalmente. Berger y Huntington (Comp. 2002) confirman una diversidad de dinámicas culturales globalizadoras que se ejercen en distintas zonas no estadounidenses⁶⁸, mostrando que distintas zonas, y las personas de de-

⁶⁷ La metáfora adecuada sería la del rayo, que requiere el intercambio descendente y ascendente de partículas entre la tierra y la nube. La interacción de partículas abre un camino de conductores de energía, como una autopista, a través del cual el rayo desciende y asciende al mismo tiempo; un canal por el que circula una densidad de procesos paralelos. Los efectos son más evidentes y materiales en la tierra. Así el Estado y las ciudades reflejan los efectos de las dinámicas bidireccionales, tanto en la redistribución de sus poderes internos, en la relación entre el poder central y los poderes locales regionales y entre el Estado y la ciudadanía (Sassen, 2006: 240). En concordancia se ha extendido el uso del término *Glocalización*, que Soja (2006: 288) atribuye a Erik Swyngedouw, para repensar la globalización al margen de binarismos: “Una combinación telescópica de lo global y lo local”, que responde al mismo principio de escalas e intensidades del sistema.

⁶⁸ Revisan los casos de China, Japón, India, Alemania, Hungría, Sudáfrica, Turquía y Chile.

terminadas zonas, responden de manera distinta a la globalización cultural y le mandan de regreso distintas capacidades a la globalización⁶⁹.

En esta perspectiva es clara la relación que existe entre la globalización y la categoría narrativa. No en vano Soja (2006: 279) señala que mucha bibliografía ha postulado la globalidad como el reemplazo de la modernidad y/o la postmodernidad, ajustado el globalismo a la dimensión de “las prácticas conscientes y afirmativas que emergen del conocimiento situado de la condición general”, y la globalización a los “procesos materiales que producen y reproducen esta condición”.

El nuevo ciclo del sistema está caracterizado también por el apanamiento de las esferas públicas y privadas, diferencia que había sido base para la construcción del discurso liberal burgués. “La privatización de actividades correspondientes al sector público y la desregularización de las economías nacionales, vuelve a cambiar la naturaleza de la división entre lo público y lo privado, así como sus beneficiarios específicos⁷⁰” (Sassen: 261). Zygmunt Bauman y Gilles Lipovetsky, entre otros autores, han hecho ingentes intentos de exponer ese fenómeno desde lo

⁶⁹ Para Berger (en Berger y Huntington, Comp. 2002: 14-30) esta ida y vuelta puede adquirir varias formas: La localización es el proceso por medio del cual una dinámica cultural foránea se ajusta a las prácticas locales. “Se acepta la cultura global, pero con significantes modificaciones locales” (p. 22). La hibridación es la síntesis de rasgos foráneos y nativos (p. 23). Y las emisiones son procesos en el que movimientos culturales no occidentales ejercen impacto en la globalización, lo que también llama globalizaciones alternativas (p. 25).

⁷⁰ Incluso en el ejercicio de la autoridad hay variaciones en la relación entre lo público y lo privado. Esas variantes van desde normas jurídicas originadas en el gobierno y aplicadas por organismos gubernamentales hasta las normas (nacionales e internacionales) adoptadas por los actores privados sin sanción gubernamental. [...] las normas que se originan en la esfera privada pero son aplicadas por el gobierno, y las normas originadas en el sector privado y aplicadas por él, pero “en virtud de delegación gubernamental” (Sassen, 2006: 264).

sociocultural. La segunda parte de este libro recoge varios de esos intentos.

Made in (Norte)América: el capitalismo tardío

Durante la primera parte del siglo XX Alemania y Estados Unidos lucharon por la hegemonía que iba perdiendo Inglaterra⁷¹, llegando al plano bélico en 1914, culminando con la derrota definitiva de Alemania en 1945. Como Francia en la lucha hegemónica anterior, Alemania requirió perder dos guerras para darse por vencida⁷².

Para el final de la segunda guerra los marcos sobre los que Estados Unidos ejercería su hegemonía habían sido firmados, primero motivados por el antagonismo real alemán y luego por la falsa dicotomía con la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), de cuyo ejército, en distintas condiciones, había necesitado para la victoria frente a Alemania⁷³. Las condiciones resultantes se pueden dividir en dos bloques.

Primero la superioridad militar e industrial estadounidense se vio multiplicada ante la destrucción de Europa, que había sido escenario de los enfrentamientos, con lo que EE.UU. llegó a una posición inmejorable en el mercado mundial. Su ventaja solo podía materializarse si

⁷¹ Para Sassen (2006: 202), esta sería la última escalada de los capitalismo nacionales, cuya proyección competitiva habría desembocado precisamente en la confrontación bélica.

⁷² Aunque a diferencia de la Alemania Nazi, cuando las tropas francesas de Napoleón invadían tierras extranjeras en su objeción al dominio inglés sobre el sistema mundial, eran portadores de un discurso universalizador que tenía adeptos en dichas regiones ocupadas, dice Wallerstein (1991: 13).

⁷³ La Unión Soviética participó en el bando opuesto a Alemania en ambas guerras. En la primera se retiró mucho antes para ver materializada dentro de sus fronteras la revolución bolchevique. Participó en la Segunda Guerra Mundial ya convertida en nación socialista.

los países de Europa tenían capacidades para comprar, por lo que “se hizo necesario que Estados Unidos [les] ayudara a [...] reconstruirse”, creando el Plan Marshall (Wallerstein, 2007: 51.), construyendo con esto alianzas políticas y militares con dichos países.

El otro bloque de condiciones se dio en relación con las tensiones con el otro país triunfador en la guerra: URSS, que pasaría a jugar un papel de oposición, a juicio de Wallerstein, absolutamente necesario para la hegemonía norteamericana. Se institucionalizó con los Acuerdos de Yalta⁷⁴, que tenían tres componentes no explicitados (ibíd.): la división de Europa en dos zonas de influencia correspondientes más o menos a los lugares en los que se habían detenido las tropas occidentales y soviéticas en el momento final de la guerra, la libertad de cada uno para hacer lo que quisiera dentro de su propia zona, sin intervenir en la zona del otro, y el derecho de intentar difundir abiertamente su ideología y de denunciar la del otro socio.

Desde esta perspectiva, fue una parcelación de facto de Europa como botín de guerra, que estableció la consecuente guerra fría como un “punto muerto” para esconder beneficios mutuos y sostener soterradamente a la URSS como potencia subimperial estadounidense, aunque con un vasto territorio y un discurso universalizador propio. La rela-

⁷⁴ La conferencia de Yalta (Crimea) se realizó en febrero de 1945 entre Joseph Stalin, Franklin D. Roosevelt y Winston Churchill, líderes de URSS, Estados Unidos e Inglaterra, respectivamente. El contenido de su protocolo puede encontrarse en línea, por ejemplo en <http://conferenciayalta.galeon.com/> (consultado en agosto de 2012). Debe advertirse que Wallerstein no se refiere a los acuerdos formales sino “al espíritu que los informó”. En la historia de la formación de las Naciones Unidas, Yalta está registrado como el encuentro en el que se resolvió el procedimiento de votación en el Consejo de Seguridad de esa, todavía naciente, institución global, cuya estructura había sido convenida en octubre de 1944 por la Unión Soviética, el Reino Unido, los Estados Unidos y China, en Dumbarton Oaks. Puede encontrarse más información en el sitio web de las Naciones Unidas: http://www.un.org/es/aboutun/history/dumbarton_yalta.shtml (consultado en agosto de 2012).

ción antitética postulaba la ideología americanista del “mundo seguro para la democracia”, instalada desde Woodrow Wilson, contraria a la comunista leninista que había asumido el poder en 1917. Ambas eran herencia de la Ilustración y se basaban en la razón y deliberación para la construcción de “la buena sociedad”, teniendo como instrumento clave al Estado (Wallerstein, 1991: 14).

En la trastienda, ese carácter universalista de la izquierda comunista soviética absorbió el discurso antisistémico mundial y monopolizó las posibilidades de cualquier revolución por fuera de sus márgenes⁷⁵. De esa manera, la corriente teórica moderna que se hubiera construido como crítica transformadora antisistémica quedó reducida, por un lado, a unos marcos geográficos de validez (solo en el oriente) y por otro, en occidente, a una tecnopastoral de corrientes variopintas apenas con función legitimadora (por oposición) de las ciencias organizadoras del sistema.

En el plano económico, Estados Unidos se sacudió las responsabilidades de reconstrucción de las zonas que quedaron bajo influencia soviética. Se estableció un *statu quo* mundial basado en una realidad y un poder dual, del capitalismo democrático y el socialismo comunista, cada uno legitimado en oposición al otro⁷⁶. De su lado del mundo Estados Unidos disfrutó de un periodo de crecimiento sin precedentes

⁷⁵ En el desarrollo del socialismo científico o de la evolución de las teorías críticas de la sociedad con ascendencia en la filosofía política y la economía política marxista, esto tendría un efecto que no puede pasarse por alto. Amadeo (en Borón et al, Comp. 2006: 54) expresa que el socialismo “realmente existente” de la Unión Soviética se consolidó después de la muerte de Lenin en favor de un estrato burocrático privilegiado, que en el legado de la revolución “destruyó la conexión revolucionaria entre teoría y práctica”.

⁷⁶ En ese sentido, al tenor de Wallerstein (2007: 52), las tensiones registradas durante la guerra fría –China, Vietnam, Argelia y Cuba- deberán entenderse como inconformidades frente a ese *statu quo*.

en la economía mundo, al coincidir un periodo de expansión de toda la economía capitalista, lo que es una fase A de un ciclo Kondratiev⁷⁷, con la condiciones de su hegemonía: el clímax del ciclo hegemónico de Estados Unidos. Una etapa conocida como “los treinta gloriosos”⁷⁸, en los cuales los ingresos de las familias estadounidenses y su capacidad de consumo no dejaron de crecer (Harvey, 1990: 154).

⁷⁷ En la década de 1920 Nikolai D. Kondratiev teorizó que el capitalismo estaba compuesto por ciclos de entre 48 y 60 años (Rodríguez, 2005), durante los que se presentan dos olas, una ascendente, de expansión económica y otra descendente de estancamiento. Se verifica por “indicadores de movimientos de precios mercantiles, ingresos de trabajadores, tasas de interés, índices de producción y consumo, depósitos bancarios y comercio mundial, para los países más desarrollados”. De acuerdo con Rodríguez, Kondratiev dedujo varios microciclos dentro de la onda larga: avances técnicos, aplicaciones de estas invenciones en la producción, auge económico, reorganización de las relaciones de producción y extensión de las relaciones económicas mundiales. Finalmente deberá venir la onda descendente de estancamiento, crisis y depresión. Mandel, de quien se toma aquí el término capitalismo tardío (sin desconocer el uso anterior en la Escuela de Frankfurt) ha sido crítico de los cálculos empíricos de Kondratiev. La de Mandel es una crítica seria de un marxista denso a la metodología y los instrumentos usados entonces por Kondratiev para medir las variaciones en las ondas largas del capitalismo, por lo que ignorar sus objeciones se hace imposible. No obstante, al menos en lo que se comprende para este trabajo y que ratifica la tesis doctoral de Rodríguez, no es relevante ahondar en su crítica, pues coincide en lo fundamental: existen las ondas largas en la economía mundial capitalista y se han repetido a lo largo de su historia. Tienen una etapa ascendente de crecimiento en el cual se maximiza la trasmisión de la plusvalía hacia las zonas del centro de la economía-mundo, que durará unos treinta años; seguidos por una onda descendente o de crisis, de similar duración. Para un abordaje complejo de las ondas largas se puede revisar, como segunda fuente, la tesis de Rodríguez; y como fuente principal los libros de Mandel, quien desarrolló a fondo teorías sobre “las ondas largas del desarrollo capitalista”. En el libro que se consulta para este trabajo, *El capitalismo tardío*, hay un clarificador capítulo de las ondas largas. Si faltara una corroboración más, hay diversos artículos de David Harvey que explican los periodos sistémicos de expansión y contracción, incorporando la crisis a la estructura del sistema, aunque con periodos, si no más cortos, que al menos se van acertando con el desarrollo del sistema. Soja (2006: 169) adopta también la periodización de la onda larga del capitalismo industrial urbano con ciclos de unos 50 años.

⁷⁸ Una etiqueta que Touraine (1992: 101) le reconoce a Jean Fourastié.

Los ciclos del sistema capitalista equivalen a las etapas de construcción monopolística y la posterior finalización del monopolio, que sigue siendo beneficiosa, aunque en menor medida, a la potencia hegemónica del determinado ciclo. La reciente onda larga o el reciente ciclo Kondratiev es lo que Mandel llama *capitalismo tardío*, coincidente con el uso, aunque no con el periodo y las dinámicas que explica, que le dio la primera escuela de Frankfurt⁷⁹.

Su periodo de crecimiento se extendió hasta la década de 1970. A partir de entonces, de acuerdo con esta teoría de los ciclos capitalistas, comenzó la declinación, la etapa recesiva, pero continúa vigente el ciclo o la onda larga llamada capitalismo tardío y por supuesto, el sistema mundial del que hace parte. La acumulación de capital en la primera etapa estuvo favorecida por la economía armamentista permanente y la tercera revolución tecnológica (Mandel, 1972: 539). Estados Unidos estableció los monopolios en los sectores de crecimiento y todo el centro, garantizando ganancias por el intercambio desigual con las colonias y las semicolonias (pp. 539-542), aumentando la velocidad con la que la plusvalía corría hacia dicho centro, según agrega Harvey (1990: 164-222), gracias al dinamismo adquirido por el sistema financiero, cuyo papel es uno de los grandes cambios.

Para la caracterización general de la etapa descrita por Mandel y los cambios que se dieron en las dinámicas fundamentales del capitalismo, sirve apelar a la capacidad de síntesis de Jameson (1991: 19): nueva organización empresarial –multinacionales y transnacionales-, nueva

⁷⁹ En *Dialéctica de la ilustración* (Horkheimer y Adorno, 1944: 107), el capitalismo tardío ya aparece como el equivalente económico del momento de decadencia que atravesaba entonces la modernidad. Jameson (1991) hace después la relación entre capitalismo tardío, ya con la definición de Mandel y su periodización, y postmodernidad, como dos lógicas –económica y cultural- de un mismo sistema.

modalidad de imperialismo no basada en poderes coloniales, nueva división internacional del trabajo, nueva dinámica de la banca internacional facilitada por la posibilidad de mayor velocidad de transacciones y en las bolsas (“incluida la deuda del tercer mundo”), “nuevas formas de interrelación de los *media*” (incluyendo en gran medida sistemas de transporte mediante la *containerización*), la informática y la automatización; el traslado de producciones industriales hacia las periferias; y, como consecuencia, “la crisis del trabajo tradicional, la aparición de los *yuppies* y el aburguesamiento a una escala que hoy, ya es global”⁸⁰. Con todo, el dólar se convirtió en la moneda base del sistema financiero mundial (Wallerstein, 2007: 67). En el fondo, que siga siendo una forma del mismo sistema está teorizado sobre los tres rasgos fundamentales de la producción que Harvey (1982; 1990) reseña: (1) el capitalismo tiende al crecimiento y la expansión constantes; lo consigue gracias a (2) la explotación de la fuerza de trabajo y (3) el dinamismo tecnológico y organizativo (1990: 202-203). La onda vigente sufrió una inflexión interna, marcada por la crisis de la década de 1970 (comenzó a finales de la década de 1960) y que tuvo por respuesta el giro neoliberal, medida de fortalecimiento del capital sobre el trabajo que, por las medidas del “liberalismo embridado”⁸¹, había excedido el poder del capital y había provocado una crisis de acumulación (Harvey, 2005: 16-25).

⁸⁰ Soja (2006: 281-282) describe nuevas fuerzas que dirigen el proceso de globalismo vigente, que en muchos casos, coincide con las categorías, aunque actualizadas, de Mandel. Harvey (1990: 164-196) agrega elementos fundamentales más actuales como la multiplicación de las tecnologías de la comunicación y la información (comunicación satelital, computarización de los sistemas financieros) y en general la revolución de la concepción espacio-temporal del capital.

⁸¹ Señala “el modo en que los procesos del mercado así como las actividades empresariales y corporativas, se encontraban cercadas por una red de constreñimientos sociales y políticos y por un entorno regulador que en ocasiones restringían, pero en otras instancias señalaban la estrategia económica e industrial” (Harvey, 2005: 17).

El desarrollo, la promesa del progreso y el orden del mundo

Estados Unidos permitió el traslado de cierta producción de menor tecnología a zonas de la periferia mientras concentraba “las industrias de vanguardia” (Wallerstein, 2007: 67), que son las que extraen el valor del avance tecnológico “en sectores como la metalurgia, la ingeniería mecánica, la química, la generación eléctrica, pero sobre todo a partir de las transformaciones en el transporte y la comunicación” (Sassen, 2006: 210). Ello aumentó la industrialización en las zonas del que comenzaría a conocerse como el tercer mundo, pero solo de productos primarios, haciendo sentir la fase de expansión solo en la producción agrícola y minera de los países periféricos.

Además de esta solución espacial, se asimilaron a beneficio de Estados Unidos las instituciones interestatales que regirían el funcionamiento del capitalismo en esta etapa. El Banco Mundial (BM), el Fondo Monetario Internacional (FMI) y la Organización Mundial de Comercio (OMC), como regidores de la economía; y las Naciones Unidas y la OTAN, como regidores de la geopolítica, ralentizan todavía la pérdida de la hegemonía construida por Estados Unidos y los efectos negativos de la fase recesiva de la onda larga sobre la misma nación.

El universalismo europeo experimentó en pleno su norteamericanización o, como le han llamado, su cocacolonización. El país hegemónico, siendo el espejo del mundo avanzado, es por antonomasia “el que ha recorrido el camino correcto y por tanto el lugar de los expertos en desarrollo”. Los intelectuales de Estados Unidos asumieron ese papel en la geocultura, elevando las estructuras intelectuales del país en todos los campos del conocimiento (Wallerstein, 2007).

El asunto del conocimiento ha sido siempre una variable determinante del universalismo y fundamental en la sostenibilidad del mito encubridor del sistema moderno. En el discurso actual, como menciona Wallerstein (2006), los derechos humanos y la democracia son su asunto central y la justificación de la intervención en las zonas sacrificiales.

La unidad bicéfala pobreza-desarrollo fue el “evangelio” de la etapa de expansión del capitalismo tardío. Arturo Escobar (2007) sistematizó los elementos de este relato que reinventó discursivamente a la periferia. Primero inventó las categorías claves del constructo a exportar. La pobreza, como nominación, sería “el ancla para una importante reestructuración de la cultura y la economía política” (Escobar: 49). Antes había sido materia de la filantropía, necesaria para la satisfacción de las conciencias de las élites, por el lado humanístico; y como instrumento de legitimación de la explotación práctica.

El sistema interestatal, coordinado desde el BM y el FMI, vendió sus medidas como decisiones ineludibles. En la periferia las instituciones del saber, universidades y fundaciones replicaban el discurso: el desarrollo, un discurso basado en la creencia que solo la modernización puede romper las supersticiones y relaciones arcaicas que atan a la periferia, ahora tercer mundo, a la pobreza (Escobar, 2007). La Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales señala:

La tesis era la de que existe un camino modernizante común para todas las naciones/pueblos/áreas (es decir que son todos lo mismo) pero las naciones/pueblo/áreas se encuentran en etapas diferentes de ese camino (por lo tanto no son del todo iguales). En términos de política pública eso se tradujo en una preocupación a escala mundial por el “desarrollo”. Término definido como el proceso por el cual el país avanza por el camino universal de la modernización. (Wallerstein, coord. 1996: 44)

Expertos en el desarrollo comenzaron a recorrer los países “objeto” de las medidas “necesarias” para superar el subdesarrollo⁸². Hunter y Yates (en Berger y Huntington, 2002) reconocen allí a una clase globalizadora estadounidense exportadora de ideas políticas, sociales, culturales y económicas.

Detrás de este aparataje discursivo el modelo se sostiene gracias a que el centro evita o ralentiza en la mayor medida de lo posible la acumulación originaria de capital para los países de la periferia (Mandel, 1972: 45-74). Los países de la periferia, incluyendo los de América Latina (Frank, 1970), se industrializaron con dinero que el centro había exportado y fue potestad del centro la selección de los escenarios de la inversión: “aquellos que benefician específicamente a la burguesía imperialista⁸³” (Mandel: 55). Todo esto le deja al centro la puerta abierta para aliviar una eventual crisis lanzándola a la periferia: “El capita-

⁸² Desde finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX surgieron una gran cantidad de fundaciones no estatales y “redes transgubernamentales” que crearon espacios de acción para la comunidad científica, cultural y empresarial (Sassen, 2006: 211).

⁸³ Con esto el mercado garantiza la subordinación y traba a los países periféricos la acumulación original de un capital disponible propio con el que decidir su camino de industrialización y producción (Mandel, 1972: 55). La cadena tiene tres consecuencias que sofocan el desarrollo económico del tercer mundo (pp. 55-56): 1) aumenta la erosión, es decir, el flujo de valor y capital hacia el centro, evitando este la generación de capital original, expropiando todo el excedente social disponible; 2) como el centro absorbe todos los recursos excedentes, es el único que puede reinvertir en la periferia, y lo hace solo en los sectores del llamado “desarrollo del subdesarrollo”, que es igual al desarrollo de la dependencia; y 3) para restringir la acumulación de capital, que es la tercera consecuencia, añade otra, que es la consolidación de las viejas clases dirigentes (oligarquías) en el campo (donde puede generarse una acumulación originaria de capital), dejando a la mayor parte de la población rural por fuera de la esfera de producción real de mercancías y de la economía monetaria.

lismo no resuelve crisis, solo las mueve geográficamente”⁸⁴ (Harvey, 2011).

⁸⁴ Es evidentemente un ajuste de la frase de Engels: la única solución que la burguesía puede encontrar a sus problemas es trasladarlos a otro sitio.

6. CARTAGENA DE INDIAS, “EN ESTA ANGOSTA ESQUINA DE LA PUTA TIERRA”⁸⁵

La coyuntura actual de la ciudad se describe de forma somera en la introducción de este libro. Su devenir, desde el punto de vista económico ha sido materia de análisis por distintos grupos académicos, por lo que una síntesis de estos alcanza para ubicarla en los marcos recorridos por el sistema mundial, siempre que se enlace con su ubicación en la complejidad multiestratificada: un país periférico tiene a su vez un centro, unas zonas y ciudades en mejores condiciones, y periferias o satélites periféricos. Los que, de acuerdo con la teoría desarrollista, han recorrido menos camino.

Latinoamérica fue la periferia por definición en el sistema mundial (Braudel, 1968; Wallerstein, 1974, 1980, 1989), por cuya subordinación Europa se hizo centro (Frank, 1970; Dussel, 1992, 2000), sosteniendo modos de producción que, en la división internacional del trabajo, permitieron la capitalización e industrialización de las metrópolis europeas.

Sus ciudades se fundaron como un acto político para tomar “posesión del territorio y sujeción de la población” (Romero, 1976: 55), convirtiendo al amerindio negado (Dussel, 1992) y después al africano transterrado en lo otro y marginándolos. Fueron fundadas por los

⁸⁵ Título del último cuento del libro *Lo Amador*, de Roberto Burgos Cantor. “[...] para que la gente no se confunda y sepa vía Lo Amador en lo que estamos con frescura cuadro los de lo amador aquí en esta angosta esquina de la puta tierra”.

patriciados feudoburgueses de Castilla, que entrado el siglo XV eran urbanos apenas en pequeña proporción⁸⁶.

Incluso en la península española, la ciudad era “por encima de todo, un centro de poder”⁸⁷ (Sánchez: 144) dominado por oligarquías y patriciados de caballeros⁸⁸, apenas empujados al capitalismo por la burguesía catalana. Las órdenes religiosas renovadas, representadas por caballeros en la reconquista, jugaron un papel fundamental en la construcción de las estructuras patrimoniales y centralistas de la monarquía (Furtado, 1961: 29; Ladero, 1991: 33).

Esa España debía encontrar salida a la presión sobre las tierras dominadas por pocas familias y la burguesía que se ahogaba en la escasez de mercados. Su salida fue financiar viajes de expansión, aprovechando el antecedente portugués que había extendido la producción a la zona insular africana sobre el Atlántico⁸⁹ (Romero, 1976: 21-23; Davis, 1973: 7-20; Wallerstein, 1974: 94-183) con plantaciones llenas de es-

⁸⁶ Solo los Países Bajos y el norte de Italia tenían concentraciones urbanas mayores, de acuerdo con Sánchez, (2004) y Ladero (1991). Calculan que la población urbana de Castilla era el veinte por ciento de cerca de 4,5 millones de habitantes, casi el 70 por ciento de la península ibérica. Bairoch (1990) hace un panorama demográfico urbano general para Europa que puede consultarse para tener una idea del contexto general.

⁸⁷ *Medievalismo. Revista de la sociedad española de estudios medievales* contiene una serie de artículos sobre el panorama social, político, cultural de la península durante la Edad Media. Puede consultarse la bibliografía en: <http://revistas.um.es/medievalismo/index> (consultada por última vez en septiembre de 2012). También la obra de Puiggrós (1974).

⁸⁸ En la conformación del Estado regio de Castilla la burguesía no había jugado el mismo papel ni obtenido el mismo poder que en otras partes de Europa. Sánchez (2004) caracteriza este grupo social en la Castilla de los Reyes Católicos, en gran medida como una nobleza de ideales caballerescos.

⁸⁹ Ralph Davis (1973: 7-20) sugiere que las necesidades de exploración llevaron al avance de la navegación portuguesa. Puede también verse en Wallerstein (1974: 94-183).

clavos africanos⁹⁰ (Romero, 1976.; Williams, 1944; Davis, 1973). Los caballeros que lideraron la expansión estaban lejos del poder central y carecían de necesidad de una acción colectiva, haciendo de la conquista un acto individual y más mediado por el interés privado del conquistador, casi un contratista del estado/reino español (Furtado, 1961: 29-30).

La ciudad posesionó y territorializó bajo la figura de ciudad que traía el caballero (Romero, 1976: 51-64; Rama, 1984: 17-29). En principio, fueron fuertes o puertos, además de algunas otras fundadas sobre ruinas indígenas (Romero: 51-64). El fuerte congregaba al ejército y sometía al indígena. El puerto concentraba y trasladaba la riqueza. En la segunda parte del libro se citarán ideas desde la cultura, para entender también la ciudad como el fuerte construido por los españoles para mantener su cultura blindada de lo que consideraron la barbarie indígena.

El sistema de movilidad individual (Wallerstein, 1974: 235-242) abrió campo a una carrera por el ennoblecimiento, el estatus y el éxito. Esta ambición del ascenso social, en parte, fundó las ciudades europeas en América, protagonizada por la aristocracia territorial (Ladero, 1991: 33; Romero, 1976: 53), que se encargó de pasar al otro lado del Atlántico el oro como un bien monetario para adquisición de lujos asiáticos (Wallerstein, 1974: 59). Las instituciones eclesiásticas y sus miembros

⁹⁰ Davis (1973) señala que el tráfico de esclavos africanos se inaugura en los años 40 del siglo XV. “Para mediados de 1450 estuvieron llegando anualmente un millar de ellos procedentes de África” (p. 13). En los años 70 del mismo siglo, el número anual de esclavos que llegaban a Portugal y sus islas (y se regaban por Europa) se elevó a 3500 (p. 14). Wallerstein (1974: 62-69) sostiene que el papel de Portugal estuvo motivado por la propia necesidad de su nobleza. Si en toda Europa la limitación de la expansión continental estaba dando curso al “gansterismo” (M.M. Postam, citado por Wallerstein, que explica la utilización de la violencia ilegal para recuperar ingresos perdidos por la imposibilidad expansionista), eran los nobles portugueses los que estaban en peor situación. Estaban al borde del “desclasamiento” (p. 62).

tuvieron posición de privilegio al lado de la jerarquía administrativa y la aristocracia urbana originaria⁹¹ (Romero, 1976).

Los indios fueron “empleados” para el servicio doméstico y las funciones menos deseadas (Romero: 54). En la naciente economía mundo, América estaba al servicio de las necesidades europeas por comida y combustibles, circuito de acumulación que se coordinaba desde las nacientes ciudades españolas en el territorio americano⁹² ahora incorporado. No fue distinto para el territorio que después se convertiría en Colombia.

Buscando desde el principio prehispano, los elementos –generalizables- que permitieron el establecimiento de aglomeraciones y sus respectivas jerarquizaciones y divisiones sociales en la primera revolución urbana descrita al principio de este capítulo, son identificables en las sociedades precolombinas, tal como pueden leerse en el trabajo de Frank Safford (en Palacios y Safford, 2002: 37-49).

Quizá, a diferencia de otras partes de América y mucho más con respecto a la chispa comercial que dio vida y -como se ha expuesto

⁹¹ Esta aristocracia la conformaban mineros, ganaderos, plantadores, dueños de ingenios, negreros y grandes comerciantes relacionados con la exportación de productos locales (Romero, 1976: 54).

⁹² La noción de ciudad latinoamericana puede entenderse incluso anterior a la conquista, como bien lo señala Guadalupe Carrillo (2006) al recordar, como también lo señala Romero, que muchas de las ciudades europeas en las Américas se levantaron sobre antiguas ciudades indígenas, como Tenochtitlán o Cuzco. Munizaga (1999) cita los trabajos de Rómulo Trebbi, *Antecedentes de la ciudad hispanoamericana* y de Jorge Harvoy, *Urban plannig in pre-colombinan America*, que valga aclarar, no se revisaron para este trabajo. Adams (2000) hace un recorrido por las particularidades de las civilizaciones que lograron niveles organizativos importantes en el llamado Nuevo Mundo, incluso paralelos a los de las primeras ciudades de Sumeria. Entonces, cuando se habla del nacimiento de la ciudad, evidentemente se está hablando de la europea en América, previa destrucción de las ciudades amerindias.

aquí- caracterizó la historia de la ciudad europea, el intercambio precolumbino en este territorio estaba filtrado por la dificultad geográfica. La geografía, señala Safford, había sido determinante en la división social del territorio incluso antes de la conquista.

Hidalguía, comercio y esclavitud

Cartagena de Indias fue fundada en 1533, todavía en plena hegemonía española, y reconocida ciudad por la corona en 1574 gracias a las bondades portuarias. Pedro de Heredia y al menos 500 caballeros llegaron en los primeros dos años en busca de oro y de estatus (Gómez, 2010: 134). La sobrepusieron al poblado indígena Kalamarí.

Décadas antes los españoles exploraron la bahía de Colombia, incluyendo la de Cartagena, una región cuyas cercanías estaban pobladas al menos desde 6000 a.C. (Oyuela-Caycedo, 2010) y donde antes de la conquista dominaban los llamados –por los españoles- indígenas Caribes, que en parte fueron esclavizados con autorización de la corona.

La ciudad nació “como un excelente puerto y una mala ciudad” (Jaramillo, 2010: 101). Lo primero por sus condiciones geográficas, los accidentes de la bahía⁹³, lo que convocó rápidamente a numerosos comerciantes y piratas, multiplicando las primeras huestes de Heredia (Gómez, 2010: 132). Lo segundo por “las dificultades para el abasto y la carestía de víveres” (ibíd.) que se agravaba con un crecimiento que desbordó el ordenamiento esperado por los Reyes Católicos. La ciudad tuvo arrabales rápidamente, aunque en la región apenas fomentó “pe-

⁹³ “Está dividida en dos inmensas dársenas naturales: la bahía exterior y la bahía interior, formadas a su vez, por grandes islas que más adelante sirvieron como puntos estratégicos para la defensa de la ciudad” (Segovia, 1982, citado por Redondo, 2004: 20).

queños enclaves en lugares estratégicos cercanos al río Magdalena” (p. 156).

Como se advirtió antes, la división del territorio colombiano estuvo determinada por la geografía, incluso desde antes de la llegada española, una característica imposible de obviar, pues ha sido fundamental en la estructura de relaciones entre ciudades y regiones desde la conquista:

Los ríos y montañas fraccionaron las culturas precolombinas en tres zonas principales: la Costa Caribe y el Valle del Bajo Magdalena; las altiplanicies orientales y, finalmente, el occidente, con variaciones significativas entre los diversos grupos que habitaban cada una de estas zonas (Safford, 2002: 53)

Pese a la ventaja de la bahía, las condiciones de Cartagena no coincidían con las indicaciones peninsulares para las fundaciones: disponibilidad de agua, mano de obra indígena, abundante terreno y pastos ganaderos. Ni siquiera respondía a las trazas ordenadas⁹⁴, pues su fundación, como otras del Caribe, se hizo antes del mandato regio o de su adecuada difusión⁹⁵ (Redondo, 2004: 23-27). Sin embargo, como todas las ciudades, respondió a la idea de orden previa del conquistador (Rama, 1984: 21).

El pillaje repetido, sobre todo la invasión de Francis Drake, en 1586, motivaron a la Corona a fortificarla y le dieron a España mucha

⁹⁴ Nicolini (2001, 2005) y Morris (1984) explican que la construcción inicial de la ciudad respondía a la traza en retícula o cuadrícula en la que solo la plaza central estaba diferenciada. Romero (1976: 106) señala que alrededor de la plaza multifuncional se levantaron los edificios para los poderes públicos, la iglesia y la autoridad.

⁹⁵ Las *Ordenanzas para descubrimientos, poblaciones y pacificaciones* en las cédulas de Felipe II se expidieron en 1573, recogiendo leyes que ya habían sido promulgadas (Redondo, 2004: 26).

más cuerda para la inmovilización de la riqueza en obras improductivas (Lane, 2010: 118). A partir de allí la Cartagena colonial que se levantó sobre el orden tradicional hidalgo cristiano que había instalado su primera generación, fue una respuesta tanto a la amenaza pirática (ibíd.; Ruiz, 2007: 374) como a las estrategias de tráfico de flotas y defensa regional.

Como toda ciudad latinoamericana nació también como proyecto urbano excluyente, de ascenso social para los conquistadores pero cruzada por su propia exclusión frente a la nobleza peninsular (Flores y Crawford, 2006: 230). Quienes venían “querían ser una nueva Europa” y eran “en verdad solo frontera y periferia de la Europa vieja”. Capa de élites solo entre las capas de la periferia (Rama, 1984: 28). La pirámide se complejizó cuando comenzaron a llegar esclavos africanos transterrados para la explotación sin medida y ser distribuidos por todo el continente. La repartición de fuentes de riqueza por estatus previo generó tantos hidalgos ricos como pobres y toda una subclase de comerciantes blancos y mestizos, todos por encima de los indios y negros (Romero: 78). Negreros y contrabandistas se multiplicaron en los puertos, como Cartagena de Indias, trenzándose en un modelo burgués mercantil sin escrúpulos (Romero: 102-103).

Cartagena fue uno de los primeros puertos autorizados para la importación de esclavos negros⁹⁶ a América (Newson y Minchin, 2007). La esclavitud fue una respuesta a las necesidades del sistema en instalación

⁹⁶ La bibliografía sobre la esclavitud de los africanos y de la historia afroamericana en general es extensa, específicamente la experiencia en Brasil y Colombia (Lechini, 2008: 19). Una mirada más extensa del tema afroamericano puede verse en Grady Lechini (ibíd.), que sirve de mapeo sobre los estudios al respecto en América Latina. Otra extensa bibliografía está sugerida en el blog del proyecto del Grupo Córdoba Ruta del Esclavo: <http://rutadelesclavocba.wordpress.com/bibliografia/> (consultado en mayo de 2012).

y su división internacional del trabajo⁹⁷ (Williams, 1944; Wallerstein, 1974, 1980; Braudel, 1968, 1979c). La mano de obra indígena casi fue aniquilada⁹⁸ y la blanca⁹⁹, que se explotaba en figuras taimadas de esclavitud, no dio abasto ni arrojó los rendimientos económicos justificados. La rentabilidad de la mano de obra negra, condenada a no tener autonomía motivó el “giro racial”¹⁰⁰ (Williams: 34). La esclavitud negra también permitió liberar la mano de obra de las ciudades europeas para la revolución industrial.

Hasta 1640 por Cartagena había entrado casi la mitad de los cerca de 300.000 esclavos africanos incorporados por los portugueses (Newson y Minchin: 207), aunque la mayoría no permanecía en la ciudad¹⁰¹. Mercaderes locales compraban grandes lotes y los revendían y transportaban hacia distintas partes del continente (ibíd.), especialmente a Lima.

⁹⁷ En el análisis crítico de los sistemas-mundo aparecen varios momentos en que racializaciones sirvieron como ejercicios de fortalecimiento de estratos centrales. Los judíos, por ejemplo tienen una larga historia de ataques en contra y en el clímax de la crisis capitalista del siglo XVI, cuenta Wallerstein (1974), fueron eliminados o explotados fiscalmente. Bauman (1980) ha dedicado extensos análisis sobre la situación histórica de los judíos en Europa.

⁹⁸ Los indígenas estaban sometidos a través de la figura de la encomienda o la mita. A juicio de Davis (1973: 51) y de Guillén (citado por Wallerstein, 1974: 140), esto pudo ser en muchos momentos peor que la esclavitud. Cook y Boyd (citados por Wallerstein, 1974: 124) calculan que el aniquilamiento indígena redujo la población en México de 11 millones en 1519 a 1,5 millones en 1650.

⁹⁹ La mano de obra “esclava” blanca llegó sobre todo para las colonias inglesas en forma de *servands* (Williams, 1944).

¹⁰⁰ “Un negro valía como cuatro indios” y el costo de un negro de por vida equivalía al de un blanco por diez años; y era, además, mano de obra inagotable, cuyo estatus de esclavo se heredaba (Williams: 29-60; Zeuske, 2011).

¹⁰¹ Para finales del siglo XVII la incorporación de negros a la ciudad aumentó (3668) y de acuerdo con algunos censos (Ruiz: 357) llegaron a igualar en número a los blancos (3686).

La estructura económica fue bastante sencilla incluso durante el siglo XVII (Ruiz, 2007: 354), con una economía de subsistencia en el campo, “un mercado interior limitado a los habitantes de los núcleos urbanos” que apenas se alteraba con la llegada de los galeones que iban y venían de ferias comerciales en otras costas (Grahn, 2005: 19). El oro salía por la ciudad pero las zonas mineras estaban alejadas y la ganadería no se había desarrollado. Casi todo estaba amarrado al comercio y al gran negocio del tráfico de esclavos, sobre todo el ilegal (Ruiz: 354). La mano de obra negra era la mayor inversión local. De hecho, la élite mercantil dominaba el puerto a finales del siglo XVIII, muy por encima de hacendados ennoblecidos que, en decadencia, habían vendido sus tierras (Ripoll, 2006: 131).

Despuntando el siglo XVIII la ciudad era zona privilegiada para los contrabandistas, dinámica que determinó en gran medida la economía local (Grahn, 2005: 21), la de la Nueva Granada y la de vastas regiones latinoamericanas (Wallerstein, 1989: 298). En Cartagena, como en todas partes, la lejanía de la corona permitía explotar los beneficios del comercio no controlado, sobre todo, con países que en ese momento ya estaban al frente de la economía mundo: Inglaterra y Holanda.

La decadencia semiperiférica de España limitaba su capacidad de atender las necesidades de Cartagena, y en general nunca tuvo interés en fomentar el comercio intercolonial (Braudel, 1979c: 1968), a lo que sí respondía el contrabando (Grahn: 22), validado incluso por todas las instancias de la oficialidad local.

Para la segunda mitad del siglo XVIII Cartagena reclamó el protagonismo del comercio exterior legal e ilegal de Suramérica (Meisel, 2005: 66), alcanzando relativa prosperidad en relación con las otras

ciudades y provincias de la Nueva Granada, en parte por la función estratégica de puerto fortificado que le dio España, solo por debajo de La Habana. Las inversiones en defensa y el monopolio del comercio exterior neogranadino se sumaron a la dinámica contrabandista (p. 70-73).

La periferia emancipada en la economía mundial

El mismo siglo terminó coronando la hegemonía inglesa sobre el sistema-mundo, en un reordenamiento de flujos que terminó por colapsar el imperio Español y su frágil control imperial en América Latina e incorporar a la economía mundo a la India, Rusia, África occidental y la zona asiática dominada por el Imperio Otomano (Wallerstein 1989; Braudel 1979a, 1979b, 1979c, 1985).

Las incorporaciones estaban en estrecha relación con las nuevas condiciones de la división internacional del trabajo (Wallerstein: 179-275) que se generaban por la emancipación política de la América inglesa y española. Las medidas de los países europeos colonizadores por paliar la crisis de las guerras que libraron entre ellos en la última década del siglo llevaron a las élites norteamericanas y, en distinto tiempo, a las latinoamericanas, a buscar autonomía política para hacerse del control del comercio y los beneficios del orden económico y social (Wallerstein, 1989: 298-301; Romero, 1976: 136-158).

Norteamérica se había hecho importante en materia económica desde principios del siglo XVIII (Braudel 1968: 400-416; Wallerstein, 1989: 281), convirtiéndose en mucho más que una despensa de riqueza colonial. Estados Unidos, como nueva nación apenas tenía que sacudirse de la dependencia directa y específica de Inglaterra, a diferencia de Latinoamérica, que por ser colonia de una semiperiferia era explotada

por toda Europa, de cuya explotación no pudo liberarse, pese a independizarse de España¹⁰² (Braudel, 1979c: 342-345). De hecho después fue explotada por Estados Unidos (Braudel 1968: 380; 1979c: 345). Las independencias en general equivalieron a la creación de Estados que se convirtieron en miembros del sistema interestatal bajo la tutela político-económica de Gran Bretaña y posteriormente de Estados Unidos (Wallerstein, 1989: 356-357).

Al bajarse los humos de las guerras independistas, Colombia quedó rezagada incluso en la periferia, como un país de agricultura arruinada, poca industria artesanal¹⁰³, disminución del comercio exterior e interior, déficit presupuestal y deuda externa creciente, situación agravada por las ocho guerras civiles ocurridas entre 1824 y 1908 (Sarmiento, 2010: 39).

Para 1912 el país tenía una de las dinámicas exportadoras más bajas de Latinoamérica (España y Sánchez, 2010: 10-13), solo superior a la de Haití y Honduras (Meisel, 1999a: 11), y muy limitada conexión en transportes. La industrialización del país se había retrasado y como en toda Latinoamérica apenas se vivieron impulsos modernistas sin modernidad y sin modernización (Quijano, 1988; Yory, 2009: 105), una yuxtaposición de sociedades y economías diversas (Braudel, 1979c:

¹⁰² Braudel (1979: 345) recuerda que desde el principio hubo dos tipos de colonia en América: una de poblamiento, como la de Inglaterra en Estados Unidos, que comenzó tardíamente; y otra de explotación, como la de España en el resto de América.

¹⁰³ España y Sánchez (2010: 12-13) señalan: “De acuerdo a Bejarano (1994) el fracaso de las élites locales por desarrollar un sector industrial no solo estuvo asociado a las deficientes políticas estatales sino que hace parte de un conjunto de factores explicativos como la limitación de los sistemas de transporte, la disponibilidad de energía, la ausencia de mercados crediticios y lo que el autor denomina las ‘limitaciones sociales al crecimiento’”.

358), trasladando los excedentes de una producción no capitalista a los centros capitalistas.

En Cartagena el contexto era de pobreza, no obstante el comercio mercantil sobrevivió en medio de la escasez de movimiento económico (Ripoll, 2001: 4) sostenido, sobre todo, por la circulación de oro. La ciudad había estado al frente del conflicto regional contra las urbes andinas (Múnera, 1996), lo que equivale al conflicto de las oligarquías del centro con las de la periferia en la reordenación de los poderes en todas las naciones latinoamericanas.

Un conflicto perdido, sumado a la pérdida del monopolio del comercio exterior y el fracaso de los proyectos de desarrollo local¹⁰⁴. La república le quitó sus ventajas coloniales, tocando fondo en 1875 (Aguilera y Meisel, 2009: 2).

De los determinantes de la colonia a la decadencia de la república

Safford (2002: 53-65) expone cómo las diferencias de la geografía también fueron determinantes en el tipo de relación con los conquistadores y el tipo de orden social que se formó en cada región. La ciudad, “como concepto jurídico” también tuvo características diferentes, relativas a ese tipo de orden. Cada región –Oriente, Occidente y el Caribe– estableció circuitos internos que se conectaron con el extranjero, pero que lograron poca conexión con el resto de las zonas del país, pese a que desde el siglo XVI comenzaron las discusiones sobre la necesidad

¹⁰⁴ La élite cartagenera de gran parte del siglo XVIII pretendía “desarrollar la producción agrícola, crear una estructura vial en la región, incrementar el mercado regional y el comercio exterior; y universalizar la instrucción pública” (Solano, 1994: 13).

de conectar lo que se perfilaba como el centro y las periferias, sin que al día de hoy se haya materializado tal objetivo.

La historia de la colonización y de las fundaciones es, de hecho, una carrera de huestes que comenzaron a expandirse desde muchos puntos: Perú, las costas del Atlántico y el centro. Querían ganar la carrera de la explotación de oro. La importación de esclavos y el holocausto indígena en ciertas zonas dio forma demográfica a la diferencia, perfilando “un occidente minero y africano y unas altiplanicies orientales indígenas” (p. 83). La Costa Caribe fue escenario de haciendas de miel, azúcar y de cría de ganado y otros terrenos menores de agricultores mestizos.

En el Caribe, Cartagena se convertía en el principal puerto, abierto al mercado formal y al contrabando. Durante mucho tiempo, su principal “mercancía” fue la humana esclava. El tratado de Utrecht de 1713 autorizó el ingreso de esclavos británicos y con estos se coló gran cantidad de productos del emergente imperio hegemónico, tal como expresa Safford (p. 109). Por “los altos costos del transporte y las malas condiciones del empaque” los productos de las altiplanicies “costaban entre cinco y seis veces más en Cartagena”.

Safford confirma para Colombia las tesis que Furtado, por ejemplo, ha expuesto sobre el desarrollo de unos patrones socioeconómicos coloniales que explican la situación actual de Latinoamérica. De 1590 a 1780, dice Safford, se instalaron tales patrones.

Una vez estabilizada la agitación de la conquista, España reorganizó el sistema de dominación sobre las distintas naciones indígenas. La enmarcación geográfica en pueblos (una diferenciación semántica con las ciudades que eran españolas) más grandes liberó tierras que pasaron a manos de españoles que se transformaron en hacendados y finque-

ros, y la introducción de mano de obra esclava reorganizó la división del trabajo forzado. En las periferias quedó marcada la diferencia entre pequeños minifundios agrícolas indígenas y los latifundios ganaderos españoles, por ejemplo.

Eventualmente el mestizaje comenzó a invisibilizar lo que había sobrevivido al holocausto indígena y lo que podía esconderse de ascendencia africana. En una ciudad como Santa Fe apenas cuatro por ciento de la población era considerada indígena en 1793 (p. 107).

En Santa Fe fueron establecidos los elementos reguladores de la organización social, cultural/religiosa y económica de este territorio. Era el centro administrativo, el escenario de la educación superior y el escenario del proceso de acuño de moneda, por lo que imantaba el oro (p. 110). El centro del país sostuvo las diferencias durante los periodos siguientes, en parte, sosteniéndose como una zona de dominio blanco letrado.

El denso trabajo de Marco Palacios y Frank Safford (2002) esclarece cómo las diferencias establecidas desde la colonia e incluso algunas previas a la conquista, explican los grandes desequilibrios económicos del país contemporáneo. Algunos intentos republicanos de variar la situación desde la Costa Caribe estuvieron liderados por élites de Cartagena, aunque en vano, pues el siglo XIX representó para esta ciudad una gran crisis.

Hacia la ciudad del siglo XXI

Solo a finales del siglo XIX la ciudad alcanzó a superar en parte la crisis con la construcción de ciertas obras, como el ferrocarril de Ca-

lamar, la reapertura del Canal del Dique y el aprovechamiento de una parte del auge exportador del café y del ganado provenientes de otras partes (Román y Guerrero, 2011: 115; Aguilera y Meisel, 2009; Meisel, 1999b), un impulso que llegó hasta 1930, marcado por el ingreso de la transnacional Andian, filial de la Standard Oil, y el comienzo lento de la economía del turismo. En esta fase algo del excedente de las exportaciones se invirtió en industria artesanal y en la construcción de barrios nuevos por fuera del perímetro amurallado, unos suntuosos para la élite -el caso de Manga-, otros populares para sectores pobres (Aguilera y Meisel: 5).

A partir de 1930 diversas crisis del sistema mundial en reorganización coincidieron con la apertura del puerto competidor en Buenaventura, que al ser beneficiado por la construcción del Canal de Panamá, le quitó peso exportador a todo el Caribe (Meisel, 1999: 4). Junto con la redefinición de las redes de transporte nacionales y el crecimiento demográfico, determinaron el rezago de la región durante el siglo XX, en contraste con la fase de crecimiento del país, que había arrancado, entre otras, de la mano del mercado del café y el flujo inédito de grandes capitales recibidos como pago de la indemnización por la escisión de Panamá (25 millones de dólares) y los préstamos externos (125 millones de dólares), que se invirtieron en infraestructura y transportes (Bonet y Meisel, 1999: 25).

Esa inversión comenzó por regiones distintas al Caribe y en gran parte representó su aislamiento. De acuerdo con Palacios (2002: 503), “el complejo ferrocarriles-río Magdalena perdió la preeminencia histórica ante el empuje del transporte automotor”, que privilegiaba a la región dominada por Bogotá y en menor grado en las de Medellín y Cali.

Si el río Magdalena le había dado protagonismo al Caribe, las carreteras se lo quitaron.

De acuerdo con lo citado por España y Sánchez (2010: 18), las dinámicas de acumulación preindustriales (el comercio de oro específicamente), habían dado beneficios específicos a élites del centro, especialmente de Antioquia: “los únicos que tenían recursos grandes y líquidos [para] [...] dominar todas las actividades económicas”, entre ellas la industria manufacturera del siglo XX.

Palacios (Palacios y Safford, 2002: 451), entrega una exposición al respecto:

Si el faccionalismo político tuvo sus propias reglas, en la base de la inestabilidad que generó deben considerarse las violentas fluctuaciones de los principales productos de exportación, con excepción el oro. Así, por ejemplo, el abatimiento de las exportaciones de tabaco (1878-1882), y de las quinas (1876-1877), que se despoblaron en 1883, o la fuerte depresión cafetera después de 1896, causaron desempleo, descontento e inestabilidad, particularmente en aquellas comarcas y regiones que estaban más ligadas a su producción y comercio. Éste es el telón de fondo de una transición de la jerarquía regional que registra el ascenso de Antioquia, centro de la minería y de una colonización dinámica que, en el siglo XX, sería el próspero cinturón cafetero.

La élite antioqueña se había unificado temporalmente en Medellín y el oro le daba seguridad. Por el contrario, el Gran Cauca, centrado en Popayán, y el Estado de Bolívar, en Cartagena, perdieron fuerza de gravitación en el país.

Al comenzar el nuevo ciclo expansivo de la economía mundial (el capitalismo tardío) de plena hegemonía estadounidense, el café repre-

sentaba más del setenta por ciento de las exportaciones nacionales; y el banano, producto clave en la economía del Caribe, menos del tres por ciento (Meisel: 21), por lo que la región apeló a la ganadería, de mucha menor rentabilidad general.

En general, el Caribe colombiano no superaba el cinco por ciento de la participación exportadora y en la complejidad multiestratificada pasó a ser periferia nacional, determinando la suerte de Cartagena, que había basado el grueso de su economía en la actividad portuaria (Meisel, 1999b: 32-45). Para entonces, la industria, que antes había jugado un papel secundario, apenas si era relevante (pp. 45-54).

La subordinación de la ciudad y la región al sistema mundial quedó mediada también por su subordinación económica con respecto al centro del país. Algo de la fase de crecimiento acelerado y la liberación de cierta industria durante “los treinta gloriosos” goteó hasta la ciudad, entre otras cosas facilitado por la conexión con el centro andino, al menos Medellín, en 1955, cuando se construyó la Troncal de Occidente.

El país había quedado adscrito económicamente a cierta regulación estadounidense, cuyas multinacionales asumieron control sobre el petróleo nacional, después que habían ejercido control también sobre el mercado del café.

Sus objetivos [de las multinacionales] se facilitaron porque a medida que avanzaba la década de 1920 fue haciéndose más evidente lo modesto de la riqueza petrolera de Colombia comparada con Venezuela. En la década de 1930 se descubrieron enormes yacimientos en el Medio Oriente, lo cual debilitó aún más la capacidad de regateo de los gobiernos colombianos. La creación de la Empresa Colombiana de Petróleos, ECOPETROL, una vez que en 1951 revirtiera al Estado una de las grandes concesiones, no amenazó los intereses norteamericanos. Más bien alimentó conflictos en el seno

de las élites colombianas, dado el interés de los capitalistas antioqueños por explotar la concesión. (Palacios, en Palacios y Safford, 2002: 517).

En 1955 comenzó la construcción de la refinería de petróleo en el sector de Mamonal, una zona que había sido incorporada con la construcción de una vía por parte de la Andian. “Intercol, una filial de la Standard Oil, realizó el proyecto con un costo total de 33 millones de dólares. La nueva refinería se inauguró en diciembre de 1957” (Aguilera y Meisel, 2009: 9). Mamonal comenzó a ser uno de los clústeres industriales más importantes del país, específicamente en el campo petroquímico. En la década del 60 recibió a siete grandes plantas petroquímicas (ibíd.) y desde la década del 80 ha sido escenario de millonarias inversiones de capital nacional y extranjero.

La inercia de la inversión haló dinámicas urbanísticas de algún carácter modernizador, al menos en infraestructura y servicios para las zonas céntricas de la ciudad, que comenzó a ser explotada por la industria turística. “Entre 1967 y 1981 la oferta turística se amplió de 500 a 2500 habitaciones” (p. 10) y entre 1990 y 1997 ascendió a 4500. Además el crecimiento demográfico ha sido rápido y sostenido.

En general, la primera década del siglo XXI ha consolidado a Cartagena como escenario de una superlativa inversión de capitales, que disparó las cifras de crecimiento económico, pero a través de enclaves. Sarmiento (2010: 78) sintetiza que “la acumulación de capital (de su enclave empresarial) tiene como fuentes la industria, el comercio, la construcción, el sector financiero y las actividades asociadas al turismo y portuarias”.

Pero en consonancia con las dinámicas de acumulación de capital en la economía mundo capitalista, la vida material de la ciudad está escindida de los beneficios (mas no del modelo) de su circulación, ordenada institucional y socialmente para facilitar la generación de un excedente privado, que en gran medida va a las zonas de dominio nacional y transnacional. Como señala Negri (2012: 44), el proceso de acumulación es también un proceso social.

Las zonas centrales económicas del país son Bogotá, Antioquia y Valle (a las que apenas recientemente se les ha sumado Santander), que entre 1975 y 2000 acapararon cerca de sesenta por ciento del ingreso total del país (Bonet y Meisel, 2007; Galvis y Meisel, 2011); y para 2005 el Censo Nacional de Población mostró que estas regiones concentraban cerca del setenta por ciento de las empresas (PNUD, 2010: 27).

Entre estas zonas, la principal beneficiaria es Bogotá, cuya “supremacía se hizo más evidente en los años noventa, ubicándose en un extremo muy superior, frente al resto del país” (p. 16), hacia donde se ha sostenido la circulación de excedente nacional¹⁰⁵ durante las recientes cuatro décadas, en las que el país experimentó un proceso de polarización urbana (Galvis y Meisel, 2001: 57-90).

En Cartagena, como evidencia de la desconexión entre las dinámicas superlativas de la economía y la sociedad local, quedan las condiciones materiales de pobreza, uno de los grandes temas de la tecnopastoral aterrizada y fomentada por el sistema interestatal, que en esa medida, ha aumentado la presencia local.

¹⁰⁵ Un ejemplo claro de la concentración se muestra con el ingreso nacional bruto en el sector financiero: el ochenta por ciento está concentrado en Bogotá (Bonet y Meisel, 2007: 21).

SEGUNDA PARTE

CIUDAD, ESPACIO URBANO Y SISTEMAS-MUNDO: MODERNIDAD Y POSTMODERNIDAD

7. LA CIUDAD Y LA LÓGICA CULTURAL DEL SISTEMA MUNDIAL

EL UNIVERSALISMO EUROPEO

Tal como advierten las teorías del arraigo de Polanyi y de la sociedad densa de Braudel, la economía no es, ni puede ser, autónoma¹⁰⁶. Justo al final del capítulo anterior se citaba a Negri para recordar que la producción y la acumulación son procesos sociales. Solo el cambio en las lógicas culturales podría permitir que nuevas fuerzas económicas rompieran con patrones de organización milenarios como los controlados por la iglesia, cuyas ideas hicieron parte de las primeras rebeliones y guerras civiles (Anderson, 2006: 382). Pero incluso si el triunfo de la economía capitalista hubiera sido imposible sin un movimiento cultural paralelo en el sistema-mundo, el universalismo europeo es una estructura que no puede entenderse solo en función de sus efectos económicos. Ambas lógicas o todas, consideradas en sus dimensiones y sus conexiones, conforman el moderno sistema mundial. Anderson (p. 391) sostiene que en su lógica cultural, la Ilustración, el marxismo y el neoliberalismo han sido tres casos de gran impacto.

El primero fue el punto culminante de la construcción del relato moderno, que a estas alturas de su evolución histórica es imposible analizar sin tener en cuenta cuatro conclusiones aportadas por Jameson (2002: 23-86) para darle ancla a tanta retórica sobre la modernidad: 1) es imposible no periodizar la modernidad, pese a las contradicciones de su periodización; 2) debe concebirse la modernidad como una categoría narrativa [europea] del mundo, más que como un concepto; 3) como la subjetividad y la conciencia, como categorías de la subjetividad son irrepresentables, el relato de la modernidad no puede organizarse en

¹⁰⁶ No obstante los esfuerzos discursivos de la teoría económica por negarlo u ocultarlo (ver Block y Stiglitz en presentación de *La gran transformación*). Como elemento independiente solo sirve como tecnicismo académico, señala Braudel.

torno de esas categorías; solo pueden contarse las situaciones de la modernidad; y 4) hoy las teorías de la modernidad solo tienen sentido frente a la hipótesis de una ruptura postmoderna. Al fin que la Modernidad es una categoría amasada con el mismo impulso con que se construyeron las ciencias sociales y humanas que le describen.

Ha sido dividida desde algunas corrientes entre dos tipos de razón: la razón ilustrada y la razón instrumental. Así lo hizo, por ejemplo, la primera Escuela Frankfurt. En iguales cantidades se ha entendido como estilo o concepto cultural y como época histórica, de la que la postmodernidad sería secuencia. Lo más compartido es que al final, época histórica –ciclo- y estilo/concepto artístico y cultural –tipología- colisionaron, en las aporías de la categoría narrativa moderna. Pero desde el análisis de los sistema-mundo, tanto una como otras definiciones son elementos de un mismo universalismo: la categoría narrativa de la que habla Jameson.

La razón y el sujeto

Como tiempo histórico, ha sido periodizada desde varios puntos cero¹⁰⁷ en los que la civilización europea se consideró a sí misma moderna, sintiéndose protagonista de la transición de lo antiguo a lo nue-

¹⁰⁷ Treviño (2000: 9-25) sugiere tres etapas: Renacimiento, Ilustración y siglo XIX. Yory (2009: 102) distingue tres momentos: el de la enunciación en los siglos XVII y XVIII (a partir de Descartes y Kant), en el marco de la emancipación burguesa (primera modernidad); otro a partir de la revolución industrial, (segunda modernidad); y un tercer momento actual desde el último cambio del siglo XX (tercera modernidad, que corresponde a la postmodernidad teorizada por Jameson). Sin explicitar los periodos, Harvey (1990: 25-55) y Touraine (1992: 15-89) también aportan recorridos históricos.

vo¹⁰⁸ (Habermas, 1991: 18). Aunque la idea de *cambio a partir de ahora* no está necesariamente ligada a la ciencia moderna¹⁰⁹ (Jameson 2002: 21), fue la Ilustración la que tumbó el encanto por los clásicos del mundo antiguo, poniendo la fe “en el progreso infinito del conocimiento y en el avance infinito hacia mejoras sociales y morales” (Habermas: 18). Esa crítica del pasado se hizo a partir de tres categorías (Calinescu, 1991: 38-44): el argumento de la razón, el argumento del gusto y el argumento de la religión.

Al llegar la Ilustración la iglesia había perdido control sobre la razón, las artes y la economía, por el redescubrimiento previo de la cultura (urbana) grecorromana, el intercambio de ideas europeas con las zonas reconquistadas y, principalmente, por ser institución de un imperio en decadencia (Treviño, 2000: 10-11; Anderson, 2006). El cambio construyó sujetos afines a las nuevas lógicas culturales y económicas dentro de los Estados (Treviño, 2000: 10-11; Weber, citado por Touraine, 1992: 31) y nuevas estructuras sociales nacionales con posibilidad de pelear la hegemonía en el sistema (Wallerstein, 1974: 216-221).

Este proceso de *subjetivación* (Touraine, 1992: 44) construyó retóricamente un sujeto dueño de su destino y una civilización culminante que debía ser emulada. La ciencia reemplazó a “Dios” (Touraine: 17) en la sociedad y el hombre lo reemplazó en el centro de la creación (Yory, 2006: 70). “La idea metafísica del universalismo” y “la herencia

¹⁰⁸ En ese sentido Jameson (2002: 25) rastrea el término “moderno” hasta el siglo V d.C. usado para distinguir a los contemporáneos del período anterior de los Padres de la Iglesia.

¹⁰⁹ En la conquista de Roma, el término dejó de representar solo “el tiempo de ahora”, para trazar a partir de este una división fundamental entre una cultura sucesiva, “un a partir de ahora”, y una clásica, que se daba por terminada (ibíd.). Fue el político y escritor latino Casiodoro el denominador de este nuevo término en relación con antiguo, no solo como continuación uno del otro, sino como oposiciones.

individualista de la Reforma” fueron base para construir la metafísica social¹¹⁰.

La razón se expresó en tres esferas autónomas (Habermas, 1991: 23-24): ciencia, moralidad y arte. Su proyecto, la *racionalización*, construyó los marcos para “el gobierno de los hombres y la administración de las cosas” (Touraine: 18). Así fueron desmontados los conceptos del mundo contruidos por la religión y la metafísica, escindiendo la lectura de la realidad de la “confianza radical”¹¹¹ (Cantón y Ruiz, 2005: 6) vigente y reorganizándola en lo que Habermas llama *aspectos de validez*: la verdad, la corrección normativa, la autenticidad y la belleza. Todos fueron desarrollados de acuerdo con lógicas internas de los propios filósofos de la Ilustración (Habermas: 24).

Cada aspecto de validez fue llevado a una dimensión institucional, ya fuere como conocimiento (la verdad), justicia (la corrección normativa), moralidad (la autenticidad) o gusto (la belleza). Como “dominios de la cultura” y de respectivas “profesiones culturales”, los problemas quedaron bajo autoridad de especialistas, quitándoles su correspondencia con las prácticas cotidianas (Habermas: 24).

Tal como los evangelios anteriores, el cúmulo de la cultura especializada estaba separado explícitamente del hombre de la vida cotidiana y se ubicaba en una zona de dominio cultural análoga a la señalada por

¹¹⁰ Calinescu (1991: 70) recuerda que la religiosidad como elemento humano no murió con –“la paradoja intelectual poética”– de la muerte de Dios, sino que dejó un vacío reemplazado por una búsqueda constante de los fundamentos de la existencia: la nueva religión de la crisis.

¹¹¹ De acuerdo con Nietzsche (citado por Cantón y Ruiz, en Berganza y Ruiz, Coord. 2005: 7) “la modernidad es la época de la sospecha”.

Braudel para el capitalismo. La guía del hombre¹¹² era un colectivo de ilustrados, potestad que se institucionalizó en la universidad que el proyecto moderno rescató del vilipendiado tradicionalismo de la iglesia¹¹³ (Wallerstein, coord. 1996: 3-36).

La ciencia y el cuerpo social

El proyecto moderno de la razón parte de una visión clásica de ciencia construida sobre dos premisas (Wallerstein, 1996: 4): la simetría entre pasado y futuro, legada por el modelo newtoniano; y la suposición de la diferencia entre una realidad material de las cosas y una realidad de la mente, legada por el dualismo cartesiano.

Una vez que Kant sintetizó las categorías del racionalismo con los datos sensibles del empirismo (Cantón y Ruiz, 2005: 9) la ciencia se concentró en la “búsqueda de leyes naturales universales que se mantenían en todo tiempo y espacio” (Wallerstein: 5), en el plano de la realidad material. La ciencia era el conocimiento cierto y la filosofía –ya emancipada de la teología- el imaginado o imaginario (p. 7).

Al alejar la filosofía del pensamiento de la vida material, esta última quedó desconectada de las macroestructuras (superestructuras diría Marx), y por esa vía las congeló.

Desde entonces, el discurso de la modernidad ha estado profundamente implantado en aquello que aún denominamos epistemología y filosofía de la *ciencia*, una forma de pensamiento crítico potencialmente emancipador que

¹¹² Todavía se entiende el sujeto desde los masculinismos. Flores y Crawford (2003: 65-69) recuerdan que el sujeto moderno ha sido, en todo caso, hombre, blanco y cristiano. Como se citará de nuevo más adelante, el sexismo y el racismo han sido siempre las fronteras del universalismo moderno.

¹¹³ Hasta el Renacimiento las universidades eran dominios de la iglesia.

Jean Baudrillard describió como girando alrededor de la benigna episteme del espejo, el conjunto científico de reflexiones buenas y útiles sobre el mundo empírico. (Soja, 2006: 120)

La llamada *Era de la revolución* (Hobsbawm, 1991) puso a la modernidad, como Ilustración, en crisis con otras manifestaciones de la lógica cultural, principalmente la democracia y las revoluciones sociales. De acuerdo con Soja (2006: 120), “la modernidad-como-Ilustración y la modernidad-como-democracia liberal, todavía ligeramente confundidas, lucharon por el poder urbano y estatal [...] hasta aproximadamente 1850”, encubriendo los efectos de todo el sistema en la vida material. La reclamación de igualdad, libertad, fraternidad y derechos universales del hombre impuso un reto gigante al nuevo totalitarismo de la razón, apenas comparable con el de su aplicación en la lógica económica:

Cuando en 1784 Kant preguntó “*was ist Aufklärung?*” (¿Qué es la Ilustración?), podía contestar sin mencionar al capitalismo o al Estado-nación. Después de 1789, esto se volvió inconcebible en la medida en que los discursos y las conciencias de la modernidad se habían transformado de forma significativa. (Soja, 2006: 122)

Filosofía y ciencia dieron respuesta a los problemas que emergieron del redescubierto y desacralizado sistema social, organizándolo con base en la *racionalización y la secularización* (Touraine, 1992: 18), es decir, un orden racional y comunitario (p. 20). La racionalidad respondía a los objetivos universales que el sujeto moderno estaba destinado a cumplir. El destino del hombre, sus dinámicas, valores, y funciones eran asunto de un cuerpo social movido por una moral que garantizaba

el nuevo orden social¹¹⁴. La decisión libre -en la idea- quedó determinada por la razón del cuerpo social soberano.

De hecho el contrato social de Rousseau parte de la premisa del ser humano como ser social, en la que ser –idea metafísica- está determinado por hacer –acción material- a favor del cuerpo social (Touraine: 22-30), la nueva sacralidad, a la que se suscribe la ciudadanía con la premisa de la construcción racional del mundo. La sociedad supedita lo individual (Touraine: 35-38).

A juicio de Santos (2005, 2006) la tensión entre regulación social y emancipación social es la característica de la modernidad, donde entran en juego dos grandes instrumentos: derecho y ciencia. Una tensión que moldea el contrato.

El contrato social se basa, como todo contrato, en unos criterios de inclusión a los que, por lógica, se corresponden unos criterios de exclusión. [...] El contrato social es la metáfora fundadora de la racionalidad social y política de la modernidad occidental. Sus criterios de inclusión/exclusión fundamentan la legitimidad de la contractualización de las interacciones económicas, políticas, sociales y culturales. El potencial abarcador de la contractualización tiene como contrapartida una separación radical entre incluidos y excluidos. Pero, aunque la contractualización se asienta sobre una lógica de inclusión/exclusión, su legitimidad deriva de la inexistencia de excluidos. De ahí que éstos últimos sean declarados vivos en régimen de muerte civil. La lógica operativa del contrato social se encuentra, por lo tanto, en permanente tensión con su lógica de legitimación. Las inmensas posibilidades del contrato conviven con su inherente fragilidad. En cada momento o corte sincrónico, la contractualización es al mismo tiempo abarcadora y rígida; diacrónicamente, es el terreno de una lucha por la de-

¹¹⁴ “Deístas o ateos, Voltaire o d’Holbach, todos sustituyen la metafísica de Dios por la metafísica del hombre” (Margot, 1999: 27).

finición de los criterios y términos de la exclusión/inclusión, lucha cuyos resultados van modificando los términos del contrato. (Santos, 2006: 8-9)

Es un ejercicio de racionalización de las relaciones sociales. Entonces tiene poder quien administre la razón. Wallerstein sentencia (coord. 1996: 8): “La lucha epistemológica sobre qué era conocimiento legítimo ya no era solamente una lucha sobre quién controlaría el conocimiento sobre la naturaleza [...] sino quién controlaría el conocimiento sobre el mundo humano”. Estaban en juego las decisiones del Estado y las funciones de los individuos. En este absoluto de la razón como poder, la oposición no es razonable y lo que no es razonable es antisocial, es contrario al cuerpo social.

El tiempo, el espacio y la civilización (occidental)

En el discurso de la modernidad el pasado fue bárbaro, salvaje y primitivo, así que corresponde al presente, heroico, momento de revelación¹¹⁵, la construcción de un futuro mejor (Habermas, 1991; Berman, 1982: xi). La condición del tiempo también se expresó en valores de acumulación de experiencias y de conocimientos, como en la máxima

¹¹⁵ Calinescu (1991: 30) señala que la división de la historia occidental en las tres eras – la antigüedad, Edad Media y modernidad- fue planteada en el Renacimiento. Para cada era existió un juicio de valor, “expresados por medio de la metáfora de la luz y la oscuridad, el día y la noche, la conciencia y el sueño”. La Edad Media equivalía a la oscuridad que había apagado la intensa luz de la antigüedad. Y la modernidad era el tiempo de volver a resplandecer.

del *enano moderno sobre los hombros de un gigante antiguo*¹¹⁶ (Calinescu, 1991: 25-29).

Los cambios en la concepción del presente hubieron de pasar por la resignificación de la metáfora de los gigantes antiguos, pues asumir el presente como revolución requería desconocer la importancia del pasado. La inversión retórica de la modernidad postuló a los modernos como aquellos que llevaban más tiempo sobre la tierra y por tanto, más conocimiento acumulado. El tiempo moderno sería el final de un recorrido hasta ese momento culminante de la civilización, la idea de la consolidación de la humanidad¹¹⁷ (Dussel, 1992: 11-22).

Se hizo además una revolución del tiempo, al menos como concepto. Calinescu (pp. 29-33) recuerda que la temporalidad hasta la Edad Media estaba asumida desde el punto de vista teológico, un tiempo determinado por la providencia. Las únicas marcas eran la vida y la muerte. La coincidencia de las inflexiones económicas, sociales y culturales, fundaron el valor práctico del tiempo. Es lo que Riechmann (2011: 26-

¹¹⁶ Calinescu señala que la metáfora puede rastrearse hasta 1126, con Bernardo de Chartres, cuya idea es citada por Salisbury: “Frecuentemente sabemos más, no porque nos hallemos adelantado gracias a nuestra natural habilidad, sino porque nos sustentamos en la fuerza mental ajena, y poseemos riquezas que hemos heredado de nuestros antepasados. Bernardo de Chartres solía compararnos con enanitos encaramados sobre los hombros de los gigantes. Decía que vemos más y más lejos que nuestros antepasados, no porque tengamos vista más aguda o mayor altura, sino porque se nos eleva y nacemos sobre su gigantesca estatua” (Calinescu, 1991: 25).

¹¹⁷ Berman (1982: 32-63) explica el recorrido del hombre moderno a través de las metamorfosis del *Fausto* de Goethe: soñador, amante y desarrollista. Cada metamorfosis responde al cambio de su relación con el mundo material. El soñador despierta de su ensimismamiento, de su abstracción en el mundo intelectual y reconoce la raíz material de su pensamiento. El amante le hace frente a ese mundo que ahora reconoce, relacionándose y preocupándose por las personas. Al final, el desarrollista, inevitablemente, lo destruye porque la creación requiere destrucción, requiere rasar, para levantar el mundo nuevo.

27) describe como la mecanización del tiempo: “cuando se generalizan los relojes mecánicos –a partir del siglo XIV- se llega a una novedosa concepción del tiempo [...] como una magnitud abstracta y homogénea, con existencia propia”. Un tiempo razonable, técnico y tasable, que simulaba control frente al miedo a la desorientación y la desintegración que trajo la revolución. Se convirtió en elemento de poder, susceptible y necesario de imponer desde los entornos urbanos.

[...] la iluminación artificial acabó con la necesidad de luz natural. [...] El tiempo mecánico impuso una nueva disciplina al género humano dentro, fuera de las fábricas y en toda su vida social: el mundo social adquirió las mismas dimensiones que el mundo físico newtoniano. [...] el Padre Tiempo se transformó por ensalmo en un reloj mecánico. (Bruce Mazlish, citado por Riechmann, 2011: 28)

La construcción de tiempo y espacio se entrelazó en la ciudad –Europea como idea- que tomó carácter universal, al mismo tiempo que la modernidad, proceso en el que el descubrimiento (de la totalidad del mundo) y la posterior conquista de América son etapas constituyentes¹¹⁸ (Dussel, 1992).

El descubrimiento de un “Otro” al que puede someter, controlar, dominar, es un espejo en el que posar la pretendida superioridad del sujeto moderno europeo; y un espacio en el que actuarla. Europa se autopro-

¹¹⁸ La tesis central de 1942. *El encubrimiento del otro. Hacia el origen del mito de la modernidad* (Dussel, 1992) es que la modernidad nace precisamente en ese año y con ese punto de inflexión. En su momento, en *El manifiesto comunista* y desde su lectura económico-política, Marx y Engels (1848: 13, en edición electrónica) señalaron que el descubrimiento de América y la circunnavegación del África impulsaron a la burguesía, “atizando” con su conjunto de dinámicas económicas el elemento revolucionario que se escondía en el seno de la sociedad feudal en descomposición.

clamó y construyó imaginaria y económicamente como centro, convirtiendo al Atlántico en el *mare nostrum* de la modernidad (Dussel: 16).

Francia, a partir de la mitificación de la revolución burguesa-popolular, y Alemania, en su revolución filosófica, se tornaron centros de pensamiento. La idea de civilización culminante, en el marco lineal del tiempo, requirió eliminar de la historia a América y a África, como refleja una cita hegeliana:

África (...) no tiene propiamente historia. Por eso abandonamos África, para no mencionarla ya más. No es una parte del mundo histórico; no presenta un movimiento ni un desarrollo histórico (...) Lo que entendemos propiamente por África es algo aislado y sin historia, sumido todavía por completo en el espíritu natural, y que solo puede mencionarse aquí, en el umbral de la historia universal. (Hegel, citado por Dussel, 1992: 17)

Aquí la precisión de Harvey (1990: 279) sobre “el otro” en el espacio y tiempo de la Ilustración ayuda a entender las contradicciones del pensamiento moderno con respecto al espacio de la otredad:

[...] no consistía en que *careciera* de una concepción “del otro”, sino en que percibía ‘al otro como al que tenía necesariamente un *lugar* específico (y aun como aquel al que ese lugar “le correspondía”) en el orden espacial, concebido de manera etnocéntrica como homogéneo y absoluto.

La modernidad y el progreso

La deconstrucción y reconstrucción de la modernidad emerge de su convergencia espacio-temporal con el capitalismo y más densamente con el posterior capitalismo industrial urbano (Soja, 2006: 122). Las

ideas del tiempo y el espacio, contradictorias como son, se cruzaron en la idea de la civilización moderna y de progreso.

Los “estudios orientales” nacieron para contar la historia de los pueblos “atrasados” y el estudio de la antigüedad (los clásicos) como el camino victorioso hacia la Europa moderna (Wallerstein, coord. 1996: 26-27), a través del cual se explicaba la “fase temprana del único proceso histórico continuo que culminaba en la civilización occidental moderna”. Las “otras civilizaciones” que llegaban a reconocerse como tal, “eran el relato de historias que se habían congelado, que no habían progresado”. La civilización, si bien había nacido en Asia, había madurado y consolidado a medida que corría hacia Occidente (Dussel, 1992: 11-22).

Berman (1982: 52-66) explica el “modelo fáustico de desarrollo”, la metáfora del modelo moderno, como aquel en el que los grandes proyectos de energía y transporte a escala internacional, integradores de empresarios y trabajadores, no se dan en busca de beneficios inmediatos o económicos personales, sino de resultados para todos a largo plazo, incluso, para generaciones venideras. Esta idea, esta promesa de un futuro mejor, según Berman, “lo hace genuinamente trágico”, porque “los horrores más profundos del desarrollo fáustico nacen de sus objetivos más honorables y de sus logros más auténticos”.

En palabras de Harvey (1990: 31):

La imagen de ‘destrucción creadora’ es muy importante para comprender la modernidad, justamente porque proviene de los dilemas prácticos que enfrentó la implementación del proyecto modernista [...] ¿Cómo se crearía un mundo nuevo sin destruir gran parte de lo ya existente? No se puede hacer una *omelette* sin romper huevos.

En su construcción racional el “moderno” se hacía con ese “derecho absoluto por ser el portador del Espíritu [...] ante el cual todo otro-pueblo ‘no tiene derecho’” (Hegel, citado por Dussel, 1992: 20). Tanto el sujeto fáustico heroico como el capitalista compartieron la promesa de progreso, una mitificación que permitió a los liberales imponer su credo (Polanyi, 1944: 190-207), vendiéndolo como el camino a las metas humanas.

Así “la destrucción creadora se convierte en el leitmotiv progresista” (Schumpeter, citado por Harvey, 1990: 33), y su oposición es irracional y una afrenta contra el futuro. En ese sentido, los conflictos sociales son ante todo los conflictos del futuro contra el pasado (Touraine, 1992: 68) o contra la moralidad de la razón (Touraine: 97), como lo subrayaron Weber y Foucault; por lo que se justifica la quema constante de lo construido en nombre del progreso, para poder levantar una obra nueva: lo que hoy es nuevo y producto del desarrollo, mañana es un obstáculo¹¹⁹.

Eterna reinención de la belleza eterna: modernidad vs. modernidad

El modernismo asumió en principio el papel de mitificar la época, al punto de que la mitología se perpetuara en medio de lo efímero y lo fragmentado de la revolución (Harvey, 1990: 34). De este papel sobre-

¹¹⁹ La estructura histórica del sujeto moderno, de hecho, choca contra esta necesidad del progreso. Por eso tanto Harvey (1990: 26) como Berman (1982: 81-128) citan a Marx para definir la modernidad como una experiencia donde “todo lo sólido se desvanece en el aire”.

sale como representante arquetípico un primer Charles Baudelaire¹²⁰, para quien el artista tenía que separarse de la materialidad caótica de las ciudades para alcanzar su objetivo espiritual, opuesto a la fuerza del hábito y la falta de belleza de la vida cotidiana (Calinescu, 1991: 49). Un arte desarraigado del mundanal, concentrado en un lenguaje que presente las verdades eternas, la innovación y la autorreferencia (Lunn, citado por Harvey: 36).

Después el mismo Baudelaire, en su propia metamorfosis, frente al proyecto urbano de París, “capital de la modernidad” (Harvey, 2006), respondió con un llamado a la relación íntima entre el hombre artista y su entorno¹²¹. Renunció a la aureola y a su posición en la dimensión de dominio simbólico, para develar los costos humanos y la destrucción que la modernización de las ciudades cobraba a los parias de la modernidad: gentes maltrechas que se aparecieron en medio de todo el atractivo vulgar y el gigantismo comercial –*camp*–, que reventaba sectores enteros de su vida¹²².

¹²⁰ Este es un acercamiento que trasciende por mucho el cliché del “poeta maldito”. La lectura compleja del espíritu modernista de las artes del siglo XIX, tiene en Berman un sugestivo título: *Baudelaire, el modernismo en la calle* (Berman, 1982: 129-173). El poeta pasó de la admiración de la burguesía –como el mismo Marx al reconocer la capacidad de las revoluciones burguesas en su *Manifiesto*– a la metamorfosis crítica de los efectos contradictorios que la modernidad tenía sobre la dinámica social (Pp: 129-173). Un enfoque compartido en gran medida por Gay (2007). Entre otras referencias indispensables para entender la modernidad, como lógica cultural, Gay menciona a Marcel Duchamp, Virginia Wolf, Igor Stravinsky y Orson Welles. El trabajo de Gay (2007) es un acercamiento extenso a la modernidad desde la historia del arte.

¹²¹ Berman analiza especialmente el poema “*Los ojos de los pobres*”, que está publicado en el *Spleen de París*, por el diario *Le Figaro*. Hay versiones en línea de estos textos. Uno de ellos puede verse en <http://es.scribd.com/doc/2984986/El-spleen-de-Paris-Charles-Baudelaire-en-espanol>. (Consultado en mayo de 2012).

¹²² Sobre la materialización del proyecto burgués en la(s) ciudad(es) se ha expuesto en el capítulo anterior.

La inspiración del artista desacralizado parte del “caos en movimiento” generado por la contradicción de tantos elementos modernos en el mismo espacio, público por la fuerza, para hallar la belleza de su tiempo en ese diccionario de la vida moderna que es la ciudad (Gay, 2007: 55). La imaginación del artista, según la redefinió Edgar Allan Poe, sería la capacidad de descubrir las relaciones entre lo existente, ya no la facultad de inventar.

Entonces la contradicción¹²³ de la(s) modernidad(es) como momento histórico y como estilo (Gay) o concepto estético (Calinescu) se manifestó públicamente en el vituperio del arte y los artistas modernos a la vida y gustos de burgueses y clase media *-kitsch-*, a cuyo destino revolucionario, paradójicamente, estaban atados.

Pero las características de la modernidad cultural, como estilo o concepto estético -la herejía y la autocrítica-, la hacen compatible con cualquier ideología, una especie de estilo omnívoro¹²⁴, en el que lo único fundamental está resumido por el *make it new* de Elsa Pound (Gay: 25-31). Una actualización de la oposición terminológica “modernos/ antiguos [que estaba] en la estructura básica de la división estética”¹²⁵

¹²³ Se diferenciará luego esta contradicción de la de la razón y el dominio subrayada por la escuela original de Frankfurt y, una contradicción mucho más estructural, entre la modernidad como proyecto, categoría narrativa, y como “mito sacrificial” (Dussel, 1992), al hablar de las consecuencias de las mismas para los pueblos periféricos.

¹²⁴ Aunque no en el sentido de la *omnívora modernidad* contemporánea de Agnes Heller (1993), con la que hace referencia a la multiplicidad/infinidad de interpretaciones y significados que la postmodernidad permite: tantas como tantos individuos interpretan. Es decir, a la modernidad como un tropo. El término que aquí se usa se refiere, todavía, a la posibilidad de ser moderno sin relaciones ideológicas específicas.

¹²⁵ Tal figura antitética tuvo muchas versiones dentro del mismo modernismo (Calinescu, 1991: 45): “clásico/moderno, clásico/gótico, *naive* [naif]/sentimental, clásico romántico”. Cada término, por supuesto representado por artistas, libró su propia contienda histórica.

(Calinescu: 44). “Lo inédito es el único imperativo categórico de la libertad artística” (Lipovetsky, 1983: 82). En el mismo sentido, el cambio es el atributo crucial de la modernidad (Bauman, 2000: 14).

Metáforas urbanas de la modernidad

El modernismo fue ante todo un fenómeno urbano en contraste y contradicción con la explosión del crecimiento urbano (Harvey, 1990: 41). La ciudad presente era paso obligado a un lugar mejor en un tiempo mejor. Si la metrópolis es la metáfora de la modernidad (Soja, 2006), su capital fue la París de la segunda mitad del siglo XIX.

Escenario del arte moderno y la vanguardia y de las críticas de la dinámica urbana burguesa y el lugar donde la modernidad y el capital se unieron en lugar y tiempo (Harvey, 2006). Desde Balzac a Baudelaire la creación sufre y responde a los movimientos espaciales y sociales que experimenta la ciudad. Fue el escenario donde se materializó la crítica artística contra las nuevas manifestaciones físicas del poder burgués, tan *camp*, y su gusto, tan *kitsch*.

El fenómeno urbano -industria, mecanización y migraciones-, tardías en el caso francés con respecto al inglés, llevaban a la ciudad a acelerar el caos en movimiento que representa una metrópolis. Napoleón III había encargado al barón Haussmann –el apóstol del cosmopolitismo comercial de las ciudades (Gutiérrez, 1983)- representar en la forma de París la modernización de Francia. Si siglos antes la ciudad había deslocalizado su centro con la construcción de Versalles y otras edificaciones levantadas por orden de Luis XIV (Flores, 2004: 55-66), Napoleón III volvía a la apuesta de los predecesores de esta deslocalización, que soñaron con los grandes bulevares, los parques, las luminarias

(ibíd.), ahora por otra vía. Las galerías y los vitrales de París vincularon a los artistas con el mercado y la mediatización terminó por devorarlos (Gay, 2007: 94).

Desde la lectura del paisaje del capitalismo, Soja (2006: 137-148) postula a Chicago como la metrópoli perfecta para la lectura de la materialización de las necesidades del capitalismo en la ciudad, durante la segunda mitad del siglo XIX. Un escenario donde el modernismo se construyó a imagen de la modernización y el pragmatismo económico.

Chicago fue un laboratorio urbano perfecto –“relativamente despejado”- para la formación a gusto de una ciudad capitalista industrial (Soja, 2006: 135). Se entendía como un plano, codificado por las formas de explotar los espacios de la manera más óptima posible para el capital. Los problemas se resolvían a través de un pragmatismo sincretizado en la llamada *ecología urbana* que entendía las dinámicas de la ciudad como parte de un organismo natural o “pseudobiológico” pero circunscrito al espacio percibido, a la superficialidad.

Aun cuando fue alimentada por dinámicas sociológicas importadas, pasaba por alto toda la compleja interacción de clases que los analistas europeos habían subrayado sobre las ciudades inglesas. Para estudiar la ciudad se abstraían de las particularidades de la gente, solo concentrándose en los costos y beneficios, ingresos y flujos, pese a que el componente racial y étnico era superior al de las ciudades europeas y aumentaba con las migraciones. La organización debía responder a unas lógicas de eficiencia: “[E]l uso ‘mejor y más óptimo’ (*highes and best*), es decir, la actividad o uso de la tierra que es capaz de derivar una mayor utilidad del lugar y que, por lo tanto, está dispuesta y es capaz de pagar más para ocuparla” (Soja, 2006: 145).

LA CRISIS DEL MODERNISMO (Y DE TODA LA MODERNIDAD)

En la modernidad, “sinónimo de la crítica de la repetición” (Calinescu: 74) y los lastres del pasado y la historia, coexisten de forma aporética la idea de la revolución y la utopía -el “todavía no”-. Si alcanzara la utopía, el mismo hereje/revolucionario moderno la tumbaría, aburrido de la inmovilidad, prolongando de forma indefinida la crisis: todo lo sólido se desvanece en el aire.

En arte, esa posición radical -contenida en la modernidad, sin ser lo mismo que modernidad- se entiende como vanguardia¹²⁶ (Calinescu: 99-101). Desde el aspecto cultural artístico su opuesto era la cultura “oficial” de su tiempo (Calinescu: 111; Gay, 2007: 92), el gusto, la forma de vida y el arte burgués, que se consideraba decadente¹²⁷ (Lipovetsky, 1983: 83).

No obstante, para Gay esta disputa era apenas un juego de tensiones y distensiones, como los de los otros elementos del sistema-mundo. En principio, porque el modernismo necesitó de la institucionalidad democrática, el orden abierto al cambio en el cual pudo desempeñarse¹²⁸ (Lipovetsky, 1983: 85). Pero sobre todo, porque el rechazo a los cánones fue, finalmente, la puerta de entrada de los artistas vanguardistas del

¹²⁶ En las primeras concepciones postrevolucionarias la vanguardia tenía unas connotaciones especialmente políticas que la asimilaban a una propuesta artística encargada de mercadear el modelo social, construido por científicos e industriales (Calinescu: 104-107). Mayor discusión sobre las variaciones del concepto, discusiones propias del desgaste de la modernidad en sus propias contradicciones, están desarrolladas en todo un capítulo de la obra de Calinescu aquí citada (pp. 99-147).

¹²⁷ “Burguesófogo”, se declaró Flaubert (Gay, 2007: 28); Robert Louis Stevenson calificó al burgués como “un inculto sudoroso” (p. 35).

¹²⁸ “El modernismo es la importación del modelo revolucionario a la esfera artística” (Lipovetsky, 1983: 91).

siglo XIX a los escenarios de las clases que ellos mismos deleznaban (pp. 31-32).

El reconocimiento adquiere una forma de valor de cambio. En términos de Bourdieu, es capital simbólico reconvertible en capital económico. En el caso de los artistas, aumenta por cuenta de la originalidad, por “la fiebre de novedades”, esa que Lipovetsky (2003: 43) vincula al juego de apariencias que es la cotidianidad burguesa, un “juego de mascaradas”¹²⁹.

El arte, por precio, se transforma en lujo y entra en el juego de la moda. La moda es un dispositivo de lujo que hace posible la idea del cambio y la individualización. Toda la ecuación convierte finalmente a la obra en producto de lujo. El lujo es la manifestación social del derroche (ibíd.) El arte-lujo, como moda, se industrializa y se riega a las clases medias degradándose en forma de “semilujo”: falso lujo a menor precio (Lipovetsky: 4). De esta industria se desprende toda una empresa de intermediarios de la cultura interviniendo en la formación de los gustos (Gay, 2007: 94-95), en el mejor de los casos; pero, para degradación de la idea revolucionaria del arte, exigiendo la simplificación de las estéticas en unas de fácil digestión –*kitsch*, por ejemplo- para la masa de compradores (p. 97).

La generación masiva del semilujo implica, por antonomasia, la especificación de un lujo más ostentoso, un tipo de lujo legítimo, si es que se equipara a las dimensiones del universo del gusto propuestas por Bourdieu (1979: 13-15); un gusto legítimo, objetivado como el natural, el que consume y produce las obras legítimas, las más bellas, las más

¹²⁹ Lipovetsky habla específicamente del vestir. Este en los hombres, se matizó, para poner en escena la idea de la igualdad, pasando la pompa a la mujer, el “escaparate” del poder burgués.

exquisitas, las más costosas, el gusto para la producción y consumo de la estética superior; un gusto medio, que podría entenderse como un gusto en vías de legitimación, de producción y consumo de obras menores, aunque costosas, *kitsch*; y un gusto popular de obras degradadas y masificadas, construidas siempre en oposición al gusto legítimo, la producción y el consumo el universo de la estética popular, dominada en la medida en que siempre se define en relación a la estética dominante (p. 38).

Ninguna dimensión está por fuera de las dinámicas del mercado. Gay (2007) relata casos de pintores a quienes se les aplicó incluso el pago por peaje¹³⁰ al ser comprada toda su colección antes de elaborarla, para poder explotar los excedentes a voluntad: en la ciudad, el artista convertido en proletario¹³¹ (p. 99) genera la plusvalía que el capitalista del arte se apropia.

Incapaces de leer las profundas conexiones que tenían con el orden burgués al que se resistían, los modernistas perdieron la capacidad de leer la realidad y fueron absorbidos por las prácticas de la clase que odiaban: “La modernidad requiere para prosperar unas condiciones previas [...] un orden social y cultural [...] No podría hacerse por fuera del estado liberal” (Gay: 37). Sin estas condiciones no se explicaría el consumo masivo y por tanto la producción masiva de bienes, incluyendo las bellas artes y toda su propia industria; y todo el empresariado a partir del cual se difunden los gustos modernos.

¹³⁰ Figura del capitalismo que consiste en la compra previa de la producción futura. Una manera de control sobre los excedentes de la producción.

¹³¹ Muchas fuentes aquí citadas subrayan los casos de Gauguin o Van Gogh, que en su subversión extrema, se aislaron y murieron en relativo anonimato, pero que fueron vinculados al mercado, a través de su obra, después de muertos.

Arte y parte, la revolución propia de la modernidad democrática se incorporó al modernismo, y desde aquí se alimentó la herejía extrema y la crítica a las equivalencias igualadoras del cuerpo social, reclamando y consiguiendo la extensión del individualismo de forma desclasada: un hedonismo masivo, una crítica al totalitarismo de la razón. Es la certeza de que el todo absoluto del cuerpo social no equivale a los deseos de las partes en la vida social (Touraine, 1992: 96). Germen del individualismo postmoderno, pero también de una de sus estrategias de reproducción social, basada en la idea objetivada del arte de vivir.

La reproductividad técnica del arte y su función política

La producción, reproducción y difusión de bienes culturales alcanzó una masificación inédita gracias a los nuevos medios de producción y de comunicación¹³². Benjamin¹³³ (1936/1972: 20-26) señaló que la reproductibilidad técnica le quitó a la obra de arte su historicidad, con esto, su autenticidad, y a la postre, la autoridad que radicaba en su unicidad. Sin esto, el arte se reduce a su “valor de exhibición” -o posibilidad de exhibición- que limita sus valores artísticos a un accesorio (ibíd.), y todo se condiciona a su valor de cambio. La masificación hedonista no solo incorporó al arte y elementos de placer y uso burgueses a sectores nuevos y extendidos (Lipovetsky, 1983: 79-135).

¹³² Benjamín se refirió en 1934 a la emergencia del cine, que consideraba cataclísmico de la autoridad del arte. Casi 60 años después Fredric Jameson (1991) rotuló el cine como el arte arquetípico moderno, frente al video como el arte arquetípico postmoderno. Una muestra apenas de la condición cíclica de algunas discusiones modernas y de la dimensión política de su periodización.

¹³³ Si bien es imposible asumir la Teoría Crítica de la primera Escuela de Frankfurt como de absoluta vigencia en la contemporaneidad, Bauman (2000) invita a reconocerla como una fuente clave de la narración del cambio que tuvo lugar durante su existencia.

Para la teoría crítica, claro, esto lo convirtió en una mercancía en el mercado de entretenimiento, de ninguna manera equivalente a la felicidad, “apenas una prolongación del trabajo bajo el capitalismo tardío [...] buscada por quien quiere sustraerse al proceso de trabajo mecanizado para poder estar de nuevo a su altura en condiciones de enfrentarlo” (Horkheimer y Adorno, 1944/1969:181). Así la mecanización convirtió el arte y la cultura en un elemento más de poder para el sistema, el falso espacio de escape, “una pálida fachada” que priva al ahora consumidor “de toda reacción” (p. 182).

Esa industria cultural¹³⁴ (pp: 165-212) es la extensión simbólica de la industria capitalista y ocupa los espacios y momentos de la crítica, la subjetivación y la razonabilidad (p. 188), distensionando la lucha de clases. Desde la perspectiva de Bourdieu (1979: 53-61), puede entenderse como una estrategia fundamental de incorporación de la estructura de relaciones al estilo de vida, donde se manifiesta la aceptación del modelo, la manifestación del *habitus*, “a la vez principio generador de prácticas objetivamente enclasables y el sistema de enclasamiento de esas prácticas” (p. 169).

El dominio y el fracaso de la razón

Si la esfera del arte o la belleza quedó bajo el utilitarismo del poder, similar balance se hizo de la razón. En su momento Horkheimer y Adorno (1944/1969) coincidían en que la humanidad se hundía en

¹³⁴ El concepto de industria cultural es uno de los legados teóricos más importantes y usados de la Escuela de Frankfurt. En principio hacía parte de la crítica al sistema. Hoy, es también sistémica, en la medida en que se promueven las industrias culturales como forma de incorporación al mercado capitalista. Una práctica frecuente en culturalistas de la periferia o al menos de Cartagena de Indias.

“un género de barbarie” durante la Segunda Guerra Mundial¹³⁵. Unos veintiún años antes, en la Primera Guerra Mundial¹³⁶, se había cortado un largo periodo de relativa paz entre las grandes potencias europeas, que había garantizado tanto el ensanchamiento de la economía-mundo como de las lógicas culturales del sistema mundial.

“La era de las catástrofes” (Hobsbawm, 1994: 28-225) o “la guerra de los treinta años” (Wallerstein, 2007: 72), develó la irracionalidad y “barbarismo”¹³⁷ de la modernidad y de los totalitarismos en la meca del universalismo, haciendo imposible el encubrimiento y la negación de la aporía del mito civilizatorio. La campaña de conquista Nazi, sugirió Aimé Césaire (citado por Bauman, 2002: 139), sometió a Europa a la indignidad que ella misma había sometido a América. Le dio el papel de colonizado: “[...] lo que la burguesía cristiana (de Europa y sus apéndices) no pudo perdonarle a Hitler no fue el crimen del genocidio, sino haberle aplicado a Europa las acciones colonialistas que hasta el momento habían soportado los árabes, los culis de la India y los negros” (ibíd.).

¹³⁵ La Segunda Guerra Mundial se libró entre septiembre de 1939 y agosto de 1945, en tres frentes continentales. Asia, África y Europa. “Prácticamente todos los estados independientes del mundo se vieron involucrados en la contienda, voluntaria o involuntariamente” (Hobsbawm, 1994: 32).

¹³⁶ La Primera Guerra Mundial fue librada entre julio de 1914 y noviembre de 1918. “En la Primera Guerra Mundial participaron *todas* las grandes potencias y todos los estados europeos excepto España, los Países Bajos, los tres países escandinavos y Suiza” (Hobsbawm, 1994: 31).

¹³⁷ De acuerdo con los datos del Museo del Holocausto de Houston (disponible en la página web de Naciones Unidas), el número de judíos asesinados durante el holocausto pudo superar los 5,8 millones. Solo en Polonia habrían muerto más de 3 millones de judíos, que representaban cerca del 90 por ciento de la población judía de ese país. Las víctimas civiles no judías pudieron llegar a los cinco millones. Hobsbawm (1994: 57) atribuye a diversas fuentes la cifra de diez millones de muertos en la primera guerra mundial y 54 millones de muertos en la segunda.

Las contradicciones del mito moderno habían sido subrayadas antes por personajes que en respectivos conflictos fueron considerados “herejes”, quienes hoy se leen como los heraldos del postmodernismo. Acaso esa es la historia del Marqués de Sade durante la república postrevolucionaria francesa, condenado por señalar las hipocresías con las que se ejercía el poder que en la retórica se postulaba emancipador¹³⁸ (Margot, 1999: 9-40). Para Margot, Sade fue la metáfora viva, la víctima, de la contradicción moderna, que acata el derecho proclamado a la libertad, pero no lo cumple; que condena como demencia la libertad ejercida por fuera de los marcos: “El enfermo mental en el siglo XIX es aquel que ha perdido el uso de las libertades que le ha conferido la revolución burguesa” (p. 19). El control, el dominio, la categoría aporética de la razón.

Juan José Sánchez¹³⁹ cita la *Crítica de la razón instrumental* de Horkheimer (1967) para explicar la posición asumida desde mitad del siglo pasado por la Escuela de Frankfurt: “La enfermedad de la razón —escribe Horkheimer— radica en su propio origen, en el afán del hombre de dominar la naturaleza”. Es que para Horkheimer y Adorno a la Ilustración y la Modernidad

[...] les sucede lo que siempre sucedió al pensamiento triunfante: en cuanto abandona voluntariamente su elemento crítico y se convierte en mero instrumento al servicio de lo existente, contribuye sin querer a transformar lo positivo que había hecho suyo en algo negativo y destructor (Horkheimer y Adorno, 1944/1969: 52).

¹³⁸ En julio de 1790 Sade fue liberado del encierro al que había sido sometido bajo la acusación de impío. Pocos meses después ingresó a la llamada *Section de Robespierre*, de la que saldría condenado tres años después por negarse a decretar una sentencia de muerte. De nuevo fue encerrado, entonces, por demencia (Margot, 1999: 12-15).

¹³⁹ El ensayo de Sánchez es el texto introductorio a la edición de 1994 de la *Dialéctica de la Ilustración*, de la que el mismo Sánchez es traductor. Esta es la edición revisada para este trabajo.

El mito se revela en su condición aporética y se rebela. “En el camino hacia la ciencia moderna los hombres renuncian al sentido. Sustituyen el concepto por la fórmula, la causa por la regla y la probabilidad” (p. 61). La ciencia, de acuerdo con Marcuse (citado por Habermas, 1984: 60), “en virtud de su propio método y sus conceptos, ha proyectado y fomentado un universo en el que la dominación de la naturaleza queda vinculada con la dominación de los hombres”. La categoría de dominio de la Ilustración, su razón instrumental, se concentra en los medios, no en los fines, “se mide por el mantenimiento de un sistema que puede permitirse convertir en fundamento de legitimación el incremento de las fuerzas productivas que comporta el progreso científico-técnico” (Habermas, 1984: 56).

En su totalidad la razón postula un solo modelo de economía, una forma de ley, una idea de justicia. En síntesis, la racionalidad se reduce a una herramienta para lograr de forma efectiva proyectos que no necesariamente son racionales (Touraine, 1992: 103). Esto es, una técnica apolítica, omnívora, útil tanto para fines personales como colectivos (ibíd.). Un gran capital cultural queda en manos de una clase específica con capacidad de reconvertirlo en poder y en capital económico. El capital cultural, señaló Bourdieu (2011:213-220) puede bien manifestarse en el plano literario y artístico, científico, jurídico o económico. Algunas dimensiones pueden ser heredadas y otras adquiridas a través del recambio de capital económico. Los doctos, que son los que adquieren titulaciones de este capital escolar, tienen entonces, por cuenta de la legitimidad otorgada por las instituciones de titulación (escuelas), el poder de dar las respuestas a las preguntas de la sociedad.

Las fronteras del universalismo

El dominio se reveló y rebeló como exterminio, cuya prueba principal es el holocausto judío (Bauman, 1980). “El judío”, como concepto producto de la razón, había jugado el papel de otredad interna en Europa, heredado por la iglesia católica como figura opuesta de la lógica positiva y adecuada. Esto es, el judío como anomia (p. 62), como necesidad de normalización o exterminio.

Si las guerras mundiales pueden interpretarse dentro de las luchas por la hegemonía en el sistema mundial,

[...] el antisemitismo no se puede, en verdad, conceptuar como un caso específico dentro de una amplia categoría de los antagonismos nacionales, religiosos o culturales [...] y tampoco nace de intereses económicos contrapuestos [...] El antisemitismo fue un asunto de (unilateral) delimitación, no de enfrentamiento por unos límites. (Bauman, 1980: 63-64)

El racionalismo que enmarcó el holocausto respondió a las categorías de dominio de la Ilustración y sus mecanismos totalizadores y funcionales, que toman la forma de racismo: “un recurso [...] con vistas a construir un orden social artificial eliminando los elementos de la realidad presente que no se ajustan a la soñada realidad perfecta ni pueden modificarse para que se ajusten” (Bauman: 89). Respuesta a lo que Touraine (1992: 138) etiqueta como nacionalismo modernizador. La actualización de lo que Williams (1944) subrayó como “la racialización de la producción”, que se aplicó –se aplica todavía- contra los afrodescendientes, como justificación de la esclavitud y la desigualdad.

El racismo y el sexismo fueron la respuesta liberal a la ruptura de las jerarquías esenciales y al triunfo de los valores del universalismo

(Wallerstein, 2007: 115). Son la frontera de la universalización, que hace los “valores universalistas aplicables *ad interim* a un solo grupo definido por la raza (color de piel, religión, ciudadanía, o cualquier otra distinción que fuese útil localmente)”¹⁴⁰ (Wallerstein: 115).

Todo el higienismo sociorracial estaba levantado sobre ciencia y teoría moderna, un mito nacional que promovía a los judíos como una antirraza (Bauman, 1980: 52), praxis de todo un proceso de ingeniería social planificado y medido, respuesta “ajustada” a las premisas de control, dominio e instrumentalismo de la Ilustración. El racionalismo nazi metió a los judíos en el gueto de los rostros sacrificiales de la modernidad. Cerca de seis millones de muertos en un genocidio con dimensiones que solo se encuentran en el holocausto fundante de la modernidad: los indios y los negros en América¹⁴¹.

¹⁴⁰ Al respecto Bauman agrega: “En el mundo moderno, con su afán de autocontrol y autodeterminación, el racismo declara que existe una categoría de personas que se resiste endémica e irremisiblemente al control y es inmune a cualquier esfuerzo por mejorar. [...] La consecuencia es que el *racismo se asocia de forma inevitable con la estrategia del extrañamiento*. Si las condiciones lo permiten, el racismo exige que se aleje a la categoría ofensora más allá del territorio ocupado por el grupo ofendido. Si no se dan esas condiciones, el racismo exige que se extermine físicamente a la categoría ofensora. La expulsión y la destrucción son dos métodos de extrañamiento intercambiables”.

¹⁴¹ Desde la literatura, *La ceiba de la memoria*, de Roberto Burgos Cantor, publicada en 2006, hace un paralelo entre el genocidio de los africanos transterrados a América por los españoles y [portugueses] y de los judíos encerrados por los Nazi en los campos de concentración.

LA MODERNIDAD DESDE LA PERIFERIA: DEL MITO SACRIFICIAL A LA CRISIS SISTÉMICA

Del doctor Hyde de la modernidad han escrito entre otros, Sygmunt Bauman (1980 y 2004), Anthony Giddens y Ulrich Beck (1986)¹⁴². Pero la “modernidad sacrificial”, advierte Dussel (1992), se había revelado en su origen para los primeros parias: amerindios y africanos.

Braudel (1979c: 46) recuerda que Occidente “es además una cultura mundo, una civilización mundo”¹⁴³, resultado del triunfo del sistema de valores, códigos y técnicas y materialidades europeas, que ahora parece sinónimo de humanidad. Primero se impuso por fuerza y represión y luego gracias a lo que Quijano (1992: 339) considera el instrumento

¹⁴² Textos de los mencionados autores, más Niklas Luhmann aparecen en las *Consecuencia perversas de la modernidad*, de Jostxo Beriain (comp. 1996). Un abordaje específico de las contradicciones de la razón como Ilustración están en este mismo capítulo, en el aparte anterior, echando mano de la *Dialéctica de la Ilustración* de la Escuela de Frankfurt.

¹⁴³ Si bien mucha literatura relacionó ambos términos como sinónimos (lo hizo Hegel, expresa Braudel), Marx separó civilización y cultura categorizándolos como infraestructuras, correspondientes a los valores materiales; y superestructuras, correspondientes a los valores espirituales. Ambos sistemas en distintas dimensiones, pero en estrecha dependencia. Una civilización entonces integra tanto las infraestructuras como las superestructuras, “todo el conjunto de bienes culturales [el sistema de valores y códigos]” y materiales (las técnicas y las prácticas), con localización geográfica (área cultural) e historia cultural, con posibilidades de transferencia de dichos bienes culturales y materiales (Braudel, 1968: 74-75). En la misma teoría, los términos civilización y sociedad son inseparables -a criterio de Braudel- pues “se refieren a una misma realidad [...] Dos perspectivas de un mismo objeto que es descrito adecuadamente, tanto por uno de los dos términos como por el otro, según el punto de vista que se adopte” (Lévi-Strauss, citado por Braudel: 27). Su diferencia está en que civilización se acomoda a la larga duración y sociedad no. Una misma civilización arrastra a las sociedades que la han compuesto o la componen. Entre la civilización a largo plazo y las sociedades ciclos de menor duración, oscila la vida económica (las distintas economías), creando excedentes “cuyo despilfarro es el lujo de la civilización, manifestado en arquitectura, escultura, obras de contemplación” (p. 31) y por esa vía, de legitimación.

principal de todo poder: la seducción, que permitió pasar de la “dominación directa, política, social y cultural” que representaba el colonialismo, al imperialismo; “una asociación de intereses sociales entre los grupos dominantes (clases sociales o ‘etnias’) de países desigualmente colocados en una articulación de poder, más que en una imposición desde el exterior” (Quijano: 437).

La modernidad surge y se consolida con base en la alteridad de lo conquistado (Dussel, 1992, 2000; Quijano, 1988, 1992, 2000a, 2000b), del “descubrimiento del otro”, su sometimiento y su posterior encubrimiento (Dussel, 1992: 23-37). En su representación, Europa sería el civilizado y gran parte del resto del mundo lo salvaje o estancado, que debía ser civilizado, de acuerdo con distintos niveles relacionados con lo diametral de su diferencia espacio-temporal con la sociedad [urbana, “humana”, moderna] de Europa (Dussel, 1992: 60-61; Dube, Banerjee y Mignolo, coord., 2004).

Las sociedades distintas fueron desconocidas y pasaban a integrar la minoría de edad de lo que Quijano (1992: 445-446) ha llamado “el macrosujeto histórico”, que el sujeto europeo construyó como sociedad total, del que él era “el cerebro”.

Dussel (1992) indica que primero fue la invención: el primer ejercicio “racional” europeo en América fue inventar para sus pobladores milenarios una identidad india, un ser-asiático, con base en la premi-

En la dimensión de la sociedad ese excedente, su explotación y el derecho a su gozo, generan tensiones que inciden en la civilización. Los ciclos dan forma a la larga duración. Entonces la sociedad representa los hábitos portadores de la civilización y será la capa más baja de esta “la que determine sus grados de verdad” (ibíd.). En ese sentido, muchas civilizaciones han existido de manera paralela y entre ellas se han intercambiado, durante siglos y milenios, bienes materiales y culturales. Y dentro de ellas han existido distintas sociedades y áreas culturales con distintas particularidades.

sa errada de que Colón encontró una ruta por el occidente hacia Asia. Descubrimiento, luego, cuando comenzó, por cuenta de Vespucci, “la toma de conciencia de haber descubierto un Mundo Nuevo, habitado por seres desnudos, rústicos, primitivos”. La conquista posterior vino como materialización del derecho que el “descubridor” se había arrogado “racionalmente” sobre ese otro-mismo que “inventó” en América: “la praxis de la dominación” (tanto Dussel como Wallerstein recogen *De las justas causas de la guerra contra los indios* de Juan Ginés de Sepúlveda¹⁴⁴ para dar cuenta de los argumentos esgrimidos para justificar el sometimiento). Después, la colonización se postuló como un diálogo entre un vencedor y un vencido. Un diálogo desigual, en estado de subordinación. Esta fue la vinculación del amerindio y el transterrado africano a esa “comunidad de comunicación” que es la civilización. La incorporación de América Latina al mundo dominado por Europa (Quijano, 1988: 11) fue la misma implantación de una manera moderna de leerse y de narrarse.

¹⁴⁴ Wallerstein cita a Bartolomé De las Casas, el principal crítico de la conquista violenta, para resumir las cuatro razones clave de Sepúlveda. Lo hace de la siguiente manera: El primer argumento de Sepúlveda era que los amerindios eran “bárbaros, simples, iletrados y sin educación, bestias totalmente incapaces de aprender nada que no sean habilidades mecánicas, llenos de vicios, crueles y de tal calaña que es aconsejable que sean gobernados por otros”. El segundo, que “los indios deben aceptar el yugo español, aunque no lo deseen, como enmienda y castigo por sus crímenes contra el derecho divino y natural que los mancilla, especialmente la idolatría y la horrenda costumbre del sacrificio humano”. El tercero, que los españoles están obligados por ley divina y natural a “prevenir el daño y las grandes calamidades con que (los indios) han cubierto –y que los que todavía no han sido sometidos al dominio español siguen cubriendo- a un sinnúmero de inocentes que cada año se sacrifican a sus ídolos”. Y el cuarto era que el dominio español facilita la evangelización cristiana [...] (Wallerstein, 2006: 19-20).

El encubrimiento y la ciudad

El mito responde a una hegemonía y esconde los sujetos negados de la modernidad, los rostros sacrificados (Dussel: 149-168). Esos, señala Dussel, son los rostros de la población indígena, víctima del primer holocausto, y de la población africana transterrada, víctima del segundo holocausto. Luego, sumándose a ellos, los mestizos, como tercer rostro. El cuarto rostro es el de la misma población criolla subvalorada desde la península –blanco, pero no tanto-, pese a lo cual replicó el mismo orden sociorracial -del que era víctima en la colonia- una vez se hizo con el poder de las recién independizadas naciones. El quinto rostro, el del paria rural, emergió con la independencia, para ser inmediatamente valorado en relación con la piedra de toque territorial del sistema en América: la ciudad-civilización. Y un sexto rostro se develó con la clase obrera, cuando aterrizó la producción industrial en Latinoamérica.

Como explica Quijano (1992: 443), “tales desigualdades son percibidas como de naturaleza: solo la cultura europea es racional, puede contener ‘sujetos’, a diferencia de las demás, que al no contener sujetos, solo “pueden ser ‘objetos’ de conocimiento y prácticas de dominación”. Al fin que modernidad y colonialidad son dos ejes de un mismo patrón de dominio (Quijano, 2000b: 342).

En la vida material tuvo lugar el encuentro que el racionalismo moderno impidió en las dimensiones del dominio. El europeo hegemónico no pretendió tomar nada de la racionalidad amerindia y africana. Pero por debajo del mito hubo un “encuentro” que formó el bloque social variopinto donde está gran parte de los seis rostros sacrificados, la masa abigarrada de la que habla Romero. Esa se reveló en las ciudades aunque pocas veces se rebeló. Porque estas ciudades, una vez independi-

zadas, pretendieron construirse dentro del mito moderno, ingresar a la comunidad de comunicación. Aquí la impronta eurocentrista¹⁴⁵ de la modernidad se ve claramente.

Después de la independencia, la sociedad rural que había estado encubierta emergió como masa de pobladores marginados y como grandes nobles hacendados convertidos en líderes victoriosos con ganas de poder político y social (Romero, 1976: 201-291). Esta irrupción de criollismo rural transformó a la burguesía urbana en un poder que, guardando las proporciones, tenía el aire feudoburgués de los conquistadores. Sin perder la ambición de contacto con el mundo, volvía a imbricar la ambición del ascenso social, la lógica sociorracial inmutada y el juego de la modernidad mascarada bajo la que se aplicaban las relaciones jerárquicas sociales. De ese linaje mixto saldrían los intelectuales, los juristas, los presidentes, los dictadores y los comerciantes para “manejar la nueva sociedad” (p. 240).

Las élites ansiaban alcanzar la imagen del modelo europeo y las ciudades latinoamericanas eran “centros de irradiación de las metrópolis” (p. 267), por donde siempre se insertó Europa al continente (Rama, p. 17), mezclada con las particularidades sociales del criollismo.

Así la ciudad triunfó también como mito. Bien recuerda Rama (1984: 26) que el ideal fijado desde el origen de la ciudad latinoamericana “es ser urbanos”, pero esa idea se construyó sobre una promesa, no sobre la realidad y las infraestructuras. Solo era posible una modernidad ostentada. La vida, las maneras y las narrativas legítimas siempre

¹⁴⁵ “El eurocentrismo [...] no es la perspectiva cognitiva de los europeos exclusivamente, o solo de los dominantes del capitalismo mundial, sino del conjunto de los educados bajo su hegemonía. Y aunque implica un componente etnocéntrico, éste no lo explica, ni es su fuente principal de sentido” (Quijano, 2000b: 343).

fueron las europeas. La conquista y la colonia no solo establecieron los marcos de las estructuras económicas de América Latina y de Colombia, también la estructura de relaciones sociales y culturales.

Aunque por debajo, en el plano del sentido y vida material, parte de la población abigarrada ejercía su propia presión: una inercia de movimientos antisistémicos –indígenas, mestizos, campesinos, especialmente- se acumulaba en la memoria temerosa de las burguesías que auguraban el riesgo en la ostentación de su libertad, tal exposición del poder.

La ciudad negada y la ciudad letrada

Flores y Crawford (2006: 232) sostienen que “ansiosas de insertarse en la economía mercantil, las burguesías de América Latina crearon universos simbólicos que tejieran vínculos con Francia e Inglaterra [...] no con los sectores marginales de sus respectivos entornos”. Esa negación implicó una “retirada táctica hacia sitios específicos y protegidos de la ciudad” (p. 233), mientras la multitud de pobres rurales, perseguidores de la promesa urbana, se incorporaba a las clases miserables. Otra multitud surgía de las versiones locales de pauperización y pobreza inducida.

Romero relata la construcción imaginaria de una Europa a escala en los clubes de estilo europeo, en los teatros, lugares de veraneo y en general espacios que la burguesía construyó para escapar del caos en movimiento de la multitud abigarrada. Las casas palaciegas se concentraron en sectores, céntricos o periféricos, dependiendo de la dinámica

de clase expresada tanto en el centro¹⁴⁶ como en la periferia; y se protegieron, como cárceles del lujo.

En contraste, “los espacios públicos se signaron con la carencia, y las clases dirigentes se refugiaron en una gramática espacial fragmentada, el caos se instauró en las relaciones urbanas y marcó lo público como el espacio que no pertenecía a nadie” (Flores y Crawford, 2006: 233).

Al tiempo, la ciudad fue el enclave donde el sistema de conocimiento moderno podía funcionar, con su propio “grupo social especializado”. Allí se legitimaron los intelectuales, que según Altamirano¹⁴⁷ (Dir. 2008: 9) han sido las bisagras entre las metrópolis culturales y las condiciones y tradiciones locales”. Miembros de la *ciudad letrada*, una pléyade extendida durante siglos, encargada de articular el poder de los signos, el capital cultural institucionalizado, que es el poder que manejan, con el poder social y el militar.

En esa labor, explica Rama, emulan las distancias entre el poder social y el común de la sociedad, volviéndose élite, jerarquizando y con-

¹⁴⁶ Romero (1976: 329) expresa que “junto a esta transformación espontánea creada por el crecimiento, algunas ciudades latinoamericanas conocieron una transformación deliberada que tendría larga influencia. Mientras las ciudades se extendían poblando zonas periféricas, el casco viejo de la ciudad conservaba su aspecto tradicional, muchas veces deteriorado por el tiempo y la presencia de grupos sociales modestos que ocupaban viejas casonas”. Dice después que la “demolición de lo viejo para dar paso a un nuevo trazado urbano y a una nueva arquitectura fue un extremo al que no se acudió por entonces sino en unas pocas ciudades; pero se transformó en una aspiración que parecía resumir el supremo triunfo del progreso”

¹⁴⁷ *Historia de los intelectuales en América Latina* dirigido por Carlos Altamirano (2008) es un abordaje extenso (en dos volúmenes) del papel de los intelectuales en Hispanoamérica, a lo largo de la conquista, la república y la contemporaneidad, teniendo en cuenta las áreas en las que se desempeñaron. Para las necesidades de este trabajo, basta con citar algunas generalidades muy bien sintetizadas por su director en la introducción.

centrando su capital simbólico; extendiendo así la sacralización de la escritura y la lectura, que aplicaba los evangelios desde el principio de la colonia¹⁴⁸; y después, de los textos doctrinales, legales, oficiales, que fueron materia de interpretación de un pequeño grupo que manejaba el lenguaje y que los utilizaba, a través de la estampa escrita, como instrumento de dominación, ya fuera para la concentración de propiedades, la disposición de las mismas o cualquier práctica que se pudiera legitimar por esa vía (Rama: 44); o para el mismo blanqueamiento.

Para esto, este lenguaje debía mantenerse alejado de la masa abigarrada, separación de la que surgieron dos tipos de lenguas: una oficial, que se consideraba elevada, instrumento de hombres de leyes, doctores, burócratas de la corte –antes- o de la república –después-; y la otra popular, que era la que hablaba la mayoría de la población, la masa, la plebe (ibíd.). La lengua oficial no tenía por referente la vida material de las ciudades de Latinoamérica, sino la Corte, que, advierte Rama, solo abandonó cuando se plegó a la Real Academia de la Lengua Española (RAE).

Las dos lenguas eran manifestaciones simbólicas de dos dimensiones de Latinoamérica. Una representación de la brecha de sentido entre las normas y la vida real cotidiana, entre el acatamiento y el cumplimiento. En ese sentido, como espíritu sin equivalencia material, el modernismo, o los modernismos que se presentaron desde el arte, como los cita Romero, no respondieron a una lectura desde la vida material, sino a una lectura de la vida abigarrada de Latinoamérica como una anomia.

¹⁴⁸ Para Rama (1984: 43) es sintomático de esta sacralización/elitización, la prohibición de la lectura de la biblia, vigente hasta el siglo XVIII. Era potestad de los sacerdotes, intérpretes entonces de la norma cristiana.

Incluso después de la independencia los márgenes de la *ciudad letrada* eran los mismos que los de las clases dominantes, concentrados en una zona y rodeados por anillos de criollismo y plebe urbana, primero; y por toda la masa “menor” (bajo la propia perspectiva de *la ciudad letrada*) de lo rural, el opuesto bárbaro. Su subsistencia dependía –depende– de la concentración de su pretendida capacidad de mediación entre el poder y la masa, lo que implicaba el esfuerzo por cortar las posibilidades de comunicación entre ambos. De la misma clase, ampliada por la agitación independista, resultaron los narradores de los procesos de construcción nacional, siempre, todos, en defensa de su jerarquía, de su lugar cerrado¹⁴⁹.

El modernismo latinoamericano se construyó separado de las dinámicas de la *ciudad real*, pero más apasionadamente como antítesis de la ruralidad. Según Calinescu (1991: 82), el modernismo literario fue lo que llegó a Latinoamérica de la modernidad, un indicador de la adhesión a la modernidad como un culto (p. 76) que se practicaría como el heraldo del mundo moderno que habría de llegar de forma inevitable, ya no teniendo como referencia a España, sino a Francia (p. 77).

Era apenas necesario para *la ciudad letrada* asimilar “los refinamientos que caracterizan lo mejor de la escritura moderna francesa” (p. 79) que allí se escenificaba. Más que una forma estética de literatura, era una total estetización de la visión del mundo latinoamericano, separada de las complejidades del mundo de realidades yuxtapuestas que la región era (Calinescu, 1991; Rama, 1984; Braudel, 1968).

¹⁴⁹ Altamirano (Dir. 2008: 9) agrega: “Según las circunstancias, juristas y escritores pusieron sus conocimientos y sus competencias literarias al servicio de los combates políticos, tanto en las polémicas como en el curso de las guerras, a la hora de redactar proclamas o de concebir constituciones, actuar de consejeros de quienes ejercían el poder político o ejercerlo en persona”.

Los intelectuales se acercaron a la tradición popular, oral en su totalidad, para cantar su réquiem, resguardando en las letras lo que en la materialidad iba desapareciendo. “La escritura de los letrados es la sepultura donde se inmoviliza, fijada y detenida para siempre, la producción oral. Esta es, por esencia, ajena al libro y a su rigidez individualizadora, pues se modula dentro de un flujo cultural en permanente plasmación y transformación” (Rama: 71.).

Universalismo

Así que la América Latina independiente era un crisol donde se mezclaba la visión europea del mundo, irradiada desde las ciudades, con la materialidad abigarrada de lo criollo, afrodescendiente, mestizo, mulato y todas las demás trenzas étnicas, sociales y culturales posibles, organizadas en la pirámide sociorracial explicada por Aline Helg (2004: 24).

“Una yuxtaposición de modernidades”, diría Braudel. El poder simbólico defendía el mito bajo la supuesta necesidad de construir una visión universal del mundo. La modernidad entonces sirve como:

Término comodín para un pegote de costumbres, normas y prácticas que florecieron en la economía-mundo capitalista. Y como se decía que por definición la modernidad era la encarnación de los verdaderos valores universales, del universalismo, la modernidad no era meramente un bien moral sino una necesidad histórica (Wallerstein, 2006: 49)

Esa necesidad estaba construida desde Europa, pero a principios del siglo pasado comenzaba a tener su principal foco en Estados Unidos.

Como señaló antes Marx, los países modernos eran el espejo de los que no lo eran y el ejemplo insondable del camino a seguir.

La institucionalización de este universalismo a nivel local se dio a través de las formas de educación y formación, atados a la construcción de los nacionalismos. Como puerta de ascenso social, la universidad y la escuela se conforman como instituciones burocráticas encargadas de entregar grados “que a su vez fungen como créditos sociales” (Wallerstein: 78). En términos de Bourdieu (2011: 219-220), se encargan de titular el capital cultural y de administrar su excepcionalidad.

La escuela es en general una columna fuerte de la sociedad civil, aquella que leída desde la teoría gramsciana (citado por Castells, 1997: 31) se encarga de conservar el *estatus quo*, sostenida y perpetuada por la *identidad legitimadora*, “introducida por las instituciones dominantes de la sociedad para extender y racionalizar la dominación frente a actores sociales” (ibíd.).

La clave de la sostenibilidad del universalismo europeo estaba en el tipo de educación que se ofrecería (Wallerstein: 79), tanto humanístico –primero- como científico –después-. Pero también en las fronteras del liberalismo establecido: el racismo y el sexismo (Wallerstein, 2007: 114-115), así como las fronteras de la producción científica válida, separada de la filosofía.

Wallerstein anota que la vigencia del racismo que heredaron en contra los africanos, incluso después de la esclavitud, “no era un mecanismo de exclusión, sino más bien un mecanismo para justificar la inclusión en la fuerza de trabajo y en el sistema político dentro de un cierto nivel de remuneración y de *status* tajantemente inferior al de

otros grupos”. El sexismo limitaba –lo hace- la labor de las mujeres a su función en unidades familiares semiproletarias¹⁵⁰ “restringiendo a las mujeres a ciertas formas de producción de ingreso, y definiendo tales formas como no-trabajo (entiéndase por ejemplo el concepto de ‘ama de casa’)”.

En el siglo XX los países latinoamericanos estaban incorporados completamente a la economía-mundo, como periferia. Y habían asumido el eurocentrismo como elemento determinante de los respectivos discursos nacionales, consolidando la red desde la ciudad como un mosaico estratificado, el territorio por capas como manifestación moderna.

COLOMBIA, LOS LÍMITES DE LA INDEPENDENCIA

En Colombia, como en toda Latinoamérica, diversos antecedentes de levantamientos populares hicieron calcular a las élites criollas la medida adecuada de su revolución (Wallerstein, 1989: 306-307). La posibilidad que la masa “abigarrada” asumiera demasiado poder fue razón

¹⁵⁰ En los sistemas mundo, tal como los entiende Wallerstein (2007: 107), la unidad familiar es una institución clave para el equilibrio del sistema, del *statu quo*, requiere de versiones distintas dependiendo de si la zona es central o periférica. En las zonas periféricas, el poder estatal y el interestatal, la cultura y las dinámicas sociales, se mueven a favor de unidades familiares semiproletarias, integradas por entre tres a diez personas, “organizadas en términos de la sobrevivencia económica dentro de una economía-mundo capitalista”. En estas el ingreso salarial no corresponde a todas las clases de ingreso. “Las otras cuatro clases con que contribuyen los miembros de la unidad doméstica son pequeños ingresos mercantiles, ingresos autoproducidos (la llamada subsistencia), rentas y pagos de transferencia. Todos los miembros de la unidad doméstica [incluyendo niños] aportan algún ingreso y muchos [...] varias clases de ingreso” (ibíd.). Este ingreso no asalariado permite que la unidad se reproduzca a sí misma y, de hecho, que le transfiera parte del valor, un excedente, al capitalista que puede reducir los costos de mano de obra que paga al asalariado que hace parte de dicha unidad doméstica. La explotación, así como podría entenderla también Antonio Negri (2012), adquiere carácter biopolítico.

para sostener lealtad al orden colonial durante los levantamientos de finales del siglo XVIII.

En América se construyó una pirámide social compleja, cruzada por raza, mestizaje y clase, enmarcada en la premisa de su condición periférica. La encomienda y la mita establecieron las bases de un orden social basado en la “esencial” posición de dominio blanco (Furtado, 1961; Wolf, 1982; Braudel, 1968). La racialización de la esclavitud, como mecanismo de producción y reproducción del capital, dictó las formas en que la clase y la etnia se imbricaron a partir de entonces (Williams, 1944; Furtado, 1961; Wallerstein, 1984, 1989; Helg, 2004). La multiestratificación compleja del sistema mundial se cruzó con la multiestratificación racial en esta periferia:

[S]e representa por una pirámide en donde el blanco está en el vértice de la pirámide, y el negro y el indio en la base. Y entre las tres puntas de la pirámide, se encuentra una multitud de mezclas raciales consideradas –mestizos y mulatos- como siempre inferiores al blanco, pero superiores al indio y al negro puros. (Helg, 2004: 24)

La tara ante la igualdad racial quedó evidenciada una vez que las nuevas dirigencias nacionales tuvieron poder de decisión sobre el reconocimiento de la república negra de Haití¹⁵¹. El orden del mundo, central y periférico, estuvo durante los últimos años del siglo XVIII y los primeros del siglo XIX más concentrado en “decapitar” al país

¹⁵¹ Ningún país latinoamericano la reconoció hasta 1865 (el primero fue Brasil). “Colombia lideró la exclusión de Haití del Congreso de Panamá en 1824” (Wallerstein, 1989: 340).

que puso en tela de juicio todo el sistema jerárquico¹⁵². El esfuerzo del orden mundial alcanzó para dividir el país en dos, uno gobernado por negros en el norte y otro por mulatos en el sur, con el cual los líderes independentistas del continente, como Simón Bolívar, vieron con mejores ojos una relación (Wallerstein: 340).

La élite criolla se apropió de las ideas constitucionales europeas sin modificar las premisas de exclusión, racialización y totalización “civilizadora” bajo las cuales se había fundado la ciudad y la sociedad española en América (Romero, 1976: 132-197; Wallerstein, 1989: 269-357), haciendo su “localización”¹⁵³ de la categoría de narración moderna. Todo movimiento que hubiere intentado fundar una nueva estructura social bajo categorías que incluyeran lo indígena o lo negro, fue sofocado antes de emprender una separación política con la metrópolis¹⁵⁴ (Wallerstein, 357; Guerra 1992: 19-54).

El discurso nacionalista de las élites colombianas no solo respondió al mismo principio, además estaba bañado de una concepción aristocrática de determinismo geográfico y racial (Múnera, 2005: 84) y cons-

¹⁵² “Las tropas de Napoleón arrestaron a Toussiant [líder de la revolución] en 1802, y España y Estados Unidos y Gran Bretaña colaboraron tácitamente con Francia en ese intento de recolonización. Aunque la isla mantuvo su independencia con la coexistencia, poco después, de dos gobiernos, su reconocimiento por parte de las cuatro potencias siguió siendo ‘impensable’ durante bastante tiempo” (Wallerstein, 1989: 339).

¹⁵³ Proceso por medio del cual una dinámica cultural foránea se ajusta a las prácticas locales.

¹⁵⁴ De acuerdo con Guerra (1992: 36): “Los revolucionarios hispánicos, obsesionados por un posible terror, cortarán por lo sano toda sociabilidad o discurso revolucionarios que pudiesen llevar al ‘jacobinismo’, se mostrarán prudentes en la movilización del pueblo urbano en sus querellas intestinas y utilizarán con mucha moderación el lenguaje de la libertad para evitar la aparición de un nuevo Haití. Es, sin duda, aquí, en la ausencia de una movilización popular moderna y de fenómenos de tipo jacobino, donde reside la especificidad mayor de las revoluciones hispánicas”.

truido desde el mito del mestizaje (pp. 39-40) “exento de conflictos y tensiones de raza”. De esa manera, el centro del país drenó a las élites regionales la idea de las jerarquías geográficas humanas, sobre las que se levantó el proyecto nacional colombiano.

En varios de los anteriores apartes se ha citado el libro *Colombia: país fragmentado, sociedad dividida. Su historia*, de Marco Palacios y Frank Safford (2002). Los autores desarrollan sin pudor de la extensión un denso panorama de las conexiones sociales, políticas, culturales y económicas entre la conquista, la colonia, la república y el país contemporáneo, incluso desde ciertos elementos determinantes que los preceden, como la geografía.

La segunda parte de ese libro, obra de Palacios, expone los trajines de la Colombia independiente incapaz de garantizar cohesión e integración y mucho menos garantías ciudadanas. Incapaz, de hecho, de encontrar estabilidad en premisas ideológicas o principios rectores: liberalismo o conservadurismo, laicismo o clero, y el equilibrio imaginado entre libertad y orden.

El país ha sido más pobre y más aislado de lo que sugieren los símbolos dorados y los mares azules; la pobreza ha restringido la libertad, simbolizada por la lanza y el gorro frigio; la construcción del canal de Panamá y la pérdida del istmo en 1903 dieron cuenta de la acusada debilidad estatal que también hubo de obstaculizar el ejercicio y la ampliación de los derechos políticos. [...] [D]urante este periodo no se consiguieron ni libertad, fervorosamente defendida por los liberales federalistas y radicales; ni el orden, propuesto por los conservadores unitarios y católicos; ni mucho menos la sumatoria de libertad y orden que soñó la Constitución de 1886. (p. 449)

En el orden social entreverado que resultó de los repetidos conflictos, las luchas de clases fueron ahogadas por el manto de las luchas

ideológicas entre distintos grupos dominantes. La institucionalidad escolar se hizo clerical y la iglesia extendió o recuperó el poder sobre otras instituciones “civiles” como la familia, a través del monopolio del contrato matrimonial. En general, el constitucionalismo y su equivalencia material estaba firmemente marcado por la iglesia. De su mano se emprendió un nuevo esfuerzo civilizatorio, con todos los matices sacrificiales que esta perspectiva tiene. “Hasta 1930 la Iglesia fue complemento del Estado” (p. 525).

Entre otros conjuntos, esta particularidad estuvo presente en el hechizo nacionalismo con el que Colombia entró a jugar en el complejo sistema mundial versión siglo XX. Y todavía a finales de ese siglo pasado y lo que va del siglo XXI, a diferencia de cierto crecimiento de movilización popular en países del continente, Colombia sostuvo formas de dominación oligárquica (Domingues, 2009), que al controlar el Estado impulsaron procesos de modernización discriminada dentro de los límites de la geografía interestatal, tal como la geopolítica del poder lo establece.

LA LÓGICA CULTURAL DEL CAPITALISMO TARDÍO

La crisis del sistema mundial, tanto en sus lógicas económicas como culturales, desembocó en la hegemonía estadounidense sobre el sistema mundial, de lo que la postmodernidad es su lógica cultural, compartiendo con la lógica económica –el capitalismo tardío- la misma capacidad inédita de expansión gracias a las nuevas técnicas y tecnologías, esta vez, tanto en las dimensiones de dominio de la élite como directamente sobre la vida material, masiva y popular (Berger y Huntington, 2002), donde se ha hecho ecuménico el “modo de vida americano”.

No obstante, el mismo fenómeno ha aumentado las capacidades de retroactividad cultural entre la vida material y las zonas de dominio. En ida y vuelta la nueva estructura de sentimiento da a los sujetos postmodernos una experticia dentro de la onda larga del capitalismo tardío, son capaces de moverse en sus aguas y capaces de mover también, desde su vida material, las aguas y las fuerzas del capitalismo tardío, legitimando masivamente los cambios de las infraestructuras estatales (políticas), sociales (jerarquías), culturales (ideas y valoraciones) y económicas (distribución de la plusvalía), pero disgregándolas todas como conjuntos dispersos en un universo de imágenes imposibles de congregar.

Individualización en la era del vacío

Dentro de esta nueva etapa la modernidad es “un tropo útil para generar relatos históricos alternativos, pese a la carga que necesariamente sigue acarreado” (Jameson, 2002: 180) y el presente que mitificaba es apenas un “concepto unidimensional” sin historicidad o futurilidad (ibíd.). Un presente donde los conjuntos integrados en la modernidad están fragmentados y designados por lo postmoderno (Touraine, 1992: 97). Un presente perpetuo sin historia contada y sin futuro por construir (Lipovetsky, 1983: 49-78). El pasado toma apenas el carácter de parodia en el código humorístico que copa todo el lenguaje postmoderno o de tiempo museificado para su incorporación al mercado.

La *era del vacío* que describe Lipovetsky experimenta la desinstitucionalización de la existencia, solo justificada entonces por el placer y el gozo orgánico del cambio y la innovación (*make it new*). No es inmovilización, es la eternización del cambio, de la novedad perpetua en la que por deshistorización y dessubstancialización desaparecen las

ideologías y entran en crisis las instituciones sociales, despolitizadas y reemplazadas por la “institución” absoluta de la seducción y el placer del movimiento. El cambio, la revolución, es un imperativo categórico de la modernidad, núcleo de su contradicción, que termina destruyendo las otras categorías o al menos separándolas de cualquier discurso integrador.

En esa misma vía surge la individualidad extrema. El individuo moderno se construyó como parte del cuerpo social, pero eventualmente, en la crisis de la modernidad, se evidenció que el *todo* social racionalizado no equivalía a las *partes* de la vida social (Touraine: 96). De ese cuerpo social pulverizado emerge la revolución del individuo, irreprimible, emancipado de la ley social que prive su deseo (pp. 119-129) y de toda conciencia forjada por presión social (p. 125), incluyendo las estructuras sociales de espacio y tiempo (Harvey, 1990: 314-339). “El triunfo del individualismo”.

Este sujeto emancipado ingresa a la vida social por el ejercicio de ser seducido y seducir¹⁵⁵, por lo que está confeccionado como una marca (Lipovetsky: 25). Es un culto a la forma, incluido el cuerpo, a lo material, consecuente con la deshistorización del sentido y producto de la hiperespecialización, con la indiferencia pura. Se pierde la conexión entre el objeto representado y su representación. El sujeto redefinido se impone a las fuerzas sociales y a la historia (Touraine: 132). Reduce sus responsabilidades a él mismo (Bauman, 2008: 80).

Todo lo que lo representaba colectivamente deviene en mito, difuminando su sentido; y ante todas las carencias estructurales y la pérdida

¹⁵⁵ “La seducción se ha convertido en el proceso general que tiende a regular el consumo, las organizaciones, la información, la educación, las costumbres” (Lipovetsky, 1983: 17).

de su valor de uso, solo conserva valor de cambio. La paradoja subrayada por algunos de los analistas sociales más importantes de esta época está resumida en la sentencia de Bauman (2008: 159): “cuanta mayor es nuestra libertad individual, menos relevante resulta para el mundo en el que la ponemos en práctica”.

... y del simulacro

Un fenómeno que, leído desde el terreno cultural, asemeja revolución, por los trastornos en el universo simbólico. Rasa con los objetos de las representaciones, estos son, los significantes en los signos, con su historia y con la substancia. O, en términos de Baudrillard (1977), reemplaza la substancia, se convierte en substancia y premisa: el *simulacro*.

No se trata ya de imitación ni de reiteración, incluso ni de parodia, sino de una suplantación de lo real por los signos de lo real, es decir, de una operación de disuasión de todo proceso real por su doble operativo, máquina de índole reproductiva, programática, impecable, que ofrece todos los signos de lo real y, en cortocircuito, todas sus peripecias. Lo real no tendrá nunca más ocasión de producirse. (Baudrillard, 1977: 7)

Eventualmente el simulacro se escinde de la relación con la realidad material, no la niega ni la oculta, la desaparece, la reemplaza: “Simular no es fingir. [...] la simulación vuelve a cuestionar la diferencia de lo ‘verdadero’ y de lo ‘falso’, de lo ‘real’ y de lo ‘imaginario’” (p. 8). Todo el universo de códigos, de imágenes pierde su referencia material (p. 13), la “lógica de la simulación no tiene ya nada que ver con la lógica de los hechos”, no como ruptura o proceso alternativo o inédito, sino como la culminación de un proceso narrativo que se impone:

Las fases sucesivas de la imagen serían éstas: 1) es el reflejo de una realidad profunda; 2) enmascara y desnaturaliza una realidad profunda; 3) enmascara la ausencia de realidad profunda 4) no tiene nada que ver con ningún tipo de realidad, es ya su propio y puro simulacro. (Baudrillard: 14)

Por primera vez, como advirtiera Heidegger (citado por Yory, 2006: 96), “el mundo mismo se concibe como una imagen”, donde “verdad y realidad ya no van de la mano” (p. 97). Muerto lo real¹⁵⁶ a manos de las imágenes solo queda lo hiperreal. De este mundo hiperreal surge una idea de liberación, pues el simulacro trasciende el orden, lo inutiliza, porque el orden actúa sobre lo real (Baudrillard: 46).

Entonces el orden y el poder también se simulan, aunque sin fines u objetivos. Es el poder por el poder. Es, en términos de Jameson (1991: 28), una nueva superficialidad –“el supremo rasgo de todas las postmodernidades”- de la que no hay profundidad. Nada de lo simulado tiene fin u objetivo y todo lo político es también una ficción (Baudrillard: 51), pero una ficción que debe creerse, que sea verosímil (Yory: 97), donde el poder debe escenificarse, posarse, sobreactuarse, como los conflictos, las soluciones, las confrontaciones, la violencia, el deseo. Una hiperrealidad porno (Lipovetsky, 1983; Baudrillard, 1977), donde la apariencia es el máximo valor (Yory: 97).

Lo público se simula también, poniendo sobre su tapete los asuntos privados, desencarnando la intimidad, a cambio de los asuntos públi-

¹⁵⁶ Una paradoja intelectual poética similar a la subrayada por Calinescu (1991: 70) para Dios en la modernidad. Si Dios dejó un vacío reemplazado por una búsqueda constante de los fundamentos de la existencia -esto es, la nueva religión de la crisis- la muerte de la racionalidad, la verdad, lo real, deja un vacío analógico frente a la muerte de la sociedad, “el dios de la modernidad” (Touraine, 1992: 132), reemplazado por la hiperrealidad.

cos, expulsados del espacio compartido, desubicado, como el poder, que también se pierde de vista, se evade.

El espacio público no es mucho más que una pantalla gigante sobre la que son proyectadas preocupaciones privadas sin dejar de ser privadas ni adquirir nuevos valores colectivos durante el curso de su proyección: el espacio público es donde se realiza la confesión pública de los secretos e intimidades privados. (Bauman, 2000: 45)

El flujo total, la euforia, el pastiche y el collage

La hiperrealidad está formada por infinidad de fragmentos que emanan como las imágenes emanan del televisor, alimentando/provocando un infinito de “intensidades” (Jameson, 1991: 28). Eso es lo que Raymond Williams (citado por Jameson: 100) llamó *flujo total*, bombardeo constante de imágenes, imposibles de organizar, de atar. “Obstrucción del pensamiento espontáneo”, obsolescencia de la “distancia crítica”, imposibilidad de interpretación y discusión. El *flujo total* lo llena todo de imágenes, quita el espacio de la memoria, arma una superficie que interrumpe la vista hacia el fondo, se traga la profundidad y el tiempo histórico dejando en la obsolescencia el reloj frente a la pantalla, “metáfora de la continuidad y conexión absolutas” (Muñoz, 2008: 23), escenario del tiempo real.

La experiencia de la vida se circunscribe a la experiencia estética, inmediata, a la sensación sin intermediación, reconstrucción o negociación de significados (Jameson: 97-125). Nada que pueda ser durable cabe en lo que Alvin Toffler (citado por Harvey, 1990: 316) llamó la *sociedad del desperdicio*, “capaz de desechar valores, estilos de vida,

relaciones estables, apego por las cosas, edificios, lugares, gente y formas de hacer y de ser tradicionales”.

La profundidad, la interpretación, el fondo se relaciona con el aburrimiento y al no ser este estético, no adquiere valor. Todo se estetiza. En esa superficie no importa el sentido y por ende, los signos fluyen resistiéndose al significado (Jameson: 120). A esto atribuye Jameson la desaparición de las obras y la textualización¹⁵⁷ absoluta del mundo, “un juego puro y aleatorio de significantes” (p. 125). Son fragmentos de signos preexistentes en la modernidad, ahora solo textos en un bricolaje distinto (ibíd.), inédito. Textos sin norma, sin historia, sin estilo, todas copias de un original ya inexistente: ni clásico, ni barroco, ni antiguo, ni moderno; el eclecticismo total, sin referentes históricos; el pasado apenas existe como espectáculo: lo retro y el *remake*. Toda relación está determinada por la euforia, la sensación, el llanto, la risa, las respuestas espasmódicas al cúmulo de fragmentos, a los puros significantes. Euforia “intoxicante y alucinógena” que desplaza los viejos efectos de la angustia y la alienación por las intensidades del significante (p. 50).

No obstante, es esta condición la que permite la coexistencia de “mundos” disímiles en un mismo espacio, aquella heterotopía de la que hablaba Foucault (citado por Harvey: 1990: 66): “coexistencia en un espacio imposible de un gran número de mundos posibles fragmentarios”.

La moda, el consumo y el individuo

Incluso para Touraine (1992: 144), quien considera exagerada la idea de un simulacro carente de significados, es evidente la pérdida de

¹⁵⁷ Consecuente con la desaparición de las obras urbanas y la monumentalidad que estaban cargadas de historia y sentido.

referencia social. En esta fragmentación –incompleta aún- y dispersión de los elementos que antes estaban atados al relato moderno, los deseos se “escapan del control social porque no están relacionados con la posición social” (p. 145). Surge la “civilización del deseo”, donde el deseo reemplaza a las necesidades como motor del individuo (Bauman, 2000: 80), una idea mucho más volátil y flexible que, de acuerdo con Ferguson (citado por Bauman: 81), “vincula el consumo con la autoexpresión, y con la idea del gusto y la discriminación. El individuo se expresa a sí mismo por medio de las posesiones”.

Más allá, el deseo se disuelve rápidamente para darle lugar a al anhelo (ibíd.). Deseo y anhelo llevan al placer y a la satisfacción, ambas de necesaria experimentación, solo posible a través del consumo, el exorcismo fugaz de la angustia que despierta la fragmentación social. “Nuestra capacidad de *querer*, de *desear*, y de *anhelar*; y [...] de experimentar esas emociones repetidamente, es el fundamento de toda la economía de las relaciones humanas” (Bauman, 2007: 44). El consumo es al tiempo la persecución de las sensaciones y la huída de las angustias (Bauman, 2000: 87). Y por primera vez en la historia “deja de ser actividad entre otras para convertirse en la *forma de vida* por excelencia que nos caracteriza” (Yory, 2006: 96). En palabras de Lipovetsky (en Lipovetsky y Charles, 2004: 83), es “una forma de consolarse de las desgracias de la vida, de llenar el vacío del presente y el futuro”.

Las imágenes promueven el vivir como la construcción de la vida como una obra de arte¹⁵⁸. La construcción de la identidad es una bús-

¹⁵⁸ “Como sugería Foucault, solo hay una conclusión posible que deducir de la proposición según la cual la identidad no viene dada: tenemos que *crearla*, igual que se crean las obras de arte” (Bauman, 2008: 176).

queda perpetua en la fantasía, en el simulacro, que responde al mismo principio del “todavía no”, del cambio constante.

Es cierto que la individualización no es un reto postmoderno. Bauman explica que esta consiste en “trasformar la identidad humana de algo dado en una tarea, y en hacer responsable a los actores de la realización de esa tarea y de las consecuencias”. Es entonces un destino impuesto (hay que individualizarse), no una elección. Pero la era del vacío dejó a ese actor sin las herramientas colectivas para hacerlo. Esa idea de la construcción propia es el estímulo del consumo (Bauman, 2000: 68). Así el mundo se convierte en un supermercado de elementos identitarios, artefactos, accesorios con los que armarse el propio ser: *consumo, luego existo*.

Pero existir toma un carácter trágico o cómico, dependiendo de las herramientas, pues la “vida de un consumidor, la vida de consumo”, paradójicamente, no tiene nada que ver con lo que se compra o se tiene. “En cambio, se trata, primordialmente de *estar en movimiento*” (Bauman, 2007: 135), fluyendo, diría Jameson. “La mayor amenaza para una sociedad que anuncia la ‘satisfacción del cliente’ como motivo y propósito suyos sería un cliente satisfecho” (Bauman, 2008: 212). Consumir es moverse y consumir es la forma como habitamos el mundo (Yory, 2006: 96).

Frente a ese nuevo imperativo categórico, la moda es un dispositivo de perfecto funcionamiento, pues ordena el mercado de las identidades (p. 89), desunida ahora del esquema de la lucha de clases (Charles, en Lipovetsky y Charles, 2004: 17) y los movimientos grupales. Porque la moda, como todo lo que ingresa en el espectro de la (post)modernidad es mutable y, junto al deseo y el anhelo, se ha extendido a la masa,

a todas las clases sociales; con toda su capacidad de seducción, con su transitoriedad, fugacidad, y, paradójicamente, una capacidad menos legible de diferenciación marginal (Lipovetsky, 1987: 175; Charles: 19-23). “La moda ya no tiene epicentro, ha dejado de ser el privilegio de una élite social, todas las clases son arrastradas por la ebriedad del cambio y las fiebres del momento” (Lipovetsky, 1987: 175). Los grupos y movimientos, como indica Bauman, dejan de tener relevancia frente a una amorfa multitud. La sociedad es una multitud.

La medida de la libertad está en la capacidad de consumir, de agotar opciones en un mercado de posibilidades. La experiencia de comprar se convierte en la condición de toda libertad humana (Bauman: 90), así que queda sujeta al mercado, incluyendo el mercado de imágenes. Esto es, el cumplimiento cultural del proceso económico. En la sociedad del hiperconsumo (Lipovetsky, 2006: 19-141) se encuentran el proceso económico de construcción de bienes y el proceso cultural de construcción de consumidores. Un salto de la cultura *productivista* a la *consumista* que estaría diferenciado por “la inversión del valor acordado a la duración y la transitoriedad respectivamente”¹⁵⁹ (Bauman, 2007: 119).

Mercado y dominio

“El vivir mejor” (Lipovetsky, 2006: 19-141) -y no el progreso- es el objetivo, si es que hay tal cosa como un objetivo. Una tarea para la que el individuo debe valerse nada más que de sus capacidades, en competencia constante con el otro. La utopías entonces se privatizan (Bauman: 74) y solo son posibles a costa de otros seres humanos, echando

¹⁵⁹ Bauman (2008: 215) agrega que en “una sociedad de producción, el largo plazo tiene prioridad sobre el corto, y las necesidades del todo sobre las necesidades de sus partes”.

mano de unas herramientas que fluyen, como todo fluye, en un mercado de bienes y servicios.

Bauman (2000, 2004, 2007, 2008) ha insistido en las consecuencias sociales de esta dinámica. Y Lipovetsky (2006) explora las contradicciones de esta libertad de decisión dependiente del sistema comercial y sobre todo de la cantidad de dinero disponible. La moda y el consumo también forman pirámides, que -si bien pueden no estar relacionadas discursivamente con el proceso de producción- determina en la dimensión del deseo, de las posibilidades de su satisfacción, la posibilidad de “libertad”, clasifica a los individuos entre los que pueden hacerlo y los que no, liberando al sistema, ilegible en la materialidad, de las culpas, pues solo el individuo es responsable de su destino.

En este ejercicio de consumo se reconvierten los capitales, tanto los heredados como los apropiados, en una estructura de relaciones que, además de ser efectiva, está fuera de los marcos de debate, está oculta o es imposible de ver tras el flujo.

En la hiperrealidad, la circulación de imágenes construye modelos, ya no líderes que ordenan, sino sujetos supuestamente exitosos en su proceso de construcción identitaria, que promocionan las elecciones tomadas para lograrlo como ejemplos a seguir. Son los maestros del arte de vivir, de las maneras legítimas, expone Bourdieu (1979, 2011), los poseedores del gusto distinguido tanto en la alimentación, la cultura y la presentación y representación de la individualidad (1979: 181).

Thomas Mathiesen (citado por Bauman, 2000: 92) explica que el espectáculo ha invertido la dirección del dominio. Si antes –utilizando la teoría de Foucault- se basaba en la sociedad estilo panóptico, desde donde se vigilaba a las masas; ahora ha adoptado el estilo *sinóptico*,

donde las masas son las que vigilan las acciones de unos pocos que les seducen. Bien señaló Debord (1967: 8-9) que “el espectáculo se presenta a la vez como la sociedad misma, como una parte de la sociedad y como *instrumento de unificación* [...] Constituye el *modelo* presente de la vida socialmente dominante”.

Esos pocos son los beneficiados con una mayor capacidad de elegir entre las múltiples opciones, entiéndase, la capacidad de comprar y de volver a hacerlo en caso de equivocarse. Los dueños del capital que se reconvierte en opciones. En la pirámide de consumo, esto aumenta la tragedia de quien no puede hacerlo: “Cuanto más numerosas parecen ser las opciones de los ricos, tanto menos soportable resulta para todas [las personas] una vida sin capacidad de elegir” (Bauman: 95).

Como el poder ha evadido el espacio público no existe equivalente material ante el cual reclamar la injusticia, ni instituciones responsables. Estas eran las instituciones de la modernidad anterior, los actores de la modernización, nación, empresa y las instituciones del cuerpo social (Touraine, 1992: 135-149), todos elementos fragmentados (licuados) por el cambio perpetuo y la caída de las estructuras sólidas. “En el mundo de los individuos, solo hay otros individuos de quienes tomar ejemplo de cómo moverte en los asuntos de tu vida” (Bauman, 2000: 35).

Es una (di)sociedad compuesta por lo que Bauman ha llamado individuos de *jure*, que no tienen a quien culpar de su desdicha y condenados a intentar zafarse de su tragedia en soledad; muy lejos de ser individuos de *facto*, controladores de su destino y de su raudal de elecciones. Esto es por la expropiación de su ciudadanía, de su categoría colectiva.

Boaventura de Sousa Santos (2005: 16) dice que “el poder político hoy se basa más en la resignación de los ciudadanos que en su consenso”.

En ese vacío solo el mercado ofrece respuestas y posibilidades, o al menos las simula. Las relaciones de poder están entonces dadas por el control y el dominio de la producción del gusto, de la moda. El mercado como concepto proporciona un modelo de una totalidad social (Jame-son, 1991: 211) en el que se encuentran todos los individuos. Bauman sentencia que “la sociedad de consumidores es un tipo de sociedad que interpela a sus miembros *fundamentalmente en cuanto a su capacidad como consumidores*”.

POSTMODERNIDADES, SUBJETIVIDADES Y EMANCIPACIÓN

La despolitización y la dessubstancialización que dieron al traste con las estructuras sólidas de la modernidad han permitido correr las fronteras rígidas del universalismo, primero europeo y ahora estadounidense. En ese sentido, la postmodernidad tiene lecturas encontradas.

Jameson (1991: 85-96) muestra al menos cuatro lugares desde donde valorarla teóricamente: desde un punto de vista anti-moderno o desde un punto de vista pro-postmoderno; y desde un punto de vista anti-postmoderno o pro-moderno¹⁶⁰. Más allá de las posiciones mora-

¹⁶⁰ Un cruce de oposiciones de la que el diálogo entre Mario Vargas Llosa y Gilles Lipovetsky da ejemplo. El escritor y el sociólogo sostuvieron un debate en abril de 2012 sobre la alta cultura frente a la cultura de masas. Se dio en el Instituto Cervantes, a propósito de la presentación del ensayo de Vargas Llosa titulado *La civilización del espectáculo*. La transcripción del debate puede consultarse en la página <http://www.letraslibres.com/revista/dossier/alta-cultura-o-cultura-de-masas> (consultado en julio de 2012). El video del debate está también disponible en línea: <http://www.youtube.com/watch?v=rufxsBQIvYY>. (Consultado en julio de 2012)

les, Jameson invita nuevamente a pensar en la modificación cultural provocada o paralela a la reestructuración social del capitalismo tardío, de lo cual la posibilidad de un universalismo “más universal” también es consecuencia.

No es gratis que Gianni Vattimo vea en el caos postmoderno las esperanzas de la emancipación. Desde esa otra perspectiva, las mismas pistas recorridas hasta aquí encarnan esa esperanza: fragmentación de los poderes, licuidad de los anteriores sólidos. Bien advierte -en el mismo sentido- Lipovetsky (1983: 10) que la era del vacío llegó sin tragedia ni apocalipsis. En ella emerge también un sujeto no determinado desde el dominio racional (Touraine, 1992: 201-250), sino armado desde su individualización, atado a la memoria colectiva, en el centro de una nueva institucionalidad (sea cual fuere). Ello explica, más allá del determinismo del consumo, movilizaciones culturales defensoras de las subjetividades, como la de mujeres, afrodescendientes y diversidad sexual.

Jean Francois Lyotard subraya el rebasamiento de las totalizaciones racionales modernas, no como ruptura, pero como una mutación de la modernidad que equivale a su propio triunfo, paradójico, sobre los metarrelatos –esas “verdades universales”- que ella misma construyó.

El escepticismo del individuo postmoderno está amarrado a la información, desestructuración, inestabilidad, ligereza ideológica, superficialidad y demás caracterizaciones. Incluyendo, contradictoriamente, una mayor crítica, aunque se concentre solo en las infraestructuras. Sobre esta posibilidad, Flores (2010) sintetiza: “La fusión entre la sociedad de la información y las lógicas del capital tiene efectos múltiples y permite un universo descentrado cuyas consecuencias no siempre están

controladas desde las instancias de poder”. Para ejemplificarlo, cita a Vattimo:

En los Estados Unidos de los últimos decenios han tomado la palabra minorías de todo tipo, han salido a la palestra de la opinión pública culturas y sub-culturas de todas las clases. Ciertamente se puede objetar que a esta toma de la palabra no ha correspondido ninguna auténtica emancipación política: el poder económico está aún en manos del gran capital. Pero el hecho es... que la misma lógica del *mercado* de la información reclama una continua dilatación de este mercado mismo, exigiendo, consiguientemente, que *todo* se convierta, de alguna manera, en objeto de comunicación. Esta multiplicación... este *tomar la palabra* por parte de un creciente número de sub-culturas, constituye el efecto más evidente de los *Mass-media*, siendo, a la vez, el hecho que determina... el tránsito de nuestra sociedad a la Postmodernidad.

El poder democratizador del deseo

La lectura de Lipovetsky impide desconocer las capacidades emancipatorias de la postmodernidad, de la que señala la liberación de las coacciones del espacio-tiempo, construcciones fundamentales del totalitarismo anterior (en Lipovetsky y Charles, 2004: 66). La muerte de las utopías, del futuro designado por el cuerpo social, es al tiempo vulnerabilidad y libertad:

El momento denominado posmoderno coincidió con el movimiento de emancipación de los individuos respecto de los roles sociales y las autoridades institucionales tradicionales, respecto de las coacciones de afiliación y de los objetivos lejanos; fue inseparable de las instalación de normas sociales más flexibles y heterogéneas y de la ampliación de la gama de las opciones personales. (p. 67)

No desconoce las paradojas, pero muestra que la extensión del consumo, incluso en respuesta de las necesidades sistémicas, requirió infil-

trar la posibilidad de decisión autónoma (en cierta medida) en las más rígidas instituciones (Lipovetsky, 2006), incluidas la familia -modelo a escala de la anterior versión (burguesa) del sistema-, la nación y la empresa¹⁶¹.

Para el sistema, la extensión del consumo es necesaria para “extender la plusvalía a sectores que no están atados a la producción” (Mandel, 1972: 379). Pero el consumo requiere personalización. Y esta “libertad problemática”, como la ha llamado Vattimo, se convierte en “una posibilidad que hay que apreciar y cultivar” (1989:11).

En un ejercicio dialéctico entre las teorías de Vattimo y Baudrillard, Flores (2010) puntualiza precisamente en la manera en que el segundo entienden la realidad muerta, sin la construcción hegemónica de la realidad se abre la posibilidad de construcción de múltiples alternativas a ese discurso único. Si en la estructura histórica y socioeconómica del sistema mundial el sexismo y el racismo continúan determinando las condiciones de inequidad, en el marco cultural la individualización liberó nuevas maneras de pensar-se desde la sexualidad y la etnicidad, permitiendo la construcción autónoma del individuo negro (afrodescendiente), indígena, gay, bisexual, en condición de discapacidad, mujer, joven, ecologistas, automistas regionales, etc. Incluso generar la necesidad del mercado entonces obligado a la construcción de una carta de opciones individualizada.

Harvey (1990: 65) subraya las consideraciones sobre la otredad en el postmodernismo que han hecho distintos autores: “el potencial liberador que ofrece a una multitud de nuevos movimientos sociales”. Santos (2005: 42-43) por su parte apela a la idea de un postmodernismo

¹⁶¹ Véase a Touraine (1992: 135-149).

de oposición que busque “soluciones postmodernas a los problemas de la modernidad”.

La oportunidad histórica (lectura desde la crítica)

Cuando Mandel (1972) rectificaba la interpretación errada que los postmarxistas hacían de Marx y la sociedad de consumo, intentaba, en gran medida, romper la idea de la caducidad de su teoría en el capitalismo tardío. Marx nunca estuvo en contra de la sociedad de consumo, en principio, porque creía en la característica civilizatoria del capital, como elemento necesario para la manifestación de la lucha de clases (Mandel, 1972: 385), en la medida en que los no burgueses aspiraran a los bienes y estilo de vida que les eran negados sistémicamente. En la imposibilidad de materializar la aspiración se manifiesta la diferencia y el aumento de la presión sobre el sistema, si bien este ha sabido absorber de manera constante la fuerza de sus propios cambios en la individualización, algo que parece estar llegando, según los autores citados, a un punto de quiebre. Y si es que la postmodernidad es una etapa culminante de la modernidad, la perspectiva crítica de los sistemas (todos son históricos) ve cumplida una oportunidad, que no carece de múltiples retos.

El primero, señala Bauman (2000, 23-58), es desprenderse de las ideas nostálgicas de unidad. “Lo que se ha roto ya no puede ser pegado” (p. 27). Porque eso sería, de hecho, desconocer el poder revolucionario de la individualización ocurrida. Es cierto que la individualización se ha llevado el fondo de la crítica y los objetos de la misma, desmaterializando incluso los poderes, levados del espacio público. “La sociedad de consumidores ha desarrollado, y en grado superlativo, la capacidad

de absorber cualquier disenso [...] para reciclarlo como recurso para su propia reproducción” (Bauman, 2007: 73). En este maremágnum de imágenes, nada es lesivo para los poderes. Sobre todo porque es una crítica construida bajo la efigie de la paridad, “una igualdad despojada de cualquier otra connotación que no sea la del igual derecho al reconocimiento, el derecho a ser y el derecho a ser dejado en paz” (Bauman, 2008: 171), ejercicio que sin carecer de importancia, obvia cualquier esfuerzo por nivelar los beneficios del sistema: “Lo que está en juego en estas pugnas actuales ya no es la forma del mundo que vendrá, sino el hecho mismo de contar con un lugar tolerable y tolerado en ese mundo” (p. 172). Una herramienta discursiva para anular cualquier veredicto de exclusión.

El reto que expone Bauman (2000) consiste en llenar los espacios en blanco entre los fragmentos para develar la necesidad de devolver al proceso revolucionario de individualización sus fines políticos, es decir, de recuperar para el individuo la categoría *de facto* (pp. 54-55) y, como sugiere Antonio Negri (2012: 23), acumular *ser* en el *común*. El común, dice Negri, “no es una razón necesaria pero es un aumento del ser porque el hombre desea ser multiplicidad, establecer relaciones, ser multitud, no pudiendo estar solo, sufriendo el dolor de la soledad”.

El reto es reconsiderar cuáles son los fines de estos medios. Algo solo alcanzable a través de la condición social, no como un espejo de la sociedad pulverizada, sino como un nuevo fin, construido desde la multiplicidad de miradas de la vida, de sujetos, que han reclamado lugar en la *modernidad líquida* o la postmodernidad.

Jameson advierte que como episodio esta no sería la alternativa del futuro. Mas es posible que fuese el momento, dentro de la crisis de

todas las estructuras, en el que se puedan generar las alternativas. En ese sentido, Wallerstein (2007, 124) agrega que el fin del sistema-mundo moderno no es *per se* ni bueno ni malo: “Todo depende de lo que se construya en su lugar. [...] Estamos llamados a construir nuestras propias utopías y no solo a soñar con ellas”. Un ejercicio de especial necesidad en las periferias, cuya posición subordinada sustentó la construcción del sistema vigente. Por algo Santos (2005: 15) sugiere que las asimetrías de poder en América Latina son tan grandes como en el periodo colonial.

8. CARTAGENA DE INDIAS Y LAS (POST)MODERNIDADES NACIONALES

Los trabajos de Múnera (1998, 2005) explayan los antecedentes conflictivos y de negación de la construcción étnica heterogénea del Caribe colombiano y de Cartagena de Indias, consecuente con los procesos del país y análoga a los procesos del continente. De acuerdo con Ripoll (2006: 132), “la élite cartagenera del siglo XIX fue, de cierta manera, la prolongación de la élite colonial, por su carácter cerrado y endogámico y por mantener una conciencia de clase basada en valoraciones étnicas heredadas”.

Los esfuerzos decimonónicos de la invisibilización se conjugaron con los procesos de monumentalización y patrimonialización de la memoria hispana de la ciudad a partir del siglo XX. Román (2008) señala que a finales del siglo XIX comenzó un proceso sistemático impulsado por los sectores dirigentes de la ciudad para reelaborar la historia que definía como fundadores de la República a los sectores populares de la población, a los artesanos negros y mulatos representados por los actos heroicos del Almirante José Prudencio Padilla y de Pedro Romero, entre otros; el proceso sobrepuso a estos los nombres representativos de las élites criollas, materializándolos en estatuas y plazas para “proyectar a los habitantes los personajes representativos de la élite”.

Éxito a largo plazo, la historia de la ciudad tapó durante largo tiempo el periodo postindependista y el siglo XX, en parte por el peso del pasado colonial (Solano, 2000), lo que se afianzó con la entrada en funcionamiento del discurso monumental para el turismo (Cunin, 2007).

Espacialización

Comenzaba una estrategia sostenida de construcción simbólica de la espacialidad de la ciudad, que le incorporó décadas después al circuito del turismo, a partir de una imagen detenida en el tiempo. “De otra parte, aparecen los clubes sociales de la clase alta y la clase media – alta, espacios estos que entran en franca disputa simbólica con el mercado público y todo lo que representa en materia de la cultura popular y de los sectores subalternos” (Chica, 2012).

El patrón sociorracial instalado determinó en gran medida la distribución espacial originaria, en una geografía limitada por los accidentes. Manga, primero, en una etapa republicana se convirtió en el escenario de las élites, que traspasadas a burguesías más cosmopolitas, pasaron a ocupar Bocagrande y Castillogrande. Los sectores populares ocuparon las laderas opuestas del cordón de murallas y los alrededores del cerro de la Popa. Una distribución que, de entrada, presagiaba los conflictos ulteriores, pues representaba para las clases populares las zonas de mayor privilegio geográfico.

El principio de entonces era segregacionista y se sustentaba en la idea de la separación racial y de clases. El país enmarcaba esta lógica racista, mientras construía una historia heroica sobre las bases inamovibles del catolicismo y el tradicionalismo hispano y promovía la inmigración de extranjeros que ayudaran a mejorar “la raza colombiana”, que según ese discurso manifestaba señales de inferioridad por los numerosos elementos africanos e indígenas (Vargas y Suaza, citadas por Chica y Burgos, 2010: 83-84).

Colombia nunca fue un país que convoque a gran número de inmigrantes y la tragedia para los dueños del discurso racista y xenófobo

nacional –legalizado- de principios de siglo, fue que nunca convocó a aquellos extranjeros que deseaba. Martín-Barbero (2011) sostiene que “la falta de migración privó a Colombia de una mirada más plural”. Al país, como a la ciudad, ingresaron, en contra de la voluntad aristocrática, gran número de sirios libaneses que en gran medida se agregaron a las dinámicas del comercio. Estos representaron, durante el siglo, el sector de emergencia económica, chocante, en gran medida para las élites heredadas de la ciudad (Chica y Burgos, 2010).

Pero no tanto como los sectores populares formados por las bases de la pirámide sociorracial original, que con la revitalización económica y demográfica sufrieron un nuevo estigma segregacionista. En el siglo XIX, por causas de la crisis, muchos negros y mulatos pobres alcanzaron a compartir casa con familias ricas, “pues muchas tuvieron que arrendar partes de sus casas para pagar el mantenimiento” (Ortiz, 2003: 50). Pero el siglo XX, con las ínfulas modernizadoras a tope, cerró las puertas de la vida material al universalismo al que antes había sido obligado:

Para este sector de la población [la élite] resulta un despropósito que los marginados se apropien de los espacios modernos que solo ellos tienen el privilegio de usar. [...] La élite veía con desagrado las expresiones de la cultura popular, así esta tendiera a reforzar el discurso que la élite estaba construyendo sobre la historia local [...] Lo que se ve es una creación de un orden a partir de la delimitación de un entorno, donde se establecen límites de inclusión y exclusión a partir del espacio. (Ortiz: 50-51.)

Con deudas hacia el multiculturalismo y la pluralidad

Es la retoma de lo que Javier Ortiz llama una “larga historia de trato y maltrato” hacia sectores populares, en su mayoría descendientes

de negros. Una categoría que en el país no tuvo valoración positiva ni reivindicativa hasta finales del siglo pasado. Los estudios etnológicos comenzaron en la década de 1940, impulsados en gran parte por profesores europeos refugiados; e inauguraron una línea de pensamiento sobre el criollismo y la cultura indígena (Pineda, 2005). Tardíamente el país incorporó el conjunto afrodescendiente a las necesidades de pensamiento.

En consonancia, la población negra, pese a haber legado todas las desigualdades históricas en la conformación del país y las ciudades en el marco del sistema mundial, no contaba con ningún reconocimiento especial en la legislación colombiana:

Ciudadano de segundo rango, olvidado por el crecimiento económico, víctima de un racismo difuso, el negro no es un colombiano como los otros. Sin embargo, nada lo autoriza antes de 1991 a denunciar esta situación y a luchar contra la segregación que lo afecta. [...] En esto radica la paradoja: el hecho de ser negro no da acceso a un status que justificaría la concesión de derechos específicos, compensatorios y, al mismo tiempo, actúa como un estigma que pesa sobre la vida cotidiana. (Cunin, 2003: 26)

Colombia adoptó una nueva constitución en 1991, convirtiendo sus marcos al multiculturalismo y la pluriétnicidad y derogando las categorías raciales heredadas de la colonia. Este fue un acto de Estado por medio del cual se asumía el nuevo universalismo.

La segunda parte del siglo XX en Latinoamérica se caracterizó por impulsos modernizadores en el marco del desarrollismo. Desde el Estado se instalaron procesos de modernización que no coincidían con los vacíos de infraestructuras sociales, como consecuencia de los procesos históricos de exclusión (Domingues, 2009: 44). Lo que se instaló fue

una categoría formal de ciudadanía, atrapada en un fuerte corporativismo, que en el caso de Colombia, se combinó con un fuerte clientelismo (p. 40).

A lo largo de las últimas décadas, varios de los países reformaron su constitucionalismo, respondiendo a presiones distintas, tanto populares, como del sistema interestatal. El caso colombiano carga la particularidad de haber construido una constitución tan abarcadora en derechos humanos y el poder del sujeto ciudadano, como en las condiciones de apertura para la incorporación del país a dinámicas superlativas de circulación de capital¹⁶². Una contradicción tan manifiesta en distintas dimensiones como tan analizada cada cierto periodo de tiempo¹⁶³. Si bien legitimó la democracia y el Estado Social de Derecho, no encontró infraestructuras sociales para garantizar su ejercicio.

De acuerdo con la apuesta de Domingues, esto responde precisamente a las características del constitucionalismo nacional, pues la nueva Constitución fue presionada por las coyunturas de violencia y por los cuadros de poder que la ejercían o contra los que se ejercía, no por los reclamos específicos de los sujetos promocionados en el documento final. El propio expresidente César Gaviria, en cuyo periodo se construyó la Constitución, reconoció dos décadas después –más abiertamente que antes- que sin la crisis desatada por el terrorismo de la época, “nunca

¹⁶² “Los elementos económicos del nuevo pacto social de 1991 fueron un mayor compromiso con el gasto público social, la privatización de algunas empresas del Estado, una descentralización relativa, mayor libertad económica y un banco central comprometido a reducir la inflación” (Kalmanovitz, 2001).

¹⁶³ Véase por ejemplo, *El debate a la Constitución*, de Moncayo V. Manuel, y otros. Universidad Nacional de Colombia- ILSA, Bogotá, 2002; y el especial de Razón Pública, “1991-2011: Veinte años de la Constitución”, disponible en línea: <http://razonpublica.com/index.php/politica-y-gobierno-temas-27/2131-1991-2011-veinte-anos-de-la-constitucion.html> (consultado en septiembre de 2012).

hubiera habido constituyente”. Textualmente, dijo: “La constituyente no es una terapia para resolver problemas ni nada, es un instrumento al que se llega en un momento de crisis y desesperación” (declaraciones para el documental *Los tiempos de Pablo Escobar, lecciones de una época*), por la guerra que los narcotraficantes le habían declarado al Estado. Una Constitución a la cual el propio Pablo Escobar Gaviria dijo estarle haciendo homenaje con su entrega a las autoridades.

Este accidente constitucional encontró a los movimientos e instituciones ciudadanas sumamente debilitados. Unos, suscritos al corporativismo y los otros, como el movimiento campesino o el estudiantil, que apenas si lograron sobrevivir la década de los ochenta. “En el proceso de modernización colombiano se rompieron los lazos premodernos de solidaridad entre clases, pero aquí no fueron reemplazados por los vínculos igualitarios de la ciudadanía política” (Palacios, 2003: 34).

En las periferias del país, esto permitió que la descentralización alimentara, antes que alterar, los poderes clientelares y, en el peor de los casos, oligárquicos y violentos en las zonas rurales y en patriciados urbanos bien establecidos. En síntesis, la precesión de la postmodernidad y de sus lenguajes políticos en la Constitución de 1991, se instaló sobre una base ciudadana donde se yuxtaponían –como lo hacen aún– categorías de distintas modernidades sin culminar.

La modernidad europea incorporó a gran parte de la población a un proyecto de ciudadanía que en América Latina no tuvo lugar (Flores y Crawford, 2001: 42). El multiculturalismo y el lenguaje de la identidad (Colom, 1998: 105) se declaró de forma inédita, sin antecedentes marxistas, republicanistas o liberalistas, al menos, en la vida material. Marco Palacios (2003) señala que la idea de la “república oligárquica”

del país nunca ha sido depuesta y a su fuerza estructural se han ajustado las nuevas flexibilidades, cruzadas por la presión del conflicto armado.

Al tiempo, esas oligarquías han demostrado una ausencia total de capacidades para coordinar un proyecto coherente:

Lo que diferencia a nuestro país de otros latinoamericanos no es la exclusión como tal, o la inseguridad ciudadana en las grandes ciudades y en los campos, o la desigualdad social creciente, sino la ausencia de una clase dirigente capaz de gobernar el Estado, de tramitar los procesos complejos de construcción de ciudadanía y de dar curso al sentimiento de que todos somos colombianos. (Palacios, 2003: 34).

Lo que diferencia a nuestro país de otros países latinoamericanos es también la ausencia de una conexión entre el país-pueblo y el país-Estado, según ha advertido el mismo Palacios (2001: 19). El pueblo colombiano no tiene nación y la nación existe al margen del pueblo. El autor sostiene que allí radica en gran parte la debilidad del Estado colombiano.

Es que después del periodo republicano, en pleno apogeo democrático de la postguerra, muchos países de Latinoamérica eligieron gobiernos populistas que, para bien o mal, acercaron a los sectores populares al poder. En Colombia, el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán impidió tal proceso. Y las maneras en que ese encuentro puede forzarse están valoradas de acuerdo con la violencia que el homicidio provocó en la multitud: el pueblo de Colombia ha sido retratado, a partir del bogotazo, como un incapaz de las maneras del escenario democrático y del poder: “La idea de un pueblo peligroso” (p. 32).

En esa desconexión emerge mucho más fácil aquello que Santos ha llamado *fascismo social/societal*, una característica de la estructura de relaciones vigente muy fácilmente reconocible en el país. El fascismo societal

no se trata de un régimen político sino de un régimen social y de civilización. El fascismo societal no sacrifica la democracia ante las exigencias del capitalismo sino que la fomenta hasta el punto en que ya no resulta necesario, ni siquiera conveniente, sacrificarla para promover el capitalismo. Se trata, por lo tanto, de un fascismo pluralista y, por ello, de una nueva forma de fascismo. (Santos, 2006: 29-30)

Este tiene tres formas de manifestación (pp. 30-31): *fascismo del apartheid social*, referente a la cartografía urbana, donde se explicitan zonas tipificadas como salvajes y otras civilizadas, para justificar la segregación, fenómeno cuya manifestación se revisará en el caso de Cartagena de Indias en la tercera parte, a partir de sus geografías post-modernas; el *fascismo del Estado paralelo*, que funciona con una lógica democrática en los escenarios que considera civilizados y con otra, fascista, en las zonas que considera salvajes; y el *fascismo paraestatal* “resultante de la usurpación, por parte de poderosos actores sociales, de las prerrogativas estatales de la coerción y la regulación social”, muchas veces, en connivencia con el mismo Estado.

La existencia de este fascismo pluralista es clara en la construcción del Estado colombiano, tanto en la relación entre regiones como de clases y grupos sociales, determinada por la complejidad étnica, como bien puede extraerse de las citas de este aparte. En la brecha sostenida entre el pueblo y la nación ha crecido todo un cúmulo de conjuntos y grupos de poder armado, científico y burocrático.

En la complejidad multiestratificada del país no puede pasarse por alto el papel de los grupos armados. Las guerrillas que emergieron de la crisis de mediados del siglo pasado bien recogieron cierta categoría de populares, como una capacidad gestionada luego por el poder para deslegitimar movimientos antisistémicos más densos y dialécticos. En ese sentido, si se permite la analogía, como ejercicios antisistémicos “realmente existentes”, sirvieron de regulador y monopolizador de las posibilidades de cualquier “revolución” o movimiento por fuera de sus márgenes, tal como la URSS sirvió en la geopolítica a EE.UU.

En este sentido puede consultarse, por ejemplo, la historia del movimiento campesino representado por la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC), que si bien nació como un ejercicio sistémico de fomento de la Alianza para el Progreso¹⁶⁴ se convirtió en una organización promotora y actora de la reforma agraria. Fue torpedeada primero por la presión guerrillera y luego, usando lo anterior como excusa, perseguida estatal y paraestatalmente (Pérez, 2010). “Terratenientes, guerrillas y paramilitares han impedido sistemáticamente que los campesinos plantearan sus reivindicaciones en forma autónoma, ocasionando un inevitable declive de los procesos organizativos del movimiento campesino regional” (Pérez, 2010: 4).

¹⁶⁴ Programa financiado por Estados Unidos para Latinoamérica durante la década de 1960, como respuesta al triunfo de la Revolución Cubana y a la posibilidad que el comunismo ganara renglones en la región. Tuvo en Colombia el principal escenario de proyectos: “Gracias a la Alianza, Colombia recibió casi 833 millones de dólares entre préstamos y ayudas estadounidenses. Se pretendía ayudar a solucionar el desbalance de pagos, fortalecer y diversificar la agricultura para superar la dependencia del café y mejorar la nutrición y la educación de los menores” (El Tiempo, especial 100 años. Consultado en línea en septiembre de 2012: http://www.eltiempo.com/100/dk100/cronologia_centenario/ARTICULO-WEB-PLANT_NOTA_INTERIOR_100-7877797.html). Palacios (2001: 55) señala que el papel de Colombia era ser vitrina de las bondades del capitalismo.

Cuando la nueva constitución declaró un Estado Social de Derecho, el movimiento campesino estaba debilitado y apenas algunos sectores alcanzaban un accionar local, sin poder a evitar la gestión terrateniente, estatal y paraestatal de sus capacidades.

En otro aspecto de aplicación del poder, la nación ha sido imaginada y planificada desde ciertos sectores legitimados por su capital simbólico y cultural: una clase política oligárquica en el centro en connivencia con unas oligarquías feudoburguesas en la periferia. En la idea de la democratización, se abrieron puertas hacia el enclasmamiento bien reguladas por la institucionalidad de la política o de la educación.

El pacto de poder apenas se ha alterado, gracias a la vigencia de una suerte de “ideal de lo práctico” (Safford, citado por Palacios, 2001: 106-107) que permite la convivencia de estructuras tradicionales de poder con la flexibilidad de las ideas económicas transnacionales. Allí entra en juego una clase administrativa de economistas, “un partido legítimo del conocimiento científico de la economía”¹⁶⁵, que bajo una pose apolítica camufla su poder bajo la definición de técnica (pp. 99-100), un cúmulo de conocimientos apenas sometido a discusión entre ellos mismos y entre ellos y su comunidad internacional de pares; y transmitido específicamente desde los escenarios legitimados para hacerlo, principalmente, la Universidad de los Andes con sus superiores teórico-técnicos establecidos en las universidades anglosajonas. Técnicos y políticos sostienen, con ese ideal de lo práctico, el orden que permite la coexistencia de varias élites, en lo que es, en todo caso, un modelo de nacionalismo oportunista: medio hispano, por los tradicionalismos y las

¹⁶⁵ Ocupan el Ministerio de Hacienda, el Departamento Nacional de Planeación, el Banco de la República y los grupos de estudios interlegitimados por las referencias mutuas.

estructuras culturales del poder; y medio norteamericano, en cuanto a las estructuras económicas.

Un panorama así cierra los escenarios para las vías de una democracia completa. En términos de Colom, la crisis de la Constitución tendría que ver con la desconexión de la postmodernidad del multiculturalismo y la pluralidad como texto y su existencia como contexto, su equivalencia material y la ausencia de condiciones sociales para ejercer los nuevos instrumentos democráticos.

Aplica aquí entonces la advertencia de Flores y Crawford citada al comienzo del libro: el multiculturalismo se convierte en un escenario adecuado para “ocultar el totalitarismo tras la metáfora del descentramiento y la marginalización tras la simbolización de la multiplicidad”. Si bien no se reduce a la mujer y la afrodescendencia, los dos procesos de estos sujetos políticos sirven para ilustrar la idea, al menos en Cartagena de Indias.

Cartagena y las emergencias postmodernas tardías

En Cartagena de Indias, desde la década del 90, el Movimiento Social de Mujeres ha abanderado su propia lucha por la igualdad de derechos, las transformaciones sociales para poder ejercer una ciudadanía pareja y las acciones estatales para conseguirlo (Valderrama, 2008). En 2005, por medio de un acuerdo distrital, fue ordenada la formulación de una política pública para las mujeres; y en 2007 se creó el fondo de desarrollo y fortalecimiento de la mujer.

Los logros del movimiento han ido de la mano de la formulación de los marcos normativos nacionales, también empujados por la nue-

va Constitución. Finalmente, en 2010, se formuló la primera política pública de mujeres en la ciudad, como el reciente logro de un proceso de reconocimiento; logro textual, que todavía no se materializa en la calidad de vida, tal como muestran los trabajos del Odesdo (Casanovas coord., 2009; 2009b, 2010, 2010b).

Un balance análogo, aunque no similar, puede hacerse sobre la situación de la población afrocolombiana, todavía sujeta al sistema sociorracial pese a la corpulenta normatividad y legislación nacional e internacional en contra de la discriminación. Cunin (2003) esbozó las contradicciones entre el discurso identitario negro y la idea del mestizaje. El Odesdo (Casanovas. coord. 2009) ha sistematizado en sus análisis los resultados de la densa investigación sobre la condición de desigualdad de la población afrocolombiana en Cartagena. Muchos de esos resultados serán citados en el capítulo siguiente.

TERCERA PARTE

GEOGRAFÍAS POSTMODERNAS: CARTAGENA DE INDIAS Y LA ESCALA LOCAL DEL SISTEMA MUNDIAL

*La ciudad-puerto es fragorosa. El sueño de la fortuna, la codicia del comercio
que compra-vende todo se agitan en el bochorno perpetuo.*

Roberto Burgos Cantor, *La ceiba de la memoria*.

9. COMPRENDER ESTA CIUDAD EN LA POSTMODERNIDAD

POSTMODERNA Y PERIFÉRICA

“La puerta al mundo está abierta, imposible quedarse afuera”. La sugestiva frase hizo parte de la batería publicitaria del Centro Internacional Puerta de las Américas¹⁶⁶, que en 2012, durante su primera etapa construiría 40 hectáreas de la Zona Norte de Cartagena de Indias. La Zona Norte está formada por siete corregimientos¹⁶⁷, terreno rural de Cartagena que desde mediados de los noventa está proyectado en los documentos oficiales como el escenario de la expansión metropolitana de la ciudad para la instalación de centros de servicios y administrativos (Acuerdo número 14 de 1994 del Concejo de Cartagena de Indias). La oferta futura de Puerta de las Américas, no muy lejana, incluye servicios médicos y biomédicos (turismo médico), escenarios de negocios y comercio internacional, ferias de exposiciones y tecnológicas, hotelería, clubes y todo un portafolio del “mundo” disponible en su espacio cerrado.

La frase, no obstante la simplificación de su uso en la dimensión del mercado de servicios internacional, es un saludo al vertiginoso ciclo de desarrollo acelerado que ha experimentado Cartagena en las recientes décadas, incorporada de manera particular a unas dinámicas de circulación de capital inéditas en su historia dentro de la economía mundial y del sistema mundial en general.

¹⁶⁶ Sobre el Centro Internacional Puerta de las Américas puede revisarse su página web: <http://puertadelasamericaszf.com/pazf/index.html> (consultada en agosto de 2012). En el análisis de las geografías postmodernas de la ciudad se hará mención a los distintos proyectos del mismo tipo en la ciudad.

¹⁶⁷ Manzanillo del Mar, Punta Canoas, Arroyo de Piedra, Arroyo Grande, Bayunca, Pontezuela y Puerto Tierra Baja.

La literatura permite asumir que existe un momento en que cada ciudad “entra en sintonía con los ritmos de las crisis y reestructuraciones que han modelado [y remodelado] el espacio urbano capitalista” (Soja, 2006: 182-183). Un momento en que, tomando los términos de Wallerstein, la ciudad, que no ha sido parte de procesos hegemónicos, es incorporada a una escala distinta de la economía mundial y al sistema mundial en su complejidad¹⁶⁸.

En general, las condiciones de incorporación varían de una ciudad (y tiempo) a la otra, así como la versión o edición de universalismo eurocéntrico-americano y la localización del mismo. Cartagena de Indias se incorporó a una escala de relevante sintonía con los ritmos del sistema justo en los marcos del capitalismo tardío y de su lógica cultural equivalente: la postmodernidad.

Las posteriores exposiciones, sumadas a la de los anteriores capítulos, reforzarán esa apuesta, que en principio señala que la ciudad toma la puerta al mundo, siguiendo con la metáfora de Puerta de las Américas, en temporalidad con la desarticulación propia de la institucionalidad espacial de la modernidad (Estado, mercado, industria, identidad colectiva), que, como en gran parte del continente, ni siquiera alcanzó a ensamblar del todo. Ergo, la nueva estructura urbana, la postmetropolización de Cartagena, se encuentra/colisiona con toda una laguna de

¹⁶⁸ Las exposiciones de Soja muestran los cambios que en los inicios de la industrialización del capitalismo sufrieron Manchester y Chicago, cada una en su momento. Por medios distintos Harvey (2006) permite hacer lo mismo con París, mientras que en algunos apartados Berman (1982) da una pista de lo que significó en San Petersburgo la apuesta modernizadora en tiempos del capitalismo comercial, cuyas consecuencias ambientan y motivan las obras de Dostoievski, Pushkin, y Gogol. O de Los Ángeles del siglo XX, que concentra los estudios de Soja. Los estudios particulares, por ciudad, se concentran en grandes metrópolis, y se dirigen a periferias apenas de manera grupal: ciudades de Latinoamérica, ciudades del tercer mundo, etc.

“residuos” inconclusos de la modernidad que o bien intenta emparejar o bien atropella. Es decir, elementos modernos que en otros escenarios urbanos del sistema mundial se completaron.

En el plano espacial, esto muestra paralelismos de geografías modernas en formación, por ejemplo, en cuanto a la dinámica de industrialización y su reestructuración del espacio, con la construcción de geografías propias de la postmodernidad, flexible en cuanto a producción, circulación y consumo; y heterogénea en cuanto a dinámicas culturales. Y al tiempo, sobreviven dinámicas que dentro del universalismo eurocéntrico podrían etiquetarse como premodernas.

En este sancocho de procesos la mezcla persistente entre las formas “reales” y las formas “imaginarias” desemboca en sustancias particulares y distintas a las ciudades globales intensamente estudiadas. Al fin que todas las postmodernidades son particulares.

De entre todos los post posibles, la postmodernidad

Las mismas razones sirven para abrazar la idea de la postmodernidad de entre todos los *post* regados a lo largo y ancho de las ciencias sociales y humanas. “De todos los *post* que pueden ser adjudicados a la metrópolis contemporánea, los *menos* adecuados son los de post-urbana, post-industrial y post-capitalista” (Soja: 218), teniendo en cuenta que se refieren a procesos que en gran medida recogen restos de procesos urbanos todavía vigentes, mucho más en la citada construcción histórica de Cartagena y su escala periférica. A juicio de Soja, son procesos que no han sufrido una reestructuración tan profunda como para postular la posibilidad de su transcendencia o inflexión profunda.

Una discusión que aplica de forma distinta para la postmodernidad, “el primero [de los *post*] presentes en la postmetrópolis”. Con este, como se ha expuesto en el capítulo anterior, el neomarxismo acepta la persistencia de una superestructura que involucra importantes cambios que, en términos materiales, “han tenido lugar en nuestros mundos urbanos contemporáneos” (Soja: 220). Es decir, en la ciudad como metáfora física de la categoría narrativa, sea modernidad o postmodernidad. Esos cambios se hacen imposibles de obviar, bien por lo que ahora se hace legible: la diferencia, la sexualidad, el género, la etnicidad; como por lo que se hace ilegible, las fronteras y los límites de la ciudad, su grupo de poder hegemónico.

Cada postmodernidad y su equivalencia espacial tienen tanto particularidades generalizables como otras incomparables (p. 24). Frente a esto se ratifica la confianza en que un análisis relacional de la ciudad y los discursos espaciales dentro de esta categoría tan compleja y comprehensiva serán pertinentes. Más, si las élites simbólicas de Cartagena han asumido el estribillo de que esta es “la ciudad más internacional de Colombia”¹⁶⁹, respaldado por el frenesí turístico, portuario, industrial e inmobiliario.

En la misma corriente, la política ha localizado los discursos multiculturalistas y de derechos, al menos, en la construcción retórica de los marcos normativos del desarrollo local. Existen en la ciudad políticas

¹⁶⁹ Esta fue una de las justificaciones del Estado distrital para la construcción de una marca ciudad, con la que mercadea a Cartagena como destino de negocios y de placer. Véase la información en la página de la marca en: <http://www.cartagenadeindias.travel/marca-cartagena-de-indias.php?la=es> (consultada en agosto de 2012). En el ranking de internacionalización de la economía nacional elaborado estadísticamente para medir los índices de competitividad global (Quintero, Leviller, López, Villadiego y García, 2009: 32-33) Cartagena aparece primera entre todas las ciudades colombianas.

públicas poblacionales para mujeres, jóvenes, niños y adolescentes, población en situación de discapacidad, de inclusión productiva y para la población afrocolombiana.

La corriente baña también la academia y la movilización social y ciudadana. Además de las organizaciones del Movimiento Social de Mujeres, existe una cuarentena de organizaciones de afrocolombianos aglomeradas en el Cabildo Afrocaribeño de Integración Social Gavi-laneño; un Consejo Distrital de Juventudes, consejos de planeación, organizaciones comuneras, organizaciones de defensa de derechos de población LGBTI, población en situación de desplazamiento, grupos artísticos, colectivos culturales y hasta una pléyade de organizaciones de comerciantes informales y vendedores ambulantes (relojes, grani-zados, y las más insospechadas agremiaciones). De las universidades han comenzado a emerger grupos de estudio en dinámicas culturales y desarrollo. Y toda una corriente promotora de industrias culturales, más o menos sofisticadas.

Para mayor relación de su conexión con el mundo, la ciudad es escenario de ingentes inversiones de agencias de cooperación interestatales, a través de cerca de medio centenar de organizaciones no gubernamentales (ONG) con recursos de la cooperación internacional. No existen datos confirmados de los montos que administran. Algunas pasan de los 6000 millones de pesos anuales¹⁷⁰. Y algunos informes del Estado local han informado de inversiones de mas de 46000 millones de pesos por cuatrienio (2008 - 2011) correspondiente a recursos de cooperación. Es

¹⁷⁰ La suma de 6300 millones de pesos corresponde al informe de rendición de cuentas de la Corporación Actuar por Bolívar en 2005, destinados a proyectos productivos, mejoramiento de vivienda, rehabilitación, atención de niñez y desplazamiento, entregados por la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID) y la Fundación Panamericana para el Desarrollo (FUPAD) (en Burgos, 2006).

una clara relación con el sistema interestatal, que, en esa línea, asesora y apoya tanto a la institucionalidad como a la sociedad civil¹⁷¹.

Esta ciudad es, en síntesis, un apanamiento de estilos y lógicas en una versión de categoría narrativa llena de empaches variopintos y una materialidad socioespacial de realidades diversas reorganizadas en una suerte de metatexto –una metaciudad- tan característica de la postmodernidad (Jameson, 1991: 125): trozos de ciudad, fragmentos de épocas y de estilos preexistentes “en un bricolaje nuevo” (ibíd.). Santos (2005: 17) sugiere que el uso de la denominación postmodernidad (para una época no explorada) es adecuado solo si se especifica el porqué de su uso. Las descripciones entregadas sobre Cartagena y las que están por entregarse, intentan cumplir con esa sugerencia.

LA COMUNICACIÓN Y LA CIUDAD

Los estudios críticos de comunicación y ciudad han estado elaborados sobre la ciudad como un escenario de procesos sociales y prácticas culturales, mucho más que desde la dialéctica socioespacial de la teoría crítica urbana neomarxista. Las respectivas síntesis de Badenes (2007), Rizo (2005) y Miralles (2001) permiten un rápido recorrido por los distintos abordajes, repartidos en cuatro dimensiones, todas relacionadas

¹⁷¹ La política pública de mujeres, *Cartageneras en pleno goce de nuestros derechos*, contó con el apoyo técnico de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID) y la Agencia Alemana de Cooperación (GIZ). El Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) tiene presencia sostenida en la ciudad, participando en procesos desde construcción de agendas ciudadanas, apoyo técnico a las administraciones distritales, promoción de movilización ciudadana para la participación democrática. Al tiempo, el PNUD promueve y apoya procesos de tecnificación institucional de la Administración Distrital en diversas áreas. Este es apenas un ejemplo de la presencia de elementos del nivel interestatal.

con la “historia cultural urbana”, concepto que desde la perspectiva crítica de los estudios urbanos aquí recorrida, específicamente desde la apuesta por el *tercer espacio* (*thirdspace*) de Soja (2006, 1996, 1989), se antoja como un pleonasma.

En general la comunicación postula la ciudad como un objeto donde se producen los fenómenos sociales a estudiar. “Suele ser una excusa – una entrada posible- para abordar estos procesos” (Badenes 2007), bien sea a través de cuestiones por el estilo, el hábitat, las cartografías, las escenografías (para producción o revolución). Las apuestas en Comunicación y ciudad promovidas desde la Unesco (Miralles, 2001) responden en gran medida a esos marcos.

Después del mediocéntrismo (no obstante este sigue siendo el de mayor énfasis en los estudios de comunicación), la ciudad ha sido abordada desde su carácter vivencial, imaginado, transformativa y textual. Rizo (p. 198) habla de cuatro dimensiones: la forma, la difusión, la interacción y la relación entre los sistemas de comunicación, nutridas por la cibernética, la sociología (funcionalista, crítica-cultural y fenomenológica), la psicología social, la economía política y la semio-lingüística. Las apuestas, si bien parten de la relación dialógica entre la historia de la ciudad material y de la dinámica social, aceptan por antonomasia una fractura entre ambas dimensiones, que desde la dialéctica socioespacial¹⁷² son inseparables. La vida humana, y por ende la vida urbana, es espacial y “aquello que es descrito como social es siempre, y al mismo tiempo, intrínsecamente espacial” (Soja, 2006: 35).

¹⁷² La integración necesaria de lo que Harvey (1973: 23-24) llama las imaginaciones sociológica y geográfica.

En ese sentido, de lo que parece haber carecido la comunicación frente a esta nueva corriente de estudios urbanos, es de la especificidad espacial de la que habla Soja, en tanto pueda involucrar forma y proceso (*primer espacio*) e imaginación o mapa mental (*segundo espacio*) en una compleja imaginación geográfica: *el espacio enteramente vivido* (*tercer espacio*) (p. 40). Incluso pensada como sistema, la comunicación de la ciudad podría adquirir complejidades no tenidas en cuenta desde las dimensiones actuales.

Desde la década de 1990, el estudio de la comunicación en la *ciudad vivida* (otra suerte de pleonasma) se alimenta con las corrientes de estudios culturales críticos, impulsado por la Unesco, entre otros (Miralles, 2001). Ha tenido exponentes que han hecho escuela, desde Jesús Martín Barbero, Armando Silva y Néstor García Canclini, y se ha concentrado en el análisis de la producción social del espacio/territorio, así como a las estrategias y conflictos de poder en la producción y reproducción del mismo, en lo que está directamente involucrada la producción de imágenes y representaciones (Badenes, 2007). El estudio de los sistemas de comunicación ha sido igualmente explotado en la lectura de las transformaciones y, en vía inversa, la ciudad como un texto ha servido para leer procesos sociales que se han materializado en su forma.

Incluso así, la permanente asociación dialógica entre cultura/sociedad y espacio –enfrentada a la complejidad de los estudios urbanos neomarxistas– devela una suerte de mitificación de la ciudad a una escala barthersiana, donde la búsqueda de causalidades entre espacio y procesos sociales esconde la verdadera dimensión estructural de su relación.

El fantasma de los antecedentes positivistas explica que se haya hecho resistencia a una posible fractura entre significante y significado,

y que la consideración prioritaria de los culturalismos¹⁷³ sea respuesta a la anterior mirada predominantemente espacialista (Millares, 2001) del urbanismo, otrora exclusividad de arquitectos y planificadores. Toda la pléyade, en mayor o menor dimensión, se mueve entre el primer y el segundo espacio, que conviene para la relación de los procesos sociales, espaciales e históricos que operan en y sobre las ciudades, pero que pasan por alto que estos procesos en gran medida emanan de las ciudades (Soja: 49), cualesquiera sean sus rótulos.

En respuesta a un mismo tipo de paradigma dominante, aunque en otra escala, la comunicación para el cambio social en América Latina se levantó sobre unas bases teóricas críticas, especialmente de estudios sociales y culturales (Cortés, 1997; Rodríguez, 2001; Rodríguez y Murphy, 1998), cuya parte gruesa es coincidente con la temporalidad del ciclo sistémico actual, lleno de cuestionamientos sobre la coherencia de esas diferentes disciplinas científicas sociales y humanas (Wallerstein, coord., 1996: 52).

En su adaptación interdisciplinaria la comunicación para el cambio social incorporó perspectivas críticas, especialmente heredadas de la Escuela de Frankfurt (Rodríguez y Murphy, 1998) y su acción se sustenta sobre la base teórica/filosófica de Jurgen Habermas, Chantal Mouffe y Hanna Arendt (Navarro, 2010), entre otros autores de los que sobresalen integrantes de la corriente llamada postmarxista, punta de lanza de cierto sector de estudios postmodernos.

¹⁷³ De acuerdo con Wallerstein (1996, coord.: 71) en los estudios culturales contruidos sobre un marco teórico postmoderno se han conjugado tres grandes temas: “la importancia central, para el estudio de los sistemas sociales históricos, de los estudios de género y todos los tipos de estudios ‘no eurocéntricos’, [...] la importancia del análisis histórico local, muy ubicado [...] [y] la estimación de los valores asociados con las realizaciones tecnológicas y su relación con otros valores”.

De su andamiaje ha quedado ausente toda una complejidad y diversidad de corrientes críticas neomarxistas (muchas de ellas aquí citadas) que, para este caso, son las que han apostado a la especificidad espacial de los estudios urbanos y sociales, por un lado, y de la unidisciplinariedad de las ciencias sociales históricas en general para el análisis complejo del sistema mundial.

Por ello, el eclecticismo necesario para analizar la ciudad desde su *tercer espacio* (Soja, 2006: 19; Vidal-Koppmann, 2007), no es coherentemente limitado por las posibilidades disciplinarias de la comunicación vigentes. Como sea, si es cierto que “el aparato científico de las ciencias sociales parece no encontrar las claves para el entendimiento y la producción del cambio social”¹⁷⁴ (Foro sur-sur, 2012), la disciplinización rígida no se asume un objetivo plausible.

La comunicación y esta ciudad

En Cartagena de Indias los estudios de comunicación, casi difuminados en otras de las corrientes incorporadas a su interdisciplinariedad, se han concentrado en la misma dimensión cultural crítica que empapela la comunicación desde la década de 1990, relacionada mayormente

¹⁷⁴ “[El aparato científico] Se encuentra anclado en la constricción del episteme hegemónico que impone ‘las reglas del método’ y una praxis individualista que aleja los descubrimientos del cambio social. [...] ha cumplido su ciclo y continuará dominando hasta tanto un nuevo paradigma plural que abarque teoría y praxis se legitime universalmente y demuestre las deficiencias y falacias del paradigma vigente. [...] Tampoco se trata de excluir las voces críticas del Norte, sino de proponer un encuentro dialógico [...] que brinde la oportunidad de aliarnos para pensar, debatir y darnos la oportunidad del escape al general intellect alienado por las fuerzas productivas capitalizadas” (Foro sur-sur, 2012).

con un análisis local de lo que Soja considera las configuraciones micro del espacio urbano.

Por un lado, comienzan a abundar estudios de los imaginarios y representaciones, a partir del estudio de las mediaciones y de los medios masivos en distintas épocas. Ejemplo de esto son los trabajos de Chica (2011, 2005) y Arnedo (2011). También comienzan a abordarse los problemas sociales y culturales desde el enfoque del desarrollo y cultura, como el caso de Lara (2011), o sobre dinámicas de consumo de nuevas tecnologías, como el trabajo de Ruiz (2011). Por otras puertas aparecen estudios sobre ciertas prácticas sociales urbanas consecuentes con la territorialización por prácticas culturales, como el trabajo de Chica y Burgos (2010) y de Chica (2006).

En el área de las ciencias del lenguaje cualquier intento de acercamiento incluiría una lista demasiado extensa para caber en un apartado, pero en su gran mayoría está concentrada en estudios de narrativa y literatura¹⁷⁵, estudios de conflictos de significación y representación cultural¹⁷⁶ entre grupos hegemónicos y los marginales, periféricos o, en general, los rostros locales de lo que Bauman llama *parias de la modernidad*, y Wacquant (2001) *parias urbanos*, principalmente en relación con los discursos sociales¹⁷⁷, las formas, la edificación urbana o

¹⁷⁵ Lo hacen, por ejemplo, el Grupo de Estudios de Literaturas y Representaciones del Caribe (Gelrcar). Gran parte de su producción bibliográfica circula a través de los *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, que pueden consultarse en línea: <http://www.ceilika.com/cuadernos>. Del Grupo Cultura, Ciudadanía y Poder en contextos locales sirve la referencia de *Representaciones sociales sobre la ciudad en la Cartagena contemporánea* (Bolaño et al, 2009).

¹⁷⁶ El grupo Texto y Discurso en el Caribe Colombiano (Texcultura) se dedica a estudios de lingüística.

¹⁷⁷ Véase como referencia el libro *Racismo: miradas cruzadas* (Fonseca. comp. 2012).

la omnipresente figura de la monumentalidad local (Valdelamar, 2010; Bolaño et al, 2009: 75-77) concentrada en el Centro Histórico.

Muchas de las reacciones a los discursos urbanos hegemónicos de la ciudad se concentraron en la defensa de la cultura popular, en la medida en que ha puesto sus mayores esfuerzos en la defensa de ese concepto, paradójicamente indefinido: sugiere otra mitología local. En todo caso, están alejados de la especificidad espacial -más allá de tenerla en cuenta-, que en algún grado ha estado más rozada por los estudios económicos, entre positivistas y modernizadores, muchos de ellos ya citados.

Habría que buscar en el plano nacional abordajes de complejidad en cuanto a la especificidad espacial o geográfica, aunque en otras disciplinas, que puedan ser integrados a la comunicación¹⁷⁸, como los estudios de Carlos Mario Yory (2009, 2006, 2003) sobre las relaciones humano-espaciales en Bogotá, o de Fredy Chacón (2010) sobre los procesos de transformación de las centralidades en la capital a partir de la multiplicación de los centros comerciales. Muchos más trabajos en urbanismo desde la geografía o la economía política, podrían citarse, tanto a nivel nacional como continental. No obstante, servirá todo el capítulo presente para atribuir a quienes corresponde la información que se requiera.

¹⁷⁸ Con esto se salda cualquier confusión que pueda llevar a pensar que se está ignorando o desconociendo el pensamiento geográfico colombiano. La idea se refiere a aquellos que tienen relación con la comunicación.

10. INTRODUCCIÓN A LA CARTAGENA POSTMETROPOLITANA

VUELO POR EL PROCESO DE URBANIZACIÓN EN CARTAGENA Y SU LECTURA

El final de siglo pasado y el comienzo de nuevo milenio despertó en Cartagena ingentes debates sobre *la cuestión urbana* local¹⁷⁹ y la revisión de la historia comenzó a hacerse a partir del papel de sectores no hegemónicos¹⁸⁰. Se instaló el debate sobre las contradicciones entre la inercia urbana y la debilidad institucional urbana. Entiéndase –sin que esto se hubiera mencionado de esta forma–, quedó clara la incapacidad de respuesta local para dirigir, controlar o enmarcar la presión que dinámicas del crecimiento de la ciudad ejercían, sumadas a deudas acumuladas durante décadas, y acaso siglos, de cambios urbanos.

Los cuatro siglos de intramuros

Ya se ha citado la relativa mejoría de las condiciones económicas de Cartagena al comenzar el siglo XX, coincidente con el espíritu patriótico que despertó el Centenario de la independencia y sus obras de conmemoración. De la contracción pasó al crecimiento demográfico y urbano sostenido. Desde la institucionalidad se propuso manejarlo por distintos planes de ordenamiento –en distintas dimensiones– a lo largo

¹⁷⁹ En ese periodo entraron a escena centros de estudio de la región y la ciudad como el Observatorio del Caribe Colombiano (Ocaribe) y el Centro de Estudios Económicos Regionales (CEER) de la seccional del Banco de la República (ambos en 1997).

¹⁸⁰ Un trabajo iniciador de la tendencia sería *Historia doble de la costa*, de Orlando Fals Borda (Ortiz, 2001: 83). Después fueron presentados los trabajos de Alfonso Múnera (1996, 1998, 2005) y de toda una nueva escuela de historiadores de las universidades regionales.

de dicho siglo, cuando se materializó su expansión hacia lo que parroquialmente se ha llamado extramuros, en relación con el cerco de murallas del Centro Histórico que concentró toda la dinámica de la ciudad durante casi cuatro siglos, tal como recoge Maruja Redondo (2004), en cuyo trabajo está basado este aparte.

En los siglos XVI y XVII se formó la trama que hoy corresponde al Centro Histórico y toda la ciudad colonial, que en la fundación era apenas una zona de dos islas: el núcleo central y Getsemaní (Redondo: 30). En el primer siglo se consolidó el núcleo central, donde a finales del siglo había cerca de 400 casas (ibíd.), alcanzando a extender algunas edificaciones militares hacia Getsemaní.

Redondo explica que la ciudad colonial creció de forma radiocéntrica, teniendo como eje la Plaza del Mar (hoy la Plaza de la Aduana), pero limitada por los accidentes del terreno¹⁸¹. Se establecieron las bases, la trama y los trazos que se solidificaron en el XVII con el uso de materiales durables. Getsemaní se convirtió en la zona de articulación entre la zona central y la periferia (p. 31), formada por poblados dispersos y dilatados en grandes extensiones o por haciendas. La ciudad aumentó su población gracias a las obras de defensa -y en consecuencia con la seguridad lograda-, la consolidación de un comercio más seguro y la conexión con el río Magdalena.

El siglo XVII sembró casi toda la infraestructura militar de la ciudad, que fue remodelada, reconstruida o intervenida de alguna manera durante los dos siglos siguientes, y todavía hoy, con fines patrimonia-

¹⁸¹ La ciudad se levantó “en dos islas bajas y arenosas que posteriormente fueron unidas. Se encuentra rodeada por el mar Caribe e importantes cuerpos de agua que se convierten en los elementos dominantes de su estructura morfológica; estos la recorren en su interior, conformando un área insular y un área continental” (Redondo, 2004: 19).

les. Es decir, que como señala Redondo (p. 44) desde su perspectiva, los elementos significativos de la imagen de la ciudad vienen de ese siglo. Los espacios públicos de la ciudad, todavía solo plazas, estuvieron determinados por la presión de los conventos e iglesias sobre la trama. En la dimensión urbana “la muralla fue el elemento que contribuyó tajantemente a establecer el límite de la ciudad y condicionó su estructura [...] definiendo los espacios de intramuros y extramuros inmediatos a ella” (Redondo: 46-47).

Todavía durante el siglo XVIII, pese al significativo crecimiento demográfico¹⁸², los límites de la ciudad permanecieron inmutables, aunque en intramuros hubo mayor densificación y compactación. Los esfuerzos institucionales se concentraban en la sostenibilidad de la fortificación, en gran medida destruida a finales del siglo anterior; y en la infraestructura religiosa. La monumentalidad de las obras agregó valor jerárquico al espacio, un nuevo elemento de estatus a la trama. Las obras de ingeniería convirtieron a Cartagena “en una plaza inexpugnable” (Redondo, 2004: 53) y en un escenario de admiración monumental.

De este siglo es el Palacio de la Inquisición, los consulados y la intervención de las casas de marqueses. Los intramuros y los extramuros se conectaron por puentes y vías nuevas, como la Media Luna. La Boca del Puente, hoy Torre del Reloj, se convirtió en el eje de circulación intramural; y la Media Luna, en el eje de circulación hacia los extramuros (p. 57), donde el Castillo San Felipe de Barajas era la coordenada fundamental.

El siglo XIX no alteró mucho la extensión, pero sí las condiciones de los intramuros. Varios autores citados por Redondo (p. 64) hablan

¹⁸² La población pasó de 7341 en los albores del siglo a 16.852 al finalizar el mismo (Redondo, 2004: 49). Pero el crecimiento se concentró en la segunda mitad.

de cómo los efectos de las guerras independentistas redujeron la población de cerca de 22.000 (en 1815) a 10.145 (en 1850), continuando una tendencia decreciente hasta el final de siglo, cuando comenzó la recuperación. Entonces comenzaron a integrarse caseríos que estaban en los extramuros y a orillas de las murallas, tomando como ejes principales de expansión a la Media Luna, ahora una calzada rellena, y algunos caminos abiertos que conectaban ciertas concentraciones rurales, principalmente a través de la línea del ferrocarril.

Pese a que la iglesia perdió el control del orden urbano, Cartagena seguía siendo una ciudad hispánica (p. 65) y la muralla seguía determinando las formas de crecimiento (véase los esquemas de crecimiento elaborados por Redondo y descritos aquí). Y los seguía determinando, todavía, la iglesia, pues sus ermitas fueron los dispositivos de integración de las primeras zonas por fuera del cerco: Cabrero, Pie de la Popa, Espinal, Pie del Cerro; además de Manga, que se integró por instalación de dinámicas civiles como el matadero y el cementerio.

Un siglo hacia la crisis urbana actual

A finales del siglo XIX comenzaron las demoliciones de porciones de muralla, unas por necesidades sanitarias y otras bajo las ideas de modernización. La expansión que tendría lugar en el siglo XX, no obstante, ya estaba en gran parte determinada por la inercia que las vías de acceso o de conexión con el cerco fortificado provocaron en cuanto al poblamiento del espacio.

La ciudad no había desarrollado capacidad administrativa para moderar el crecimiento y este se dio de acuerdo con cierto sentido co-

mún espacial de los nuevos pobladores de extramuros, usando como referente las conexiones viarias con el centro, principalmente las vías del ferrocarril: “Fue espacio propicio para el poblamiento informal. El modelo facilitaba la movilidad de las personas que vivían a lo largo de la línea, y su acceso rápido a los servicios y a los diferentes medios de transporte” (Redondo, 2004: 81).

Una de las vías del tren iba paralela al sistema de caños y de la bahía, en el sudoeste, hasta las cercanías del cerro de Albornoz, a cuyo pie se encuentra hoy el complejo industrial de Mamonal. Esa vía es hoy la Carretera del Bosque o Transversal 54. La otra, hoy Avenida Pedro de Heredia (principal vía de la ciudad), iba por encima del camino a Cartagena, que parece ser hoy la Avenida el Consulado, hasta la zona de Ternera, en el extremo oriente. Los otros dos caminos eran precisamente el Camino a Cartagena y el Camino a Pasacaballos (hoy Avenida Crisanto Luque), que se separaban uno del otro poco después del cuello de botella entre la Popa y la Ciénaga de Bazurto¹⁸³.

Hasta 1940 los ciclos de expansión se dieron siguiendo esa forma lineal y dispersa para después poblar concéntricamente alrededor de cada aglomeración inicial. Una suerte de versión a escala de la mancha de aceite. En ese modelo sin control administrativo la ciudad fue dejando grises despoblados que después comenzaron a llenarse por presión demográfica.

¹⁸³ Si se comparan los esquemas de Redondo con las vías actuales se ve claramente la coincidencia de las dos vías del tren con lo que hoy serían la carretera de El Bosque y la Pedro de Heredia, respectivamente. Y los dos caminos principales, coinciden con lo que hoy es la Avenida el Consulado y la Avenida Crisanto Luque. La Avenida el Bosque y la Crisanto Luque, se encuentran en lo que comienza a ser a partir de allí El Corredor de Carga. Los cuatro flujos, todavía las principales vías de la ciudad, concentran los procesos de densificación urbana local.

Durante las tres primeras décadas de siglo se concentraron en Manga los miembros de la élite republicana, emulando con sus casas el estilo europeo; se instalaron pobladores también en los alrededores del cerro de San Felipe, justo entre este y el cerro de la Popa: Lo Amador, la Quinta y la Esperanza; en el cerro de Zaragocilla y también en alrededor de las vías principales, especialmente hasta los límites de lo que hoy es Olaya Herrera. Comenzaron a densificarse en la década siguiente, igual que ocurrió hacia el suroriente, en la zona del barrio el Bosque. Se densificaron los alrededores de la Popa, hacia el norte y se conectaron por esa densificación las zonas de Zaragocilla con la Pedro de Heredia y el Bosque (Redondo: 85) y desde la misma Pedro de Heredia hacia la Ciénaga de la Virgen.

Esos niveles de densificación estaban forzados por un crecimiento sostenido de población. En 1930 esta era de 84.937 habitantes. En 1951 se había elevado a 111.300. Mucho más intenso fue el crecimiento hasta 1964, cuando llegó a 217.900 habitantes, integrándose, la gran mayoría, al casco urbano (Redondo: 82). Pero la expansión estaba limitada por el terreno, una morfología accidentada de islas, cuerpos de agua¹⁸⁴ y cerros¹⁸⁵.

¹⁸⁴ “Hacia el sur y oriente de la ciudad se encuentran dos de los más importantes cuerpos de agua: la ciénaga de Tesca mejor conocida como ciénaga de la Virgen y la bahía de Cartagena. La primera con un área de 22 kilómetros cuadrados se comunica a través de pequeños canales y el caño Juan Angola con la pintoresca laguna del Cabrero al norponiente de la ciudad; esta a su vez se conecta con las lagunas de Chambacú y San Lázaro, para encontrar el caño de Bazurto y finalmente cerrar el recorrido de 12 kilómetros en la gran bahía de Cartagena” (Redondo, 2004: 19).

¹⁸⁵ “El sistema orográfico del territorio cuenta con algunos cerros, entre los que destacan la Pipa de la Galera, donde hoy se ubica un convento agustino; el cerro de San Felipe, actualmente la fortaleza que sirvió de defensa a Cartagena en los embates de la Colonia, y las lomas del Marión, Zaragocilla y Albornoz, actualmente urbanizadas en su totalidad y ubicadas hacia la zona central del área de expansión de la ciudad” (Redondo: 20-21).

Esta dinámica aglomerante, este sinecismo sin respuesta institucional, colapsó en la segunda mitad del siglo. Para entonces habían sido pobladas muchas más zonas en los márgenes del Cerro de la Popa y los alrededores de la Avenida Pedro de Heredia, encerrados por la Ciénaga de la Virgen. La institucionalidad apenas alcanzó entonces a proyectar la construcción de algunos barrios en el sur, norte y sudoeste de la ciudad, mientras que los más grandes -como Chambacú y los sectores antes mencionados- fueron ocupados espontánea e informalmente. Al occidente del Centro Histórico, la zona de estratos altos de Bocagrande se consolidó y se extendió a Castillogrande y El Laguito, que aunque enmarcadas por la legalidad en forma, no eran ajenas a las dinámicas arbitrarias de densificación que imitaba a las metrópolis de Estados Unidos.

La población de la ciudad había llegado en 1973 a 311.664 habitantes y para la década de 1980 se había duplicado. A partir de entonces se densificaron a tope los barrios “a lo largo de la Ciénaga de la Virgen; hacia el suroriente de la ciudad, sobre la carretera de la Cordialidad, antigua salida a Barranquilla y hacia la zona Industrial de Mamonal, al sur de la ciudad” (Redondo: 84-85). Crespo marcaba el límite con la zona rural de La Boquilla, pero a partir de entonces comenzó a extender hacia allá complejos habitacionales y hoteles de estratos altos. En los últimos 20 años del siglo se desataría, por saturación, la crisis urbana:

[...] comenzando a surgir así, las tramas desarticuladas sin ningún eje ordenador que pudiera insertarse favorablemente dentro del sistema general de la ciudad. [...] A partir del rápido y fuerte crecimiento demográfico de los últimos años, la ciudad se expande hacia la periferia de forma incontrolada, inducida por los ejes de expansión a lo largo de las carreteras, generando asentamientos aislados y baldíos que multiplican el área urbana, además de incorporar zonas agrícolas y naturales en detrimento del medio ambiente,

agregando vulnerabilidad y los riesgos que algunas áreas presentan para el uso urbano. (Redondo, 2004: 97)

LA ESQUIZOFRENIA Y EL GUIISO DE LA IMAGINACIÓN URBANA

Antes de terminar el siglo XX, la forma urbana dejaba claro el fracaso de media docena de proyectos de ordenamiento o proyección territorial subrayadas por Giaimo (1999: 7-15) y por el Plan de Ordenamiento Territorial (POT) vigente (2001): (1) una primera propuesta elaborada por un actor privado, Pearson and son Limited¹⁸⁶, que se concentraba en las estrategias para alcanzar competitividad internacional en materia portuaria; (2) el Primer Plan Regulador de Cartagena, elaborado en 1948 por José María González Concha, proyectado a diez años con dimensión de organización zonal y vial; (3) el Segundo Plan Regulador, piloto del Instituto Geográfico Agustín Codazzi (IGAC), en 1965, para delimitar el perímetro urbano y sus zonas de acción; (4) Tercer Plan Regulador o *Plan de desarrollo del municipio de Cartagena*, en 1978, con vigencia de doce años, anunciaba el ordenamiento físico, espacial y el desarrollo comunitario; (5) la actualización del *Plan de desarrollo* a través del Acuerdo número 044, en 1989, adecuaba las densidades de construcción y las capacidades de los servicios públicos; finalmente en 1996, se estableció el Reglamento Urbano.

Toda esta batería normativa (excepto el primero, que no era específicamente un plan legal) estuvo complementada por más de una docena de instrucciones, reglas y leyes de carácter sectorial (Redondo, 2004:

¹⁸⁶ Firma inglesa que también vendió servicios de ordenamiento para el puerto de Buenaventura.

107-110), sin que modulara de manera coherente la dinámica de expansión. Como señaló en su momento Giaimo (ob. cit.), muchas de las tareas, retos o problemas que se anuncian todavía o que apenas se ejecutan, están contemplados incluso desde la proyección de 1948, como la Central de Abastos o la necesidad del transporte público acuático, sin que se materializara alguna de las apuestas contenidas en las normas.

En muchos casos, incluso, se alteraron las premisas por vía legislativa, como sucedió con la densificación de altura en la zona de Bocagrande, Castillogrande y El Laguito, que se aprobó por Acuerdo en contra de las normativas técnicas vigentes. O el traslado, a finales de la década de 1970 del Mercado al llamado cuello de botella, encerrado por el Cerro de la Popa y el sistema de caños (hoy Bazurto), pese a las repetidas recomendaciones de no congestionar el sector.

Si terminando el siglo XX los contenidos de los debates se enfocaban en la crisis económica institucional de la ciudad, heredada del inestable siglo XX, a partir de la primera década del siglo XXI pusieron foco en las desigualdades y exclusión económica que habían crecido y solidificado dentro de la crisis. Los datos que hicieron eco en la imagen de la ciudad resultaron escandalosos: 80 por ciento de la población vivía en estratos 1, 2 y 3; y 65 por ciento vivía bajo la línea de pobreza. En 2004, un informe de Viva la Ciudadanía calculó la pobreza en 75 por ciento.

La intersección de miradas que venía despertando en el anterior lustro encontró el crisol para fundirse en la mitología de la dualidad¹⁸⁷,

¹⁸⁷ Sobre esta se ha citado antes a Sarmiento (2010). En 1999 Báez y Calvo aseguran, sobre la segunda mitad del siglo XX: “Este periodo marca una clara consolidación de dos Cartagenas: la ciudad moderna de la industria y el turismo, de una parte, y la ciudad con numerosos focos de extrema pobreza, de otra” (Báez y Calvo, 1999: 7).

definitoria de gran parte de los estudios urbanos locales, tanto culturales como económicos, en lo que va de siglo:

Estamos ante una ciudad dual, como la llamara Anthony King. Una porción de ella, en este caso, un pequeño territorio, se reclama y es reconocido como ciudad por propios y extraños mientras que el resto, el lugar de habitación y negocio de gran parte de la población, es simplemente periferia o margen. Se copian así, a escala urbana, la diferencia y brecha existentes entre el centro de la economía mundial, conocido también como el Norte, y la periferia, conocida también como el Sur. (Abello, 2003: 46)

No obstante la referencia a categorías -centros y periferias- del sistema mundial en la cita anterior, la tendencia de análisis de la ciudad poco subrayó las aporías de las estructuras culturales, sociales, políticas y económicas del sistema. En cambio, como lo han señalado diversas publicaciones del Odesdo (Casanovas, coord. 2009; Sarmiento, 2010; Casanovas y Arnaiz, 2011), gran parte de los esfuerzos de la tecnopastoral ha intentado explicar sostenidamente los problemas de la ciudad como vicios en la aplicación de modelos sistémicos, como “desviaciones del camino del desarrollo” por algún tipo de insuficiencia, generando una voluminosa producción.

Es decir, que se han entendido la crisis perpetua, las desigualdades y las exclusiones, como resultado de un mal funcionamiento del modelo en lo local, y no como un efecto directo de las interdependencias¹⁸⁸ (Frank, 1970) -entre sistema y ciudad- sobre el espacio urbano de Cartagena de Indias. Por ello las propias corrientes de estudios se mueven en contradicciones, sino dentro de cada uno de los análisis, al menos entre un análisis y otro.

¹⁸⁸ En coherencia con la citada dinámica de flujos entre lo local y lo global que postula Sassen.

En la corriente culturalista se critica el desarrollo local y se promueve el multiculturalismo mientras se intenta generar una economía de las manifestaciones culturales que incorpore a la dinámica sistémica de la economía-mundo el mercado de manifestaciones culturales locales, muy coincidente con la crítica que Jameson (1998) hiciera a la textualidad de esta apuesta interdisciplinaria. En la corriente economicista se critica el modelo mientras se apuesta por la construcción del “capital humano”¹⁸⁹ para incorporarse al mismo, entre muchas condiciones para el ajuste de la ciudad a las dinámicas de la economía mundial.

De ese sancocho de críticas surgen prospecciones variopintas que llegan al escenario de los medios masivos. Para la ciudad, las élites simbólicas han propuesto, en un lustro, modelos de ciudad médica¹⁹⁰,

¹⁸⁹ Un término que “reduce a utilidad como medio de ganancia económica” (Sanabria, 2011).

¹⁹⁰ A propósito de la ciudadela para oferta de servicios médicos en la zona franca Puerta de las Américas y del proyecto Vida Centro Profesional Cartagena, “un complejo de salud de última generación que se levantará en un área de 6.500 metros cuadrados, frente a las playas de Marbella, en el que se invertirán 100 millones de dólares” (Figuroa, 2011). Otro proyecto urbanístico de la Zona Norte, Mar de Indias Beach World involucra el proyecto Wellness Center, “diseñado para ser un centro integral dedicado a fomentar la salud y la estética como conceptos de bienestar de vida”. Éste “incluirá en su infraestructura una moderna clínica de Cirugía Plástica estética”, “un Spa al nivel de los mejores del mundo, y un placentero Condo-Hotel residencial, con unidades completamente dotadas con todas la comodidades para su descanso”, según promociona la página web del proyecto.

deportiva¹⁹¹, musical¹⁹², universitaria¹⁹³, aerotrópolis¹⁹⁴, para sumarle apéndices a la vocación sustantivada de portuaria, turística, comercial e industrial, que se suman a la categoría patrimonial.

Las seis geografías de la ciudad postmoderna

Después de un preámbulo de estas dimensiones, el análisis o la exposición de la ciudad contemporánea requiere de ciertas pretensiones abarcadoras y holísticas que impidan hacer de este un ejercicio cínico que repita las limitaciones que señala. Para completar el ejercicio se intenta a continuación aterrizar los discursos de las geografías postmodernas a la socioespacialidad de Cartagena de Indias. Están divididos en tres grupos.

Las dos primeras, la ciudad flexible (flexicity) y la ciudad global (cosmópolis), definen las dinámicas más generales de incorporación de la ciudad a la nueva dimensión de la globalidad. Se describen con esta

¹⁹¹ Sugerencia sostenida por colectivos deportivos de la ciudad y replicada en varias columnas de prensa, entre ellas, la del periodista Germán Hernández (2011), a propósito de una infraestructura mejorada con cerca de 200.000 millones de pesos para los Juegos Centroamericanos 2006, celebrados en la ciudad; y para ser una de las sedes del mundial de fútbol sub-20 en 2011.

¹⁹² Con el título “Cartagena musical y polifacética”, Abdón Espinosa (2012) celebró la dinámica de festivales musicales y la dinámica urbanística de la ciudad.

¹⁹³ La propuesta es del economista Alberto Abello (2011), en columna de opinión de El Universal.

¹⁹⁴ Dinámica sugerida por el editorial de El Universal el 3 de mayo de 2011, a propósito de la visita a la ciudad de quien es llamado, por la misma publicación, el “gurú de las aerotrópolis”, John Kasarda. El mismo Kasarda expone en la página web <http://www.aerotropolis.com/> las dinámicas de este tipo de ciudad, donde el aeropuerto es el centro.

cuáles son los modos de interrelación vigentes entre Cartagena de Indias y el sistema mundial capitalista, desde la dinámica productiva y desde el papel específico asignado en la misma.

Otras dos, exópolis y ciudad fractal, describen la alteración específicamente espacial que experimenta la ciudad por cuenta de las nuevas intensidades de esa interrelación. Una, es la exposición de la ciudad que crece en la periferia, tanto planificada como espontáneamente. ¿Cómo están actuándose la segregación, la expulsión, la jerarquización? No son fenómenos accidentales. Una de las pretensiones es poder describir cómo están relacionadas con las primeras dos geografías y con las dos siguientes.

En las últimas dos, el archipiélago carcelario y la ciudad del simulacro (simcity), se expone la nueva gestión del poder en la ciudad postmoderna, desde lo explícito en las prácticas y el diseño de espacios exclusivos y lo implícito en los discursos.

11. CIUDAD FLEXIBLE: UNA POSTMETRÓPOLIS QUE NO FUE METRÓPOLIS

En 2010 y 2011 la prensa registró grandes apuestas industriales, y en general económicas, de la ciudad. Una nota del periódico Portafolio anunció: “El camino para que Cartagena se convierta en el gran centro de la producción petroquímica y de plásticos en Colombia está dado. Es más, puede ubicarse entre los grandes de América” (Díaz, 2011). El texto se refiere al “centro de operaciones del comercio exterior del plástico colombiano”, en construcción en la zona industrial de Mamonal, comenzando con doce compañías en un complejo de 200.000 metros cuadrados y una inversión cercana a los 180 millones de dólares. La nota señala que se generarían más de 5200 empleos directos e indirectos en la primera fase. El complejo se suma al parque que concentra la gran mayoría de las industrias de la ciudad, y uno de los más importantes de Colombia¹⁹⁵.

En la primera década del nuevo milenio, Mamonal, con 2500 hectáreas, duplicó la concentración de empresas nacionales y extranjeras (Sarmiento, 2010: 83): de 99 en 1999 pasó a 209 en 2010, integrando clústeres de petroquímica y plástico; alimentos y bebidas, manufacturas, transporte, pesca y cultivo, químico, metalmecánico, construcción y servicios. “[Los clústeres] están apoyados por una cadena de empre-

¹⁹⁵ Lo que en otros escenarios podría parecer poca cosa, tal y como se entiende de la descripción de las limitaciones estructurales de la industria nacional. Esta, según Misas (2000, citado por Novoa, 2010: 141), ha estado liderada por una élite agro-comercial con vocación rentística antes que productivista y un Estado que se ha circunscrito a apoyar el proyecto industrialista a punta de gabelas que no implican reinversión o redistribución del producto, sin fuerza en la vinculación al desarrollo tecnológico y técnico y sin políticas de diversificación

sas medianas y pequeñas encargadas del suministro de bienes y servicios necesarios para la operación del Parque” (p. 84).

En esta década se dio la mayor concentración y crecimiento en la zona, inaugurada con una refinería en 1957 y siete grandes industrias petroquímicas durante la década del 60. Un proceso tardío, comparado con los procesos de industrialización de las ciudades del centro del sistema mundial y de muchas metrópolis satélites de América Latina y del país. Pero en concordancia con la etapa del traslado de cierta producción e industria a zonas periféricas en el capitalismo tardío¹⁹⁶, postfordista, como se verá.

Báez y Calvo señalaron en 1999 la relación entre el desarrollo urbanístico de Cartagena y la diversificación de su actividad económica. Evitaron, coherentemente con lo demostrado posteriormente, la relación específica de las transformaciones urbanas con la actividad [específica] industrial.

Como reflejan los esquemas de expansión local (Redondo 2004), no hubo una relación industrialización-urbanización como la experimentada en escenarios ya aquí citados. La relación industria-metrópolis no aplicó (hasta ahora) igual para la ciudad como para otros escenarios urbanos. De hecho, la localidad Industrial y de la Bahía es de lejos la menos densificada de las tres que conforman el territorio de la ciudad, según los cálculos del Instituto de Políticas Públicas, Regional y de Gobierno, de la Universidad de Cartagena –IPREG- (2010: 189).

¹⁹⁶ Sobre esta dinámica se han citado antes las explicaciones de Mandel, Frank, Braudel y Wallerstein, entre otros.

La ciudad en el fordismo-keynesianismo

En el centro del sistema, la industrialización alteró de tal manera el espacio urbano que nacientes disciplinas buscaron responder al caos desatado en las ciudades (Soja 2006: 127-148): orden frente a desorden: cálculo, medida, razón. En el punto culminante de la modernidad y la industrialización, esta disciplina tomó la etiqueta de urbanismo, ubicando en Manchester –primero- y en Chicago –después- los laboratorios del análisis y proyección espaciales urbanos (ibíd.).

Wallerstein (1996. coord.: 28-29) dice que la geografía había sido, al igual que la historia, una práctica muy antigua¹⁹⁷, pero a finales del siglo XIX “se reconstruyó como una disciplina nueva”. Aunque él señala que hacia finales del siglo XIX la geografía fue pareciendo anacrónica, “por generalista, sintetizadora y no analítica” y fue llevándose un poco del interés sobre el espacio con su descrédito, Soja advierte que la idea del orden no eximía la organización del espacio en la ciudad¹⁹⁸. Es decir, que la racionalización del espacio era una instrumentalización del mismo. Al fin que, como se ha recordado en este recorrido, el espacio siempre fue manifestación del poder. A este se sumó el tiempo: “Representación social por excelencia, se adecúa a las exigencias de una civilización urbano-industrial. Tiempo mundial que se impone a todos

¹⁹⁷ En gran medida ha estado relacionada con la posibilidad de acumulación capitalista, por ejemplo durante las aventuras de exploración en zonas conquistadas. En todo caso, el conocimiento del espacio en general y la precisión cartográfica han hecho parte del vigente sistema por la posibilidad de hacer dinero y ganar poder dominando el espacio (Harvey 1990: 254).

¹⁹⁸ Lo que no contradice la sentencia de Wallerstein. El mismo Soja (1989: 10) señala, citando a Foucault, que el siglo XIX y las ciencias sociales que en este se fundaron estaba obsesionado con la historia, relegando la conciencia de la espacialidad de la vida social. Una tendencia que solo se invertiría en el último tercio del siglo XX.

los países independientemente de sus peculiaridades o de sus idiosincrasias” (Ortiz, 1994: 59).

Para bien o mal, las grandes ciudades, parte de los Estados-nación, pusieron en marcha procesos normativos de organización del espacio, lo que David Harvey (citado por Soja, 2006: 172) ha llamado “solución espacial”¹⁹⁹:

La creación de una nueva geografía específica diseñada para ocultar las transparencias más evidentes de la acumulación capitalista como un medio para aumentar no solo la producción industrial *per se*, sino también la habilidad de controlar y disciplinar a la creciente población urbana. (ibíd.)

Las del centro del sistema, algunas aquí referenciadas, lograron su relativo éxito en términos de la planificación a la medida del capital y la industria (todo el curso de la producción) durante el siglo XIX, si es que no habían adoptado la tendencia en etapas anteriores del capitalismo. Otras se vincularon a los “ritmos del capital” con la llegada del siglo XX, como es el caso de Los Ángeles, analizado por Soja, “el primer espacio estrictamente norteamericano” (p. 185), que explotó demográfica y geográficamente, formando una sola conurbación que a mitad de siglo había conectado/incorporado más de 70 poblaciones con cerca de 5 millones de habitantes (pp. 177-213) de diversas culturas, etnias y nacionalidades; todo alrededor de dinámicas industriales (petroleras, militares,

¹⁹⁹ Una referencia directa se encuentra en *Espacios de esperanza* (Harvey, 2000: 35-45). En el capítulo 2 Harvey expone la teoría de la solución espacial, con base en la lectura del *Manifiesto comunista*, de Marx y Engels, referente a la destrucción de las bases geográficas de las actividades económicas para hacer posible la constante expansión geográfica del capitalismo y la perpetua reorganización espacial, una característica sin la cual habría dejado de existir como sistema económico y político. En el desarrollo de siguientes geografías se abordará un poco más sobre esta teoría.

de transportes, servicios, culturales, entre otras), con un inédito proceso de suburbanización.

Su proceso de industrialización y urbanización, tardía en relación con otras metrópolis del centro, estuvo todavía dentro de los marcos de urbanización y densificación metropolitana industrial, que a partir de la primera década del siglo XX giraba alrededor de la producción fordista, sus lógicas de eficacia y sus dinámicas de acumulación; y que se consolidó en el cuarto de siglo posterior a la Segunda Guerra Mundial.

Harvey (1990: 147-163) considera el fordismo, específicamente el fordismo de la postguerra, algo más que solo una forma de producción²⁰⁰. Es una forma total de organización de la vida social (p. 159), consecuente con el sistema internacional de acumulación capitalista, lo que en otros textos este autor conoce como geografía histórica de acumulación (2000: 38).

El sistema necesita de un esquema de reproducción que sostenga, pese a los inherentes cambios, el principio básico organizador de la vida económica: “la producción destinada a la ganancia” (p. 143). Para ello, en cada ciclo del sistema ha de haber un régimen de acumulación incorporado a los comportamientos de los actores económicos, que se materializa en un cuerpo de reglas y procesos sociales, entiéndase, un *modo de regulación*: “normas de hábitos, leyes, redes de regulación, etc., que aseguren la unidad del proceso, es decir, la conveniente consistencia de los comportamientos individuales respecto del esquema de reproducción” (Lipietz, citado por Harvey: 144). Ello incluye la imposición de

²⁰⁰ Una forma de producción que se puede entender como “extensión de tendencias consolidadas” y aplicación a la producción de principios racionalistas contemplados en distintos tratados científicos como el de F. W. Taylor en 1911 y varios otros en el siglo XIX (Harvey, 1990: 147)

una disciplina de acumulación a la fuerza laboral, “control de trabajo” (Harvey: 145), que para este periodo requirió de una reorganización social y espacial exitosa para sus fines, entre 1945 y 1973, es decir, la fase de expansión del capitalismo tardío.

Pasaron entonces cuatro décadas desde la iniciación simbólica del fordismo (1914) y su concepción de que la fuerza corporativa podía ser el regulador social a través del cual construir una nueva sociedad y, por ende, una manera de organizar la socioespacialidad urbana alrededor de las dinámicas de producción masiva y de consumo masivo: “quería suministrar a los obreros el ingreso y el tiempo libre suficientes para consumir los productos masivos que las corporaciones lanzarían al mercado en cantidades cada vez mayores” (Harvey: 148), incidiendo también en las dinámicas familiares de la clase obrera a través de programas sociales corporativos, que en todo caso no alcanzaron para equilibrar la producción con la incomodidad que generaba entre sus protagonistas.

En esto último, donde su corporativismo falló, tuvo éxito el keynesianismo, no como alternativa, sino como complemento efectivo:

El problema, según lo vio el economista Keynes, era alcanzar un conjunto de estrategias de gestión científica y de fuerzas estatales que pudieran estabilizar el capitalismo, evitando la represión abierta y la irracionalidad, las incitaciones a la guerra y el estrecho nacionalismo que estaban implícitos en las soluciones nacionalsocialistas (Harvey, 1990: 152)

Esta fue la conexión de los principios de organización social con la intervención del Estado como estabilizador del régimen de acumulación y el respectivo *modo de regulación*, que incluyó toda la batería de políticas de salario social. La crisis de entreguerras y la guerra

misma catapultaron el binomio fordismo-keynesianismo²⁰¹ al panorama mundial, con la citada americanización de la economía-mundial y la incorporación de regiones clave para el aprovisionamiento de materias primas, en un circuito capitalista coordinado por centros financieros interrelacionados, “con Nueva York y Estados Unidos en la cumbre” (p. 155).

Como todas las características del sistema mundial-global, este tiene formas distintas de manifestación en los respectivos países y ciudades. Pero en general, mejoró las condiciones de la masa de la población de los países capitalistas del centro, al menos, los varones blancos de los sectores beneficiados con el tipo de negociación salarial y de ingresos que se estableció entre Estados, empresas y sindicatos obreros cooptados por la dinámica de producción y reducidos por la presión y la estigmatización del universo comunista.

Lo que quiere decir que un “sector privilegiado” de la clase obrera y media reclamaba las herramientas para moverse dentro de las nuevas dinámicas socioespaciales del capitalismo, pero no hacía crítica frente al modelo urbano transnacional de producción.

La suburbanización y la explosión inmobiliaria crecieron rápidamente con el nacimiento de la “clase obrera acomodada” (Soja, 2006: 197) distribuida de acuerdo con las necesidades de producción en masa y especializada, muy por encima de las capacidades de moderación territorial de Estados locales o nacionales, aunque con los marcos de evaluación funcionalistas heredados por las dinámicas de planificación

²⁰¹ Se entiende como “conjunto de prácticas de control del trabajo, combinaciones tecnológicas, hábitos de consumo y configuraciones de poder económico-político” (Harvey, 1990: 146).

de décadas anteriores entramadas con el movimiento moderno de la arquitectura.

En Estados Unidos, esta “transformación radical de las economías metropolitanas, así como la expansión hacia el Sur y el Oeste, absorbieron grandes cantidades de excedentes de capital y trabajo” (Harvey, 1990: 208-209), una dinámica necesaria para lidiar con las contradicciones hacia la *hiperacumulación*²⁰² del capitalismo.

Tan necesaria como el desplazamiento geográfico de la producción y la inversión en infraestructuras, aumento del comercio y explotación de mano de obra en América Latina y otras zonas periféricas, sumado todo al aumento de la velocidad de rotación del capital: lo que Harvey llamó *absorción de la hiperacumulación* a través de un desplazamiento temporal y espacial, que en la década de 1970 ya no pudo generar el fordismo-keynesianismo.

Producción y acumulación flexibles y fordismo periférico

Harvey y Soja coinciden en que la crisis fordista comenzó en la década del 60. Justo entonces comenzaban a gotear a Cartagena procesos industriales de gran escala, con la instalación de Mamonal y la economía de servicios alrededor del turismo. Hasta la primera mitad del siglo XX, como se ha citado, la economía industrial local era apenas re-

²⁰² Harvey (1982, 1990) recuerda que según la teoría marxista no existen condiciones en las que la integración de las características fundamentales del capitalismo puedan llevar a un crecimiento firme y sin crisis. La crisis se presenta en fases periódicas de hiperacumulación, “una condición en la que la oferta de capital ocioso y de trabajo ocioso” existirían paralelas sin que se pudieran unir de forma socialmente útil (1990: 204). Se manifiesta por capacidad productiva ociosa, saturación de mercancías y exceso de inventarios, excedentes de capital dinero y alto desempleo (ibid.).

levante²⁰³, pero iba declinando en participación. El centro del país tenía las más importantes industrias²⁰⁴, explicado por diferentes condiciones históricas de acumulación de capital, condiciones de educación y poder satelital propicias para la incorporación más temprana a la industria moderna (España y Sánchez, 2010: 26-35).

En consecuencia con las medidas de expansión hegemónica contra la *hiperacumulación*, la inauguración del primer gran proyecto industrial de la segunda mitad de siglo (1957) en Cartagena se hizo gracias a capital norteamericano:

Una refinería en Mamonal para procesar el petróleo crudo transportado por el oleoducto Barrancabermeja-Cartagena, construido más de 30 años antes por la Andian National Corporation. El proyecto fue diseñado y construido por norteamericanos a un costo de 33 millones de dólares. (Báez y Calvo, 1999: 33)

La refinería, “uno de los hitos de la historia económica de la ciudad después de 1950”, dio carácter industrial moderno a una ciudad que nunca antes había estado determinada por esa dinámica, espacializando además la producción industrial petroquímica: “Generó en el curso de pocos años un complejo industrial horizontalmente integrado, así como otros procesos industriales que aprovecharon las economías de

²⁰³ Meisel y Aguilera (2004) citan unas 15 industrias importantes en la primera mitad del siglo XX, contenidas en el trabajo de Urrueta y Gutierrez (1912). Padilla y Perneth (2010), por su parte, citan unas 30, cruzando información de distintos autores. Casi todas pertenecían a familias de la élite y producían en su mayoría jabones, gaseosas, cigarrillos, hilados y tejería, muebles, calzado, chocolates y licores, entre otros.

²⁰⁴ “La mayoría de las industrias montadas en las dos primeras décadas del siglo XX lograron subsistir convirtiéndose, algunas de ellas años después, en la principal empresa del sector: Fabricato, Coltejer, Coltabaco, Postobón; Fosforera de Colombia y Cementos Samper” (España y Sánchez, 2010: 13). Todas son del centro del país.

localización originadas por el creciente parque industrial” (p. 34). En la misma refinería, a principios de la segunda década del siglo XXI se invierten 4000 millones de dólares para ampliar su producción, con la pretensión de convertirse en una de las plantas más modernas de Latinoamérica, lo que ha sido considerado el mayor proyecto industrial del país en su historia.

A finales de los años 60 Mamonal convocó también empresas de explotación de recursos marítimos y producción de alimentos, “teniendo en cuenta las ventajas que ofrecía la bahía y la cercanía de la ciudad” (Padilla y Perneth, 2010: 106).

En una etapa avanzada de capitalismo mundial, la ciudad vio crecer su producción. De 1965 a 1995 su Producto Interno Bruto (PIB) creció a paso de 6,3 por ciento (tasa) anual, siendo el periodo 1965-1979 el de mayor crecimiento de Mamonal, que permitió la duplicación de la población ocupada en ese sector (Ripoll, 2001, citada por Padilla y Perneth: 106). Al final del periodo la producción se había multiplicado por seis (Báez y Calvo: 34).

En los marcos de incidencia socioespacial, esta incorporación tardía a la producción industrial moderna implicó fenómenos particulares de interdependencia global-local, o ausencias particulares en dicha interdependencia.

Mudar la actividad fabril le sirvió a Estados Unidos para sostener el fordismo en zonas donde el contrato social era más inequitativo para las fuerzas de trabajo, como América Latina (Harvey, 1990: 165). Compensaba el traslado de la producción con un mayor control sobre el sistema financiero y, por tanto, sube el flujo de capitales. Pese a su éxito, el fordismo-keynesianismo reveló su incapacidad para resolver a largo plazo

las contradicciones del capitalismo. Su rigidez, según muestra Harvey, comenzó a ser un obstáculo para el cambio inherente del sistema -“todo lo sólido se desvanece en el aire”-. El patrón de valor del dólar, que había reemplazado al oro, se alteró y Estados Unidos trasladó la fiscalización económica a las entidades del sistema interestatal. Al tiempo, el emblemático carácter masivo y encadenado de la producción, más el poder de la clase obrera del centro, se convirtieron en un problema para la dinámica capitalista, que estalló en crisis en 1973.

La respuesta sistémica fue reajustar social y políticamente el modelo de producción, una reestructuración económica hacia la *acumulación flexible* (Harvey, 1990: 164-222):

Apela a la flexibilidad con relación a los procesos laborales, los mercados de mano de obra, los productos y las pautas del consumo. Se caracteriza por la emergencia de sectores totalmente nuevos de producción, nuevas formas de proporcionar servicios financieros, nuevos mercados y, sobre todo, niveles sumamente intensos de innovación comercial, tecnológica y organizativa. Ha traído cambios acelerados en la estructuración del desarrollo desigual, tanto entre sectores como entre regiones geográficas, dando lugar, por ejemplo, a un gran aumento del empleo en el “sector servicios” así como a nuevos conglomerados industriales en regiones hasta ahora subdesarrolladas. (p. 170-171)

Los procesos de producción rígidos se pasaron a periferias donde la debilidad de la fuerza laboral en el contrato social permitía sanear los problemas de acumulación, creando lo que Lipietz (1986, citado por Harvey, 1990: 178) llamó “fordismo periférico”, consecuente con la geografía histórica mundial de acumulación. Mientras, como se ha su-

gerido antes, la “compresión espacio-temporal”²⁰⁵ (Harvey, 1990: 288-339) facilitó el control remoto de los flujos, los excedentes y la fuerza de trabajo, incluso por encima de las disposiciones de los Estados nacionales. Al fin que el sistema financiero es “un mercado de dinero sin Estado” (p. 187), donde las firmas bancarias y financieras tienen mucha más autonomía; tanto, que su fuerza de flujos, que empuja la actividad de producción y consumo, incide de manera determinante sobre los órdenes internos respectivos de los Estados y las ciudades, sometiénolas mucho más a todos los riesgos propios de dicho sistema. Negri (2012: 58) entiende la financiarización como “la forma de acumulación del capital al interior de los nuevos procesos de producción social y cognitivo del valor”.

La flexibilidad en contratación y pago de la mano de obra posible en el fordismo periférico permite, por fuerza de las interdependencias, volver las ventajas capitalistas también al centro en “focos de acumulación flexible” generados en las metrópolis en respuesta a las premisas competitivas del sistema.

En general ha incorporado al universo de la mano de obra las características de la complejidad multiestratificada, resultando una estructura de mercado laboral que Harvey (pp. 173-174) describe conformada por

²⁰⁵ Este término de Harvey reaparecerá en apartes posteriores dedicados a la última geografía postmoderna, la ciudad simulada (*Simcity*); y a la siguiente geografía, la cosmópolis. En la postmodernidad, se refiere a la inmediatez del flujo de información y a la reducción de los tiempos necesarios para la toma de decisiones privadas y públicas, que ha permitido el avance en las tecnologías de la comunicación. En general se refiere a “procesos que generan una revolución de tal magnitud en las cualidades objetivas del espacio y el tiempo que nos obligan a modificar, a veces de manera radical, nuestra representación del mundo” (Harvey, 1990: 267). Es decir, que ocurre como revolución de dichas cualidades en distintos momentos de la historia, incluso dentro de un mismo sistema-mundo.

un *núcleo* limitado de directivas aseguradas y muchos grupos periféricos casi por cuenta propia²⁰⁶.

Traída a la periferia del sistema mundial, acompañando y paralela (o yuxtapuesta) al fordismo periférico, la acumulación flexible interviene en el mercado laboral semiproletario, donde definir las clases en lucha se complejiza al mezclarse con otros sistemas de control de mano de obra, resultando un palimpsesto de producción autónoma, cooperativa, patriarcal, paternalista, patrimonial, proletaria y flexible (p. 176-177); y con las particularidades del patrón de organización sociorracial vigente.

CARTAGENA Y EL PALIMPSESTO DE LA FLEXIBILIDAD POSTFORDISTA Y PERIFÉRICA

La metrópolis industrial postfordista, como una geografía postmoderna, incorpora elementos de la anterior metrópolis. De acuerdo con Soja (2006: 239- 256), la nueva socioespacialidad industrial impactó sobre los mercados de trabajo, vinculando segmentos de la población de diversos géneros, raza o identidad étnica y transformando las antiguas clases medias, por un lado, en una minoría ascendida gracias a la tecnificación y, por otro lado, en una infraclase urbana que pasó a aumentar el número de dependientes de salario y ayudas sociales. Es decir, que al tiempo y de forma contradictoria aumenta el abanico del mercado y las desigualdades, y complejiza las diferencias de clase.

²⁰⁶ Un primer grupo, de tiempo completo donde están los empleados de baja capacitación para secretariado o trabajos manuales de rutina. Un segundo grupo compuesto por empleados de medio tiempo, temporales, término fijo, subcontratados y aprendices o practicantes. El mapa laboral se completa con todo un ejército de “trabajadores flexibles” vinculados por agencias laborales, empresas subcontratantes y trabajadores independientes que ofrecen servicios por cuenta propia.

A la desintegración de las dinámicas masivas le siguieron dinámicas de especialización que llevaron a la instalación de complejos o distritos industriales de producción especializada, integrada de forma horizontal, alimentada por las redes de subcontratación local, nacional y transnacional.

Estas dos características requieren, por obvio que parezca subrayarlo, de la vigencia de la producción industrial²⁰⁷ y, de hecho, de la incorporación –como característica nueva- de toda una gama de servicios y negocios (información, servicios personales, administración, aseguramiento, contabilidad y publicidad) a ciertas lógicas de la producción de manufacturas, aunque flexible, como todo en la postmodernidad (Soja: 243).

Meisel y Aguilera (2004) señalan que a mediados del siglo XX la ciudad tenía un papel mínimo en la producción industrial del país, con apenas algunas ventajitas en los sectores de las artes gráficas, el químico y farmacéutico, con una treintena de industrias registradas en la primera mitad, confinadas en el circuito amurallado, el núcleo fundante de la ciudad.

El salto industrial de la segunda mitad de siglo está reflejado en los datos de la industria manufacturera, sistematizados y citados por los autores. Entre 1974 y 2001 “la producción industrial pasó de 995 miles de millones de pesos a 4,2 billones de pesos (a precios de 2001)”, teniendo una tasa de crecimiento anual de 5,3 por ciento, muy superior al 1,4 por ciento nacional. El 72 por ciento de la producción durante el periodo correspondió al sector químico, refinería y plásticos que inauguró y concentró Mamonal; 11 por ciento a alimentos y bebidas, 2 por

²⁰⁷ Por lo que el término postindustrial es rechazado por Soja.

ciento a productos metálicos, maquinaria y equipos de transporte y 15 por ciento a otras industrias²⁰⁸.

El peso en la producción industrial nacional se mantuvo, convirtiéndose en la cuarta ciudad industrial del país, aunque todavía muy lejos del centro formado por Medellín, Cali y Bogotá²⁰⁹: 6,6 por ciento en 2001; 7,9 por ciento en 2006; y 6,6 por ciento en 2010 (DANE, 2012a: 8); con apenas el 1,2 por ciento de los establecimientos industriales del país (DANE: 6).

La industria ha sido construida y sostenida en gran parte por la dinámica exportadora, especialmente de manufacturas con base en recursos naturales (59,5 por ciento en 2011²¹⁰) y en general de media (31,62 por ciento) y baja tecnología (3,83 por ciento) y bienes primarios (4,94 por ciento) (Morelos, 2012: 10), tal como corresponde a la industrialización de las periferias, según se ha citado a Harvey y Mandel. Las manufacturas de alta tecnología solo representaron el 0,03 por ciento de las exportaciones (ibíd.).

La gran industria local petroquímica y de plástico surgió como un subsector de alta intensidad en capital, lo que explica el poco peso que ha tenido en el empleo (Báez y Calvo, 1999; Meisel y Aguilera, 2004).

²⁰⁸ Concentraciones que no se alteran representativamente hasta la vigencia.

²⁰⁹ Hasta la llegada del nuevo siglo, Cartagena era la única ciudad industrial que había crecido en peso con respecto a la producción nacional. No obstante los recientes años muestran que Bogotá superó incluso la participación que tenía en 1977 (27,9 por ciento) al llegar en 2010 a 29,7 por ciento (en 2001 concentraba el 20,9 por ciento de la producción). En general, durante la anterior década las tres ciudades del centro aumentaron la concentración de la producción, pasando de 47,6 por ciento en 2001 a 51,1 en 2010.

²¹⁰ Estas cifras del Centro de Estudios para el Desarrollo y la Competitividad (CEDEC), de la Cámara de Comercio de Cartagena, corresponden al departamento de Bolívar, cuya industria está concentrada en Cartagena de Indias.

La ingente inversión y el inocultable dinamismo del sector local no han alcanzado para que el empleo industrial local tenga peso en el universo del empleo industrial nacional y en la dinámica del empleo general de la ciudad. De 1969 a 2004 nunca superó el 2 por ciento del empleo industrial del país y en 2010 apenas llegó a 1,9 por ciento²¹¹, menor que el aporte de ciudades con menos producción como Barranquilla, Pereira o Bucaramanga, donde la producción es más coherente con la participación laboral.

Una relación que se contradice con los ingresos de las empresas aquí instaladas:

Los ingresos del grupo de las 200 empresas más grandes, registraron ingresos por valor de 13,02 billones de pesos [en 2010], mostrando una disminución de 18,3 por ciento con respecto al año anterior. Las mayores ventas las obtuvieron las empresas del sector industrial (8,21 billones de pesos²¹²) y comercial (1,58 billones). Las empresas que reportaron los ingresos más altos son Refinería de Cartagena S.A. Mexichem Resinas Colombia S.A.S., ABOCOL S.A., Petróleos del Milenio C.I. S.A.S. y BIOFILM S.A. (López y Villadiego, 2011: 6)

El empleo industrial no alcanzó a superar el 13 por ciento del empleo de la ciudad y, dentro de esa rama, el gran sector productor petroquímico y de plástico no ha aportado la mitad del empleo industrial local (Báez y Calvo, 1999; Meisel y Aguilera, 2004). De hecho, en 2005, el 44 por ciento del empleo industrial correspondió al subsector de ela-

²¹¹ De acuerdo con el DANE (2012: 10), el 71,4 por ciento del personal ocupado por la industria nacional se concentró en los establecimientos ubicados en las áreas metropolitanas de Bogotá D.C. (40,1 por ciento), Medellín (19,8 por ciento) y Cali (11,6 por ciento).

²¹² De acuerdo con la Sociedad Portuaria de Cartagena (2012: 60-61), en 2011, solo 10 de las más grandes industrias generaron 11,16 billones de pesos.

boración de alimentos y bebidas (Yáñez y Acevedo, 2010: 187). Solo el 8,8 por ciento correspondió a fabricación de sustancias químicas y el 7,7 por ciento a caucho y plástico (ibíd.).

En la primera década del siglo la dinámica de empleo estuvo dominada por el sector terciario marginal o espurio²¹³, una tendencia regional en Colombia (Bonet, 2006), principalmente en la rama de servicios, que en 2011 se concentró en actividades comerciales de hotelería y restaurantes, con una participación del 30,5 por ciento de la mano de obra; los servicios comunales y sociales con el 25,6 por ciento; y el transporte, almacenamiento y comunicaciones con el 14,3 por ciento, según los cálculos que el proyecto Cartagena Cómo Vamos (CCV, 2011: 66) hizo con los datos del DANE.

Los análisis que ha hecho el Odesdo (Casanovas, coord., 2009; Sarmiento, 2010) sobre la dinámica de desarrollo local, con base en datos históricos de la misma fuente oficial, muestran que en la primera década del siglo XXI las tres ramas de servicios arriba señaladas han concen-

²¹³ Bonet (2006) diferencia entre (terciarización de) servicios genuinos y espurios, de acuerdo con el grado de formalidad, capacitación, educación, productividad y remuneraciones. Los ramos de servicios básicos (electricidad, gas y agua, y comunicaciones), servicios de producción (financieros, seguros, bienes inmuebles y servicios a empresas) y servicios sociales (administración pública, educación, salud, asistencia social) estarían relacionados con la terciarización genuina (p. 21-22). En ese sentido, la terciarización espuria de la ciudad coincide con la sentencia de Rueda y otros (2008, citado por Alvis y Espinosa, 2011: 200): “El número de años de educación que en promedio tiene un cartagenero es nueve —secundaria—, y los resultados sugieren que en ese nivel el retorno es poco o nulo. Resulta entonces preocupante que la fuerza laboral de la ciudad posea una baja calificación y se encuentre en niveles educativos pocos rentables”.

trado entre 69 y 72 por ciento del empleo²¹⁴ y la industria manufacturera entre el 10 y el 13 por ciento²¹⁵.

Estas ramas ya no están conectadas específicamente con la industria manufacturera, sino con toda la dinámica económica arrastrada por el turismo, el comercio y el comercio exterior a través del puerto, que se incorporan a las lógicas de producción flexible. En la ciudad todas fueron remolcadas por el crecimiento de la segunda mitad del siglo XX, más allá que el puerto haya sido siempre un remolque local.

La distribución laboral por ramas muestra el rezago propio de las regiones en relación con el centro nacional, donde la terciarización se ha dado mayormente en servicios de carácter genuino (Bonet: 23). Pero es apenas una muestra del mercado de mano de obra local, caracterizado “por una gran desigualdad en las condiciones de trabajo, empleo, ingresos y reconocimiento social de las actividades” (Casanovas, coord. 2009: 120).

Desde distintas perspectivas ha sido subrayado el carácter precario e informal del mercado laboral local, que explica en gran parte la situación social:

En Cartagena la incidencia del subempleo [...] representaba el 17 por ciento de la población ocupada en 2001, y cerró la década anterior en 36 por ciento, mientras que en el conjunto de ciudades colombianas bajó en el mismo periodo de 26 por ciento a 23 por ciento. Sin embargo, las condiciones más inseguras de trabajo suelen encontrarse en el sector informal, que representa

²¹⁴ 71,14 en 2005; 71,97 en 2006; 69,02 en 2007 (Casanovas, coord. 2009: 123); 69,4 en 2008; y 71,41 en 2009 (Sarmiento, 2010: 87).

²¹⁵ En todo el país, coincidente con las tendencias de periferalización del empleo en la producción flexible, a 2010 cerca del 45 por ciento del personal vinculado a la industria lo hizo de manera temporal, directamente o a través de empresas especializadas (DANE, 2012a: 4).

una elevada proporción del empleo total: en el periodo 2007-2011, 59 de cada 100 empleos en la ciudad se derivaron de actividades informales. Otra faceta de la inseguridad laboral en Cartagena se refleja en las fuentes de generación de empleo. De cada 100 empleos creados entre 2001 y 2011, 52 se debieron a iniciativas de las mismas personas (trabajadores por cuenta propia); por el contrario, las empresas locales abrieron 31 de cada 100 puestos de trabajo en el mismo decenio y su dinámica reciente, aunque positiva, es insuficiente. Gran parte —el 79 por ciento— de estos empleos por cuenta propia fueron generados por personas que no ganaron más de un salario mínimo legal, dedicadas principalmente a actividades de comercio y servicios. (Alvis y Espinosa, 2011: 190-191)

Estos marcos, de por sí precarios, se agudizan para los grupos poblacionales que la producción flexible, precisamente, incorporó a las dinámicas de acumulación. El Odesdo (Casanovas, coord., 2009: 124-128; Casanovas y Arnaiz, 2010) ha subrayado que el aumento progresivo de la participación de las mujeres en el mercado laboral de la ciudad ha estado acompañado de “la permanente desigualdad en términos de oportunidades”, enfatizando que esas inequidades son muestra de las discriminación estructural de género.

Entre 2001 y 2008 la tasa de ocupación para las mujeres se movió alrededor del 35,1 por ciento (Casanovas y Arnaiz: 55). Para los hombres, esa cifra fue de 60,2 por ciento. Son además las mujeres las que soportan las periódicas caídas de la tasa ocupacional (p. 53), abandonando el mercado laboral de acuerdo con la posibilidad de salario social.

Las ocupadas están mayormente en las ramas de comercio y servicios comunales (p. 57). Durante 2008, en esos sectores, y el financiero,

el porcentaje correspondiente a los empleos femeninos fue mayor que el de los hombres:

La distribución de la participación laboral muestra que las mujeres se concentran en los servicios domésticos comunales y sociales; una gran proporción se encuentran laborando en el trabajo doméstico remunerado, sector de menor remuneración y protección laboral. Esta alta participación de las mujeres como empleadas domésticas [15.487 en 2008], indica cómo el servicio doméstico todavía representa una gran proporción del empleo femenino de la ciudad y pone de manifiesto cómo la participación laboral de la mujer se adelanta significativamente desde trabajos de menor productividad y mayor precariedad. (Casanovas y Arnaiz, 2010: 58-59)

Al lograr acceder al mercado, la mujer debe enfrentar otra traba de desigualdad, consistente en la diferencia de ingresos con respecto a los hombres: “En 2007 el promedio de ingresos laborales de las mujeres ocupadas es un 42,9 por ciento menos que el promedio de los hombres ocupados” (Casanovas, coord. 2009: 127). El ciclo de desigualdades se evidencia todavía más en la acentuación de la brecha salarial de género, de 69,97 por ciento en 2007 (ibíd.).

En el mismo sentido, el mercado laboral local excluye de manera particular a la población afrocolombiana (Casanovas, coord.: 128-134), agregando el patrón sociorracial local al guiso de la flexibilidad postfordista y periférica. Distintos trabajos económicos (véase Romero, 2008; Viáfara y Urrea, 2006; Díaz y Forero, 2006) permitieron al Odesdo sugerir un desbalance en el mercado en contra de la población afrocolombiana, que tiene mayor proporción de desempleados, mayor vulnerabilidad laboral y una discriminación étnica manifiesta.

Las conclusiones de Romero (2008) confirman:

[...] aunque no todo el diferencial en el ingreso laboral que se estima puede ser llamado *discriminación*, esta última máximo se calcula en 8 por ciento, las inequidades en la remuneración para los diferentes grupos raciales estimadas en 32 por ciento se van a seguir observando, la razón es que el recurso humano con que cuenta la población negra, mulata, afrocolombiana o palenquera²¹⁶, en términos del nivel educativo, es menor que el recurso humano con que cuentan los demás cartageneros. (Romero, 2008: 146)

Obviar el tecnicismo (“lo que puede ser llamado discriminación”) permite conectar las disparidades de ingreso con la dinámica social e histórica de la población afrocolombiana local en el desarrollo del sistema mundial.

A la lista de parias del mercado laboral se pueden sumar sectores por segmentación generacional, principalmente jóvenes (Odesdo, 2010), periferalización rural (Odesdo, 2011) y las ecuaciones posibles en la propia complejidad de multiescalas locales: mujeres afrocolombianas, jóvenes, pobres y víctimas de la violencia, por ejemplo.

En coherencia con dicha condición, la desigualdad de ingresos se ha incrementado y las clases medias, nunca consolidadas, se reparten mayormente hacia los estratos marginales, y en alguna medida hacia los estratos privilegiados, situación evidenciada por la contracción geográfica de la clase media, que se verá con más claridad en siguientes geografías.

Los estudios críticos del desarrollo urbano muestran que el núcleo de la estructura laboral industrial se ve beneficiado con las más altas

²¹⁶ Los cuatro grupos étnicos que conforman la población afrocolombiana, o al menos, la que se registra en los censos.

remuneraciones por trabajador, alimentando en la ciudad las contradicciones entre una recién surgida “aristocracia laboral y una infraclase mal remunerada y desapropiada” (Harvey, 1990: 217-218).

En Cartagena, “entre 1969 y 1995, el ingreso promedio por trabajador industrial fue 43,1 por ciento superior a la media nacional y mucho más alto que el nivel de los principales centros industriales del país” (Báez y Calvo, 1999: 39), apenas acorde con el aumento del nivel de vida medido por PIB por habitante. Una estadística que se elevó entrando el siglo XXI, al tiempo que se elevaba la concentración del ingreso: “Entre los años 2000 y 2007, Cartagena fue la ciudad colombiana donde más creció el nivel de vida (medido aproximadamente a través del PIB por habitante), pero también donde más se concentró el ingreso y crecieron las desigualdades en el ingreso” (Alvis y Espinosa, 2011: 195).

De acuerdo con lo compendiado por Alvis y Espinosa, en ese tiempo el PIB por habitante creció 50 por ciento (de 4,8 millones de pesos en 2000 a 7,2 millones de pesos en 2007), “mientras que la diferencia entre los ingresos de las personas terminó siendo de 36 veces (ingresos del quintil más rico sobre el quintil más pobre), la más alta de las ciudades consideradas” (p. 196). Por hogares, los cálculos muestran que “el ingreso mensual promedio (de 3.104.594 pesos) de una familia del 20 por ciento de la población de más alto ingreso es 27 veces mayor que el ingreso per cápita de una familia que pertenece al grupo de más bajo ingreso de la población (de 116.168 pesos)” (ibíd.).

En estos sectores marginales, la supervivencia en muchos casos se amarra a la economía familiar por encima de la del hogar: “Las solidaridades intrafamiliares son una estrategia de supervivencia frente a las di-

faciles condiciones económicas que las familias pobres deben atravesar diariamente debido a la precaria inserción de sus miembros en el difícil mercado laboral cartagenero” (Mosquera, 1999: 57). Lo que muestra que la semiproletarización de la familia²¹⁷ tiene también su propia manifestación en el escenario local, donde se suman al panorama abuelos, tíos, primos, hijos de crianza y algunos extraños (ibíd.).

Finalmente, las coordenadas del postfordismo periférico en Cartagena se completan con la clasificación empresarial, que revela la dinámica “microproductiva” de la ciudad. En 2010, solo el 1 por ciento de las 18.901 empresas de la ciudad estaban clasificadas como grandes empresas de acuerdo con los datos de la Cámara de Comercio local. “El conjunto de las 200 empresas [más grandes] concentra el 86,5 por ciento del total de los activos de las empresas matriculadas y renovadas en el registro mercantil de la Cámara de Comercio de Cartagena y tan solo el 1,2 por ciento de las empresas” (López y Villadiego, 2011: 5).

Cerca del 98 por ciento de las empresas eran pequeñas (6 por ciento) o micro empresas (92 por ciento).

Llama la atención que estas empresas se ubiquen mayoritariamente (93,7 por ciento) en sectores económicos como el comercio, hoteles, restaurantes y servicios, sector en el que la economía es más volátil, los puestos de

²¹⁷ En ese panorama semiproletario, la mujer debe soportar una tara extra. Suzy Bermúdez (1995) expone que el modelo de familia legitimado en Colombia es un legado todavía rígido de la colonia y de la mezcolanza del modernismo, catolicismo, prentensión letrada y en general de criollismo modernizador de la era independentista, republicana y sus vaivenes durante el siglo XX. En esto, la mujer estaba estructuralmente atada al hogar, como esposa legítima, sustituta o amante. Durante los decenios correspondientes al capitalismo tardío, según anota Luz Gabriela Arango (1995), el papel de la mujer en la industria se vio agravado por la masculinización del personal obrero y “una política familiar que exalta el rol de la mujer en el hogar. La mujer que preocupa a la fábrica ya no es la obrera soltera, disciplinada y entregada al trabajo, sino la esposa de sus trabajadores y madre de la fuerza de trabajo futura” (p. 519).

trabajo más informales y el subempleo más notorio. (Pérez y Castañeda, 2011: 23)

Pérez y Castañeda calculan que de las personas que tienen empleo en Cartagena, “el 70 por ciento se ubica en las microempresas; el 9 por ciento, en la pequeña empresa; el 12 por ciento en la mediana empresa; y el 9 por ciento, en la grande empresa” (ibíd.). Es decir que la mayor concentración de trabajadores está en el sector comercial y de servicios, vinculados a través de corporaciones que en su gran mayoría (96,6 por ciento) tiene menos de diez empleados (ibíd.).

En esas condiciones la organización para el fortalecimiento de la fuerza laboral en el contrato social local se diluye en la supervivencia. La mayoría de las microempresas apenas sobrevive por tres años, muchas atadas a la informalidad laboral (López, 2010). De acuerdo con el censo económico realizado por la Cámara de Comercio de Cartagena (ibíd.) más del 64 por ciento de las empresas inscritas no paga seguridad social y menos del 60 por ciento lleva contabilidad. El mayor grado de formalización que alcanzan es el registro mercantil, que menos del 17 por ciento deja de pagar.

Así, los sindicatos apenas se concentran en el sector público²¹⁸ y en el apoyo a ejercicios de organización frente a determinadas políticas:

Para 2010 Cartagena contaba con el 2,45 por ciento del total de sindicatos a nivel nacional, esto es 72 sindicatos, que agrupan a 17.443 afiliados [11.423 hombres y 6.020 mujeres]. Más de la mitad de los afiliados (56 por ciento)

²¹⁸ Sobre esta situación a nivel nacional, Novoa (2010: 144)) señala: “El desplazamiento creciente de la mano de obra del proceso productivo y la recalificación de la fuerza laboral han sido el resultado de dicha reestructuración económica [la de los años 90], debilitando profundamente la organización sindical, que ve reducida cada vez más su fuerza de organización y lucha a los trabajadores estatales y algunos sectores de servicios”.

se concentraban en dos sindicatos principalmente, en el Sindicato Único de Educadores de Bolívar (Sudeb), 40 por ciento del total, y el Sindicato de Conductores de Taxi de Cartagena (Sincontaxcar), 16 por ciento del total de afiliados de la ciudad. (Pérez y Castañeda, 2011: 55)

Aquí entonces se hace evidente para el sistema otra apuesta de Harvey sobre la contradicción entre la aristocracia laboral y la infracase, pues además de generar masas de pobladores sin capacidad de consumo, rasa con las dinámicas fuertes de organización laboral. Tal como muestran las citas de Pérez y Castañeda, la organización laboral responde en gran parte a la interacción de grupos de trabajadores flexibles informales que giran en torno a la supervivencia a las dinámicas económicas locales: mototaxistas, vendedores callejeros estacionarios o ambulantes, que se convocan a través de las más variopintas organizaciones.

De la hipercentralización a la geografía empresarial flexible

En términos de incorporación de zonas industriales de su *hinterland*, Cartagena nunca ha sido una metrópolis. De hecho, de las zonas industriales del país es la única que no fomentó ni agregó producción de poblaciones cercanas, concentrando la producción manufacturera intensa y grande en Mamonal, a unos 11 kilómetros del Centro Histórico, bordeando la bahía, justo al suroriente del punto donde se cruzan la Avenida el Bosque y la Avenida Crisanto Luque, que se trazaron por encima de la vía férrea al suroriente y el antiguo camino a Pasacaballos.

Se ha citado que después del confinamiento extramuros, la expansión se dio a lo largo de las vías ferroviarias y de otros dos principales

caminos que conectaban a la ciudad con las zonas de influencia. En esa medida, toda la flexibilización económico-espacial contenida en las diferentes ramas responde al mismo patrón, tal como permiten ver los esquemas de Redondo (2004).

La gran industria se amarró a la locación portuaria, consecuente con su vocación exportadora. La Unidad Comunera de Gobierno 11, donde está Mamonal, aportó en 2005 “el 86,6 por ciento del empleo [industrial] en la localidad [Industrial y de la Bahía] y el 53,9 por ciento en la ciudad” (Yáñez y Acevedo, 2010: 188). Todos los subsectores industriales, “con excepción del subsector de prendas de vestir, tienen una alta concentración en la zona industrial de Mamonal, seguida por la zona industrial del barrio El Bosque”, en la Unidad Comunera de Gobierno 10 (ibíd.). Para Yáñez y Acevedo, la ubicación, además de la obvia relación con la bahía y el carácter importador y exportador de la industria local, respondió a “la necesidad de suelos periféricos alejados de la población”.

La zona portuaria que determinó la zonificación industrial se ha extendido a lo largo de unos 13 kilómetros, bordeando la bahía interna, donde hasta 2011 estaban 31 concesionarios portuarios (Ministerio de Transporte, 2011a): 14 de servicio público y los demás de operación privada, algunos para respectivas zonas francas. Los muelles privados en la bahía eran 53 (Mogollón, 2012). Es la zona portuaria nacional con más sociedades (Ministerio de Transporte, 2011b) y movió en 2010 más de 24 millones de toneladas de productos. El puerto, en el puesto 72 del ranking mundial en tráfico de contenedores, se veía repotenciado con la apertura de un nuevo canal de acceso a la bahía. Por el actual circulan barcos de hasta 5000 contenedores y serían invertidos 60 millones de dólares para abrirle paso a barcos de 14.000 contenedores (Sociedad

Portuaria Regional de Cartagena, 2012). Los productos de mayor exportación son refinería de petróleo (39,32 por ciento), químicos industriales (35,21 por ciento) y derivados del petróleo (10,48 por ciento) (Giaimo, 2012: 58).

La zonificación de gran industria se alimentó también con la creación de zonas francas²¹⁹. Al terminar 2010 Colombia tenía 79 zonas francas, de las cuales 32 eran permanentes y 47 permanentes especiales o uniempresariales²²⁰ (Ramos y Rodríguez, 2011: 10). De las 12 que se encuentran en Bolívar, cinco son permanentes: Dextón, Parque Central S.A.S., Puerta de las Américas S.A., Zona Franca de La Candelaria S.A., Zona Franca de Cartagena (Zofranca) (Proexport, 2012), todas en Cartagena de Indias, donde ocupan más de dos millones de metros cuadrados. Dexton, La Candelaria y Zofranca están en Mamo-

²¹⁹ Proexport (2010: 4) explica: “El nuevo régimen franco contenido en la ley 1004/05 y reglamentado a través de los decretos 383/2007 y 4051/2007, estipula que las Zonas Francas son las áreas geográficamente delimitadas dentro del territorio nacional, en donde se desarrollan actividades industriales de bienes y de servicios o actividades comerciales, bajo una normatividad especial en materia tributaria, aduanera y de comercio exterior”. Después, el mismo Proexport (2012: 15) anuncia: “Las actividades comerciales podrán desarrollarse disfrutando únicamente de los beneficios arancelarios aplicables a las zonas francas. Dentro de una zona franca se puede desarrollar cualquier actividad comercial, productiva o de prestación de servicios, salvo las expresamente restringidas”. Para Sarmiento (2010: 84), las zonas francas son “áreas que gozan de un régimen aduanero y fiscal especial y que tienen el propósito de fomentar la industrialización de bienes y la prestación de servicios orientados principalmente a los mercados externos y de manera subsidiaria, al mercado nacional”.

²²⁰ Las zonas francas permanentes son parques industriales (no pueden ser inferiores a 20 hectáreas) donde las empresas instaladas desarrollan sus actividades industriales de exploración, explotación y extracción de recursos naturales; actividades comerciales o de servicios. La uniempresarial autoriza a una empresa el desarrollo de sus actividades industriales o de servicios en un área determinada por la misma. Las transitorias están autorizadas para la celebración de ferias, exposiciones, congresos, seminarios de carácter internacional con importancia para la economía y el comercio internacional del país.

nal. Parque Central (640.000 metros cuadrados) será la primera que se instale en zona integrada con un municipio vecino (Turbaco), a un lado del corredor vial que comunica el puerto de Cartagena con el resto de país. Y junto con Puerta de las Américas (en la Zona Norte), serán los dos primeros parques industriales por fuera de Mamonal y de los márgenes portuarios, desconcentrando la dinámica por primera vez desde su instalación en la década de 1950 e incorporando territorios de otras jurisdicciones, haciendo coincidir características de la postmetrópolis y la metrópolis que nunca fue la ciudad.

Puerta de las Américas apunta además a la construcción de otra dinámica propia de la metrópolis postfordista: el establecimiento de zonas industriales de servicios de innovación científica, académica y cultural; servicios sociales especializados (salud, en todas las áreas), empresariales, profesionales, cosméticos, ferias, eventos de negocios e incluso residencia (industria inmobiliaria) y hotelería, amarradas al turismo y a todos los elementos de la cadena entre sí²²¹. Unas 25 empresas están en proceso de instalación en sus 260.000 metros cuadrados hacia la Zona Norte de la ciudad.

Establece una dinámica de conexión con la economía global en dimensiones distintas al movimiento de mercancías y manufacturas de las otras zonas francas y de la eventual dinámica agroindustrial de las proyectadas en otras zonas del norte del departamento, como la del Canal del Dique, la segunda de este tipo en Bolívar, que se construirá en territorio de Turbana. Es decir, que la ciudad en su proceso de crecimiento flexible espacializa de distintas maneras las respectivas formas de incorporarse al sistema mundial. Muchas tendrían más incidencia en

²²¹ Véase su promoción en la página web: <http://www.puertadelasamericaszf.com/index.asp> (consultada en agosto de 2012); y la promoción en Proexport (2012: 33-34).

la trama de la ciudad de lo que ha ocurrido hasta ahora. Una característica que, proyectada, sería igualmente inédita.

Los citados esquemas de expansión de la ciudad elaborados por Redondo (2004: 147-174), hay que insistir, muestran que la expansión lineal de la ciudad se dio por focos (núcleos) informales dispersos a lo largo de las vías férreas y caminos principales. Focos que después se conectaron por densificación. En ese sentido, la distribución de la producción industrial manufacturera, intensiva en capital y no en mano de obra, no concentró grandes núcleos de poblaciones²²². Otras dinámicas productivas, como el comercio, se pueden rastrear alrededor de las mencionadas vías. De hecho, marcar el uso del suelo para el comercio en la ciudad es reteñir los trazados de dichas vías y otras alternas, como la Avenida San Martín, vía principal de Bocagrande.

La Avenida Pedro de Heredia, anterior vía férrea, es el principal “corredor comercial”. Integra el Centro, el Mercado Público, la mayoría de tiendas de autoservicios y los centros comerciales.

Los tres primeros centros comerciales (Los Ejecutivos, Paseo de la Castellana y La Plazuela) fueron levantados a finales de los años 90 en la zona oriental de la ciudad, en una zona de alta densidad de clase media (estratos 3 y 4). A partir del segundo lustro de este siglo, fueron construidos cuatro y proyectados otros tres, de carácter mucho más elitista, al menos, para estratos 5 y 6. Tres fueron construidos en Pie de la

²²² En general, tampoco lo hizo en el país. Edgar Novoa (2010: 100-103) advierte que a nivel nacional “no hay relación directa y necesaria entre urbanización e industrialización máxime cuando la industrialización se presenta de manera localizada en ciertos centros y [...] concentrada y monopólica basada en un alto grado de composición orgánica de capital y sobre-explotación de la mano de obra”. Explica que el desplazamiento demográfico en el país ocurrido en coincidencia con la instalación del capitalismo tardío (1945-1965) no responde directamente a la atracción industrial urbana o la modernización.

Popa o Pie del Cerro (Portal de San Felipe, Caribe Plaza y Mall Plaza) y uno en la Zona Norte (Las Ramblas, en la reciente ciudadela Barcelona de Indias). Otros se proyectaron para los alrededores del Castillo San Felipe, entre este y el Centro Histórico; y Bocagrande (Nao Fun & Shopping²²³ y Multiplaza), ambos recientemente inaugurados. Los costos de cada uno superan los 125.000 millones de pesos (Figueroa, 2011b). Otros tres centros comerciales pueden ser descritos en Bocagrande desde finales de los 90 (Bocagrande, El Pueblito y Pierino Gallo) pero no responden a las mismas dimensiones.

En todo caso, los centros comerciales recientes responden a cercanías con los sectores que, sea por la dinámica inmobiliaria o las apuestas turísticas renovadas desde la pasada década, están en la zona objeto del *boosterismo*²²⁴, también renovado. Por un lado, para la reactivación del turismo, con apuestas mucho mayores hacia el turismo internacional, que en la década de 1990 estuvo en crisis, entre otras cosas, por la situación de seguridad del país, entre el conflicto armado y el crimen organizado.

En 1999 Báez y Calvo expusieron lo siguiente:

Cartagena es fundamentalmente un destino turístico doméstico, pues no ha consolidado una posición como centro turístico internacional de importancia. Entre 1994 y 1997, años de flujos de turistas extranjeros sin precedentes, se estima que Cartagena recibió anualmente un promedio ligeramente superior a 60.000 visitantes extranjeros por vía aérea, lo cual representa apenas un doce por ciento del volumen total de pasajeros llegados al Aero-

²²³ Tendrá también un hotel y centro de convenciones.

²²⁴ Neologismo que viene del inglés *boosterism*, referida a la promoción de una localidad, ciudad u organización, por distintas medidas políticas y ciudadanas. En Soja aparece como los instrumentos de promoción del crecimiento urbano para estimular los negocios o el incremento de los precios inmobiliarios (Nota del traductor de Post-metrópolis, en Soja 2006: 168).

puerto Rafael Núñez. Las razones de esto son muchas, pero cabe destacar cuatro: los problemas de orden público que afronta el país desde hace muchos años; unos precios poco competitivos con otros destinos del Caribe; una tradición de políticas de promoción en el exterior muy tímidas o mal enfocadas, y una infraestructura del sector que todavía en muchos aspectos es inferior a los estándares internacionales. (Báez y Calvo, 1999: 23)

Otero (2012) advirtió que la salida y llegada de pasajeros creció de forma sostenida durante la primera década de este siglo. Para 2010, el tráfico de pasajeros por el aeropuerto fue de 1'730.020: 92,8 por ciento nacionales y 7,2 por ciento internacionales. “De esta forma, el aeropuerto de Cartagena se consolida como el aeropuerto más importante del Caribe y el cuarto más importante del país. [...] la ciudad cada vez más acoge la realización de importantes eventos empresariales y culturales y convenciones gremiales, adicionales al turismo” (p. 14). Mejoría que corresponde a la escisión de la imagen de Cartagena de la representación de la inseguridad en el país.

Hasta la década de 1990 la infraestructura hotelera se concentró en Bocagrande y El Laguito, que alcanzaron saturación sin superar las 4.500 habitaciones. A partir de entonces se ha extendido por el Centro Histórico y más recientemente hacia la Zona Norte y la zona insular: Barú y las Islas de Rosario²²⁵, territorios donde se ha aplicado un modelo de “explotación de la oferta ambiental de los ecosistemas marino-costeros” (Durán, 2010: 136).

²²⁵ La zona insular de Cartagena se completa con Tierrabomba, Isla Fuerte e Islas de San Bernardo, cada una sometida a presiones similares en distintas escalas.

Entre los operadores de 80 de los hoteles -los agremiados hasta el corte de este análisis²²⁶- en la ciudad hay grandes cadenas nacionales e internacionales como Sofitel, Charleston y Hilton. De acuerdo con Proexport (2012b) en 2011 había en la ciudad unas 9929 habitaciones, de las cuales 4792 eran de gama media-alta o alta. Las proyecciones en 2012 hablaban de 14 nuevos proyectos con 3000 nuevas habitaciones, todas de gama alta, que se concentrarían en las mismas zonas de expansión hotelera:

Estos proyectos, que comprometen recursos por más de 600 millones de dólares, permitirá [sic] la llegada al mercado de Cartagena de al menos 9 marcas hoteleras de talla mundial. Son ellas Las Sonesta, Marriott, Radisson, Sheraton, Iberostar, Meliá, Intercontinental, Holiday Inn, y Royal; y la expansión de otras cadenas como Global Resort y Estelar. (Figueroa, 2012b)

Tanto por los visitantes como por la inversión, el sector del turismo local es cada vez más global, tal como lo muestran las cifras de visitantes por crucero y vía aérea: en 2010 llegaron a la ciudad 321.100 pasajeros por crucero, más que los 282.705 que en 2009 y los 208.161 de 2008 (Ministerio de Transporte, 2011b). Y la oferta amarrada al mismo comenzó a variar en la analizada década, incorporándose como estación de cruceros y apostándole a la oferta de experiencia cultural concentrada en el Centro Histórico, donde se instalaron 29 de los 30 hoteles boutique (el otro estaba en El Cabrero, justo al margen del Centro) que había en la ciudad hasta entonces (Proexport, 2012c).

²²⁶ Hay dos agremiaciones: la Asociación Hotelera y Turística de Colombia (Cotelco) tiene unos 61 asociados y la Asociación Hotelera Colombiana (Asotelca) tiene unos 16.

Así la dinámica económica de servicios de la ciudad continúa en gran medida ejerciendo fuerzas centrípetas, otra característica vigente en las postmetrópolis, aquí soportada sobre el imaginario patrimonial, devenido en una especie de “romanticismo de consumo” (Muñoz, 2008: 191).

El patrimonio histórico de la ciudad se convierte en una forma de mercancía y así deviene en capital. Para 2004, Zuleta y Jaramillo (2006:147) calcularon que el valor agregado que generó en la ciudad el gasto de los visitantes atraídos por los aspectos históricos y culturales fue de 192.694 millones de pesos. Esta es la materialización del proyecto de élites para convertirla en lo que Yory (2006: 118) ha llamado *ciudad servicio*, que vende la experiencia, la vivencia, que en el caso de Cartagena está amarrada a la propuesta de exaltación nostálgica de su pasado colonial.

La Unidad Comunera de Gobierno 1 (donde están el Centro Histórico, Bocagrande, Laguito, Castillogrande, Manga, Crespo y Pie de la Popa) generó cerca del 30 por ciento del empleo de la ciudad en 2005 (Yáñez y Acevedo, 2010: 187). De hecho, la Localidad Histórica y del Caribe Norte, que agrupa los sectores de más antiguo poblamiento concentró el 56,8 por ciento del empleo, muy por encima de la Localidad Industrial y de la Bahía, donde está el parque industrial de Mamonal, que concentró el 26,4 por ciento (ibíd.).

Ello se corresponde con la dinámica de terciarización de la ciudad, pues en la localidad Histórica y del Caribe Norte se concentra más de la mitad del empleo en el sector comercio y el 69 por ciento del empleo en servicios (Yáñez y Acevedo, 2010: 189). De acuerdo con Yáñez y Acevedo las comunas de la ciudad donde están el Centro y el Mercado

Público son las que más empleo concentran como herencia “del proceso de colonización y expansión”²²⁷.

Son las zonas hacia las que hala la fuerza centrípeta de la ciudad. De hecho, el *boosterismo* se ha intensificado durante los recientes años, apoyado por un proceso de reflexividad que, como explica Soja (2006: 259, citando a Storper), es un proceso clave en el capitalismo contemporáneo, integrando las instituciones, la organización industrial y las transacciones; y el cambio tecnológico y la educación.

La reflexividad opera en dos dimensiones: una, la de las relaciones de mercado, y otra en la organización social, esto es, las convenciones localizadas, el aprendizaje y la innovación. Así se encadena toda la dinámica de producción flexible con la producción de imágenes y marcos de referencia local, generada por lo que Storper llama “una clase reflexiva” que modela la educación y la innovación. Estos tienen una dimensión global, que se trae a lo local gracias a “unos consumidores y ciudadanos urbanos reflexivos, comprometidos en un consumo reflexivo” (p. 260).

Esta suerte de versión flexible de la ciudad letrada asume la crítica del entorno -o el entorno en su crítica- como un problema que hay que cambiar, blindando, como ocurre en Cartagena, las discusiones sobre el modelo (véase aparte anterior sobre la discusión de la cuestión urbana local); y además, ha ligado las dinámicas y prácticas culturales locales a

²²⁷ “Estas zonas constituyeron los principales asentamientos poblacionales y comerciales durante la época de la colonia debido a la facilidad de acceso al mar Caribe y al vigoroso desarrollo de Cartagena como uno de los puertos más importantes de América. Esto comprueba la hipótesis de la Nueva Geografía económica según la cual la ventaja inicial de la localización se refuerza a lo largo del tiempo debido a las ventajas transmitidas por la aglomeración existente” (Yáñez y Acevedo, 2010: 188).

las posibilidades del mercado, en una economía de la cultura que aboga por la incorporación al modelo económico global.

Uno de los casos específicos es el del proyecto Cartagena Emprende Cultura, iniciativa de la Cámara de Comercio de Cartagena y la Administración Distrital, apoyada por el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y el Ministerio de Cultura:

El programa tiene por objeto contribuir al desarrollo socio-económico y de capital humano en la ciudad de Cartagena de Indias a partir de la formalización, innovación y fortalecimiento de emprendimientos culturales sostenibles. Su propósito es fomentar y articular la oferta y demanda de servicios y productos culturales en Cartagena, con el apoyo del sector público-privado. (Cámara de Comercio de Cartagena, 2012)

Por entonces estaban reconocidos unos 54 proyectos divididos entre artes escénicas, artes plásticas, artesanías, audiovisuales, centros culturales, diseño, fotografía, gastronomía, literatura, música y agencias de intermediación cultural. Una incorporación que se antoja necesaria desde la promoción de la ciudad como escenario cultural, amarrada a su ambición global de *ciudad-servicio* y desde la apuesta de la cultura como motor del desarrollo, muy en boga por la presencia de ejercicio académicos como el Laboratorio de Investigación e Innovación en Cultura, que desde su creación ha catapultado a marcos internacionales la discusión de las dinámicas locales en ese campo.

12. COSMÓPOLIS: CIUDAD GLOBAL, CIUDAD NORMAL, CIUDAD DUAL

El *boosterismo* local está fielmente ejemplificado por una apuesta institucional que desembocó en la construcción de la Marca Cartagena de Indias en 2010, ya conjugado como un proyecto oficial de *brandificación* (Muñoz, 2008: 68-74) para hacer de la ciudad una marca producto de consumo en el mercado mundial, en distintas dimensiones, pero que concentra el discurso publicitario en las características patrimoniales de su monumentalidad. Recogió en las palabras del entonces director de la Corporación Turismo Cartagena Luis Alberto Araújo y de la entonces alcaldesa Judith Pinedo, la voz de unos grupos locales atados a la economía industrial, comercial, inmobiliaria, del turismo y de la cultura, que se reparten las acciones de la hegemonía simbólica: “La ciudad debe comenzar a repensarse”. Lo que equivale a pensar la ciudad en los términos de incorporación a la globalidad que se ha institucionalizado, parte de lo que Francesc Muñoz (2008) ha llamado *urbanalización*.

La misión principal y explícita de la Marca Cartagena de Indias recicló los esfuerzos de la desmontada Corporación Cartagena de Indias Puerta de las Américas, creada por la empresa privada, con el apoyo del gobierno local, para promocionar y vender a la ciudad como destino de inversiones.

En la medida de sus relaciones comerciales, la ciudad siempre ha sido destino de algo, o alguien. Como se ha citado, nació primero como buen puerto (y mala ciudad) y su papel colonial estaba amarrado a esa condición de conexión con el sistema-mundo europeo. No obstante, las

interdependencias contemporáneas y las proyectadas requieren de un abordaje particular.

Los tecnicismos del comercio exterior

No sobra recordar las características globales de las dinámicas locales propias de una metrópolis postfordista. Sin intentar repetir los contenidos del aparte anterior pueden agregarse o recordarse algunas de las características de las dinámicas económicas que responden específicamente a la globalización de la economía y de las ciudades.

Cartagena ha estado durante los recientes años a la cabeza del país en cuanto a “internacionalización de su economía” (Quintero et al., 2009: 32-33; Quintero y López, coord. 2012: 31-34), un ranking que depende de “aspectos relacionados con las exportaciones e importaciones de bienes y servicios y con el comercio global”, en lo que el puerto es determinante. Las cifras del comercio internacional están generalizadas para todo Bolívar, pero siendo Cartagena su gran (casi total) puerto, dan ejemplo de esta condición de la ciudad.

De acuerdo con Morelos (2012: 7), en 2010 las exportaciones se duplicaron (2412 millones de dólares) con respecto a 2009 (1060 millones de dólares). Volvieron a crecer en 2011, llegando a 3662 millones de dólares. Las importaciones sumaron 2955 millones de dólares en 2011, algo más que los 2354 millones de dólares en 2010. “Un superávit de 708 millones de dólares fue el saldo arrojado por Bolívar en su balanza comercial para 2011, presentando un aumento considerable del 1370 por ciento en relación al 2010 (48,1 millones de dólares) (ibíd.). Estados Unidos es el principal destino de las ventas (21,57 por ciento) y la

principal procedencia de las compras (53,93 por ciento), con lo que la ciudad responde particularmente a la hegemonía vigente en el sistema mundial.

Cartagena es escenario de materialización de la dinámica de transnacionalización comercial del país, que ya cuenta con Tratados de Libre Comercio²²⁸ (TLC) directos con México, Chile, Canadá, Cuba y Estados Unidos. Además tiene tratados negociados en conjunto con El Salvador, Guatemala y Honduras; La Comunidad Andina (CAN); Mercosur (Mercado Común del Sur): Argentina, Brasil, Paraguay, Uruguay y Venezuela; los Estados miembros de la AELC (Asociación Europea de Libre Comercio): Suiza, Liechtenstein, Noruega e Islandia, la Unión Europea y los Estados miembros de la Caricom (Caribbean Community): Trinidad y Tobago, Jamaica, Barbados, Guyana, Antigua y Barbuda, Belice, Dominica, Granada, Monserrat, San Cristóbal y Nieves, Santa Lucía, San Vicente y las Granadinas. El gobierno ha suscrito además acuerdos con Corea, Panamá, Costa Rica e Israel y la Alianza del Pacífico; y negocia con Japón y Turquía.

En respuesta al carácter estratégico que el comercio transnacional que involucra a Colombia le ha dado a Cartagena, se inauguró en 2012 una franquicia local de World Trade Center, en asocio con la Cámara de Comercio de la ciudad. Su propia descripción señala: “será el *hub* de negocios internacionales de la región del Gran Bolívar. El punto donde todos los actores de Cartagena que intervienen en los negocios inter-

²²⁸ Las especificidades de cada tratado pueden revisarse en la página que el Ministerio de Comercio, Industria y Turismo ha elaborado: <http://www.tlc.gov.co/> (consultado en abril de 2016). Para contraste, los puntos de la oposición a los tratados pueden consultarse en página web de la Red Colombiana de Acción frente al Libre Comercio (Recalca): <http://www.recalca.org.co/> (consultado en septiembre de 2012).

nacionales y la promoción de inversión, tanto públicos, como privados converjan”²²⁹.

El lanzamiento del *hub* es solo una señal que las dinámicas que suponen el auge de la importación y exportación de productos y bienes, copadas por la industria de la refinería de petróleo y de productos químicos, siguiendo la secuencia de la segunda mitad del siglo XX, no abarcan, en ningún caso, el ejercicio total de *globalización* y el espíritu de *globalismo* que parece incorporarse en las recientes décadas a la complejidad de la ciudad, alterando su vida material. Porque esa dinámica exportadora específica, como se ha señalado, no está en proporcional relación con la vida material de la población de la ciudad: el puerto se construyó en una zona alejada del flujo poblacional y la industria de gran escala no hace incidencia sobre grandes sectores poblacionales. Una diferencia con las dinámicas recientes de incorporación al sistema mundial, de las que, valga aclarar, el mismo puerto de comercio exterior hace parte, porque la especialización y la dinámica industrial y económica de una ciudad influyen en el tipo de globalidad que asumirá como ciudad-global (Soja, 2006: 324).

CIUDAD GLOBAL

Se ha explicado en la primera parte del libro la relación interdependiente entre globalización y Estados nacionales y la existencia de una materialidad de la globalización, que toma forma en determinado lugar. Ese lugar es la ciudad que se incorpora al plano global, que incorpora

²²⁹ Tomado de <http://wtccartagena.com/corporacion.php?id=3> (consultado en septiembre de 2012)

a su forma lo global y que incorpora sus propias dinámicas locales a la globalidad, cada ciudad a su manera.

Sassen (1991, 1995, 1998, 2007) ha hecho énfasis en las ciudades globales del centro del sistema mundial, como “centros internacionales de negocios o de finanzas [...] sitios para las transacciones directas con los mercados mundiales que suceden sin una inspección gubernamental” (1998: 27), caracterizadas por el sector de finanzas, seguros e inmobiliarias, que por sus siglas en inglés se conocer como FIRE (*finance, insurance y real estate*). Son los escenarios desde donde se administra el flujo del capital/dinero sin Estado y su volatilidad en cuanto al valor, teniendo en cuenta que el dinero, por primera vez, tiene formas inmatriciales²³⁰.

Para Soja (2006: 297), estos son los “centros de mando” de las grandes bandas de la organización económica mundial, la triada de Estados Unidos (Nueva York), Europa (Londres) y Japón/China (Tokio), coincidente con los frentes que, según Wallerstein, aspiran a la nueva vigencia hegemónica. Como señala Yory (2006: 100), la ciudad hoy en día resulta ser ese ‘tonificador’ que requería un ya gastado capitalismo para ‘reajustarse’ y ‘relanzarse’ dentro del sistema financiero internacional”.

Coincide su medida independencia con la desnacionalización de las dinámicas que en ciclos anteriores fueron controladas por los Estados (Sassen, 2006: 279-341). Además de las tres citadas arriba, Sassen subraya también a París, Frankfurt, Zúrich, Ámsterdam, Los Ángeles, Sídney, Hong-Kong, dentro de la red de ciudades globales, esa nueva

²³⁰ Desde su crítica a la economía política, Marx advirtió de la capacidad de mutabilidad que tenía el capital y de las diversas formas que podía asumir en un mismo ciclo de rotación.

forma desnacionalizada y transnacional de centralidad mundial²³¹, a la que se van sumando otros escenarios urbanos de países en desarrollo, como es el caso de Sao Pablo, Ciudad de México, Bombay o Seúl (Sassen, 1995). Entonces el sistema mundial adquiere la forma de sistema-red (Yory, 2006: 81), conservando su característica subordinante pero a escalas o dimensiones distintas a lo estatal-nacional.

Esta centralidad transterritorial está amparada en la digitalización de los flujos de información y de capitales, y está atravesada por un buen cúmulo de contradicciones. La primera característica remite a las condiciones flexibles de la producción y la acumulación, explayadas en el aparte anterior. La segunda remite a las contradicciones entre la transnacionalización de los derechos humanos y la transnacionalización de “los derechos del capital” (Sassen, 1998: 24-33), abordada con otros términos durante las partes anteriores del libro. Los derechos del capital se han fortalecido a través de las interacciones entre los Estados y el sistema interestatal, construyendo “regímenes legales transnacionales que se centran en los conceptos económicos occidentales de contrato y derechos de propiedad” (p. 25) y que han asumido mayor control sobre las normas aplicadas en lo local.

Al equilibrio/desequilibrio de poderes en la ciudad entra a jugar una fuerza capitalista de transacciones relacionada entre y con la red de ciudades centrales y también una fuerza social, política y cultural relacionada con esa misma red de ciudades, no solo en cuanto a sus grupos hegemónicos, sino también en cuanto a unas nuevas colectividades

²³¹ En términos de Harvey (2000: 79-80), allí se ejemplifica uno de los cambios en la dinámica de la globalización: “Un cambio de un sistema planetario jerárquicamente organizado y en gran medida controlado por Estados Unidos a otro sistema planetario más descentralizado, coordinado a través del mercado, y que hace las condiciones financieras del capitalismo mucho más volátiles”

transnacionales de fuerza laboral, proletariado, minorías, subordinados, subalteridades.

Las infraestructuras y los ambientes culturales de la ciudad (p. 28) serán determinados y al tiempo serán determinantes tanto de la forma de incorporación de la ciudad al sistema mundial/global como de las consecuencias de dicha incorporación. Una premisa que se corresponde con el nuevo imperativo categórico de la tecnopastoral: “pensar globalmente”, aunque como bien lo señala Soja (2006: 275-331), dicho imperativo tiene muchas versiones.

Espacio y tiempo en la ciudad global

La era actual es inédita, sino por la globalización como proceso, lo es por los efectos que esta puede tener sobre la vida material cotidiana de la gente. Lo que Soja (2006: 279) entiende como un “contundente crecimiento del poder de la globalidad”, que es al tiempo un nuevo tropo (globalización-globalismo-globalidad) de la categoría narrativa universalista, cargado de fines políticos (Harvey, 2000: 80), lo que en Colombia ha tenido uso en el proyecto de las élites durante las últimas dos décadas.

Como proceso, su reestructuración más importante está relacionada con las consecuencias de la compresión espacio-temporal (Harvey, 1990: 314-339) posibilitada por las nuevas tecnologías en la sociedad/ciudad. Una reestructuración que ha desembocado en lo que Riechmann (2011) entiende como un secuestro del tiempo, o lo que en términos de Baudrillard podría ser la “huelga del tiempo”, ahora supeditado al tiempo de la producción flexible. Lo advirtió Heidegger (citado por Harvey,

1990: 233): ahora “el tiempo no es otra cosa que velocidad, instantaneidad y simultaneidad, y el tiempo en tanto historia ha desaparecido de la vida de todos los pueblos”.

Esa nueva objetivación del tiempo no es espontánea, sino una reorganización de capacidades previas del sistema, que, se citó en capítulos anteriores, consiguió dominio simultáneo sobre el espacio y el tiempo, ambos elementos de manifestación del poder social, en lo que el dinero existe como herramienta y como producto (Harvey: 251): entiéndanse la construcción sistémica de dinero, espacio y tiempo como “recursos entrelazados del poder social” (p. 252).

La dinámica capitalista de acumulación y reproducción implica la circulación de capital entre espacios durante tiempos determinados (Marx y Engels, 1885/1946: 108-139). El objetivo de la innovación constante del capitalismo es la reducción de todos los obstáculos y fricciones de la rotación para acelerar el tiempo de producción, intercambio y consumo. Lo que equivale a un progresivo sometimiento -“la aniquilación”- del espacio por el tiempo. De allí la apuesta revolucionaria por la telemática y por los avances en general de la capacidad y velocidad de transportes que no solo han reducido a la instantaneidad los tiempos de flujo a través de los espacios anudados por la velocidad (los esfuerzos por reducir las barreras espaciales están explayados en la exposición de la metrópolis postfordista), sino que han apanado en una nueva temporalidad la organización productiva y de circulación, ahora un perpetuo flujo de simultaneidades (*flujo total*). Ejemplo de esto son las bolsas de valores que trasladan durante todo el día y todo el año el capital financiero: cuando una cierra, la otra abre, permitiendo saltos constantes del dinero sin Estado.

La postulación de la “aldea global” por parte del culturalismo es una muestra clara de la imagen de un mundo que se hace más pequeño por la disminución en los tiempos de conexión, de transporte, de información, de comunicación. En esa compresión espacio-temporal se ha alcanzado un tiempo universal, una temporalidad inmediata, pública, simultánea, global. “El tiempo de lo global es el instante” (Yory, 2006: 94). Se manifiesta a través de los medios masivos, incluyendo los nuevos canales virtuales, el ciberespacio, una nueva lógica de la espacialidad desmaterializada (Harvey, 2000: 80); y una nueva representación cartográfica del mundo que cae sobre la ciudad sobreexpuesta a dichas redes (Paul Virilio, citado por Muñoz, 2008: 25). Con ello se han alterado las prácticas económicas y políticas, las jerarquías sociales y las dinámicas culturales, todos los conjuntos de la sociedad densa y de sus prácticas.

Las prácticas sociales son prácticas espaciales y estas tienen diversas dimensiones. Harvey ayuda a entenderlas desde sus distintas formas de concepción del espacio y el tiempo: “Cualquier proyecto para transformar la sociedad debe captar el espinoso conjunto de transformaciones de las concepciones y prácticas espaciales y temporales” (Harvey, 1990: 243).

Cassirer (citado por Harvey, 1973: 21-22), habla de tres categorías básicas de experiencia espacial. (1) El *espacio orgánico* se refiere al tipo de experiencia espacial que es, al parecer, transmitida genéticamente y, en consecuencia, está biológicamente determinada (orientación instintiva y migraciones, territorialidad instintiva, etc.). (2) El *espacio perceptual* equivale a la experiencia espacial en la que se reconcilian las evidencias de los sentidos, aunque valga advertir que los sentidos están afectados (¿hasta qué punto?) por los condicionantes culturales. (3)

El *espacio simbólico* se experimenta a través de la interpretación. Por ejemplo, en la geometría: “Puedo evocar una impresión de un triángulo sin ver ninguno, simplemente mirando la palabra triángulo” (p. 22). Los tres niveles dependen unos de los otros: para poder representar los acontecimientos, perceptuales u orgánicos, se debe usar el sistema de símbolos de la geometría; y a la inversa, las ideas que se desarrollan a nivel abstracto se deben interpretar a nivel orgánico o perceptual (p. 22).

Más adelante, Harvey (1990: -244-245) organiza una “grilla” de prácticas espaciales con las teorías de Lefebvre, en las que subraya cómo las prácticas materiales (la experiencia del espacio), las representaciones del espacio (el espacio percibido) y los espacios de representación (el espacio imaginado) están anudadas por el *habitus*, entendido desde la definición de Pierre Bourdieu:

Sistema de disposiciones durables y transferibles -estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes- que integran todas las experiencias pasadas y funciona en cada momento como matriz estructurante de las percepciones, las apreciaciones y las acciones de los agentes cara a una coyuntura o acontecimiento y que él contribuye a producir. (Bourdieu, citado por Harvey 1990: 245)

Los *habitus* son “estructuras sociales internalizadas incorporadas al agente en forma de esquemas de percepción, pensamiento y acción” (Martín, 2009), “un principio generativo de improvisaciones reguladas, instalado de manera duradera, que produce prácticas que a su vez tienden a reproducir las condiciones objetivas que produjeron en primera instancia, el principio generativo del *habitus*” (Bourdieu, citado por Harvey: 246).

Estos esquemas se asumen como necesarios y naturales por parte de los agentes. Este es el “nexo mediador” que permite, en palabras de Harvey, la causalidad circular entre las distintas prácticas espaciales, con toda las respectivas y múltiples formas de acceder y distanciarse del espacio, apropiarlo y usarlo, dominarlo y controlarlo, y producirlo. Cada una de estas prácticas sociales está relacionada con un sentido del tiempo, es decir, son prácticas espaciales y temporales, donde el tiempo y el espacio, tal como se ha insistido, están siempre condicionados, a la vez que condicionan relaciones de poder.

La nueva fase de globalidad y su comprensión espacio-temporal redundará en nuevas fuerzas, o fuerzas reacomodadas, en esas relaciones de poder y su manifestación en el espacio urbano: “Ha generado un impacto desorientador y sorpresivo en las prácticas económico-políticas, en el equilibrio del poder de clase²³², así como en la vida cultural y social” (Harvey: 314).

Espacios globales, paisajes banales

Harvey recuerda que desde la lógica económica, el capitalismo tardío y su acumulación flexible, la progresiva aniquilación del espacio por el tiempo lleva de la mano el cambio hacia la economía de servicios que permite mayor velocidad de rotación del capital, disminuyendo las limitaciones a los tiempos de producción y de valoración, pero con las analizadas consecuencias en el pensamiento, el sentimiento y las acciones que se han citado en la segunda parte del libro, a propósito de la lógica cultural del sistema.

²³² Relaciones de clase profundamente reestructuradas, señala Soja (2006: 285).

Las localidades globalizadas entran al juego intenso del sistema (Soja, 2006: 289), que se manifiesta en escalas distintas pero en general presiona sobre la construcción socio-espacial-temporal. Los sujetos, fragmentados como están, entran en los tiempos de la obsolescencia inmediata (la sociedad del desperdicio), una desorientación que, explica Harvey, bien se reduce por la adaptación (la *esquizofrenia* definida por Jameson) o desde la dominación de la volatilidad, controlando el gusto y la opinión a través de la moda, cuya posibilidad está dada por el poder de construir imágenes, de representar; y por la saturación con imágenes, el poder del *flujo total*.

Se revela y se rebela así la fuerza de las imágenes, de la representación, incluyendo las representaciones del espacio y el espacio de la representación. “Las imágenes de la publicidad y de los medios desempeñan un rol mucho más integral en las prácticas culturales” (Harvey: 317). La imagen, “característica fundamental de nuestra época” se pone en escena a través del consumo (Yory, 2006: 87), práctica triunfante de la globalización a partir de cuyas necesidades se homogenizan los valores, los lenguajes y los espacios, sus tres grandes pretensiones (pp. 75-87).

Las imágenes se integran así a la producción y el consumo, ciclo que se basa cada vez más en la información y en su circulación. Surge un nuevo discurso social que permite la producción, la circulación y el consumo de productos mucho más inmediatos que los servicios: las propias imágenes se producen y se consumen para beneficio de la acumulación. Asistimos entonces a la industria urbana de la producción de la imagen: “La mercantilización de las imágenes de tipo más efímero parecería ser una bendición divina desde el punto de vista de la acumu-

lación del capital”²³³ (Harvey: 318). Bien advirtió Marx: “Cuanto más se reduzca a cero o tienda a reducirse a cero el tiempo de circulación, más funcionará el capital, mayores serán su productividad y su autovaloración” (Marx y Engels, 1885/1946: 111).

La imagen de la ciudad global, la representación de su espacio, pasa a ser fundamental en su papel en el mercado de los flujos transnacionales. Para las ciudades periféricas esta imagen queda bien sujeta a los intereses del capitalismo controlado desde el centro del sistema-red de ciudades.

Como señala Yory (2006: 73), la supervivencia de lo local, de la ciudad, en el escenario de la globalización está sujeta a que asuma “el papel que le ha asignado el sistema global” y de vender su capacidad para asumirlo o la imagen (simulada) de que puede hacerlo. Es un papel que se considera de obligatorio cumplimiento, pues la globalidad, se ha dicho, es la nueva idea absoluta de la categoría narrativa (post)moderna e implica pagar un precio por hacer parte de la misma, que es también la nueva ventana del *progreso*. Y el progreso es tiempo sobre espacio. En este caso es el tiempo del mundo sobre el espacio local, la historia apanada en una imagen, sujeta a la necesidad del consumo instantáneo.

La finalidad de este proceso de banalización de los paisajes urbanos (Muñoz, 2008) no es tanto la homogeneización espacial como el establecimiento universal de las infraestructuras sistémicas (Sassen, 1991, 1995, 1998; Muñoz, 2008). El mundo “nunca ha sido un campo de juego nivelado sobre el que la acumulación de capital pudiese jugar a su

²³³ En ese sentido sugiere la superación de la contradicción entre tiempo de circulación y tiempo de producción que advertía Marx: “Mientras circula, el capital no funciona como capital productivo, ni produce, por tanto, mercancía ni plusvalía. La expansión y la contracción del tiempo de circulación actúa como traba negativa sobre la contracción o la expansión del tiempo de producción” (Marx y Engels 1885/1946: 111).

libre albedrío”, advierte Harvey (2000: 48). Por ende, tal como advierte Muñoz, el proceso no puede ser homogéneo para todas las ciudades. Se trata, de hecho, de la gestión de las diferencias y las especificidades (“rugosidades”) de cada ciudad para la constitución de las infraestructuras globales de acumulación, entiéndase, la urbanalización:

El modo en que las formas de pensar, proyectar y finalmente, habitar la ciudad, son integradas en las coordenadas del sistema del sabor [articulado por la energía y diversión] y el sistema del brillo [articulado por la suavidad y la limpieza]. Ambos sistemas tratan de incorporar toda forma de ciudad no banal, toda forma urbana que vale la pena ser pensada, proyectada y, finalmente, habitada²³⁴. (Muñoz, 2008: 65)

Este sería un proceso por medio del cual se planchan las estrías de la ciudad –usando palabras de Yory- para proyectarla como una imagen lisa, “limpia”, “sabrosa”, “brillante”, “enérgica” y “suave”. Una imagen de fácil y rápido consumo, que facilita la circulación pese a diferenciación ecológica, política, social y cultural de cada superficie abigarrada (Harvey, 2000: 48).

Es una impuesta necesidad global que empuja a las ciudades a la formación de imágenes señuelos para el capital o los dueños controladores del capital. La competencia entre ciudades desemboca en una “monotonía recursiva y serial” (Boyer, citado por Harvey, 1990: 327) que lleva a la producción de espacios similares entre unas ciudades y otras. No porque la globalización requiera específicamente la homogenización del paisaje, sino porque esto soluciona la necesidad de homo-

²³⁴ La relación de ambos sistemas y sus respectivas articulaciones hacen parte del discurso social de la banalidad, descrito por José Luis Pardo (1989). Muñoz basa buena medida de su teoría de la urbanalización en la idea de la espacialización de este discurso. En la última geografía se agregará algo más del mismo.

genizar el consumo (con los respectivos valor, espacio y lenguaje), -la verdadera pretensión (Yory: 110)- para facilitar la acumulación flexible.

Muñoz (2008: 67) explica que la urbanalización se define por tres procesos que ocurren de forma simultánea. Primero, la especialización económica, que como se ha citado a Soja, determina qué tipo de ciudad global se es y qué funciones le corresponden. En ese sentido proliferan los “monocultivos rentables” (ibíd.) que empujan hacia esa textura lisa mencionada antes. Segundo, se presenta una segregación morfológica que responde a la imposibilidad de anudar las contradicciones de la ciudad global. Por lo que, tercero, se da “la tematización del paisaje de la ciudad”. En la conjunción de los procesos “la ciudad experimenta un proceso de simplificación y banalización que afecta tanto al territorio construido como a los comportamientos de quienes los habitan”. La imagen precede a la ciudad, no solo como el producto a vender y consumir, sino como determinante de la espacialidad a construir.

COSMÓPOLIS DE INDIAS: WORLD HERITAGE CITY (ONCE...)

La urbanalización explicada por Muñoz, toma sentido en la medida de su relación (contacto e interacción) con las imágenes, con el *flujo total*; lo cual se lee con mayor facilidad en los territorios donde estas imágenes prevalecen: centros históricos y escenarios patrimoniales; frentes marítimos, escenarios portuarios y lugares de ocio; zonas residenciales de baja densidad; y espacios comerciales (Pp. 65-66).

Todos estos son territorios que copan el paisaje imaginado de Cartagena de Indias y que, de hecho, se conjugan en la marca de la ciudad construida por las élites simbólicas, soportada sobre la figura patrimo-

nial asignada por el sistema interestatal -en 1984 la Unesco la declaró patrimonio histórico y cultural de la humanidad- gracias a los bienes heredados de su época hispánica.

El patrimonio es entonces la piedra angular de dicha marca, explicitado en su estribillo *World Heritage City* (Ciudad Patrimonio de la Humanidad). Y es también el núcleo de la principal dimensión de circulación de su imagen, el mercado global del turismo, dimensión propia de la producción y la acumulación flexibles (enlaza economía de servicios, de bienes, de imágenes, de sensaciones). Esta *brandificación*, lo que Muñoz (p. 164) entiende como la conversión de la propia ciudad en marca, no es la partida de la urbanalización de la ciudad. Es un punto de inflexión de su incorporación al sistema mundial.

Fredy Ávila (2008) dedica un trabajo al análisis del discurso turístico de la ciudad para postular que Cartagena “se define en términos turísticos” (p. 16), teniendo al frente de este esfuerzo perfilador a la élite social y empresarial. Esta sustantivada vocación tuvo dos momentos de inflexión: las primeras décadas del siglo XX y las tres últimas del mismo siglo (p. 60), que dentro del análisis de la nueva globalidad local, debería desbordar en una más, en el presente siglo.

Sus primeros impulsos, en las primeras dos décadas del siglo XX, estuvieron liderados por las élites parroquiales, en medio de los conflictos por el papel que jugaban las baterías de murallas (para algunos eran una tara contra el progreso y para otros una ventaja para atraer visitantes), de la apuesta modernizadora y de la nostalgia viva por las referencias europeas, oposición binaria a la barbarie popular que el discurso sociorracial asimilaba a los sectores marginales. La apuesta estaba sobre el puerto y la posibilidad que fuese estación del recorrido de

los cruceros y visitantes estadounidenses y europeos que comenzaban a hacerse importantes, teniendo como referencia otros escenarios del Caribe que habían tomado su impulso, sobre todo Panamá y Cuba (Meisel, citado por Ávila: 64).

En la segunda mitad del siglo pasado los imaginarios turístico y patrimonial se conjugaron, tomando forma institucional a partir de los impulsos a la economía turística drenados desde el Gobierno nacional, la rotulación desde el sistema interestatal y el aterrizaje de ambas dinámicas sobre una inercia que, aunque goteada, abarca gran parte del siglo:

[...] nacimiento del Concurso Nacional de Belleza (1934), declaración como Primer Centro Turístico de Colombia (1943), inauguración del hotel Caribe (1946), desarrollo turístico y urbanístico del barrio Bocagrande (desde mediados de siglo XX), declaración del sector antiguo como Monumento Nacional (1959). (Ávila: 70)

La conjugación con los bienes patrimoniales alteró la imagen que la ciudad ofrece al mercado global del turismo, pues, tal como recoge Ávila, intercambia la figura de paisaje de sol y playa (el paisaje banal natural) en la modernidad urbanística de Bocagrande, que se había opuesto a la decadencia nostálgica del Centro histórico, por la experiencia de la *ciudad histórica-museo-clásica* que vendría a dominar el imaginario, y al cual se anudó la producción de imágenes para dicho mercado: escenario de congresos, de negocios, y también, de sol y playa, pero ahora atado a una visión de paraíso ambiental natural exclusivo de la zona rural/insular (Durán, 2010).

Además requirió para su sostenibilidad una batería de políticas institucionales que legitimaran la apuesta privada, en marcos claros de deslocalización y desnacionalización del uso del espacio de la ciudad ahora patrimonio de toda la humanidad. “El turismo se volvió uno de los criterios esenciales de fijación de normas de desarrollo de la ciudad en cuanto a infraestructuras y también de la organización económica, la promoción de actividades culturales, etc.” (Cunin, 2006: 133).

En términos de la incorporación a la globalidad, esta conjugación dio a la ciudad un papel preponderante como ciudad clásica, ciudad de memoria, ciudad de la cultura, premisas integradas de su promoción para venta, y alimentadas por un sector de la nueva clase reflexiva, donde destacan los macarras de la memoria hispánica, de la memoria cultural popular y del patrimonio, no necesariamente en la misma línea tecnopastoral ni en la misma corriente ideológica dentro la categoría narrativa, pues bien pueden estar en las esquinas del neoconservadurismo, neoliberalismo o del multiculturalismo progresista.

El mayor impulso, no obstante, lleva al mercado, una situación nada sorprendente si como señala Yory (2006: 123), “la valoración de lo clásico, concentrado particularmente en los denominados centros históricos, hace de estos uno de los más importantes destinos turísticos”. En consecuencia, desde el sector empresarial local, el discurso del turismo asumió la instrumentalización del paisaje de la memoria con expresiones promocionales que, como advierte Ávila, apelan a la oportunidad de volver al pasado.

Ávila subraya que este discurso se concentra también en la construcción de una imagen de lugar para abstraerse de “la realidad” caótica, de la esquizofrenia del mundo contemporáneo, para ralentizarse y

dedicarse al placer (de recordar, de recorrer, de tomar el sol, de comer y de comprar exóticos productos)²³⁵, todo teniendo como eje el Centro Histórico, una suerte de contenedor en presente del espacio anterior y del tiempo pasado: el contenedor de su consumo (Muñoz, 2008: 47). Es decir, que la ciudad consolida el renglón de la *industria de la experiencia* (Yory, 2006: 117) de la historia. Lo que a juicio de Ávila (2008: 114) es la apuesta de las élites sociales, empresariales y políticas que manejan el sector turístico.

En términos de su urbanización, la ciudad comparte la contradicción poética postmoderna de los paisajes globales que solo pueden ufanar su diferenciación (una ventaja de mercado) en relación con su identificación con otros escenarios (Yory, 2006: 112; Muñoz, 2008: 49-51). La imagen de la ciudad se vende como diferente de la mayoría de ciudades y similar a otras.

Ávila advierte de la promoción de la ciudad como un “paréntesis”, privilegio compartido con otros exclusivos escenarios: “Esto la hace especial y la legitima para cumplir su función turística, función que, más que como el resultado de una construcción sociocultural, se presenta como algo dado de antemano” (Ávila, 2008: 93). Se refiere a uno de los textos que analiza, en el que se anuncia: *Los placeres de Cartagena/the pleasures of Cartagena. Hay ciudades que son un paréntesis en la vida real y ese es el destino que le tocó a Cartagena.*

Al margen del análisis semio-lingüístico aportado por Ávila, interesa subrayar dos elementos no explicitados, aunque sugeridos, en el tra-

²³⁵ En el mismo sentido analizado por Ávila, en la promoción de la ciudad para el mercado inmobiliario de segunda vivienda esta se anuncia como escenario para “vacaciones para toda la vida”, tal como consta en una publicación de la Cámara de Constructores de Colombia, Camacol (2012).

bajo citado y que coinciden con la dinámica de incorporación al sistema global, no necesariamente sujeta al turismo. La sentencia citada es una aceptación total del precio que debe pagar la ciudad para entrar a jugar en la globalidad y una evidencia del proceso urbanizador: ser lo otro para ser lo mismo.

A nivel interno, la imagen supone otras consecuencias de su venta, que es también asumir el precio por la globalidad. Como se ha dicho, la imagen ahora precede a la ciudad porque el poder asumido en las vigentes estructuras de sentimiento implica una inversión de las causalidades: la imagen no surge del espacio que ella representa, sino que el espacio se adecua a la imagen. “La imagen que de una u otra forma acompaña a las ciudades, no es solo algo que se proyecta a partir del idealizado origen, sino que también supone un *imaginario* a alcanzar” (Yory: 124). Así que ser lo mismo supone también convertirse en lo mismo que se promociona y así dar satisfacción “al insulso turismo de comprobación” (p. 123), que en esta ciudad tiene una ejemplificación clara con el turismo de cruceros (Cunin, 2006), con el que los turistas descubren organizadamente “una ciudad preformada” (p. 134): “antes de moverse [el turista] ya sabe lo que ocurrirá y lo que traerá” (p. 137). La historia urbana queda apanada en una imagen fácil de consumir. “Este espacio urbano divertido también es suave [...] no es toda la historia urbana la que está allí presente, sino la que el visitante-turista ya esperaba de alguna forma encontrar” (Muñoz, 2008: 65).

Por otro lado, circunscribir a la estrategia de promoción turística las relaciones de poder que juegan en la representación del espacio y de los espacios de representación de Cartagena de Indias en la globalidad, se antoja como una simplificación castrante en la comprensión de la complejidad urbana (incluso de su discurso), sin negar, claro, su analizada

importancia. En principio porque se desconocería la flexibilidad de los procesos de acumulación, que si bien involucran de manera importante la industria de la experiencia, tienen su garantía en el control espacio-temporal y de los flujos que en relación a este se dan, más que en la circunscripción a una especialidad específica.

Ávila sugiere pistas al respecto cuando cita al empresario restaurador Alberto Samudio:

[...] con el correr de los días y a raíz de la declaratoria de la ciudad como Patrimonio Mundial los ojos de Colombia y del exterior se posaron en Cartagena. Entonces se inició una intensa demanda por los inmuebles del centro histórico [...] en un alto porcentaje [...] por familias del interior del país o extranjeros para utilizarla como casas de vacaciones. (Ávila, 2008: 75)

En el mismo sentido, Espinosa (2007: 13) cita una advertencia de Eduardo Rojas sobre el modelo de conservación privatizadora aplicado en Cartagena. Si bien es clara la relación con el turismo, lo que subyace de la nueva dinámica es una espacialización que no está sujeta a los servicios específicos del turismo, ni al flujo promocional de sus mensajes, sino a la posibilidad de habitar el centro, también, como elemento de estatus, de poder y de dominio, que ya no solo corresponde a las élites de la ciudad, las cuales, entre otras cosas, hace décadas habían desplazado sus habitaciones a Castillogrande, la imagen banalizada de la ciudad americana en la segunda mitad del siglo pasado.

Teniendo esto en cuenta, hay que advertir también que el imaginario patrimonial, con dicha etiqueta o no, prevalece al turístico como instrumento de dominio y de reestructuración de las relaciones locales de clase. La *brandificación* y su consumo responden a lo que Muñoz (2008:

194) reconoce como “una auténtica cadena de montaje imaginario urbano”, en todo caso flexible y de muy fácil des-rigurización cuando las necesidades de mutación del capital lo requieran. Al fin que la urbanización debe ser flexible para incorporar fácilmente lo que se presume no banal, como sucede, precisamente con las iniciativas de economía de la cultura popular en los escenarios tematizados de la ciudad museo.

La *ciudad clásica* y la *ciudad museo* no agotan los territorios urbanos o globales de Cartagena. Pero generan con su tematización una fuerza centrípeta clave en la construcción de las infraestructuras que finalmente el capital ambiciona, concentrando también la imagen de ciudad segura, que sustenta la constante llegada de turistas y visitantes. Estas presuponen una/la parte de la historia que vale la pena contar, recordar y conservar (Yory 2006: 121; 2009: 36), postulándola, en su dimensión monumental, como la evidencia [errada] de que la ciudad va por el camino correcto, el estandarte de los proyectos de la modernidad (2009: 36), la piedra de toque del progreso; entiéndase la versión hegemónica de lo que Yory señala como un espíritu de los tiempos, frente a lo cual –en oposición a lo cual- se valorará el resto.

Dentro del esfuerzo monumentalizador de la institucionalidad local se ejecuta el Plan de Revitalización del Centro Histórico, con apoyo interestatal del Banco Interamericano de Desarrollo (BID). Este surgió de un convenio de cooperación entre el BID, el Estado local y la Cámara de Comercio en 2007, asumiendo que el Centro “superó los problemas de conservación física del patrimonio” (Salazar, 2009: 36), lo que equivale a decir, que se normalizó como ciudad clásica o ciudad museo, una de las primeras etapas (la normalización) en ciertos itinerarios urbanizadores.

Según Ligia Salazar²³⁶ (2009), el plan implica la inversión de 225,5 millones de dólares principalmente en rehabilitación urbana (197,6 millones de dólares), de los cuales, a 2009 apenas existían 5 millones (p. 45). En el papel, el multimillonario plan pretende la integración urbana entre “el Centro Histórico y el resto de la ciudad [...] es decir, superar el dualismo y construir una sola ciudad” (p. 37), evitando –lo que parece un anacronismo- su museificación y cerramiento para un turismo de élite o, su escenario opuesto, el crecimiento espontáneo del turismo masivo. No obstante, arranca desde la obligatoriedad e inevitabilidad de la gentrificación/elitización²³⁷ de su espacio, cuando asume que “no se puede invertir y solo se puede mitigar fortaleciendo la presencia de estratos medios” (p. 37).

La retórica democrática, incluyente y vinculante del Plan debería materializarse principalmente en la intervención de los sectores La Matuna y Getsemaní, que hasta su ejecución han sido los de mayor uso popular masivo. “Se definen tres grandes temas de intervención para la revitalización del núcleo histórico: la recalificación urbana de La Matuna, la densificación de las áreas deterioradas o vacías de Getsemaní²³⁸, y la peatonalización de dos ejes de conexión urbana²³⁹” (Salazar: 39).

La Matuna, que conecta las dos islas originales de la ciudad, estuvo caracterizada por un consuetudinario movimiento de economía popular

²³⁶ Fue coordinadora de dicho Plan de Revitalización y asesora en urbanismo de la Cámara de Comercio. Hay que advertir que después de Salazar, la coordinación del Plan recayó en el empresario restaurador Alberto Samudio.

²³⁷ Luz Marina García (2001) propone el término elitización, como un equivalente conceptual del neologismo *gentrificación*.

²³⁸ Proyecta construir 11.745 metros cuadrados de vivienda.

²³⁹ Un eje que conecte el extremo norte de la ciudad amurallada con el sur y otro que organice el recorrido por los principales museos del primer sector amurallado.

hasta la aplicación de las primeras estrategias del Plan de Revitalización. En ese sector se proyectó la intervención de las plazas Olímpica y Telecom -donde se concentraba el comercio popular/informal de comidas, especialmente- para la transformación en plazas de mercado y el levantamiento de unas 126 unidades de vivienda y 26.466 metros cuadrados de comercio y oficinas.

Sin embargo la materialización se quedó en la estetización de las mencionadas plazoletas, más la Plaza de la Aduana y el Parque Centenario; y la construcción de un nuevo parque en el sector Puerto Duro, todos sectores -excepto la Aduana- de los que fueron desalojados negocios móviles o estacionarios de economía popular con décadas de “arraigo”²⁴⁰ (más de 400 personas). Los costos de infraestructura superaron los 20.000 millones de pesos (Montes, 2011a), sin que hubieran sido entregadas las obras para la celebración del Bicentenario (11 de noviembre de 2011), como se preveía, y sin incluir el levantamiento de mercado o dinámica aglomerante alguna.

Al final, para el Bicentenario, la apuesta de revitalización se redujo a:

La Plazoleta de Telecom se transformará en un espacio institucional y contemplativo, el cual servirá para la realización de eventos públicos y actividades culturales, por tanto no habrá lugar para ocupante alguno. Entretanto, la Plazoleta Olímpica albergará a varios de los ostreros que hoy están en

²⁴⁰ Muchos de los comerciantes populares/informales que estaban en dichas zonas eran antiguos comerciantes del Mercado Público mientras este estuvo en Getsemaní, al igual que la veintena de comerciantes (vendedores) de jugos y comidas cuyos quioscos (locales con prestación de servicios públicos, al menos de energía) ocuparon durante tres décadas el tradicional Muelle de Los Pegasos, intervenido por la construcción del Sistema Integrado de Transporte Masivo (SITM) Transcaribe (Burgos, 2007), un macroproyecto de movilidad aterrizado a la ciudad desde el Gobierno nacional, con recursos del Banco Mundial.

las afueras del Parque del Centenario, de manera que propios y visitantes puedan disfrutar de la gastronomía típica en un ambiente renovado y agradable. Ambos espacios serán arborizados, iluminados y reconstruidos para integrarlos al recorrido del Centro Histórico, del que también hacen parte las plazas de la Aduana, de Los Coches, de La Paz, la Avenida Venezuela y Puerto Duro. (Montes, 2011b)

La reubicación de la economía popular de todos los sectores de la ciudad histórica, el centro tematizado, ha estado apenas retrasada por la resistencia de algunos vendedores, tal como consta en las cuentas que rindió la Gerencia de Espacio Público de la ciudad (Alcaldía de Cartagena, 2011), que explicita la prioridad de pagar, en lo que llama proceso de reconversión económica, entre 6,5 millones y 8 millones de pesos a los comerciantes, informales y sin capacidad de acumulación (informalidad medida por registro), para su desalojo de los sitios que ocupaban en dichas zonas. Posteriormente recaló en la propuesta institucional de entregar algunas de esas zonas de la ciudad en concesión, lo cual fue retrotraído por las críticas despertadas. Es un ejercicio que resume los anhelos de las élites simbólicas, bien representadas por el siguiente comentario editorial publicado en El Universal el 1 de septiembre de 2009:

Una de las maneras de reducir la depredación del Centro Histórico sería disminuir la afluencia exagerada de personas a este sector por causa del trabajo, los estudios o de gestiones ante entes oficiales, que con su caótico y descuidado desplazamiento en carros, motos o a pie, son una carga pesada y pernicioso.

Una postura que motivó cuestionamientos por parte del historiador Alfonso Múnera, quien el 2 de septiembre siguiente escribió: “Sería interesante saber a partir de qué número le parece excesiva la presencia de cartageneros en el Centro. De lo que estoy seguro es de que no se refiere a la afluencia exagerada de turistas”. A lo que agrega: “Si algo da identidad y singularidad al centro colonial no son sus edificios y murallas sino la presencia viva de los cartageneros comunes y corrientes en sus calles”.

Esto provocó, como cierre, el reconocimiento de la apuesta estética hegemónica por el Centro de la ciudad, por parte del mismo periódico, en un editorial publicado el 3 de septiembre de 2009:

La identidad del Centro Histórico no la da esa multitud sudorosa que se hacina en ciertas zonas [...] repleta de negocios callejeros informales que ocupan las aceras y parte de la calle, donde se ejercen incluso actividades ilegales, como la venta de música y video piratas. Ese estrépito creciente y demoleedor no es la entraña de nuestra ciudad y de nuestra cultura.

La inconsistencia entre el proyectado plan de integración democrático e inclusivo frente a lo construido y desalojado y la discusión citada, una réplica de muchos de los conflictos de representación que Ávila y Cunin han analizado, lleva a tener en cuenta que la monumentalización no responde a la pretensión específica de “fabricar una localidad turística”²⁴¹ (Ávila, 2008: 77-115), sino a la de dominar espacio y

²⁴¹ Al fin que, como se ha explicado, la producción y acumulación flexible de la ciudad no puede supeditarse a la dinámica turística. De hecho, tanto Cunin como Ávila señalan la contradicción entre la pretensión organizativa del turismo y sus resultados (consecuencias) en materia económica: no es un destino hegemónico en la industria transnacional del turismo y ni siquiera es la ciudad del país que más recibe visitantes. Lo que demuestra que la ciudad-signo-patrimonio-turística, es más mito que sentido.

tiempo, controlar el desarrollo geográfico en la ciudad para reproducir poder, lo que sí facilitará convertirla en una fábrica, pero “de hacer dinero” en general (Yory, 2006: 129), un escenario de garantías para los derechos del capital. Se propone como un espacio de flujos, el no-lugar del que habla Augé, un espacio urbano para ser visitado intensivamente y a tiempo parcial (Muñoz, 2008: 58), pero por grupos determinados a determinado momento. Entiéndase esto como un ejercicio de segregación no solo espacial, sino también temporal, que ilegaliza la parte de la ciudad que no responde a esas premisas.

La particularidad del Centro Histórico proviene precisamente de las condiciones específicas de los grupos en tensión espacio-temporal en Cartagena de Indias, que como se ha señalado para la ciudad latinoamericana, no comparten entre sí códigos que permitan la normalización sistémica (de formas democráticas) para la circulación de capital, consecuencia de la vernácula manera de conectarse con el mundo a partir de la negación de la propia ciudad.

Este imaginario patrimonial es una capacidad que permite apostar por la homogeneización del valor, el espacio y del lenguaje, no solo entre los herederos de la élite feudoburguesa local, la población popular (masa abigarrada), y la clase reflexiva progresista y multiculturalista; también entre estos grupos domésticos y las distintas versiones de “cosmopolitas provincianos”, esa clase evangelizadora de la globalización (Hunter y Yates, 2002: 398-399) que viaja entre ciudades globales integrando los códigos para un lenguaje global; sus homólogos y opuestos jinetes del liberalismo cultural; y entre todos y los centros de control del sistema-red global. Es el espacio que justifica las maneras de hacerse global y que sirve de propaganda para su condición de imperativo inobjetable, en la medida en que la masa abigarrada llega a anhelar hacer

parte de esa geografía sabrosa, brillante, suave, opuesta a los sectores periféricos donde habita, que como muestran los resultados expuestos por Valdelamar (2010: 264-267), carecen de motivaciones experienciales de arraigo y de valoración estética.

Se asume el Centro como el dispositivo que permite entrelazar localmente globalidad y diversidad, “la gestión de las diferencias”, para la conjugación de todos los factores que soportan la urbanización. Es un contenedor para organizar el itinerario *urbanal*, al que se suman la nascente oferta diversa de centros comerciales –*malls*– citada para la geografía anterior, para ajustar a los habitantes a la lógica de flujos de una ciudad multiplex (Muñoz, 2008: 83), donde la movilidad amarrada al consumo se convierte en la única forma de habitación entre la gran variedad de espacios de la ciudad multiplicada.

Esta aterritorialización es al tiempo disciplinarización para el ajuste a la consecuente “huelga de los paisajes”, episodio de la fragmentación que posibilita la flexibilidad de la ciudad. Además, el uso mítico de su imagen política (que no sentido político) sostiene los marcos del patriotismo ciudadano, capacidad heredada de la instrumentalización de la monumentalidad en la segunda revolución urbana (el centro como imagen de culto y de centro), perfeccionada en la ciudad medieval.

En esa misma pretensión se concentró el ejercicio de *boosterismo* desembocado en la *brandificación* de la ciudad, donde confluyeron además procesos de mercantilización de espacios específicos, festivalización urbana y estetización política, elementos que se desarrollarán en los capítulos siguientes, relacionados con otras geografías postmodernas.

La urbanalización explícita

Así se han completado alrededor de la ciudad histórica los cuatro requerimientos para la urbanalización:

[1] La imagen como primer factor de producción de la ciudad; [2] la necesidad de condiciones suficientes de seguridad urbana [al menos en el centro]; [3] la utilización de algunos elementos morfológicos de la ciudad como espacio público en términos de playas de ocio; [4] el consumo del espacio urbano a tiempo parcial, que implica el predominio de comportamientos vinculados a la experiencia del visitante entre lugares más que la del habitante del lugar. (Muñoz, 2008: 67)

Para completar, se ha mencionado que la Marca Cartagena de Indias recogió los esfuerzos de “Cartagena de Indias Puerta de las Américas”, que incluía incentivos tributarios, exenciones del impuesto predial y de industria y comercio para las compañías que se instalaran en esta ciudad. Develó para la experiencia local la evidencia de la soberanía perforada de la que habla Soja (2006: 293), manifestada, entre otras cosas, por la adopción por parte de cada ciudad de sus propias estrategias de globalización. El nombre fue heredado por la zona franca ya mencionada (Puerta de las Américas) y el esfuerzo de promoción fue trasladado a la Marca. Al esfuerzo conjunto responde la iniciativa de localización del World Trade Center, que proyecta la construcción de su sede en la bahía de Manga. Un *hub*, como se promociona el mismo proyecto, que explicita la proyección del (*hub*)*banismo* local (Muñoz, 2008: 47): la construcción de una geografía para los flujos.

El itinerario de la *brandificación*, que dice seguir los pasos de Barcelona, estuvo precedido por una primera *brandificación* de determinados espacios, principalmente relacionados con la festivalización ur-

bana, donde una empresa de medios e imágenes como RCN (Radio Cadena Nacional) ha sido una marca constante, principalmente, en la ciudad clásica.

El Hay Festival de literatura está marcado por la compañía de seguros Mafre, por RCN, el banco BBVA y la transnacional minera Cerrejón, entre otros; El Festival Internacional de Música Clásica, marcado por las industrias de bebidas Postobón, de nuevo RCN, y del cual el Grupo Santodomingo es socio fundador; el Festival de Cine de Cartagena, marcado también por sus socios Postobón y RCN (ambas empresas del grupo Ardila Lule); y el Reinado Nacional de la Belleza, que entre su veintena de aliados cuenta también con RCN. Lo que este itinerario va logrando, y logró, es la movilización del imaginario para la consecución de la venta del lugar (Muñoz, 2008: 157), la interiorización de unas estructuras sociales de la globalidad.

La *brandificación*, se insiste, es una de las consecuencias más claras de la urbanización, pero no la única. En términos del propio paisaje, para retomar la influencia global a través del turismo, se han localizado experiencias espacio-temporales propias de la dependencia hacia la imagen que debe tener una ciudad con dicha especialidad.

La oferta gastronómica y cultural del museo aspira a un apanamiento del mundo. Una de las promociones del turismo local indica: “numerosos restaurantes proponen una gastronomía variada para que se adapte a los turistas y lograr ofrecer una gastronomía mundial que sea idéntica a la de todas las ciudades turísticas”. Otra, esfuerzo de la Marca dice: “En las calles de Cartagena se sienten los aromas que a esta tierra aportaron españoles, indígenas y africanos, que producen una extraordinaria fusión de sabores”.

El placer del recorrido, que subrayaba el anuncio analizado por Ávila, se experimenta desde 2011 en buses turísticos de dos pisos similares a los que recorren Barcelona, operados por la transnacional Citysightseeing (opera en 30 países), que estableció una ruta con 12 estaciones por toda la batería monumental; y en los trolebuses del tipo que existe en San Francisco (Estados Unidos), operados por Colombia Trolley S.A.S.

La zona rural/insular de la ciudad recoge la versión globalista del paisaje de playa y sol bajo el romanticismo de un ambiente natural, artificialmente silvestre. Carlos Durán (2007, 2010) ha insistido en las implicaciones de la valoración estética del territorio de Barú y las Islas del Rosario cuyas representaciones están concentradas en el escape de la civilización y la urbe, para disfrutar de la “naturaleza exuberante”: “Confluyen en la idea del paraíso privado, la cual constituye el orden racional sobre el cual se erigen los proyectos de intervención de estos territorios” (Durán, 2010: 133).

La gestión de las diferencias para la integración de esta zona rural e insular ha pasado por dos estrategias diferenciadas pero complementarias. Por un lado la intervención de los programas de responsabilidad social de las empresas y grupos con fuertes intereses de inversiones de capital sobre ese territorio. “Han venido desarrollando desde las últimas tres décadas programas y acciones puntuales encaminadas a normalizar los territorios y sus habitantes para incorporarlos dentro de los proyectos y presentarlos disponibles y atractivos para garantizar la llegada de los inversionistas” (p. 135).

En segunda medida, pero de la mano, la implementación de un modelo de ordenamiento territorial con base en políticas sociales e infraes-

estructuras y en programas de protección ambiental. En 1977 fue creado el Parque Nacional Natural Corales del Rosario y San Bernardo, que juega, a juicio de Durán, un papel determinante en la normalización de dicho territorio, dejando para el análisis un ejemplo de formas no banales (la conservación, sostenibilidad y sustantividad ambiental) incorporadas por los sistemas de la urbanización, evidente frente a la intención de explotación económica capitalista de los ecosistemas marino-costeros que se ofertan en la zona²⁴².

Un episodio que con distintos sistemas de valores se repite en la Zona Norte de Cartagena, donde el desarrollo urbano está rodeado por el discurso de la multiculturalidad y la etnicidad de las poblaciones que están sufriendo por la gentrificación/elitización (Montero, 2011).

Si hicieran falta ejemplos de esta estructuración del paisaje, sirva la mención rápida de dos dinámicas más, en lo comercial y de servicios, y en la construcción de edificaciones propias de la estética globalizante, espacios que se abordarán con mayor extensión en las próximas geografías.

Sobre el segundo baste registrar los procesos de expansión urbana, normalizaciones de las geografías de nuevos burgueses transnacionales, generando por primera vez zonas de sentido norte con clases altas y zonas de sur para toda la masa abigarrada que durante el proceso desordenado de urbanización ocupó las geografías de mayor potencial

²⁴² La promoción del Hotel Royal Decameron Barú dice sobre el territorio: “Se caracteriza por sus hermosas playas de arenas blancas y aguas cristalinas rodeadas de un entorno de lagunas y manglares exóticos que combinan con un frente de mar y la más espectacular barrera de corales multicolores. Todos estos factores hacen de este hotel un lugar exquisito para descansar, divertirse, tomar el sol, practicar deportes acuáticos y mucho más”. Una sugestiva imagen que acompaña con un video sin voz, solo imágenes y música: <http://www.youtube.com/watch?v=ucp2nK0gFPI> (Consultado en julio de 2012)

paisajístico y estratégico, y por tanto, de mayor interés de inversión capitalista. Castillogrande, Bocagrande, El Laguito, Manga y Crespo, se van deconstruyendo para reconstruirse en paisajes globales de torres de vidrio. La Zona Norte de la Ciudad experimenta una urbanización dispersa, de escenarios extensos suburbanos para clases altas que se venden como ciudad jardín (Barcelona de Indias, que además está dividida en sectores etiquetados con nombres evocadores de la postmetrópolis de Cataluña²⁴³) y como productos de famosos arquitectos (el caso de Mar de Indias Beach World, que se vende como un producto valorizado por la firma de los arquitectos que participan).

Y sobre el primero baste recordar las citadas infraestructuras para el control de los flujos en lo local (centros de negocios) y para la oferta de servicios de gama alta, que no necesariamente responden a la sociohistoria local: la huelga del paisaje.

Reflexividad glocal

El citado trabajo de análisis del discurso del turismo hecho por Fredy Ávila arroja una pista más para entender la dinámica de localización global de Cartagena. Curiosamente esa pista no está en parte alguna de su análisis, sino en la presentación anecdótica que hace de su propio trabajo: “Mi primera incursión en el estudio del turismo ocurrió a finales del año 2005 por cuenta de un taller de etnografía urbana que el Institut de Recherche pour le Développement (IRD) promovió en la Universidad de Cartagena”, para acercar a los participantes “a los más importantes métodos y desarrollos teóricos de esta disciplina de las

²⁴³ Tiene zonas de referencia a Gaudí y Miró, y a los sectores Pedralbes, Sarriá y Las Ramblas. Puede consultarse la página web de proyecto inmobiliario: <http://construitorabarajas.net/es/proyecto-barcelona-de-indias> (consultado en julio de 2012).

ciencias sociales” (Ávila, 2008: 7). El taller, dice Ávila, fue coordinado por la antropóloga Elisabeth Cunin (2007, 2006, 2003), a cuyo acompañamiento académico, acepta el autor, debe en buena medida la construcción de intereses y capacidades para abordar, desde su perspectiva, el estudio de las dinámicas urbanas.

La pista permite constatar que el empresarismo económico y los marcos políticos no son los únicos escenarios de la clase reflexiva que opera en relación a lo global-local. Esa clase reflexiva *glocal* trasciende el grupo de cosmopolitas provincianos de negocios y, de hecho, sugiere la conexión de toda una pléyade de narradores, periodistas y gran parte de toda la batería de intelectuales en distintas escalas de reflexividad regional, tanto hacia lo transnacional como hacia lo internacional.

Como señala Soja (2006: 314), los límites que se borran en la cosmópolis no son solo espaciales; también se borran los de imaginación, reflexión y conceptualización. En consecuencia, Cartagena hoy se piensa, más que nunca, desde sus fronteras difuminadas.

No es necesario ni posible detenerse en la vasta corriente de producción académica histórica que ha tenido a Cartagena como escenario de gran número de estudios y ensayos de autores de distintas nacionalidades. Vale citar apenas los procesos reflexivos de estas inéditas par décadas de la *cuestión urbana*.

Los dos centros inaugurados a fin de siglo, el Centro de Estudios Económicos Regionales del Banco de la República y el Observatorio del Caribe Colombiano, apostaron por una lectura regional (en lo intranacional). Ambas apuestas científicas se esfuerzan en medir los niveles de modernización en distintas dimensiones, lo que supone una constante referencia de la categoría narrativa global. A estos se suman,

desde el empresarismo, el Centro de Estudios para el Desarrollo y la Competitividad de la Cámara de Comercio y el proyecto Cartagena Cómo Vamos (CCV), crisol de la reflexividad empresarial y modernizadora²⁴⁴, que ha asumido papel protagónico en las discusiones sobre el orden territorial, a partir de las discusiones técnicas sobre calidad de vida. Es, en todo caso, cada una, una forma de pensar la ciudad globalmente.

En igual medida los estudios culturalistas vernáculos están en permanente interdependencia glocal. El Laboratorio Iberoamericano de Investigación en Cultura y Desarrollo se creó, dice su propia justificación, “con el fin de generar un proceso de intercambio, conocimiento mutuo y sistemas de colaboración para ir configurando una comunidad capaz de aportar conocimiento ante los retos de una mayor articulación entre cultura y desarrollo en el mundo actual”. Está coordinado por la Universitat de Girona en España y la Universidad Tecnológica de Bolívar (UTB) en Cartagena de Indias, con la colaboración de la Unesco. Uno de sus escenarios clave de glocalización se da en las conferencias sobre desarrollo y cultura, para exponer resultados o posiciones de los docentes internacionales.

²⁴⁴ En la página en línea del proyecto (http://cartagenacomovamos.org/acerca_que_es.php) se explica: “CCV tiene como referencia el proyecto *Bogotá Cómo Vamos* (BCV) iniciado en 1998 por iniciativa de la Casa Editorial El Tiempo, la Cámara de Comercio de Bogotá y la Fundación Corona. [...] A finales de 2004, un grupo de entidades cartageneras se acercan a los promotores de BCV, se unen y toman la decisión de aplicar y adaptar esta experiencia en Cartagena. En 2004 también se inicia la Red de Ciudades ‘Cómo vamos’ participando Cartagena, Medellín, Cali y Bogotá”. Las organizaciones locales de esta iniciativa son Andi Seccional Bolívar, Cámara de Comercio de Cartagena, Comfamiliar (caja de compensación familiar), El Universal, Funcicar (ONG promovida por empresarios locales) y la Universidad Tecnológica de Bolívar (su asamblea general está integrada por representantes de la industria, el comercio y los constructores).

No es necesario echar mano de todos los ejemplos. Sirva la síntesis de Algasi y Vanoli, sobre los intelectuales contemporáneos para rastrear, en cada uno de sus escenarios, las conexiones locales: estos serían varios de los intelectuales académicos, en todas sus ramificaciones; los mediáticos, en todas sus ramificaciones; y hasta los politizados, los artistas y los bien pagados intelectuales del mercado.

No solo para pensar la ciudad. También para proyectarla a través de su planeación y elaboración de políticas. Pocos planes y políticas públicas construidas en este siglo están al margen de la intervención intelectual de los asesores del sistema interestatal.

El mismo Plan de Revitalización del Centro está enmarcado por un convenio con el BID. La Política Pública de Mujeres, 2008-2019, *Cartageneras en pleno goce de nuestros derechos* (2009), contó con acompañamiento de la AECID y de la GIZ; la Política de Inclusión Productiva (2009) contó con la asesoría técnica y facilitación del PNUD, lo mismo que la Política Pública de Discapacidad (2010); la Política Pública de Infancia y Adolescencia (2010) fue co-elaborada por la Fundación Plan Internacional; y la Política Pública para el Desarrollo de Población Afrocolombiana se elaboró con el acompañamiento de la Agencia de Cooperación del gobierno de Estados Unidos (USAID).

Hay que subrayar también otro tipo de reflexividad glocal, si se recoge la invitación de Soja de pensar en la cosmópolis, haciendo del término también una ayuda para volver a centrar el discurso específicamente urbano no solo en los impactos negativos de la globalización sino también en las nuevas oportunidades y en los retos provocados por esta, a fin de replantear las nociones ya establecidas de ciudadanía y democracia, sociedad civil y esfera pública, desarrollo comunitario

y política cultural, justicia social y orden moral desde una perspectiva más explícitamente espacial (Soja, 2006: 330).

La geografía global permite la creación de espacios “estratégicos para la formación de identidades y comunidades [también] transnacionales [y regionales]”, con nuevas demandas en y sobre esos espacios transformados (Rocco, citado por Soja: 330-331). En esa dimensión se ubican procesos de crítica y promoción popular como la Asociación Santa Rita para la Educación y la Promoción²⁴⁵ (Funsarep), movimientos sociales como el de la Mesa del Movimiento Social de Mujeres de Cartagena y Bolívar y la Mesa del Cabildo Afrocaribeño de Integración Social Gavilaneó, que conectan los procesos de exigibilidad de derechos locales con plataformas regionales y transnacionales de movilización social.

Es una localización de esas movilizaciones en busca de la garantía del derecho a la ciudad y a esta ciudad. En esa medida son “demandas espaciales inherentes, exigencias localizadas, con el propósito de incrementar el derecho a la ciudad y llamamientos explícitos para obtener una mayor justicia social y una mayor democracia regional [...] emblema, más que cualquier otro, de la globalización urbana contemporánea y de la adaptación cultural transnacional” (Soja: 331). Son la cara tensionante de los derechos del capital, a los que se le enfrentan los derechos transnacionales, los universales políticos.

²⁴⁵ De hecho el Odesdo corresponde a un ejemplo de esta dimensión de reflexividad local, siendo producto de una iniciativa concertada entre Funsarep y la ONG catalana Accisol (Acció per una Ciutadania Solidària), con la financiación de la Agencia Española de Cooperación para el Desarrollo (AECID).

13. EXÓPOLIS: CUANDO CASI TODO ES PERIFERIA

Tal como expone Soja, las dos primeras geografías recogen los principales cambios en cuanto a la interdependencia de las ciudades con el sistema-mundo por cuenta de las inflexiones de la economía-mundo, sus dinámicas de producción y de la categoría narrativa universal, ahora bajo el tropo de la globalidad. A partir de allí corresponde explicitar otras espacialidades mucho más concentradas en la materialidad de los habitantes y de sus posibilidades de usar la ciudad. Valga primero agotar, solo para efectos de este trabajo, un par de elementos del espíritu modernizador, ahora globalizador, para el pensamiento urbano local: la regionalización.

La región que seremos y la contradicción implícita

Los regionalismos pegados a la globalización no responden solo a la formación de clases reflexivas interurbanas o internacionales. Las apuestas que estas generan pueden formalizarse en proyectos espacializadores que alteren la relación espacio tiempo, en otras palabras, que apunten hacia un tipo de compresión espacio-temporal formalizada, algunas veces, en proyectos institucionales. La regionalización del poder, como de la reflexión, es ahora tanto supranacional como subnacional e intranacional. “La formación de la Unión Europea, por ejemplo, no solo ha tenido un efecto supranacional sino que también ha conducido a lo que se ha descrito como una nueva ‘Europa de las Regiones’” (Soja, 2006: 298).

Colombia es promovida como un país de regiones y aquí, en capítulos anteriores, se han citado distintos trabajos que dan pistas para

entender la relación entre ellas, clarificando un centro y unas periferias en términos económicos, políticos, sociales y culturales. El nuevo siglo, no obstante, trajo una nueva versión de su contenido, al hacerse explícitas, desde finales de los noventa, las condiciones de desigualdad que habían determinado el desarrollo del centro formado por la triada Cundinamarca (específicamente Bogotá), Antioquia y Valle, a la que solo se le ha sumado recientemente Santander.

En la versión nacional del desarrollo desigual la violencia y el conflicto armado²⁴⁶ juegan un papel particular, agregando un elemento más a un conjunto ya complejo de múltiples causalidades, escalas y dimensiones (Novoa, 2010: 140), que en interdependencia con las fuerzas exteriores de la reciente fase de la globalización han incidido “en reconfigurar el desarrollo espacial desigual” (p. 141).

En medio del impulso glocalizador vigente, grupos de élite del Caribe colombiano, en diferentes sectores con correspondientes capitales, han desempolvado la posibilidad de una institucionalidad regional que va desde la discusión de las cuestiones culturales identitarias colectivas, hasta la apuesta por unas nuevas jerarquías políticas institucionales. La bandera de la nueva descentralización nacional y recentralización regional es alzada por buena parte de los intelectuales mediáticos y politizados, en un esfuerzo que bien ha servido para subrayar las desigualdades espaciales intranacionales sin subrayar las intrarregionales.

En ese sentido, diversos proyectos de apuestas georeferenciadas se contradicen con la historia de desigualdades económicas, políticas y sociales dentro de la propia región. La iniciativa fue sometida incluso

²⁴⁶ Para un panorama de la relación entre el conflicto armado y el desarrollo del país puede verse *El conflicto, callejón con salida. Informe de desarrollo humano para Colombia-2003*, del PNUD (Gómez, Dir. 2003).

al circuito electoral en marzo de 2010, cuando cerca de 2,5 millones de personas votaron a favor de la constitución de la región Caribe como entidad territorial con derecho público. Las defensas más populistas de esta iniciativa han sido asumidas por políticos en ejercicio²⁴⁷. Las más moderadas en cabeza de líderes académicos²⁴⁸.

Como sea, la intención se ajusta al proceso de regionalización descrito por Soja. Acá responde a intereses de los poderes de tres urbes centrales en la región, que podrían recentralizar hacia estas un mayor poder regional. Las dos primeras apuestas de la todavía gaseosa región Caribe dan una pista: un tren de integración entre las tres ciudades-globales, ahora promovidas desde diversos grupos de la clase reflexiva como una [mega] “ciudad-región del Caribe”²⁴⁹, que en 2012 recibió apoyo del Gobierno nacional; y un mega-aeropuerto²⁵⁰ entre Cartagena

²⁴⁷ El gobernador de Bolívar para el periodo 2012-2015, Juan Carlos Gossain, se ha asumido abanderado del ejercicio de integración Caribe, proceso que ha soportado bajo el símbolo de compresión espacio-temporal del ferrocarril de conexión entre las tres principales ciudades de la región: Barranquilla, Cartagena y Santa Marta.

²⁴⁸ Un buen retrato de este papel se encuentra en el ensayo *Agenda Caribe: Propósito colectivo*, escrito por el director del Observatorio del Caribe, Antonio Hernández Gamarra (2010).

²⁴⁹ Las seccionales de la Asociación Nacional de Industriales (ANDI), diversas universidades de la región y grupos económicos e intelectuales, de los tres departamentos, organizaron a finales de 2011 un evento que convocó a alcaldes y gobernadores electos de estos tres territorios, junto con organismos empresariales y la academia, para discutir las posibilidades de integración de Cartagena, Barranquilla y Santa Marta. Las conclusiones y buena parte de las presentaciones están disponibles en línea: http://www.andi.com.co/pages/proyectos_paginas/proyectos_detail.aspx?pro_id=1046&Id=4&clase=9&Tipo=1 (consultado en julio de 2012)

²⁵⁰ En 2010 el gobierno nacional, entonces presidido por Álvaro Uribe Vélez, dio apoyo al proyecto privado, promoviendo incluso la elaboración de los estudios. En 2011 la Aerocivil declaró inviable el proyecto por ir en contravía de los intereses públicos contenidos en los aeropuertos oficiales de Cartagena y Barranquilla.

y Barranquilla, que poco después chocó con la negativa de las autoridades nacionales en la materia²⁵¹.

Aterrizado en Bolívar²⁵², esta promoción de la “nueva” regionalización se contradice con la propia fragmentación y el desarrollo geográfico desigual del departamento. Sus 48 municipios están repartidos en seis Zonas de Desarrollo Económico y Social (Zodes) reglamentados por la Asamblea en 2001, bajo criterios de extensión y características sociales y económicas: 1) Canal del Dique bolivarense, Cartagena y su entorno; 2) Montes de María, 3) Mojana bolivarense, 4) Depresión Momposina, 5) Las Lobas y 6) Magdalena Medio bolivarense²⁵³.

²⁵¹ Ambos proyectos desarrollistas chocan además con la crítica de otra corriente reflexiva regional, entre la que sobresale el exdirector del Banco de la República en Cartagena, Adolfo Meisel (2012), para quien la apuesta monumental del Tren de interconexión Caribe representa un desperdicio de esfuerzos que debería ser reinvertido en otros factores de desarrollo, principalmente en capital humano: “Todo el que estudie los factores asociados al rezago económico del norte colombiano llegará a la conclusión de que la mayor debilidad de la región está en sus bajos niveles de capital humano”. Una y otra corriente, no obstante, se mueven en el mismo espectro del pensamiento modernizador.

²⁵² El Odeso y la Alianza Regional Mujeres y Calidad de Vida organizaron en noviembre de 2011 el seminario “Desarrollo, territorio y conflicto. Aproximaciones al modelo de desarrollo en el departamento de Bolívar”. En este se hizo una revisión en perspectiva de derechos, de las condiciones desiguales de desarrollo entre distintas regiones, principalmente, entre Cartagena y el resto de Bolívar. Para simplificar la situación, baste con citar algunas de las conclusiones para entender las condiciones, y lo que se hace en estos dos últimos párrafos de este aparte. Las memorias del seminario se encuentran en la página Cidesd.org.

²⁵³ En 1857 la antigua Provincia de Cartagena fue nombrada como Bolívar y declarada Estado Soberano. En el siglo XX su territorio se repartió en los desagregados departamentos de Atlántico (1910), San Andrés y Providencia (1912), Córdoba (1951) y Sucre (1966). El territorio de Bolívar se contrajo a 25.978 kilómetros cuadrados. Lo habitan alrededor de dos millones de personas, 74 por ciento de ellas, en las cabeceras municipales.

Las cifras gruesas del departamento dan un panorama de su pobreza y desigualdad:

[...] tiene un 64 por ciento de la población viviendo en la pobreza, [...]. Un 10 por ciento de la población del departamento está en situación de desnutrición crónica. El analfabetismo está alrededor de 31 por ciento. Y existe una tasa de dependencia económica del 63 por ciento. [...] el 73 por ciento de los municipios está en la pobreza. Los conflictos desarrollados en este contexto son resultado de las carencias de la población y la insatisfacción de las necesidades básicas. Esto demuestra una incapacidad del departamento para generar un aparato productivo con empleo y trabajo digno; una incapacidad para generar bienes y servicios [...]; y para generar ingresos dignos a la población en su territorio. (Casanovas, 2011)

A juicio de Alfredo Molano (2011) Bolívar es un territorio “mal situado” entre fuerzas muy poderosas, tanto a nivel global, como nacional. De esa presión, aterrizada sobre un territorio de enfrentamiento armado, Molano sintetiza tres dimensiones de conflictos, además de la urbana, organizada y no organizada, en Cartagena: El agroindustrial en Montes de María, propiciado por la propiedad de la tierra, y con la expansión de la palma africana; el del agua en la Depresión Momposina, propiciado por la intervención de los humedales; y los relacionados con la minería en el Sur de Bolívar.

La desigualdad espacial está determinada por la desconexión de la [proto]metrópolis cartagenera de las dinámicas complejas del departamento, lo que ha sido un fuerte elemento de conflicto. Tanto, que instituciones municipales de las zonas del sur y de la Depresión Momposina han amenazado constantemente con presionar para la creación de un nuevo departamento que los vincule, lo que supone una contradicción

entre el afán de cierto sector de sus élites por la integración Caribe. De hecho, la zona sur del departamento²⁵⁴ gira en la órbita económica de Santander y Antioquia, que propiciaron su colonización y “han tenido influencia histórica en su desarrollo”.

SUBURBIA Y LA REORGANIZACIÓN DEL DUALISMO URBANO

Las geografías resultantes de los procesos de incorporación al sistema mundial y a su nueva globalidad adquieren otra textualidad en Cartagena, que no implica perder de vista los procesos complejos que ya se han citado y que precisamente salvan de la ligereza de asumir la ciudad solo como un texto; y que en coherencia con la dialéctica relacional propuesta por Harvey (2000: 28-29) implica e interioriza la particularidad y universalidad en distintas escalas: desde la relación de los procesos socioespaciales locales y globales, hasta la relación del modelo simbólico, que es el espacio construido, con los procesos materiales que le construyen y que éste mismo construye.

El proceso interdependiente de la glocalización, si es que hace falta el término para entender la dimensión del proceso, exige un costo, que como *la gran transformación* descrita por Polanyi supone un mayor riesgo para las vidas de la gran mayoría de la población no beneficiada por las nuevas dinámicas de producción y acumulación. Una de las particularidades señaladas a Cartagena, como ciudad escenario de post-metropolización periférica, es el apañamiento de procesos que en otras ciudades se cumplieron precisamente con su industrialización.

²⁵⁴ Para un panorama económico del sur del departamento véase Vilorio (2009).

Los estudios de Soja (2006, 1996, 1989) enfatizan en los procesos de transformación ocurridos en una metrópolis que ha “ajustado” sus geografías al fordismo-keynesianismo de la postguerra, esto es, en una aglomeración metropolitana y moderna, que camina hacia el gigantismo de la megaciudad²⁵⁵, pero que ya carga al menos embrionariamente los mapas de la discontinuidad, fragmentación y policentrismo de su estructura socioespacial (Soja, 2006: 336). En estas metrópolis la utopía burguesa de la suburbanización, con la respectiva dependencia del automóvil, se convirtió en modo de vida, trastornando la consuetudinaria dicotomía urbano/rural.

La ciudad, como se ha citado, había nacido como escenario de lo mundano y lo civilizado, en oposición a lo rural, pero a partir de la industrialización se tornó desagradable para la habitación, lo que llevó a la extensión de sus valores de uso a escenarios alejados de la nueva centralidad industrial metropolitana, implicando entonces unos nuevos procesos de centralización. El proceso permitió “que tanto el campo como la ciudad, sean más accesibles, al menos potencialmente” (p. 341), pero sin alterar la configuración dual de “un mundo urbano monocéntrico rodeado de una expansiva periferia suburbana”.

Primero las élites y después las clases medias y obreras beneficiadas con las condiciones fordistas presionaron la extensión de las fronteras de la metrópolis. *Suburbia* se consolidó como el lugar de habitación, mientras la ciudad interna estaba determinada por las dinámicas de producción. La imposibilidad de la huida por parte de ciertos sectores, le arrojó a las zonas internas una condición mixta, que desembocaba en

²⁵⁵ Aglomeraciones con más de diez millones de habitantes. En Colombia solo Bogotá se aproxima a estas proporciones, llegando a los 7,5 millones de habitantes, que presionan sobre sus procesos de conurbación.

un estilo de vida opuesto al suburbano, una “nueva” consideración de los centros y las periferias²⁵⁶, sin perder la relación de la dualidad, fundamental en las relaciones de poder. La suburbanización mantuvo las geografías de las desigualdades ajustada al valor de cambio, sometiendo al arbitrio de la capacidad de pago la calidad de la escenificación de la utopía, un oxímoron de la democracia urbana.

No solo la habitación motivó la descentralización y la eventual recentralización en diversos núcleos. Para Soja, las características de la exópolis, como geografía postmoderna, están en la conjugación de procesos de exteriorización de las centralidades. En principio, claro, la ya abordada flexibilización industrial: “durante los últimos 30 años el crecimiento de las ciudades exteriores ha descentrado y centrado, a la vez, el paisaje metropolitano, rompiendo y reconstruyendo el urbanismo monocéntrico predominante” (Soja: 344).

Entre estas nuevas centralidades se destacan los centros comerciales, en coherencia con la adopción del consumo en reemplazo de la producción como elemento nuclear urbano; otros elementos del discurso postmoderno, como la ciudad verde, correspondiente a la demanda del ambiente natural; o la versión multicultural de la ciudad-frontera de Garrau (citado por Soja: 347), una síntesis de tiempos y culturas en los márgenes de la ciudad americana.

Toda esta presión hacia las fronteras desembocó en la exópolis postmoderna, “las ciudades exteriores” que extienden la frontera y fundan periferias mientras anudan, paradójicamente, el desarrollo urbano y el

²⁵⁶ Nueva en determinados marcos. En *La ciudad europea o los desplazamientos del centro*, Pamela Flores (2004) muestra, tal como se le ha citado aquí, los esfuerzos burgueses por conquistar para ellos escenarios alejados del caos en que se fueron convirtiendo los centros e inaugurar allí un nuevo estilo de vida que representara el ideal en la naciente estructura de sentimiento.

sistema al centro, este último “como polo de atracción y nodo de dispersión”:

La composición de la exópolis puede ser descrita metafóricamente como “la ciudad de dentro a fuera”, como en la urbanización de los suburbios y en el auge de la ciudad exterior. Pero también representa “la ciudad de fuera a dentro”, una globalización de la ciudad central que trae al centro todas las periferias del mundo, dibujando lo que una vez fue considerado como “otro lugar” ajeno a su propia zona simbólica. (Soja: 355)

En la exópolis convive la utopía de *suburbia* con su equivalente marginal, que adquiere complejas dimensiones en la postmetrópolis. “Hay espacio para el optimismo y el pesimismo, la nostalgia y la exuberancia, la desesperación y la esperanza en el futuro”, advierte Soja. La distopía se materializa en las desigualdades espaciales y sociales, cruzadas con diferencias de clase, etnia y género (p. 356).

Cartagena, de la consuetudinaria periferia a la exópolis oficial desigual

Cartagena construyó el mapa de su dualidad, alrededor de una centralidad no industrial, atada, como se ha citado, a la monumentalización del Centro Histórico, núcleo simbólico de la ciudad, y justificado espacialmente por el confinamiento intramural durante los primeros cuatro siglos.

El trabajo de Redondo (2004: 79-97) deja ver que todo lo que creció por fuera del cordón de murallas durante el siglo XX fue naciendo como periferia, en gran medida determinada por la inercia conectiva

del circuito amurallado: primero la proyección de las vías de entrada y salida de la ciudad antigua (La Media Luna hacia el oriente, la Avenida Santander hacia Bocagrande y la Zona Norte, y la Calle Larga hacia Manga) y después por la urbanización de los márgenes de caminos y vías del tren que la comunicaban. “El crecimiento se fue dando en trozos, sin un patrón de urbanización establecido, con una estructura básica de caminos que marcaba las pautas del crecimiento y, al mismo tiempo, articulaban a los distintos núcleos en formación” (p. 94). Fue la saturación del centro la que provocó la expansión en el siglo XX y con ello la transformación de los caseríos del primer radio de expansión, en Pie de la Popa, Manga, Cabrero, Pie del Cerro y El Espinal (p. 79).

Con base en el esquema de las tendencias de expansión elaborado por Redondo (p. 168) se puede calcular que la expansión de los primeros 30 años del primer siglo de extramuros corrieron la frontera de la ciudad unos tres kilómetros al suroriente, como se ha señalado, paralelo a las vías que la conectaban con los demás poblados. “Las condiciones geográficas del emplazamiento contribuyeron en gran medida a definir el modelo de ciudad. El paso obligado hacia tierra firme por cualquiera de los puentes, generó un eje o camino que de alguna manera condicionó el emplazamiento” (p. 80).

Se han citado los ritmos de emplazamientos de Lo Amador, La Quinta y La Esperanza, entre la Avenida Pedro de Heredia (antigua vía ferroviaria) y el Cerro de la Popa. Hacia el norte aparecieron Marbella, Crespo, Canapote y Torices, estos dos últimos serían alimentados en gran medida con el ejercicio de exopolización de los habitantes de los sectores marginales al pie de las murallas, dando origen a lo que hoy serían los suburbios semiproletarios organizados alrededor del Cerro de la Popa. Chambacú representó la versión doméstica de un gueto

negro, cuyas características quedaron descritas literariamente por Manuel Zapata Olivella en la obra *Chambacú, corral de negros*, barrio que después sería el escenario piloto de las prácticas de segregación y elitización urbana de la ciudad. La versión local de la utopía suburbana apenas alcanzó matices en Manga, emulación del espacio republicano francés. Todos se consolidaron durante la década de 1940.

El siguiente periodo analizado por Redondo comprende las dos décadas de 1960 a 1980. De acuerdo con su esquema, la frontera periférica se extendió hasta los diez kilómetros, paralelos a la Avenida Pedro de Heredia, poco después de las villas deportivas, donde hoy se encuentran los sectores de mayor presencia de la particular clase media local: Los Ejecutivos, Los Ángeles, La Castellana, Las Gaviotas, Los Alpes, etc. “Hacia la zona sur se siguió respetando el modelo inicial, que continuó su expansión hacia la carretera del Bosque y su vía paralela [Crisanto Luque]” (p. 84). Más de una veintena de barrios aparecieron en la franja formada por los antiguos caminos, perdiendo en su desorden la articulación vial que la inercia había mantenido hasta entonces. “Los alrededores del Cerro de la Popa se densificaron”, formando la aglomeración de población pobre histórica que territorializó ese sistema, entre procesos oficiales (proyectos del Instituto de Crédito Territorial) e invasiones, conectándolo en su trama espontánea con la Ciénaga de la Virgen. Oficialmente, “el Instituto de Crédito Territorial incrementó sus acciones de vivienda hacia el suroriente, la zona norte y la zona industrial de Mamonal, al sur” (p. 84).

Los estudios previos al POT vigente (Alcaldía de Cartagena, 2001, documento diagnóstico: 57-58), registran que en la década de 1960 la intervención estatal hizo posible la construcción de sectores de clase media como Blas de Lezo y Alto Bosque. Posteriormente en la década

da de 1970, “se desarrollaron 55 planes de vivienda que contribuyeron a la construcción de 10.123 unidades” en El Socorro, desarrollado en cinco etapas entre 1971 y 1976; y San Pedro, cinco etapas entre 1974 y 1975”. En el mismo periodo se densificaron zonas marginales como Olaya Herrera sector Paraíso, Puerto de Pescadores, Líbano. Hacia el oriente comenzaron las manchas de Ternera y Santa Lucía.

La *suburbia* utópica de este tiempo adquirió el tono estadounidense en Castillogrande, El Laguito y Bocagrande, urbanizadas y densificadas, como se ha citado (Redondo: 84.), de “forma desordenada, con una densidad muy alta, sin ningún planeamiento”.

Es en el último periodo que analiza, 1980-2000, donde Redondo describe lo que aquí se interpreta como las bases de la exopolización de Cartagena:

Se caracterizó por la densificación de los barrios de la periferia: a lo largo de la Ciénaga de la Virgen; hacia el suroriente de la ciudad, sobre la carretera de la Cordialidad, antigua salida a Barranquilla y hacia la zona industrial de Mamonal, al sur de la ciudad. Una zona de expansión importante en esta etapa surgió hacia el norte en los alrededores de la Boquilla, con zonas habitacionales en condominio estrato alto y grandes hoteles que se sumaron a la oferta hotelera existente, constituyendo una nueva zona turística para Cartagena. [...] en este tiempo proliferaron los conjuntos habitacionales verticales de alta densidad dentro del tejido urbano ya conformado, principalmente en Manga, Castillogrande y Bocagrande, de ingresos medio y alto; otros conjuntos de casa-habitación para los sectores de clase media, y los demás en forma de tugurios hacia los alrededores de la Ciénaga de la Virgen y en dirección sureste, hacia la carretera de la Cordialidad. (Redondo: 85)

La clara diferenciación de la suburbanización de clase alta, de clase media y baja estableció unos marcos espaciales para la posterior nor-

malización del territorio postmetropolitano particular de la ciudad. Hacia el suroriente se extendió la periferia, a más de diez kilómetros del Centro Histórico, liberada de las limitaciones espaciales del territorio ahorcado por los accidentes geográficos y los antiguos caminos y multiplicada por la inmigración de una población víctima del conflicto que se desplazó principalmente al sector Nelson Mandela; y en menor medida a San José de los Campanos y El Pozón, todas zonas de frontera de la ciudad. El mayor crecimiento poblacional general durante la primera década del Siglo XXI se dio en Olaya Herrera, que bordea el costado sur de la Ciénaga de la Virgen, que es además el barrio con mayor población: 52.752 en 2009 (IPREG, 2010: 42-44); le siguen El Pozón (39.462 pobladores), San Fernando (26.756) y Torices (21.647), que queda -este último- en la zona pericéntrica de la ciudad.

EL POLICENTRISMO, LA FRAGMENTACIÓN Y EL CUARTEAMIENTO

Hacia el norte se preparó el terreno de la gentrificación/elitización de zonas integradas posteriormente al arbitrio del mercado en las intensificadas interrelaciones con la economía mundial. Desde la Zona Norte²⁵⁷, que en su dimensión urbana contempla el Centro, Bocagrande, Castillogrande, El Laguito y el frente noroccidental del Cerro de la Popa, se comenzó a extender la exópolis de clase alta, ahora inclu-

²⁵⁷ En el POT (2001: 17): “Zona Caribe o Zona Norte. Histórica y Cultural, se desarrolla en el territorio insular de la ciudad. Conformado por el Mar Caribe, la Bahía de Cartagena y el sistema de caños, lagunas y ciénagas. Tiene su origen en la ciudad fundacional que alberga el mayor porcentaje del patrimonio inmueble del Distrito y constituye la centralidad primaria de la ciudad. Se identifica por las actividades comerciales, turísticas y portuarias. Forma parte de ella el sistema orográfico del Cerro de la Popa”.

so rebautizada como Barlovento del Mar²⁵⁸, para identificar la suburbanización del área rural, contenida en un programa público-privado de gentrificación/elitización de poblados a lo largo de la principal vía suburbana en el norte: el Anillo Vial, conexión de tráfico liviano con Barranquilla, asumida como su “vía estructurante” (POT, Alcaldía de Cartagena, 2001: 111). Con esto guarda consecuencia con la dinámica de expansión lineal y trozada, a lo largo de los “caminos”. En esa zona está el aeropuerto (barrio Crespo) y en su territorio de proyección se propuso el megaaeropuerto accidentado por el concepto negativo de la Aerocivil.

Es una zona contemplada en el POT (2001) como suelo suburbano rural para expansión, donde la proyección oficial apanó los conceptos de periferia histórica, reconociendo la conexión centrípeta de la exópolis; como reserva ambiental, por la Ciénaga de la Virgen, el sistema de caños, la zona marítima y las zonas de manglares; y como territorio para el desarrollo económico de los sectores primarios y la integración regional, mediante la creación de centros de comercialización interregional de productos, bienes y servicios (p. 19), obviando en gran medida la actividad agrícola que estaba subrayada en el diagnóstico del mismo POT, si bien esta “se concentra en la zona de Bayunca, Arroyo de Piedra y Arroyo Grande”, hacia donde crece la exópolis de clase baja y popular.

El Acuerdo número 14 de 1994 adoptó el Plan Maestro de ordenamiento de la Zona Norte²⁵⁹ y de Barú, estableciendo el carácter

²⁵⁸ Barlovento del Mar rotula las zonas de desarrollo suburbano que van desde La Boquilla hasta Arroyo de Piedra, zonas rurales de Cartagena.

²⁵⁹ En dicho acuerdo se entiende por Zona Norte los territorios de los poblados Manzanillo del Mar, Punta Canoas, Arroyo de Piedra, Arroyo Grande, Bayunca, Pontezuela y la confluencia entre Puerto Tierra Baja y El Pozón (barrio de Cartagena).

suburbano que recogió el POT en 2001 y oficializando la idea de una *suburbia* utópica con paisaje verde: “Implica densidades bajas, usos del suelo esencialmente turísticos, residenciales e institucionales, y un patrón de ocupación en el cual predominan las características naturales, ambientales y paisajísticas de cada zona”. El acuerdo incorporaba una zona industrial en Bayunca, que posteriormente el POT estableció como parte de una centralidad agrícola, más cercana al Triángulo de Desarrollo Social que rotula y enmarca la nueva exópolis de clase baja.

Como centralidad suburbana, este norte utópico quedó establecido como “turístico, comercial y recreativo”:

La morfología de la ciudad permite que dos vías interregionales enmarquen el área urbana de Cartagena; en el borde litoral Caribe la vía al mar constituye el punto inicial del Parque Natural Ciénaga de la Virgen, elemento ambiental estructurante de la ciudad futura. Esta zona que forma parte del corregimiento de la Boquilla y se encuentra próxima al centro poblado principal, es al mismo tiempo el punto de unión y transición de la ciudad turística y los equipamientos recreativos y comerciales con los desarrollos residenciales para el 85 por ciento de la población al 2011. Inducir su desarrollo permitirá la creación de un nuevo polo generador de empleo y nuevas oportunidades para la población. (POT, Alcaldía de Cartagena, 2001: 21)

En la siguiente geografía, consecuente con esta, se retomará la discusión sobre la promesa contenida en la anterior sentencia oficial. Por ahora corresponde dar unas pistas más sobre la construcción de esa nueva *suburbia* utópica llamada Barlovento del Mar, a partir de lo que aquí se ha rotulado como reciente incorporación de la ciudad a dimensiones superlativas del capitalismo y del sistema mundial en general.

Edifkando, la revista institucional de Camacol Bolívar (2012: 11), subrayó ocho proyectos de gran inversión en esa zona que estaban en construcción en 2012: Barcelona de Indias, Karibana Beach Club, Hotel Estelar Gran Manzanillo, Palma Real, Cartagena Laguna Club, Puerta de las Américas, Mar de Indias Beach World, Morros, Playa Bonita y Casa del Mar. Proyectos que según destaca la publicación “garantizarán seguridad, tranquilidad y un excelente estilo de vida. [...] se destacan importantes colegios de la región, universidades, centros comerciales, de negocios y moda” (p. 10). Ello se complementa con la reconstrucción, previa deconstrucción, de Castillogrande, Bocagrande y El Laguito, que había visto paralizada su densificación por la imposibilidad de responder a la demanda con servicios públicos²⁶⁰.

En términos generales, el POT vigente por más de quince años anuncia la ciudad futura como un territorio policéntrico. Serían dos centralidades urbanas por construirse²⁶¹, además del núcleo tradicional del Centro Histórico. Primero, la centralidad Zona Caribe-Santa Rita, que gravitaría alrededor de una plaza cívica, institucional y cultural marcada por el Mercado de Santa Rita, al pie noroccidental del Cerro de la Popa, un enclave de sectores populares y pobres históricos. Este suburbio interno es escenario de uno de los principales conflictos por el derecho a la ciudad, que se abordará en la siguiente geografía.

²⁶⁰ Los tres barrios habían concentrado más de la mitad del área construida a mediados de la década de 1990, pero por la incapacidad del sistema de alcantarillado, la Administración Distrital suspendió la entrega de licencias de construcción, hasta no contar con una mayor capacidad de este servicio. (POT, 2001. Síntesis del diagnóstico: 57).

²⁶¹ Contempla tres centralidades rurales (Bocachica, Bayunca-Pontezuela y Pasacaballos), bajo la proyección del turismo, la agricultura y la industrial portuaria, respectivamente; además de la mencionada centralidad turística, comercial y recreativa de la Zona Norte. Es probable que la manera de proyectar este policentrismo esté marcada por la poca claridad local sobre el tema, en principio, ante la ausencia total de estudios de geografía urbana o sociología urbana.

La otra centralidad, materializada aunque no formalizada, es la comercial Los Ejecutivos – La Castellana – La Plazuela, una triada de Centros Comerciales levantados en la década previa al POT, en el enclave de clase media densificado desde 1960. En su zona de influencia están varios de los barrios levantados por el Instituto de Crédito Territorial mencionados antes. A esos se sumaron en la década de 1980 “más de 4000 viviendas en barrios como Nuevo Bosque (473 unidades), República de Chile, Los Calamares (830 unidades) y El Campestre (776 unidades)” (POT, 2001. Síntesis de diagnóstico: 58).

De acuerdo con el diagnóstico del POT estas zonas de estrato tres concentraron gran parte (52 por ciento) de la construcción durante los últimos años del siglo pasado, principalmente en 1998 y 1999; “seguidos por los estratos 2 y 4 con el 29 por ciento y 15 por ciento respectivamente”. Ese es el escenario actual de la densificación de clase media y se levantan por primera vez proyectos habitacionales cerrados de grandes edificios con piscinas internas que emulan, a una escala mucho menos costosa, las formas que adquieren los complejos habitacionales de Manga y Castillogrande.

El Centro Comercial es característico de la nueva postmetrópolis, tanto como espacio de nuevas dinámicas de producción flexible como de nuevas centralidades. La transformación del espectro público y la nueva dimensión de sociabilidad a partir del consumo le han dado a estos nuevos templos de la interacción un papel fundamental, acorde con el apanamiento público-privado de las dimensiones colectivas. A juicio de Chacón (2010: 108), el nuevo ícono incorporado al imaginario colectivo de los habitantes de las ciudades está condensado en la frase “¡Nos encontramos en el centro comercial!”. En el mismo sentido, Luller y Paquette (2007: 340) advierten que en la ciudad latinoamericana

los grandes centros comerciales “constituyen elementos muy importantes en el modo de vida de las clases medias y hasta aparecen como verdaderos subcentros urbanos”, que concentran gran parte de la oferta de ocio y recreación: cines, bares, restaurantes, tiendas.

En Cartagena, el levantamiento de esta primera triada de *malls* se correspondió con el citado impulso urbanizador de clase media en el fin de siglo pasado, que a su vez coincidió con el comienzo de elitización en las prácticas, ofertas y costos del ocio en el Centro Histórico: cierre de los teatros tradicionales, apertura de restaurantes caros, casas de lujo, hoteles de lujo, tiendas de alta moda (boutiques), tiendas gourmet, y en general, lo que Sassen (1991: 9) llama elementos escenográficos de la ciudad global. En ese sentido, comenzó a establecer una marca, todavía difusa e inconclusa, de usos espaciales segmentados hacia el este y el oeste de la encrucijada de Bazurto. De hecho, solo en esta década se reabrieron escenarios de un tipo de ocio masivo en la zona de influencia del Centro Histórico.

“La nueva línea de color urbana”

La consolidación de la centralidad comercial Ejecutivos-Castellana-Plazuela se dio antes de esta incorporación de la ciudad a una nueva escala del sistema mundial y se convirtió en elemento clave para instalar una versión particular de lo que Wacquant (2001: 33-103) reconoce como “la línea de color urbana”, trazada aquí en una sincronía particular de estrategias marginadoras y segregacionistas, que consolidan lo que la oficialidad anuncia como Triángulo de Desarrollo Social (POT, 2001: 50; Alcaldía de Cartagena, 2003).

El decreto del Triángulo de Desarrollo Social (TDS) señala que está al oriente de la ciudad, “circunscrito por la Carretera de la Cordialidad [conexión de tráfico pesado con Barranquilla], la vía troncal que conduce a Turbaco, la Variante de Cartagena en el tramo comprendido entre la carretera la Cordialidad y la intersección con la vía denominada ‘Vía de campaña’ y el límite entre el Distrito de Cartagena y el municipio de Turbaco” (Alcaldía de Cartagena, 2003). El galimatías puede resolverse pensando en las zonas aledañas a la Terminal de Transportes Terrestre, rodeado por 6,3 millones de metros cuadrados -cerca de 4 millones de metros cuadrados urbanizables- que deberán concentrar unas 55.000 viviendas familiares para los más pobres de la ciudad, repartidos en distintos suburbios distópicos y, tal como ha ido sucediendo, segmentados por características específicas de marginalidad urbana.

En sus fronteras se materializaron los goteados proyectos de Vivienda de Interés Social (VIS) proyectados durante la analizada década para reducir el grave déficit habitacional diagnosticado en la ciudad. El Plan Maestro de Vivienda del Distrito (Cenac, 2008) estimó que cerca del 29,5 por ciento de los hogares de la ciudad presenta²⁶² “carencias en alguno de los atributos de la vivienda: espacio (hacinamiento crítico), estructura (materiales inadecuados de la vivienda) o servicios públicos domiciliarios” (p. 42). El 15,1 por ciento de los hogares presenta déficit cuantitativo, lo que indica que “requiere una vivienda para uso propio”, y el 14,5 presenta déficit cualitativo, indicando carencias parciales en estructura, espacio y servicios públicos”.

²⁶² El Plan Maestro de Vivienda encontró 63.011 hogares con déficit en 2007 y calculó un incremento anual de 2745. De acuerdo con esas proyecciones, y teniendo en cuenta las viviendas construidas y las intervenciones en general, en 2011, el déficit fue de 63.485, de los cuales 36.979 corresponde a déficit cuantitativo, representando el 29,8 por ciento de los hogares (véase informes de calidad de vida de CCV).

La vivienda de interés social proyectada para el TDS debería disminuir el déficit cuantitativo, en paralelo con intervenciones urbanas en zonas de déficit cualitativo. La masa de población que se vería congregada es el TDS está integrada en parte por el 15,1 por ciento de hogares con carencias estructurales, la mayoría de ellos miembro del estrato socioeconómico más pobre. “El 89 por ciento de los hogares con viviendas que presentan déficit habitacional se localizan en los estratos 1 y 2 y el 75,1 por ciento de las viviendas con carencias de tipo cuantitativo se concentran en el estrato 1” (Casanovas, coord., 2009: 204).

Pese a la gravedad social del déficit, en la analizada década la construcción de vivienda se concentró en estratos altos. El 80 por ciento de los proyectos de construcción iniciados en 2007 correspondió a estratos 5 y 6. Para estratos 1 y 2 los proyectos apenas llegaron a representar el 7 por ciento y 13 por ciento para estratos 3 y 4 (Camacol, citado por Casanovas, coord. 2009: 219). Entre 2002 y 2008 se destinaron 792.342 metros cuadrados para vivienda (Alvis, 2009: 74) y solo 19 por ciento correspondió a proyectos para los estratos 1, 2 y 3, igual proporción que en el primer semestre de 2010, según los datos del DANE. Estas proporciones se sostienen pese a que todos los recientes planes de desarrollo local han elevado la vivienda²⁶³ a bandera de su cuestión urbana y su respectiva promesa de lucha contra la pobreza y la desigualdad. Una promesa perpetua que debería comenzar a materializarse precisamente en el TDS:

²⁶³ El Plan de Desarrollo Cartagena es nuestra casa, 2004-2007 anunciaba proyectos de legalización de predios y construcción de vivienda, además de un específico programa de promoción de vivienda estrato 2, 3 y 4 en el TDS. El Plan de Desarrollo 2005-2007, “Cartagena nuestro compromiso”, anunció la construcción de 2500 viviendas, el mejoramiento de 4000 y la legalización de 2600 predios. El Plan de Desarrollo 2008-2011 “Por una sola Cartagena”, anunció la construcción de 16.000 viviendas. Y el Plan de Desarrollo 2012-2015 “Hay Campo para todos”, anunció más de 8000.

Históricamente, el ritmo de entrega de VIS construidas en la ciudad había sido lento. Según información suministrada por Corvivienda, entre 1993 y 2007 se construyeron 3984 viviendas en proyectos distritales. A partir de 2008 y hasta 2011, se supera este ritmo, con la construcción de más de 3500 [3514] viviendas. Es decir, que entre 2008 y 2011 se construyó el 47 por ciento del total de viviendas construidas por el Distrito en los últimos 19 años. (CCV, 2012: 32)

Los proyectos mencionados por CCV inauguraron o densificaron los barrios Colombiatón, Flor del Campo, Tierra Baja, Navidad, Juan Pablo II, Villa Zuldany, Huellas Alberto Uribe y Ciudad del Bicentenario, en el TDS, consolidando una geografía legible de la pobreza, e inaugurando la versión local de la *ciudad-frontera* donde, según Soja (2006: 368), se escenifica el “quiero y no puedo” del progreso urbano, aglomeración de trabajadores pobres, ejército de desocupados, informales y todos los afectados por la pauperización y la pobreza inducida en el campo y ahora en la propia ciudad, entre los que están también los desplazados por la violencia.

Ciudad del Bicentenario es un macroproyecto de 25.000 viviendas en 478 hectáreas, postulado y ejecutado por la privada Fundación Mario Santo Domingo y recogido por los gobiernos nacional y distrital²⁶⁴. Una exópolis marginal que se extiende hasta jurisdicción del corregimiento de Bayunca, en zonas de la anunciada centralidad agrícola. El TDS será el escenario del Centro Ferial Ganadero y Equino y la proyectada Central de Abastos, en lo que representa una relocalización de núcleos laborales locales, sobre todo, de economía popular. Sin que haya datos

²⁶⁴ Participan en el proyecto el Banco Interamericano de Desarrollo, el SENA, el Ministerio de Medio Ambiente, Vivienda y Desarrollo Territorial y la Universidad Tecnológica de Bolívar.

publicados de la procedencia de los nuevos habitantes del TDS, los registros de prensa dan cuenta que es el escenario único de las reubicaciones para población desalojada por los procesos urbanos en las zonas bajo presión urbana gentrificadora/elitizadora y o en zonas de riesgo²⁶⁵.

²⁶⁵ Específicamente zonas de La Boquilla, zonas bajas del Cerro de la Popa, Ciénaga de la Virgen y Torices, todas estas partes de lo que el POT considera territorios objeto de plusvalía. En el primer semestre de 2011 el Gobierno local informó haber reubicado a 1900 familias del Cerro de la Popa y anunció la eventual reubicación de 1100 más, en zonas de alto riesgo (Taborda, 2011).

14. CIUDAD FRACTAL: MULTICULTURALISMO, SOCIOIRRACISMO Y SEGREGACIÓN ESPACIAL

Cuando Wacquant (2001) habla de la nueva línea de color urbana se refiere a la transformación de los procesos de marginalidad de la ciudad, producto de las nuevas dinámicas macrosociales (desigualdad global), económicas (postfordismo), políticas (achicamiento del Estado de Bienestar) y espaciales (concentración y estigmatización), todas estas revisadas en este trabajo con base en varios autores. Se refiere específicamente a los procesos que transformaron los guetos afroestadounidenses en hiperguetos con una población reducida institucional y discursivamente a “infraclase”, que ha perdido poder de decisión sobre la realidad de dicho espacio “como lugar físico, social y simbólico” (p. 41).

A finales de la década de 1970 y después de 1980 los asentamientos ilegales tomaron relevancia política en Latinoamérica, despertando tres formas de preocupación, tal como señala Castells (1981: 12-16): el enfoque humanitario que objetiva e idealiza la miseria; el del impacto social y político, que la asume como característica de poblaciones por fuera de los sistemas institucionales, desconociendo u obviando las dimensiones interdependientes de la desigualdad y el desarrollo; y la de la expectativa revolucionaria, que a juicio de Castells, desconoció la experiencia histórica sobre las posibilidades de las revoluciones y la miseria, pues deben existir contradicciones estructuralmente definidas.

Reconociendo las determinaciones de interdependencia ampliamente citadas en la urbanización de Latinoamérica, Castells describe el escenario de esa década como un sincretismo de teorías de la marginalidad que someten a la mencionada infraclase a la construcción de

un tipo de personalidad urbana marginal (p. 55) que engloba a toda la población incapaz de solucionar sus problemas de vivienda y servicios o de pagarlos en el mercado privado que requiere de la asignación de precios o rentas que solo un pequeño porcentaje puede costear.

Entonces la marginalidad, la generalidad de la infraclase, surge como una construcción social institucional alienante que sirve para organizar a esa población de acuerdo con las estrategias políticas populistas y de segregación residencial, para incorporarlas por la puerta trasera al proceso de normalización sistémica de la ciudad. Así, como advierte Harvey (2000: 23), “la ciudad encarcela a los no privilegiados y los margina todavía más en relación con la sociedad en general”. La vara diferencial y la segregación urbana propia del fascismo societal como apartheid del que habla Boaventura de Sousa.

En Latinoamérica surgieron los equivalentes de los guetos, habitados por una masa de trabajadores asalariados del sector tradicional de la economía, por comerciantes menores y artesanos, vendedores de la fuerza de trabajo a otras personas, vendedores de sus cuerpos (Castells: 29-42) y en general población en la que se refleja la incapacidad de la economía de mercado y de las políticas estatales para propiciar vivienda y servicios adecuados (p. 43), junto con los demás conjuntos del valor de uso de la ciudad. Una población sin chance para usufructuarla porque no puede asumir su costo (valor de cambio). Su reclusión, reglamentada o espontánea, en villas de miseria, favelas, petares o comunas, representó uno de los fenómenos sociales urbanos del último tercio de siglo pasado, cuyas consecuencias, no obstante, no pueden circunscribirse a la misma lectura paternalista de los estudios marginales.

En el proceso se da la distinción de colectivos de construcción popular que, por ejemplo, caracterizan los conflictos de la ciudad fractal cartagenera. Esa categoría marginal, la infraclase, es apenas un estatus establecido desde afuera (Wacquant, 2002: 42), o desde arriba, por élites simbólicas “para control y disciplinamiento”, sin tener en cuenta la construcción multidimensional que desde dentro, o desde abajo, estos sectores hacen de sí mismos.

Para Ziccardi (2008: 81), esa construcción interna constituye una potencialidad política que contraviene la dinámica de marginalidad y de exclusión social propia de la ciudad latinoamericana del siglo XXI. Porque en la dimensión interna de esa masa participante en la dinámica urbanizadora se forjan los movimientos sociales urbanos (Castells: 86), actores del cambio social y político que pueden trascender la esquizofrenia de la masa para reclamar la posibilidad de materializar, desde otra concepción compleja del territorio, su derecho a construir la ciudad o a transformarla.

Si la concentración proletaria en fábricas y ciudades los hizo conscientes de los problemas comunes (Harvey, 2000: 39, echando mano del más útil y simplificado esquema descriptivo de la trayectoria de lucha de clases), la concentración de los parias del modelo, una multidimensionalidad de jodidos en las *inner cities*, en las periferias, las comunas y guetos, los hizo conscientes de estar marginados por una fuerza sistémica. He allí un elemento de tensión en la escenificación de las *metropolaridades* de las que habla Soja (2006: 375), como característica de la cuarta geografía urbana: la que revela las consecuencias, contradicciones y las resistencias del desarrollo geográfico desigual en la vigente concepción de la democracia multicultural y la respuesta sistémica para dispersar dicha organización.

Desarrollo geográfico desigual y metropolaridades en la postmetrópolis

“La acumulación de capital siempre ha sido una cuestión profundamente geográfica” (Harvey, 2000: 38). Los esfuerzos del urbanismo crítico del último tercio del siglo pasado estuvieron dedicados a descifrar las intensidades del modelo capitalista y su constante reorganización espacial en la trama de la ciudad y sus consecuencias en la dimensión material de la vida, para poder proyectar un nuevo tipo de ser (espacial) y devenir (histórico) urbanos que conlleven un tipo de desarrollo geográfico equitativo, trascendiendo incluso rigurosidades propias del marxismo.

Lefebvre, Castells, Harvey, Soja, [Mike] Davis, entre otros, han sido representantes de esa corriente de espacialización del marxismo y la teoría crítica reasumidas como posiciones de lectura dinámicas y ajustables (con la obligación de superar su propio eurocentrismo, ambivalencia, lastre retórico y falsa omnisciencia) a las particularidades y especificidades de distintas escalas y transiciones²⁶⁶, que analiza el carácter específicamente espacial de la exclusión, la desigualdad y demás dimensiones distópicas, la cara sacrificial del modelo y del sistema mundial en su conjunto y en todas sus escalas, sin desconectarla de los demás conjuntos de la sociedad densa. Así fueron expuestas las interrelaciones entre la expansión geográfica del capitalismo, sus dinámicas de acumulación y la condición urbana que tomaron las respectivas ciudades y regiones.

²⁶⁶ Un espíritu de la crítica condensado en una advertencia del manifiesto comunista subrayada por Harvey (2000: 69): “Las aplicaciones prácticas de sus principios dependen siempre de las circunstancias históricas existentes”.

Siendo una cuestión profundamente geográfica, el capitalismo materializa geográficamente sus contradicciones en las distintas escalas. Desde la colonización (la expansión europea hacia la periferia) hasta el ciclo de neoliberalismo dentro de la reciente onda larga, las contradicciones internas se han saldado con soluciones espaciales, aniquilando espacio por tiempo, gestionando diferencias en cada “superficie” para permitir la circulación y acumulación del capital. Esto supone continuas transformaciones espaciales y en las relaciones espaciales (Harvey, 2000: 49), provocando la alteración constante de las configuraciones territoriales.

Es posible solo gracias a la capacidad de las clases hegemónicas para controlar la espacialidad. Más allá de que otros sectores no hegemónicos, desde la lucha de la clase obrera, hayan logrado control sobre territorialidades específicas (p. 53), no han podido “enfrentarse a la capacidad burguesa de dominar el espacio y producirlo, de dar forma a una nueva geografía de la producción y de las relaciones sociales” (p. 65). Una diferencia de capacidades y poder que se traduce en desigualdad y que se agranda en la etapa actual de este desarrollo geográfico y temporal desigual que es la globalización y sus interacciones/interdependencias entre el espacio particular/local y el universal.

Esta lógica organizadora tiene profunda manifestación y consecuencia en el espacio urbano, una de las escalas de dicho desarrollo. La emancipación de clase y la individualización postmoderna, si bien rompe con rigurosidades y totalitarismos desde una perspectiva cultural, no es un proceso liberador de las condiciones desiguales del proceso de acumulación capitalista ni de la producción de su paisaje geográfico desigual, más allá de los deseos convertidos en teorías por parte de los culturalistas. Es otro elemento de complejidad, que aumenta las dimen-

siones en las que se trazan las líneas de color urbano, una vez materializadas las contradicciones sistémicas en la ciudad.

Las reivindicaciones identitarias han sido incorporadas al proceso sistémico, muy atado siempre a la batería discursiva de la libertad individual en la categoría narrativa. Una de estas estrategias, según advierte Harvey, es la comercialización de la diferencia cultural, lo que le ha convertido en una herramienta competitiva, conectando nichos culturalistas territoriales con clases poderosas globales, en una nueva alianza variopinta de clases y en unas nuevas esferas de explotación del excedente. Una forma de gestionar las diferencias.

Esta explicación no pretende simplificar ni deleznar los esfuerzos de los movimientos de reivindicación sino advertir lo complejo del nuevo panorama para la crítica. De cumplirse con la batería de derechos universales y particulares, universalistas y particularistas, el capitalismo y su versión neoliberal, como proceso social, deberían colapsar frente a la imposibilidad de mediar la acumulación. Es decir, que en las distintas escalas del sistema mundial, este subsiste gracias a ignorar o limitar la profundidad de otras capacidades universales, pese a ser fomentadas desde la lógica cultural del sistema.

Esta incorporación multicultural a la estructura de sentimiento tiene una particular espacialización en América, cargada con todo el sociorracismo heredado, transformado, pero vigente de la colonia. El carácter étnico territorial de los movimientos sociales antisistémicos reacciona a dichas características del sistema en su escala continental, un entretejido que trasciende la lectura tradicional anterior de lucha de clases, y que, con las respectivas particularidades, tiene pistas en el Los Ángeles multicultural y desigual descrito por Soja. “Entretejido con la

confusa *espacialidad* de la exópolis postfordista globalizada encontramos una *socialidad* recompuesta igualmente fluida, fragmentada, descentralizada y reorganizada en complejos patrones” (Soja, 2006: 374). La dualidad ya no alcanza para describir lo que pasa en este “mosaico social estructurado y sus complejos patrones de [...] metropolaridades, los múltiples ejes de poder y estatus diferenciales que producen y mantienen la desigualdad económica” (p. 375). En consecuencia, la urbanización materializada no solo mantiene la desigualdad sino que la intensifica, al tiempo que el discurso político, social y cultural de la clase reflexiva normaliza dichas condiciones como elemento residual de un modelo obligado.

CARTAGENA, EL MULTICULTURALISMO GESTIONADO Y LO MARGINAL “GUETIFICADO”

Dos noticias, entre muchas, pusieron a Cartagena en el primer plano de la agenda nacional en el primer semestre de 2012. La primera fue la representación de un esclavo para la promoción turística, dentro de las estrategias de *brandificación* de la Marca Cartagena de Indias durante la feria de la Asociación Colombiana de Viaje y Turismo (Anato), celebrada el 3 de marzo de ese año en Bogotá. El papel fue interpretado por un actor afrodescendiente que vestía apenas unos cortos y estaba encadenado mientras los asistentes se fotografiaban con él. El escándalo se saldó con el despido de una funcionaria y con el abandono programado del director de la Corporación de Turismo, miembro de una de las familias tradicionales de la élite local. La segunda fue la acción de higienismo

social ejecutada abiertamente por las autoridades cartageneras y nacionales en la previa a la Cumbre de las Américas²⁶⁷, en abril.

Como medida de “seguridad” una decisión política autorizó a la Policía para expulsar del Centro Histórico, que fue escenario de la Cumbre, a prostitutas e indigentes (los sin techo), que en gran parte fueron apresados en sitios específicos durante el tiempo del evento. Por el segundo episodio no hubo siquiera una renuncia. Como lo subrayaron diversas protestas²⁶⁸, las medidas tomadas para la Cumbre fueron la sobreactuación de una práctica segregacionista, que, según Sarmiento (2010: 25), “deriva de las organizaciones sociales y espaciales fundadas en la ideología del apartheid”. En palabras de Boaventura de Sousa Santos, el fascismo del apartheid social.

Lo que sirve de introducción aquí es la diferencia en la consecuencia de dos acciones en contra de los principios universalistas, unos simbólicos y otros de justicia espacial. Por un lado la indignación masiva e institucional por la contradicción en el discurso progresista de la afrocolombianidad y su pasado esclavo; y por el otro la gestión de la

²⁶⁷ Las Cumbres de las Américas reúnen a los Jefes de Estado y de Gobierno de los estados miembros del hemisferio. Su sexta edición se celebró en Cartagena, el 14 y 15 de abril de 2012. Sobre la cumbre, véase la página oficial en <http://www.summit-america.org/sextacumbre.htm> (consultado en octubre de 2012). Para una lectura crítica véase <http://www.cumbredelospueblos2012.org/> (consultado en 2012), el sitio oficial de la Cumbre de Los Pueblos, que se hizo en paralelo en la misma ciudad y reunió a movimientos sociales del mismo hemisferio para la discusión de la integración desde una posición antisistémica.

²⁶⁸ El colectivo de artistas Pedro Romero Vive Aquí organizó una protesta gráfica a propósito del desplazamiento de los habitantes y trabajadores del Centro durante la Cumbre de las Américas. Puede verse en <http://pedroromerviveaquí.com/mudanzas-muestra-fotografica-cartagena-2012/>. Otros colectivos organizaron el foro “Esto es espacio público” (<http://www.eluniversal.com.co/blogs/el-espejo-negro/cartagena-le-tira-mente-su-espacio-publico>), con el que se anunció una campaña permanente de defensa del derecho al uso del mismo por parte de los habitantes.

ciudad con base en ese diferencial histórico. Vara diferenciada donde saca pecho la mano izquierda de la institucionalidad, que promueve la ciudad como un escenario multicultural, pluriétnico e incluyente, mientras el modelo materializa las desigualdades dentro de ese mosaico social complejo en el que la población afrocolombiana sufre la mayor exclusión.

En la escala nacional, tal como ha señalado Gustavo de Roux (2010), existe una ingente batería de normas, programas y sentencias judiciales para garantizar los derechos y mejorar la calidad de vida de la población afrocolombiana, pero sus condiciones siguen siendo sumamente precarias en relación con los no afrocolombianos. En lo local, al menos tres de los cuatro recientes planes de desarrollo han promocionado el fortalecimiento del multiculturalismo y planes específicos para la población afrocolombiana y también para las mujeres, como grupos marginales. Dos recientes administraciones han hecho especial énfasis en ello, soportando además gran parte de la popularidad de sus cabezas visibles en su condición como mujer y como afrocolombiano, respectivamente, como promesa que “Cartagena volvía a ser para los cartageneros”²⁶⁹.

En 2009 se decretó la Política Pública de Mujeres del Distrito, que no ha tenido el cumplimiento exigido por el Movimiento Social de Mujeres (Arnaiz, 2012; Valderrama, 2012; Cruz, 2012), y se aplicaron distintos planes de promoción de los derechos, especialmente, del derecho a una vida libre de violencias, que no obstante, “no son suficientes para reducir de manera sostenida las cifras de delitos y violencias contra las mujeres y revertir la desprotección, revictimización e impunidad existentes” (Odesdo, 2011: 20). Las políticas públicas elaboradas para

²⁶⁹ Tal como propuso la misma Judith Pinedo (exalcaldesa 2008-2011), así debía entenderse su triunfo electoral, en octubre de 2007.

la “inclusión productiva” contemplan la diferencia de géneros y étnica, sin que, en todo caso, hubieran logrado disminuciones en la brecha de desigualdades y mucho menos hubieran opuesto resistencia al desarrollo geográfico desigual que se materializa en la oposición de procesos exopolitanos utópicos y distópicos.

Una de las características de la política local, tal como lo postula el Odesdo, es el mito de la *democracia racial* de la que habla Guimaraes (citado por el Odesdo, 2011: 3) “que simula una sociedad sin prejuicios ni discriminaciones raciales”, para poder “administrar la exclusión y la desigualdad”. Así se escinden discursivamente las categorías étnicas, raciales, de género y otras (identidades sexuales, generacionales, otras culturales) de la interrelación con la clase social, en cuanto a acciones políticas y control espacial. Esta deshistorización de las relaciones de poder lleva a la construcción imaginada de unos espacios virtuales y paisajes banales para actuar la multiculturalidad, para espectacularizarlas, al tiempo que se construyen imágenes guetificantes²⁷⁰ de los espacios físicos de la marginalidad para facilitar el control espacial.

Ricardo Chica (2005) sugirió en *¿Quién cogió Universal hoy? Prensa y sectores populares en Cartagena*, una equivalencia sociocultural de la diferenciación socioeconómica históricamente construida en la ciudad, que se manifiesta a través de la prensa. Su investigación, que indaga por la relación entre lectura de crónica roja y dimensión espacial (lo que en esta perspectiva crítica sería representación espacial y espacios de representación) en los sectores populares, mostró la

²⁷⁰ El gueto, tal como lo entiende Wacquant (2001), es una forma institucional que en gran medida se impone desde afuera, sin que sea necesariamente equivalente a todo sector pobre o de ingresos bajos: “Llamar gueto a cualquier zona que muestre una elevada tasa o concentración de pobreza no solo es arbitrario [...] también sustrae al término su significado histórico y lo vacía de sus contenidos sociológicos” (p. 43).

identificación de patrones de lectura específicos del periódico tradicional El Universal: la página de Sucesos (crónica roja) es consumida y sus relatos de violencia protagonizados por personas de los sectores marginales; la página de sociales con las fotografías de autopromoción de la élite local, un ejercicio mediático enclasante, es consumida y sus relatos de vida aristocrática y burguesa protagonizada por las personas de los sectores privilegiados. Entre una y otra se establecen arquetipos opuestos que postulan a los jóvenes, negros y pobres como los actores y consumidores de la violencia; y a los blancos y ricos como los actores y consumidores del gozo (cocteles, fiestas, matrimonios).

Años después, el mercado de medios local reforzaría su tesis, al desagregar en tipos distintos de prensa los productos para los distintos públicos: periódicos populares (hay tres actualmente) con lenguajes y relatos específicos sensacionalistas para circular en determinados barrios; y periódicos de temas ligeros para circular en la zona de la bahía. Solo la casa editorial de El Universal, el principal periódico local, está dividido en cuatro frentes: la vigencia del mismo diario, dos periódicos para “sectores populares” y uno para barrios de la zona turística, estratos 5 y 6.

La principal construcción narrativa de esos espacios tiene que ver con el miedo, cuya instrumentalización ha conseguido movilizar acciones políticas locales para la erradicación de barrios completos, en lo que el caso de Chambacú es ejemplarizante. Orlando Deávila (2008) lo reconstruyó para retratar “las contradicciones de las políticas nacionales y locales para la erradicación de la pobreza y de la lucha contra las inconsistencias del desarrollo urbano” (p. 10).

Chambacú había sido poblada espontáneamente a lo largo de la primera mitad del siglo XX, alcanzando más de 8000 pobladores después de 1950. Las condiciones en que era habitado por esta población de gran mayoría negra, están retratadas por el trabajo historiográfico de Deávila y se resumen en su sentencia: “Las circunstancias no podían ser más trágicas” (p. 42). Acercándose la década de 1970 Chambacú se antojaba una tara en la proyección turística de Cartagena. Su desaparición “terminaría siendo inminente. Era un ‘obstáculo’ no solo para el desarrollo económico local, sino también para el desarrollo de la nación misma” (p. 71). Una erradicación que se estuvo cocinando y retardando desde la década de 1950, y que se asumía necesaria para “rescatar a los habitantes de la isla de la inmoralidad y de la corrupción ética bajo la que habían vivido por décadas, según lo sostenido por las autoridades encargadas del asunto” (p. 91).

Deávila advierte que la estigmatización con que se bombardeó el gueto negro de Cartagena (inmorales, violentos, promiscuos y drogadictos) para justificar su erradicación persiguió a los chambaculeros a sus nuevos escenarios, mientras el espacio ahora despoblado de Chambacú se imaginaba con los más sofisticados proyectos de desarrollo turístico, sin que alguno superara la etapa del papel.

Fue precisamente un proceso de construcción imaginaria de Chambacú el que precedió su erradicación. Este es el tipo de guetificación impresionista y mediática a la que se refiere Wacquant (2001), impuesta desde fuera para facilitar la gestión del espacio. Una estrategia de la que evidentemente se ha tomado nota, bien sea por la vía de la marginación pro-miedo o por la marginación pro-vulnerabilidad, que igualmente reduce discursivamente a la población a la categoría de infraclase para

desposeer de derechos sobre la construcción del espacio de la ciudad en general.

La estrategia ha sido pulida durante años de “trato y maltrato” como sugirió Javier Ortiz (2003) en su revisión histórica de referencias hechas en diarios de Cartagena sobre los barrios populares desde la República. Las citas que desde entonces alimentan el imaginario de los barrios populares están coloreadas por la marginalidad, por el rótulo de “lo otro”, de lo popular interpretado como trasgresor, bárbaro y desenfrenado, y en la síntesis del elitismo como sectores “apestados”, identificados por la violencia.

En concordancia con eso, Wacquant advierte:

Un penetrante estigma territorial recae firmemente sobre los residentes de esos barrios de exilio socioeconómico y suma su peso a la mala fama de la pobreza y el prejuicio renaciente contra las minorías etnoraciales y los inmigrantes. Acompaña la estigmatización territorial una pronunciada disminución del sentido de comunidad que solía caracterizar a las antiguas localidades obreras. En la actualidad el barrio ya no representa un escudo contra las inseguridades y las presiones del mundo exterior, un paisaje familiar y reafirmante imbuido de significados y formas de mutualidad colectivos. Se convierte en un espacio vacío de competencia y conflicto, campo de batalla lleno de peligros para la lid diaria de la supervivencia y la huida. (Wacquant, 2001: 179)

Una imposibilidad más para enfrentar el control espacial y el poder del desarrollo geográfico desigual capitalista, pues rompe las solidaridades y los nudos primarios que habrían de servir de capacidades anticapitalistas y antisistémicas, las que no son individualistas o competitivas.

Acaso explica las diferencias insondables que se evidenciaron en los recientes años en La Boquilla, zona de expansión urbana, habitada por población afrocolombiana que recibió todo el peso del mercado inmobiliario, sometida a diversas prácticas de lo que Harvey ha llamado acumulación por desposesión. Alejandra Buitrago (2006) describe cómo los proyectos inmobiliarios inaugurados por el Hotel las Américas aterrizaron sobre un conflicto previo provocado por la diferencia en las territorialidades, para desconocer, con el guiño institucional, los derechos sobre el espacio. La estrategia de desposesión echó mano del discurso ambientalista para imponer usos a la comunidad allí asentada:

Los boquilleros son representados por las autoridades distritales como invasores de los bienes de la Nación y depredadores del medio ambiente, delitos por los cuales son investigados penalmente. [...] Estos procesos legales tienen una gran importancia como parte de los conflictos por el territorio. (ibíd.)

La evidente diferencia en la aplicación de la ley -el fascismo del Estado paralelo- se complementó con la desposesión de los recursos paisajísticos y los espacios de posible explotación turística, que pasaron a ser manejados por las autoridades de turismo, una institución mixta controlada legalmente por los empresarios de ese sector, que se adelantó a la aplicación de las leyes de derechos territoriales existentes para poblaciones étnicas. Una vez fue posible para los pobladores pelear ese derecho, las ventajas para el desarrollo inmobiliario estaban blindadas:

[...] el Consejo Comunitario de La Boquilla, con la orientación y apoyo de la Alcaldía de Cartagena, promueve la Titulación Colectiva del territorio; sin embargo el proyecto ha tenido que enfrentar varias dificultades, entre las que podemos destacar dos: la primera, la oposición de un alto porcentaje de

los poseedores que rechazan el proyecto, quienes aducen que La Boquilla no es baldía y por tanto no se puede aplicar la Ley 70 de 1993; y la segunda, que la Titulación Colectiva deja por fuera a más de la tercera parte de la población, pues el Instituto Agustín Codazzi la estableció como zona de uso público y por tanto no es sujeto de titulación. Coincidentalmente la franja territorial de La Boquilla que queda desprotegida es el área ubicada desde la Carrera 3 hasta la línea de mar, incluida la playa, que ha sido ancestralmente explotada comercialmente por la población nativa, es la zona de mayor valor y apta especialmente para desarrollar proyectos de complejos turísticos y habitacionales para los estratos altos. (Montero, 2011: 11)

Así la institucionalidad garantiza la prioridad del mercado sobre los derechos contemplados para la comunidad nativa. Alfredo Molano escribió en marzo de 2012:

[...] la presión sobre La Boquilla ha sido constante y agresiva. Desde 2007, Planeación Distrital ha autorizado 68 proyectos con más de 150.000 metros cuadrados de construcción en hoteles y edificios de vivienda. En este sector, las playas han sido prácticamente privatizadas mediante el arbitrario control de compañías de seguridad. Más aún, hay denuncias de apropiación indebida de una de las carreras de la zona por parte de los hoteleros. (Molano, 2012)

Los derechos del capital sobre los derechos de las personas. Una decisión que no siempre ha estado tan bien cubierta por la figura de legalidad. “El problema de la autoridad competente que regula la zona se ha convertido en un rompecabezas”, advierte Molano: “la Dirección General Marítima (Dimar) apela al decreto 2324 del 84, que le da esas facultades de dominio sobre el terreno de bajamar, pero como Cartagena es Distrito Turístico, creado por la ley 768, el municipio alega un

manejo especial de la playa a favor de las empresas hoteleras. Se trata de una pelea entre clientelas políticas”.

Una de las discusiones más recientes sobre la Zona Norte ha sido la reglamentación de ese suelo suburbano, formalismos que siguen a la declaratoria de la Titulación Colectiva, limitada, como se mencionaba en una anterior cita. En julio de 2012, el Gobierno local expidió el decreto 1144 (Alcaldía de Cartagena, 2012) con la reglamentación anunciada una década antes por el POT que a corte de este análisis sigue vigente. Sin que haya que descomponer todo los elementos del decreto, baste con resumir que la primera polémica estuvo enfocada precisamente en la legalidad del acto administrativo. El decreto fue elaborado y discutido en el periodo de gobierno 2008 - 2011, en un proceso que se ha presumido participativo con los pueblos en esas zonas de expansión urbanística, lo que fue contradicho al ser el Consejo Comunitario de Comunidades Negras de la Unidad Comunera de Gobierno Rural de La Boquilla el primero en demandarlo por haber violado sus derechos a consulta previa, pese a que otras organizaciones afrocolombianas lo consideraron legítimo. La reglamentación, según denunció el Concejo de Cartagena, en voz del concejal David Múnera, en entrevista radial²⁷¹, implicaba una modificación al POT por alterar (aumentar) la densidad permitida, en un claro guiño a la urbanización de estratos altos que hace una década ha comenzado al margen de cualquier reglamentación. El decreto incluso permitía la alteración de los límites de densificación permitidos a cambio de pagos extras. Es decir, abría los márgenes de la reglamentación en construcción en la zona al arbitrio del capital. Por la polémica, fue retrotraído.

²⁷¹ Puede escucharse en <http://soundcloud.com/linamariagiraldobolivar/entrevista-a-david-munera> (consultado en octubre de 2012).

Pero este tipo de dinámicas han tenido en recientes años apoyo institucional para su imposición normativa. Uno de los primeros actos de gobierno del alcalde Campo Elías Terán fue anunciar la construcción de un complejo inmobiliario y hotelero en la zona de Chambacú que violaría flagrantemente o alteraría los límites permitidos a cambio de la construcción de un puente, que beneficiaría, precisamente a los proyectos en la misma zona: “Va, duélale a quien le duela” (citado por Figueroa, 2012), sentenció el Alcalde.

La propuesta de los constructores²⁷² va ligada a hacer el puente y descontar su valor de los impuestos que debe pagar el nuevo desarrollo hotelero, comercial y habitacional [...]. Las alturas y la densidad del área a construir son los aspectos que se deberán definir en la modificación del Plan de Ordenamiento Territorial. (ibíd.)

En los recientes veinte años la zona fue escenario de un conflicto producto de un esfuerzo público-privado de lo que Harvey llama acumulación por desposesión, que tomó fluorescencia por cuenta de las estrategias ilegales aplicadas por capitalistas para ejecutarla. Más de cien familias que habitaban el barrio El Papayal, única zona que permaneció después del desalojo del gueto de Chambacú, fueron presionadas desde mediados de la década de 1990 para abandonar el barrio, luego de un esfuerzo mediático e institucional por representar su ocupación del espacio como un acto de ilegalidad. Investigaciones periodísticas demostraron que esa supuesta “ilegalidad” era el resultado de las estrategias de toda una pléyade de empresarios que habían coordinado acciones público-privadas para apropiarse de esos terrenos, parte de toda la zona

²⁷² Las otras referencias de prensa aclaran que el proyecto es de Carlos Mattos, uno de los grandes capitalistas con residencia en Cartagena.

de Chambacú, cuyo robo fue uno de los grandes escándalos jurídicos en Cartagena. El periodista Ignacio Gómez documentó que:

El 30 de noviembre de 1992 el constructor cartagenero Héctor García Romero entregó al Inurbe (Instituto Nacional de Vivienda de Interés Social y Reforma Urbana) una propuesta para adquirir la propiedad del terreno. Cinco meses después (14 de mayo de 1993), el entonces ministro de Desarrollo, Luís Alberto Moreno, lo nombró director del Inurbe. En ese cargo, Héctor García Romero le propuso al alcalde de Cartagena, Gabriel García Romero, su primo, cambiar la destinación de uso del suelo a Chambacú. El entonces alcalde aceptó y el Concejo lo avaló, dividiendo el terreno en una zona de parque y otra de construcciones. La zona de parque fue cedida por el Inurbe a Cartagena en noviembre de 1993 y la de construcciones se vendió en febrero de 1995 al consorcio Chambacú de Indias S.A., en el que figuraban como socios Héctor García Romero, Luis Alberto Moreno [quien después sería presidente del Banco Interamericano de Desarrollo], Fernando Araújo Perdomo, Alberto Araújo Merlano, Martha Abondano de García, Sergio Espinosa Posada y Rafael Pérez Lequerica, entre otros. (Instituto Prensa y Sociedad, citado por Burgos, 2008)

Después de hacerse con los terrenos, el Consorcio Chambacú cedió gran parte al Banco de Colombia y a Granahorrar para saldar deudas pendientes, ante la imposibilidad de ejecutar los proyectos. Tomados por invasores, la presión y la fuerza policial terminaron por reducir la población de El Papayal a unas cuantas familias, que pese a demostrar la propiedad de sus casas no tuvieron más opciones que venderlas a los bancos. Durante toda una década fueron despojados de los servicios urbanos en un proceso claro de pauperización que solo se saldó con su desposesión (Burgos, 2008).

La consecuencia política de la marginalidad y de la imposición de la etiqueta “infraclase” está alimentada también por la lectura impresio-

nista de la narrativa periodística central, caracterizada por las ambiciones de representación del oximorónico periodismo literario. Como no es el espacio para discutirlo en complejidad, valga la cita de un ejemplo documentado, el que en 2007 generó discusiones nacionales a propósito de la crónica para televisión *Fantasmas en la ciudad de piedra*, difundida por RCN, una de las empresas mediáticas que más han impulsado la *brandificación* de la ciudad.

Mercedes Posada (2009) indagó las consecuencias de las lecturas y las mediaciones de este tipo de representación urbana a partir del caso específico de *Fantasmas en la ciudad de piedra*, enmarcado para el respectivo análisis dentro del género Televerdad, encontrando en su núcleo que “todos los elementos cognitivos y estructurales se articularon con el propósito de construir una representación del acontecer público cartagenero a partir de una premisa: la corrupción administrativa como responsable de la crisis social de la ciudad” (p. 174). Un elemento clave, pues fue emitido en un contexto de elecciones locales, que a su vez estaba enmarcado por la ebullición de una crisis de representación de espacios y de espacios de representación detonada por el asesinato de extranjeros en el escenario más importante de la cosmópolis de Indias: el Centro Histórico, *world heritage city*.

La simplificación retórica de todos los problemas como consecuencias de la mala administración de un modelo potencialmente emancipador, obvió todas las contradicciones sistémicas y sirvió, además, como elemento de recomposición de poderes para la “modernización” de la ciudad, esto es, para su incorporación coherente a la globalidad. “Si todo debe permanecer como está, es necesario que todo cambie”.

El gobierno presidido por Judith Pinedo (2008-2011) fue un crisol de clases reflexivas, que recogió todos los debates de la década que terminaba, y de la clase empresaria/capitalista local²⁷³, cuyo resultado tendió a la normalización de la presumida dualidad (su propaganda estuvo soportada en el eslogan “Por una sola Cartagena”), de las relaciones espaciales y del desarrollo geográfico de la desigualdad (se materializó el TDS y se legitimó la Zona Norte como polo de expansión urbana de clase alta). Todo bajo la apuesta democrática del multiculturalismo y la lucha contra la pobreza y la desigualdad, representada por los más sofisticados planes de inclusión, que si bien han valido para reconocimientos importantes y han impactado en las cifras de la pobreza, no han alterado la desigualdad social y, en cambio, han afianzado la desigualdad geográfica.

La etnia, el género, la clase, la geografía y la vida indigna en Cartagena

En términos generales, las cifras de la década pasada dan cuenta de la tendencia a la marginación urbana. Los cálculos del IPREG muestran que el crecimiento de la ciudad se ha dado específicamente en estratos 1, 2 y 3. En 2000, los estratos 4, 5 y 6 representaron el 19,5 por ciento de la población total; y los estratos 1, 2 y 3 el 80,5 por ciento. En 2009, los estratos 1, 2 y 3 concentraron el 90 por ciento de la población del Distrito, “siendo estos lo que registran un mayor incremento poblacio-

²⁷³ La alcaldesa se hizo figura pública al frente de Funcicar, ONG que un grupo de empresarios locales fundó en la década de 1990 para interceder en la movilización ciudadana. El trabajo de Posada (2009) contiene entrevistas a informantes clave, como el empresario local Alberto Araújo (pp. 182-189), que muestran la fuerte apuesta que Pinedo les representaba para la normalización económica del Distrito.

nal que demanda mayores y mejores Planes, Programas y Proyectos para poder cerrar este abismo entre los niveles de vida” (IPREG, 2010: 41). Son los estratos 1 y 2 los que han crecido, de 18 por ciento a 38 por ciento, y de 25 por ciento a 35 por ciento, respectivamente; es decir, en conjunto llegaron a 73 por ciento en 2009. El estrato 3, al igual que el estrato 4, se han contraído fuertemente de 38 por ciento a 23 por ciento y de 7 por ciento a 4 por ciento, respectivamente: en 2009 había 27 por ciento de población en espacios de clase media; evidenciando la tendencia a desaparecer de la particular clase media local, una profecía autocumplida de la versión vernácula del mito de la dualidad.

Distintas publicaciones del Odesdo permiten ver que, en su dimensión espacial, la pobreza se revela como una condición de especial dimensión en sectores de mayoría afrocolombiana, un resultado del desarrollo geográfico desigual cruzado por el patrón sociorracial oculto detrás de los mitos, tanto el de la ciudad dual, que “es también mentira, sirve para adornar los discursos de los políticos, burócratas y académicos; alivia la conciencia filantrópica de las élites y apacigua el espíritu popular” (Sarmiento, 2010: 19); como el de la negación de la presencia urbana de los afrocolombianos, confinados discursivamente a la periferia rural, lo que según el Odesdo (2011: 3), facilita la convencionalidad de “oponer la ciudad a lo rural, con mirada ideologizada de modernidad y criterios economicistas”. Varios de sus análisis²⁷⁴ permiten elaborar una idea de la materialidad urbana y rural detrás de esos mitos.

Todas las Unidades Comuneras de Cartagena tienen una importante proporción de población afrocolombiana. El censo nacional de 2005

²⁷⁴ Véase Casanovas (coord. 2009), la revista *Anaqueles de ciudadanía*, ediciones 1 a la 9, y las memorias de los seminarios sobre población afrocolombiana y el modelo de desarrollo, disponibles en la página web: www.odesd.org

mostró que la mayoría (88,12 por ciento) está en zona urbana, lo que no se contradice con que la gran mayoría de la población rural (78,28 por ciento) sea afrocolombiana. Es la ciudad colombiana con mayor proporción de población [autorreconocida] afrocolombiana (36,47 por ciento de sus habitantes) repartidos en tres grupos étnicos: afrocolombianos, negros o mulatos; palenqueros; y raizales de San Andrés y Providencia (Casanovas, coord. 2009: 33-34). En cuando a su distribución espacial, indica:

[...] los hogares afrocolombianos se ubican en mayor proporción en las Unidades Comuneras que integran los denominados sectores populares históricos de la ciudad [...] primordialmente en los barrios de las Unidades Comuneras del sector oriental y suoriental del área de la Ciénaga de la Virgen; las que rodean el cerro de la Popa y del sector que circunda la Bahía de Cartagena. [...] son los sectores residenciales y zona turística de la UCG 1 y el área territorial centro-oriental e interna de la ciudad donde reside una menor proporción de población que se autorreconoce afrocolombiana. (P. 69)

[...] la población afrocolombiana está establecida y habitando históricamente sectores urbanos [...] nodales y estratégicos para el desarrollo urbanístico de la ciudad [...] con cercanía a los cuerpos de agua y a las playas, con proximidad al centro histórico, comercial y turístico de la ciudad y que tienen una ubicación sociogeográficamente privilegiada y estratégica para los intereses de la renovación urbanística de la ciudad. Hecho que deberá considerarse frente a cualquier análisis urbanístico, de ordenamiento territorial, de planes de vivienda y de segregación socioespacial. (p. 71)

Esta última advertencia del Odesdo cobra importancia frente a la inminencia de un dilatado nuevo POT, en los marcos de las actuales metropolaridades de la ciudad y su recargado papel en el sistema mundial. Una complejidad de la que hasta ahora la población afrocolombiana,

pese a ser integrada al discurso y a la retórica local, no ha salido bien librada.

Los distintos ajustes a las metodologías de medición de la pobreza²⁷⁵ han arrojado, entre otros resultados, una disminución de las cifras y un aumento en las discusiones al respecto de la medición, incluso más que de lo medido²⁷⁶. En Cartagena, específicamente, con la nueva metodología las cifras de pobreza han perdido la dimensión monstruosa e impresionista que sacudió a medios y a analistas cuando se inauguró este ciclo de la cuestión urbana local. Los datos retrospectivos de la nueva metodología, la calcularon en 47,5 por ciento en 2002, en 40,2 por ciento en 2008 y en 34,2 por ciento en 2010. La pobreza extrema en 6,2 por ciento para 2010. Para poder obviar el debate sobre la medición, baste con echar mano de una reflexión del Centro Interdisciplinario de Estudios sobre Desarrollo de la Universidad de los Andes (Cider, 2011): “Es simplemente otro indicador que da más información. Entonces, no es que haya menos pobres, como dicen algunos, es que esta metodología da información diferente. Tal vez, complementaria”.

En el panorama local, el Odesdo ha analizado la espacialización de la pobreza y su dimensión étnica también a través de otros indica-

²⁷⁵ Véase la introducción de este libro. Para más información pueden verse las presentaciones del MESEP (Vélez, 2009).

²⁷⁶ Una batería de lecturas al respecto puede encontrarse en el sitio web *Debates sobre pobreza* (<http://debatesobrepobrezas.uniandes.edu.co/index.html>), creado por el Centro Interdisciplinario de Estudios sobre Desarrollo de la Universidad de los Andes (<http://cider.uniandes.edu.co/>).

dores: Sisbén²⁷⁷, estratos socioeconómicos, ingresos de los hogares y exposición al hambre, reiterando que “desde cualquier perspectiva, la población afrocartagenera está en peor condición que la –también afectada– población no afrocartagenera” (Odesdo, 2011: 6). En la séptima edición de la revista *Anaqueles de ciudadanía* presentó los resultados actualizados para 2010, cuando además, había sido modificada la metodología del Sisbén²⁷⁸.

Las UCG con mayor concentración de población sisbenizada son la 2, 4, 5, 6, 11 y 14. Seis de estas –excepto por la 14– corresponden a zonas de mayor concentración de población afrocolombiana [...]. El 45 por ciento de la población afrocartagenera reside en las siete UCG con mayor porcentaje (por encima de 50 por ciento) de población sisbenizada. [...] Y en estratificación socioeconómica coinciden las UCG 2, 3, 4, 5, 6 y 11 como de alta concentración de estratos bajos. Estas son UCG con la mayor proporción de población afrocartagenera. [...] Las UCG con mayor porcentaje de población que manifestaron ayunar son la 2 (14,19 por ciento), 3 (14,48 por ciento), 4 (16,70 por ciento), 5 (18,40 por ciento), 6 (21,41 por ciento) y 9 (12,19 por ciento). Excepto por la 9, todas son UCG [...] en las que reside la mayor proporción de población afrocartagenera. (Ibíd.)

²⁷⁷ El DNP define: “El Sistema de Identificación y Clasificación de Potenciales Beneficiarios para Programas Sociales, Sisbén, es un sistema técnico de información, diseñado por el Gobierno Nacional, que a partir de una encuesta realizada en la vivienda permite identificar y clasificar los hogares, familias y personas de acuerdo con sus condiciones de vida”. Con base en estos datos es focalizado el gasto público, específicamente el gasto social de las entidades territoriales para proyectos de salud, educación, alimentación, vivienda y en general, bienestar social hacia la población más pobre. Para mayor información véase la página web del sistema: <http://www.sisben.gov.co/Inicio.aspx> (consultado en julio de 2012).

²⁷⁸ “Antes de 2010, en los niveles 1, 2 y 3 que se asimilaban a la pobreza y miseria, estaban registrados cerca del 72 por ciento de los habitantes de la ciudad. En 2010, de acuerdo con el nuevo Sisbén, el porcentaje de población pobre en la ciudad (inscritos en Sisbén) es de 55,18 por ciento” (Odesdo, 2011a: 6).

Muchos otros aspectos de los derechos pueden citarse para evidenciar su estratificación y discriminación geográfica. No obstante, solo resta espacio en este aparte para un par de apuntes sobre la condición de las mujeres en este desarrollo geográfico desigual, en lo que algunas reflexiones más del estudio de Casanovas y Arnaiz (2010) ayudan a cerrar la idea para este texto (y a abrirla para los siguientes análisis): el mayor número de mujeres pobres según Sisbén está en las mismas Unidades Comuneras (2, 4, 5, 6, 11 y 14) donde se concentra la mayoría de la población en dicho sistema; y las UCG que concentran el mayor número de mujeres afrocolombianas (2, 3, 4, 5, 6 y 15) se caracterizan por tener más del 80 por ciento de su población en la pobreza (p. 43). No obstante, son algunos resultados del estudio realizado conjuntamente con la Mesa Permanente de Mujeres de Funsarep, los que cerrarán este apartado.

Estuvo basado en encuestas a 500 mujeres de 15 barrios de sectores reconocidos como populares, estratificados entre 1 y 3. El 80,4 por ciento de ellas se autorreconoció afrocolombiana. Además de una marcada explotación (80,42 por ciento trabaja más de 8 horas diarias), informalidad (45 por ciento trabaja por cuenta propia) y vulnerabilidad laboral (el 75 por ciento está en el régimen subsidiado de salud y 57 por ciento de las contratadas disponen de contrato verbal) para la gran mayoría los ingresos (69 por ciento de las encuestadas) no superan el salario mínimo legal (Casanovas y Arnaiz: 78- 104).

15. EL ARCHIPIÉLAGO CARCELARIO: AHORA SÍ, OTRA CARTAGENA

El 5 de octubre de 2011, el editorialista del periódico El Universal exteriorizó su éxtasis por el descubrimiento, según dio a entender, de la “profundidad” de la Zona Norte. Fue una exhortación pública al Gobierno Distrital para que apoyara de forma más contundente los proyectos de desarrollo urbanístico de los empresarios que, consideró, han creído en la ciudad:

Todos estos proyectos son generadores de empleo muy importantes, no solo durante su construcción, sino al entrar en operación los hoteles y ser habitadas las casas y apartamentos, por lo que el Distrito debería ser muy diligente y hacer convenios con el Sena y con otras entidades para entrenar a los nativos de estas áreas en los menesteres de la hotelería y de los oficios conexos, además de los muchos empleos domésticos necesarios, y asegurarse de que la mayoría queden en manos locales y no foráneas. [...] El Distrito está en deuda con los inversionistas que han creído en Cartagena y cuyos catastros alimentan sus arcas. Su falta de diligencia equivale a “patear la lonchera”, además de espantarlos hacia otras ciudades. Sorprende el poco compromiso oficial con estas inversiones privadas cuantiosas.

En el artículo aclaró que la visita al “inimaginable” escenario fue organizada por uno de los grandes inversores del sector. Terminó sugiriendo los ajustes que el POT debe contemplar para incorporar estaciones de Policía y bomberos, entre otras infraestructuras urbanas, como redes de alumbrado público y agua potable. Lo pertinente del artículo para dar introducción a esta geografía es que al igual que todas las exhortaciones de fomento urbanístico de la Zona Norte, evita cualquier

petición de conectar esa nueva *suburbia* con transporte público urbano alguno que la integre.

La gran oferta de tranquilidad y seguridad de los proyectos inmobiliarios tiene que ver con prevenir la circulación de no residentes en un sector donde, además, todos los condominios están cerrados, vigilados y protegidos del exterior las 24 horas. Mar de Indias Beach World, uno de los proyectos más valorizados de la zona se promociona bajo la idea de estar “lejos del estrés cotidiano, pero lo suficientemente próximo a Cartagena [el Centro Histórico] para no perderse de los encantos de la ciudad”²⁷⁹. Igual que este, todos los proyectos de la zona rural de la ciudad apelan a lo que Soja (2006: 438) llama santuarios-isla de lujo, áreas de suficiente influencia como para separarse del resto de la ciudad llena de pobres y marginales, en gran medida criminalizados, una masa abigarrada de la que la nueva clase alta acrisolada se abstrae encarcelándose en una zona de privilegios privados y construyendo corredores de seguridad por los que moverse sin poner en riesgo su exclusiva segregación, que, entre otras cosas, se convierte en un elemento de estatus y clase para el sujeto protegido, “obsesionado con la seguridad”.

Paraísos cerrados: lejos del peligro

Las dos últimas geografías postmodernas expuestas por Soja responden directamente a los modos de regular el desarrollo social y espacial en la postmetrópolis para coordinar, desde escenarios fortificados, el desarrollo urbano; y el imaginario urbano a partir de las manipulacio-

²⁷⁹ Puede verse su página web: <http://mardeindias.com/site/mar-de-indias/que-es-mar-deindias> (consultado en septiembre de 2012).

nes de la ideología. La de este apartado se corresponde con las teorías del poder y el espacio de Foucault.

El archipiélago carcelario describe los espacios desde donde se determina y controla el ordenamiento del espacio y se coordina el desarrollo geográfico desigual al interior de la ciudad. Pero también a los escenarios de confinamiento de los sectores y poblaciones que son estigmatizados y criminalizados por el discurso urbano.

La postmetrópolis se representa como una colección de ciudades carcelarias, un archipiélago de recintos normalizados y espacios fortificados que atrincheran, tanto voluntaria como involuntariamente, a los individuos y a las comunidades en las islas urbanas visibles y no tan visibles, supervisadas por formas reestructuradas de poder y autoridad pública y privada. (Soja: 420-421)

Conlleva una estrategia de fuerte represión del espacio y la movilidad y una estrategia de desconexión de las zonas privilegiadas con acceso restringido para las clases bajas, que en consecuencia, también estarán recludas, pero en las *cárceles de la miseria*, para usar un término de Wacquant (1999). En profunda conexión con las exópolis y la ciudad fractal, el archipiélago carcelario está construido alrededor de tres características: lo que Davis (2003, citado por Soja) llama la faraónica expansión de la escala de la seguridad, la ecología del miedo y el confinamiento represivo de otros sectores en las cárceles de miseria.

Soja basa gran parte de la explicación del archipiélago carcelario en las descripciones de Mike Davis, que en *Ciudad de cuarzo*, hace su propio retrato descarnado de las geografías de Los Ángeles, relacionando la segregación étnico social de los barrios pobres, con relación a los

ricos, y la fortificación y bunkerización de sectores completos, echando mano de la violencia armada y el paramilitarismo oficial y no oficial, para proteger a los ricos contra los lugares de terror. En estos, los sectores trágicos del archipiélago, la policía arremete contra los pobres, considerados criminales sin solución, lo que para Davis es una abierta guerra social y para Santos sería manifestación de las dimensiones del fascismo societal.

El confinamiento espacial y la represión se complementan con una tercera estrategia, que apela a “señales invisibles que prohíben el paso del otro” (Davis, 2003, citado por Soja: 422), en alusión a cómo la elitización de un espacio puede enviar los mensajes de segregación a quien considere que no han sido construidos para su disfrute, por haber interiorizado, con éxito para el modelo excluyente, su categoría de infraclass. En términos de De Giorgi:

La ciudad cesa de lucir la vestimenta del “espacio público” y se transforma en un aparato de captura y vigilancia de poblaciones observables a distancia. El control se materializa en una arquitectura que no regula el encuentro, sino que lo *impide*; no gobierna la interacción, sino que la *obstaculiza*; no disciplina las presencias, sino que las hace *invisibles*. Barreras simbólicas y fronteras materiales producen, de este modo, exclusión e inclusión. (De Giorgi, 2002: 137)

En las fortificaciones privilegiadas “la actividad pública se reparte en compartimentos estrictamente funcionales y la circulación es interna, a través de corredores bajo el escrutinio de policía privada” (Davis, citado por Soja: 426). En ese sentido el espacio público y el privado se apanan en una nueva complejidad, que como se ha citado en los capítulos anteriores, es propia de la onda larga y la lógica cultural vigentes.

En esta reestructuración, los sujetos del archipiélago privilegiado ejercen el encuentro público en zonas cerradas vigiladas, gobernadas por asociaciones de vecinos y administraciones comunitarias.

Su seguridad se garantiza y su tranquilidad, por tanto, se compra, aplicando la tecnología disponible a la vigilancia tanto del entorno habitado como del temido.

[...] estas tecnologías se instauran en los guetos “voluntarios” -centros comerciales, parques temáticos, aeropuertos, *gated communities*- y en los “involuntarios -guetos en sentido estricto- que componen la ciudad postfordista, garantizando el respeto de los criterios que regulan los flujos de entrada o de salida de unos y de otros. (De Giorgi: 136)

La vida pública por fuera del cerramiento salta de fortificación en fortificación, ayudado por lo que Kowinski (citado por Soja: 440) llama la “centrocomercialización” [*mall*ing]. Desde esa perspectiva, los centros comerciales y los centros tematizados operan como espacios pseudo-públicos fortificados, que extienden su idea de seguridad a su entorno cercano, por fuera del cual, como en la ciudad medieval, circula el peligro, lo bárbaro de la urbe (ibíd.). Esos saltos de isla en isla solo son posibles si se ha asegurado, al mejor estilo de la guerra urbana, un corredor cubierto contra los peligros y la delincuencia masiva representada por el resto de la población, los pobres. Para unos las áreas vedadas están establecidas por el miedo, para otros, por la prohibición (De Giorgi: 136).

La angustia cultural y el miedo a los fantasmas

Jesús Martín-Barbero (2000: 29) lamenta que la *angustia cultural* en la que vive la mayoría de los habitantes de las urbes latinoamericanas ha convertido a estas ciudades en las más caóticas e inseguras del mundo: “No es solo el número de asesinatos o de atracos sino la *angustia cultural*”, que aplica

[...] cuando la gente habita un lugar que siente extraño, porque desconoce los objetos y las personas, cuando no se reconoce a sí misma como *de ese lugar*, entonces se siente insegura, y esa inseguridad, aun a la gente más pacífica, la torna agresiva. (Ibíd.)

Armando Silva, entrevistado para la revista *Bifurcaciones* (Mujica, 2005), cita a García Canclini para sostener que los medios hacen de “confidentes micro sociales”, que integran, a través de los cuales nos imaginamos la ciudad total, en tiempos en que las ciudades dan cada vez menos opción de encuentro a sus habitantes, integrando entonces lo que la ciudad desintegra por su extensión, por la pérdida de tipologías zonales, etc.

En Cartagena, los periódicos representan los espacios de muchos sectores “marginales” a través de la información de crónica roja, no muy distinta a la agenda de todos los medios nacionales: “En Colombia [...] hoy, los medios viven del miedo” (Martín-Barbero: 31). Y en Cartagena el arquetipo de personajes que protagonizan las noticias violentas se concreta en los elementos hombre-joven-pobre, según se citó a Chica. Y como han mostrado los distintos trabajos citados en el aparte anterior, el miedo es un elemento determinante en la imaginación urbana y en la materialización espacial de la misma en la ciudad.

Una construcción discursiva de lo marginal que cierra el círculo de control sobre el espacio al acabar con los referentes de la identidad de la ciudad, “algo que nos remite no al asesinato en, sino de, la ciudad. Pues la ciudad muere cuando destruyen su memoria. [...] En una ciudad sin lazos de pertenencia ¿qué urbanidad ni que civismo son posibles?” (Martín-Barbero: 30).

Ahora vale volver por solo un párrafo al análisis de Posada (2009) sobre *Fantasmas en la ciudad de piedra*, una imagen impresionista de sectores populares, llenos de pandillas, grupos paramilitares, prostitutas, que, de acuerdo con la crónica, estaba a punto de estallar sobre la Cartagena que el centro del país “ama”. La movilización de fuerzas políticas, sociales y económicas virtuosas, con el objetivo de evitar la explosión, se congregaron por un periodo de gobierno para mezclar la cultura política neoliberal con un progresismo reformista, negociado en la institucionalización de un ordenamiento segregacionista y panóptico.

“GANAR EL BARLOVENTO” (DEL MAR) Y EL PARAÍSO MARINO-COSTERO

El mensaje no puede ser más claro: “Barlovento del mar es sin duda una nueva ciudad completamente diferente a Cartagena”, dice una publicación de Camacol (2012: 11). Concentra el sentido de la exópolis carcelaria de la Zona Norte, que ratifica con los precios los límites que las “alambradas” y la represión no alcancen a cerrar.

Dentro, la utopía cerrada contiene los espacios públicos que el resto de la ciudad, como cuerpo institucional, nunca generó. Valdelamar

(2010), Pérez y Salazar (2007) y la misma Gerencia de Espacio Público de la Ciudad (Villarreal y Doria, 2011²⁸⁰) han mostrado desde distintas dimensiones la ausencia de escenarios públicos tanto de ocio como de encuentro, recreación y de representación colectiva en los sectores populares de la ciudad. En contraste, los escenarios de Barlovento del Mar están cargados de senderos, jardines, parques y zonas internas de integración autista.

Barcelona de Indias ofrece “grandes parques con zonas de juegos infantiles, canchas múltiples para práctica de deportes, canales para recolección de aguas lluvias, 80.000 metros cuadrados de hermosos lagos y lagunas interiores, extensas ciclorutas y paseos peatonales, gran Avenida Paseo de Gracia y plaza Comercial Las Ramblas”²⁸¹. Karibana Beach Club ofrece

[...] un espectacular campo de golf diseñado y construido por la firma Niclaus Desing, Club de Golf, Club de playa, tres exclusivas playas temáticas, tenis, Spa, deportes náuticos y paseos ecológicos. Su diseño es gestionado por Ecoplan, compañía norteamericana con experiencia mundialmente reconocida en proyectos turísticos y condominios de alto nivel que respetan

²⁸⁰ Como elemento relevante, este trabajo muestra que una gran mayoría del espacio público de la ciudad está dado en relación con lo natural, correspondientes a playas y zonas de reserva como la Popa y los otros cerros, y las zonas de manglares. Lo que devela es la poca o nula acción gubernamental para generar escenarios públicos por fuera de las zonas de interés turístico. Esto representa un elemento más de conflicto, teniendo en cuenta las estrategias de privatización por concesión de grandes zonas de playas. CCV (2012: 48) recuerda que el 55,7 por ciento del espacio público está representado por las zonas especiales del Cerro de la Popa, Loma del Marión, Cerro de Albornoz, manglares de caños internos, manglares Ciénaga de la Virgen, manglares bahía continental y bahía insular.

²⁸¹ La descripción el proyecto se encuentra en la página web de la constructora. Puede verse en <http://construccionbarajas.net/es/proyecto-barcelona-de-indias> (consultado en septiembre de 2012).

el medio ambiente, como Rocko Ki y Eden Roc en República Dominicana, Papagayo en Costa Rica y The Atlantic en Miami, entre otros²⁸².

Es una inédita oferta de actividades públicas, apenas comparable con la de Mar de Indias Beach World, cuyos propietarios podrán “vincularse a los diferentes *amenities* especiales, como el Club de Golf, Club Náutico, Club de Tenis, etc... a través de membresías. Este sistema les permitirá tener uso exclusivo de estos servicios, para quienes sean miembros”²⁸³. En todos hay una constante y subrayada referencia al ambiente natural. El parque residencial de la Zona Franca Puerta de las Américas anuncia “Club House Spa dotado con sauna, turco, gimnasio, salón múltiple e hidromasajes”, además de “piscinas tipo lago tanto para niños como para adultos, con fuentes de agua laterales, amplias zonas verdes, senderos peatonales para caminata o jogging, quioscos tipo mediterráneo, parque con juegos infantiles, cancha de tenis y una cancha múltiple para el disfrute de cualquier actividad”²⁸⁴.

Otros proyectos en la zona, de más característica vertical, como el conjunto de edificios Los Morros, cuentan con manejo privado de playas públicas, en un ejercicio lleno de contradicciones en cuanto a los derechos de la comunidad nativa citados en el aparte anterior. Todos hacen especial énfasis en la vigilancia 24 horas y algunos en el circuito de cámaras de vigilancia. La seguridad pasa a convertirse “en un reque-

²⁸² La descripción del proyecto puede consultarse en línea, en su página web: <http://www.karibanacartagena.com/el-proyecto/> (consultado en septiembre de 2012).

²⁸³ La descripción del proyecto puede verse en su página web: <http://mardeindias.com/site/node/46> (consultado en septiembre de 2012).

²⁸⁴ La descripción puede verse en la página web: <http://www.puertadelasamericaszf.com/residencial/urbanismo.asp?pag=10> (consultado en septiembre de 2012).

rimiento del paisaje urbano”²⁸⁵ (Muñoz, 2008: 77) y otro elemento de consumo.

Allí se condensan los tres tipos de mundos privatizados y vigilados categorizados por Blakel y Snyder (citados por Soja, 2006: 442): “comunidades con estilo de vida (comunidades de retiro, comunidades de golf y ocio y el nuevo pueblo suburbano)”, “comunidades de prestigio (reservas para ricos, famosos, ejecutivos y más en general para el ‘quinto afortunado’ de la escala de renta)” y “comunidades de zonas de seguridad (construidas en principio sobre el miedo al crimen)”. La última también se materializa en lo que serían los archipiélagos verticales de la zona central: Bocagrande, Manga, El Laguito y Castillogrande.

Las dimensiones de estilo y prestigio de la Zona Norte solo son equiparables con las ofertadas por proyectos en la zona de Barú. Como se ha citado a Durán (2010), la estrategia de lo que él mismo ha llamado el “megaproyecto de ordenamiento territorial” ha estado encaminada a introducir una nueva lógica “para la explotación de la oferta ambiental de los ecosistema marino-costeros” (p. 136), que se ha caracterizado por “un conjunto de imaginarios y prácticas sociales que justifican las intervenciones en el territorio” (p. 137).

De este modo se produce una zonificación que describe aspectos implícitos sobre los usos considerados legítimos del territorio y, mediante formas históricas de representación de la alteridad, se determina la participación de la población nativa en dichos usos del territorio. Los proyectos de intervención oscilan entre lo gubernamental y lo no gubernamental, lo legal y lo ilegal, y tienen en común que están inscritos en la lógica del desarrollo, en la medida en que buscan maximizar el valor de un recurso para generar un crecimiento que se verá traducido en dos resultados: el aumento de las

²⁸⁵ En la teoría de la urbanalización expuesta por Muñoz (2008), estas son las condiciones del *lock living* (pp. 74-82).

ganancias de los inversionistas y el bienestar de la población que participa en dichos proyectos o que resulta beneficiada. (Ibíd.)

El conflicto por el desarrollo de Barú ha estado marcado por una estrategia de terror armado. En 2005 fueron asesinados la abogada Mauricio Lafont Espriella, de 56 años, y su hijo Carlos Enrique Gómez, de 17 años, en el barrio Los Alpes de Cartagena. Lafont fue la apoderada de 94 nativos de esa península/isla que durante nueve años reclamaron derechos sobre la Hacienda Santana, de 1427 hectáreas (Arcieri, 2005), zona reservada para un megaproyecto turístico de tres hoteles de lujo y campos de golf. La nota de prensa señaló que “los autores del hecho dejaron el lugar totalmente revuelto, como si estuvieran buscando algo, aseguraron ayer los detectives que asumieron el caso” (ibíd.). Aunque nunca se aclaró el móvil de su homicidio, el movimiento social de Barú lo entendió como una consecuencia del impulso desarrollista, según advirtió Ever de la Rosa, asesor del consejo comunitario de las Islas del Rosario y Barú en una publicación del Odesdo (2011b: 12). Además, las magnitudes de dinero que se mueven y se publicitan en los proyectos para la zona “intimidan a la población” (ibíd.), que habita en condiciones de pobreza incluso peores a las de las zonas marginales de la cabecera urbana.

Los proyectos Matimbá Barú²⁸⁶ y Barú Paradise²⁸⁷ representan bien la dimensión de la proyección de “desarrollo” que las élites han asumido para la península/isla y para las Islas del Rosario, donde la población

²⁸⁶ Véase la página web <http://www.matimbabaru.com/> (consultado en septiembre de 2012).

²⁸⁷ Véase la página web <http://www.baruparadise.com/index.html> (consultado en septiembre de 2012).

afrocolombiana está al borde del desalojo por cuenta de la recuperación de los predios por parte del Estado y de las contravenciones con el discurso de conservación²⁸⁸. El primero es un club exclusivo con spa, club náutico, parque ecológico, entre otras cosas, de suficiente estatus como para advertir que

Las invitaciones realizadas por la Junta Directiva del Matimbá Club & Spa son personales e intransferibles, por lo anterior la membresía a éste club o la adquisición de un inmueble en este proyecto debe estar precedida por la carta de invitación correspondiente o por la carta de aceptación de la Junta Directiva de la correspondiente Solicitud de Ingreso a Matimbá Club & Spa.

La expansión hacia esa zona se publicita más por el carácter hotelero. Existe un hotel Decameron y se proyecta un hotel exclusivo por la organización Aviatur, que costará 15.000 millones de pesos, y, de acuerdo con su presidente Jean Claude Bessudo (en entrevista con Soto, 2009), tendrá “un lanchero nativo exclusivo” para cada una de las 21 habitaciones. Existen además proyectos de vivienda como Barú Paradise, cercanos a Playa Blanca, uno de los balnearios más populares de la ciudad, que levantarán viviendas y edificios de apartamentos, mientras los nativos “siguen peleando por los espacios para poder sobrevivir del turismo”, trabajando “de manera informal y peleando con los hoteles para que les dejen vender la langosta y el collar”. (Ever de la Rosa, en Odesdo, 2011b: 12), una resistencia casi irrelevante en contra de la desposesión.

²⁸⁸ Para un abordaje más completo de la problemática específica en las Islas del Rosario, puede verse el trabajo de Carlos Durán (2007). *¿Es nuestra isla para dos? Conflicto por el desarrollo y la conservación en Islas del Rosario*. Bogotá, Ediciones Uniandes.

El centro, la negación y el fascismo social

El conflicto en los archipiélagos carcelarios en la exópolis se complementa con las estrategias de disciplinarización de las zonas céntricas, específicamente las que están desde la encrucijada de Bazurto hacia el noroccidente, que en gran parte están en la zona de influencia del Plan Especial de Manejo y Protección del Centro Histórico (PEMP), que según la entonces ministra de Cultura, Paula Marcela Moreno, “permitirá dinamizar la economía cartagenera, a partir del desarrollo de procesos responsables, sostenibles e incluyentes de recuperación del patrimonio cultural”; consecuente con su propósito, recogido después, el 15 de febrero de enero de 2012, por el periódico El Universal: “Propender por la preservación de los valores culturales, arquitectónicos y urbanísticos del Centro Histórico y sus zonas de influencia de acuerdo con la dinámica económica y social de la población”.

El Centro de Cartagena se promueve como el núcleo del pacto social de la ciudad. En nombre de su patrimonio colectivo la institucionalidad persigue el comercio popular que ocupa los espacios públicos y los medios exhortan a no ceder un solo día en el ejercicio de desalojo de la “masa sudorosa” y su “muladar”²⁸⁹, su “inmundicia”²⁹⁰, su “repe-

²⁸⁹ Referencia común para caracterizar las zonas donde estaban los comerciantes populares antes de las intervenciones en el Plan de Revitalización del Centro Histórico. Un ejemplo está en la nota “Puerto Duro, de muladar a Parque”, publicada en El Universal el 11 de noviembre de 2011.

²⁹⁰ La referencia es del columnista Germán Danilo Hernández, en una nota publicada el 22 de noviembre de 2011 en El Universal, para aplaudir la transformación de la misma zona de Puerto Duro en parque, después de dos décadas de haber estado ocupada por comerciantes populares.

lencia”²⁹¹ y su vergonzosa imagen²⁹²: “Mientras en el Centro confluya demasiada gente, en una corriente caótica y descuidada de personas de todos los estratos, será imposible garantizar el cuidado de sus edificios o construcciones históricas” (El Universal, 2009).

Además del conflicto, cargado, como se ha descrito en apartes anteriores, de un arbitraje esteticista, el Centro es el escenario ejemplificante de lo que Muñoz (2008: 44) llama “segregación temporal”, que determina el tipo de ocupación que se puede hacer en el territorio dependiendo de las horas, el día o la época del año. Obviando la evidente incoherencia de disciplinas para regular a los representantes de la economía popular y de la élite empresarial de servicios turísticos, en este sentido hay un elemento que es fundamental en la tematización y disciplinarización de la multitud abigarrada con relación al Centro. El caso de apartheid espacial-temporal de la Cumbre de las Américas celebrada aquí sirve para exponer la dinámica.

Para entonces, tal como informó el periódico El Tiempo en su edición del 6 de abril de 2012, fueron trasladados hasta la ciudad unos 20.000 hombres de las fuerzas de seguridad, en dispositivos cinematográficos, con robots antiexplosivos, 150 cámaras y aeronaves que sobrevolaron la ciudad; y un novedoso escuadrón contra armas nucleares,

²⁹¹ Sobre la utopía del Centro Histórico, el editorialista de El Universal escribió el 9 de septiembre de 2009: “[...] hay que soñar con cartageneros y turistas recorriendo el Centro, conscientes de su valor histórico y dispuestos a defenderlo y conservarlo, porque es suyo y hace parte de su verdadera identidad. También con personas de los estratos bajos que puedan ganarse la vida en este sector, sin ocupar el espacio público, sin agredir a los demás y realizando su trabajo en orden y con atractivo. A menos que inclusión signifique el derecho de todos por igual a convertir el Centro en zona ruinoso, inseguro, sucio y repelente”.

²⁹² Una referencia contenida en la nota “Inauguran Puerto Chambacú”, nuevo nombre de Puerto Duro, una vez fue transformado de zona de comerciantes populares a parque lineal. Fue publicada el 9 de noviembre de 2011 en El Universal.

biológicas, químicas y radiológicas, formado por personal de la Oficina de Energía Atómica, en Viena (Austria). Hubo restricciones y cierres viales que prácticamente aislaron el Centro Histórico, Bocagrande, El Laguito y Castillogrande durante los tres días del evento. Medidas sobreactuadas que se practican con frecuencia, aunque con mucha menor intensidad, dependiendo del evento del cual la ciudad sea sede, lo que ha ido naturalizando esta adaptación eventual del territorio a la coyuntura específica.

La desigualdad en el uso de ese espacio y en el uso del tiempo en dicho espacio se hace más sádica contra la infraclase que persiste en ser arrastrada por la fuerza centrípeta del Centro Histórico. La Cumbre sirvió de excusa para el aprisionamiento temporal y posterior desterramiento de los indigentes. En declaraciones a los medios, el alcalde Campo Elías Terán expresó que “los indigentes fueron enviados a una residencia, donde fueron bañados y atendidos”, para ser desterrados “con rigor” al finalizar la cumbre, bajo la excusa que “los indigentes no son de aquí”. De hecho, el Gobierno local ha emprendido campañas que culmina con la declaración pública de “zona libre de indigentes”²⁹³. Tal muestra del fascismo societal descrito por Santos y el microfascis-

²⁹³ La referencia es una cita exacta de una comunicación (despacho de prensa) de la Alcaldía de Cartagena el 11 de julio de 2012, después de un operativo que desterró a los indigentes (los sin techo) que se refugiaban en la zona de manglar del barrio Pie de la Popa. El operativo fue la respuesta a diversas quejas y repetidos artículos publicados por el periódico El Universal sobre la inseguridad del sector, que relacionaba con la presencia de los indigentes. En editorial del 12 de febrero de 2010 señala: “La Policía no puede seguir tratando este fenómeno de degradación del Pie de La Popa de manera casual, respondiendo con las motos disponibles en el área solamente, sino que necesita una estrategia especial para devolverle la tranquilidad a este barrio cuanto antes, y seguramente tendrá que incluir agentes encubiertos circulando por el área. Quizá se trate de un grupo aún pequeño de bandidos ensañados contra los popanos, pero si la Policía no les corta las alas de una vez, pronto tendrá un nuevo centro delin cuencial salido de madre”.

mo descrito por Félix Guattari consigue la justificación mediática bajo el imperativo categórico de la imagen del Centro para el turismo, que justifica otra característica de lo que Davis llama sadismo urbanístico (Soja, 2006: 427), consistente en “endurecer” la superficie urbana en contra de los pobres e indigentes, una iniciativa que se manifiesta en atrincherar con cuchillas, chuzos o pinchos los andenes, terrazas o espacios que puedan ser utilizados para dormir por “los sin techo”.

En general, el Centro aparece como una ciudad de regulación especial vigilada de manera especial por la “policía espacial”. Gran parte del circuito de cámaras de vigilancia de la ciudad se concentra en esta zona de interés, zonificando un corredor seguro para saltar de isla en isla. La reciente innovación para estos corredores fue instalada sobre los mismos buses especiales que transportan turistas en el circuito histórico, conectando las cámaras a la estación de servicio de la Policía.

Todas estas dinámicas de inclusión y exclusión finalmente van ajustando la espacialidad y la temporalidad dentro de la incapacidad de gobierno:

Frente a la incapacidad de gobernar, regular y disciplinar los comportamientos de la multitud, los dispositivos de control urbanos se limitan a la vigilancia y contención masivas. De este modo, dentro de las ciudades globales se reconstruyen las fronteras externas que parecían derrumbarse como consecuencia de la conformación de un espacio imperial virtualmente carente de fronteras y por la presión migratoria de la fuerza de trabajo global sobre lo que aún sobrevive de los confines nacionales. Se rediseñan aquí los nuevos contornos de un gueto urbano que, en “simbiosis mortal” con el dispositivo carcelario, se pone al servicio de las estrategias de fragmentación y separación jerárquica de la fuerza de trabajo, restableciendo artificialmente la diferencia y la distancia social entre “incluidos” y “excluidos”. (De Giorgi, 2002: 137)

LAS CÁRCELES DE LA MISERIA, EL TDS Y LOS LÍMITES DEL MODELO

Eso que De Giorgi entiende como una tensión entre *excedencia negativa* y *excedencia positiva*, “diferenciando selectivamente las posibilidades de movimiento e interacción”, es para Soja la reestructuración espacial de la gubernamentalidad urbana, la aplicación de tecnologías disciplinarias para producir una represión espacial y de movimiento, bajo la égida del necesario e irreprochable esfuerzo por paliar la pobreza. La mezcla de represión con reforma social conlleva:

Una cultura política neoliberal que clausura la reforma progresista a través de lo que Davis llama una “retórica de la guerra social”, más que bienestar social, una retórica más militante respaldada por un cálculo político que demoniza a los pobres en un juego de suma cero en el que no es posible que estos ganen. Todo lo que queda como residuo es la magia del mercado y su goteo de promesas, todavía más ilusorias y más cruelmente engañosas de lo que habían sido en el pasado. (Soja, 2006: 424)

El panorama se completa con la versión punitiva del archipiélago, las cárceles de la miseria, ajustando el término de Wacquant a la versión pobre del archipiélago descrito por Soja y De Giorgi. Este último explica:

La segregación de los inmigrantes en las ciudades europeas, la reclusión de la fuerza de trabajo afroamericana, hispanoamericana y oriental en las metrópolis norteamericanas y, en general, la implantación de zonas urbanas de accesibilidad diferenciada, alimentan un régimen de la ajenidad que tiene como objetivo la desestructuración de la multitud, la ruptura de los vínculos de empatía y cooperación que desde el punto de vista del dominio representan un peligro extremo. El efecto es la segmentación de la multitud a través de una ecología del miedo que en la ciudad se materializa en la

figura del extranjero, del inmigrante, del desocupado, del toxicómano. (De Giorgi, 2002: 138)

En términos más generales, aplicables a otras particularidades (ciudades), se trata de contener multitudes que pongan en peligro el orden social, con su construcción previa como clase peligrosa, como entidad imprevisible y caótica; con la premisa de la “tolerancia cero” hacia éstas, lo que impide el diálogo con una pobreza criminalizada y sujeta a penalización, dando paso a una relación punitiva del Estado hacia las clases marginalizadas, la cara fascista del estado paralelo.

Los que están por fuera del orden son contemplados como una anomalía que no ha pasado por “la ducha adoctrinante e institucionalizada de la adscripcionalidad” (Yory, 2009: 103), pero frente a la cual flaquea “el poder disciplinario que ambicionaba producir sujetos útiles” (De Giorgi: 139). Así los marginalizados y la infraclase se desconocen como parte de la comunidad legítima y como interlocutores del pacto social. Es el caso de los comerciantes populares, que bajo ese rótulo de la informalidad no tienen más que incorporarse a la historia válida de la ciudad a través de su “normalización”. Ergo, la institucionalización de sus derechos ciudadanos está atada a “la estatización” de su forma de vida urbana por vía de la norma (Yory: 106).

La participación democrática de estos grupos se circunscribe al voto y a la consulta una vez se han institucionalizado, nunca a la deliberación y, por tanto, no tienen posibilidad de controlar espacio y de resistirse al desarrollo geográfico desigual.

Desde esa lógica, el TDS de Cartagena supone una estrategia normalizadora que concentrará en un archipiélago carcelario, una exópolis

de “excedencia negativa”, a 55.000 familias repartidas en una decena de proyectos de vivienda, concentradas espacial y temporalmente, en la medida en que el Gobierno establezca en sus 6,3 millones de metros, todos los valores de uso dedicados a la marginalidad, representados en servicios de educación, salud y empleo; lejos, claro, de la calidad y la disponibilidad espacio-temporal de la ciudad central por parte de las clases incorporadas a la excedencia positiva, los archipiélagos de la riqueza y sus islas fortificadas, conectadas por corredores seguros.

El aumento de la fricción por distancia (Harvey, 1990: 236), es decir, de los costos y esfuerzos por movilización, impide a los sectores marginados cumplir la pretensión de ocupar las zonas de mayor interés general; y la compartimentarización disciplinaria y la distribución segregacional de la hiperespecialización, promovida a través de universidades de barrio, aumenta las restricciones de conjunción, lo que Harvey entiende como obstáculos para la coincidencia espacio-temporal que los sujetos necesitan para construir y poner en práctica proyectos sociales.

Esto es producto de una necesidad hegemónica por los corredores seguros, por la elitización o “erradicación” de zonas que interrumpen el flujo, como ocurre en Cartagena con los sectores del Cerro de la Popa, populares históricos, que en términos del capital representan un problema de “inmovilidad” y que en términos del sistema representan una organización colectiva de arraigo territorial que impide el control hegemónico funcional del espacio.

Las contradicciones antisistémicas de la segregación

Castells (1981, 1997), Harvey (2000) y Soja (2006) subrayan, sin romanticismo ni condescendencia con el modelo, los efectos en la movilización que, de cualquier manera, ha tenido la aglomeración de sujetos “marginalizados” en espacios conjuntos. Para utilizar términos de Castells (1997), ha permitido la construcción de “identidades de resistencia”²⁹⁴ y de “identidades proyecto”²⁹⁵, que trascendiendo la hegemonía de la “identidad legitimadora”²⁹⁶, territorializan de formas alternativas su espacio, encabezando la defensa atrincherada de su hábitat como una frontera (resistencia) a acciones colectivas hacia nuevas maneras de sociabilidad propositiva incluso frente al poder (pp. 30-34). Es de allí de donde han de surgir los movimientos sociales urbanos, diferenciados de los movimientos masivos urbanos (Castells, 1981: 86), para poner frente, desde la territorialización, al control espacial que las élites dominantes ejercen, paradójicamente, “sin tener lugar fijo en el espacio”.

La Popa ha ejemplificado precisamente esa condición. De acuerdo con el Grupo de Estudios Urbanos (GEU, 2010), consultor del Ministerio de Vivienda, Ambiente y Desarrollo para hacer el diagnóstico del macroproyecto para la recuperación integral del Cerro de la Popa, 46.128 personas habitan ese complejo (4,8 por ciento de la población de Cartagena), doblemente densificado, con relación al total de la ciudad:

²⁹⁴ “Generada por aquellos actores que se encuentran en posiciones/condiciones devaluadas o estigmatizadas por la lógica de la dominación, por lo que construyen trincheras de resistencia y supervivencia basándose en principios diferentes u opuestos a los que impregnan las instituciones de la sociedad” (Castells, 1997: 30)

²⁹⁵ “Cuando los actores sociales, basándose en los materiales culturales de que disponen, construyen una nueva identidad que redefine su posición en la sociedad y, al hacerlo, buscan la transformación de toda la estructura social” (ibíd.).

²⁹⁶ “Introducida por las instituciones dominantes de la sociedad para extender y racionalizar su dominación frente a los actores sociales” (ibíd.).

8558 viviendas repartidas en 279 hectáreas, casi todas (8556) en estratos 1 y 2, que abarcan 18 barrios y tres Unidades Comunereras.

La distribución por ocupación muestra que el gran número de personas está estudiando, es ama de casa (el 98 por ciento son mujeres), está en el sector de servicios (alojamientos, restaurantes, cafeterías y servicios personales; ventas y comercio), construcción (97 por ciento son hombres) o está sin empleo. En consecuencia, 61,3 por ciento de las familias están en condición de pobreza por Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI) y 28,2 por ciento en condición de miseria. La cobertura de servicios públicos, salvo energía, está por debajo del promedio de la ciudad.

Incluso así, su población ha conseguido integrar a su sinecismo un proyecto colectivo, que aunque no carece de problemas ha logrado ralentizar la destrucción creativa que les presiona desde el exterior, que no es poca. La organización comunitaria está representada por 13 juntas de acción comunal, 18 organizaciones juveniles con agenda cultural, deportiva, recreativa y/o folclórica; y al menos 18 grupos más de ancianos, deportistas, danzas, entre otros. Además es escenario del trabajo de una docena de ONG, entre las cuales algunas tienen origen gremial, artístico, asistencialista o religioso; pero varias, sin excluir las de categorías anteriores, tienen origen y agenda popular (p. 24) y actúan en diversas dimensiones sociales, culturales, ambientales, reivindicativas de derechos y de economía popular.

En su interrelación reflexiva, llegan, por financiación o cooperación directa, nueve organizaciones del sistema interestatal. En este marco de

organización y reflexividad popular glocal²⁹⁷, el macroproyecto, que se proyectó para menores tiempos y que incluso alcanzó a ser incorporado en una modificación especial de POT, debió detenerse, no solo en la consulta, sino en el diálogo con los sectores organizados, que establecieron una Mesa por la Defensa Territorial del Cerro, relacionando directamente la sociabilidad con la espacialidad del mismo, en un inédito ejercicio de dialéctica socioespacial desde lo popular.

Frente a ello, GEU advirtió temprano la improcedencia de un pretendido diálogo con las comunidades de la Popa desde una rotulación marginal. En 2010, en una presentación pública durante el foro “La Popa vale por su gente”²⁹⁸, antes de la entrega final del producto de la consultoría, esta subrayó el cerro como “la reserva cultural más importante de la ciudad”, con “una comunidad llena de valores”, bien organizada; y un “tejido construido muy importante”, en un reconocimiento inédito del papel nuclear de unas comunidades que hasta entonces, para la institucionalidad, solo habían sido parte del contexto de ocupación de una reserva ambiental que debía ser recuperada²⁹⁹. En oposición a la espectacularización del Centro Histórico, el vocero de GEU, Pedro

²⁹⁷ Algunos procesos de transformación colectiva espacial y las densidades que ha alcanzado están contenidos en el trabajo de González (2010), que indagó por el papel de las mujeres de esos sectores en la construcción de la ciudadanía y las categorías comunitarias en dichos sectores; o en la serie de publicaciones de Funsarep y otras organizaciones de la zona.

²⁹⁸ Fue organizado por la Fundación Centro de Cultura Afrocaribe, el Cinep-Programa por la Paz y líderes comunitarios de la zona, en respuesta a la falta de información y comunicación sobre la formulación del macroproyecto de recuperación integral del Cerro de la Popa.

²⁹⁹ Cuatro decretos (178 de 1873, 116 de 1978, 919 de 1994) incluyendo el POT (2001) y un acuerdo (044 de 1989) lo establecen como zona de utilidad pública e interés social (1973), zona de reserva ecológica (1978), zona de reserva y manejo especial (1989), zona de utilidad pública y social (1994) y área de protección y conservación de recursos naturales y paisajísticos (2001).

Sánchez, sugirió que la definición sociocultural de Cartagena estaba en las comunidades del cerro que debía ser consolidado infraestructuralmente, con los respectivos elementos ambientales, espaciales y económicos, sobre la base y la premisa de su permanencia.

En síntesis, advirtió que la única justificación para la habitabilidad de ese ecosistema era la permanencia de la comunidad tradicional, un elemento que dio al traste con la insinuación de transformar algunos de sus barrios en estrato 6, emulando la intervención urbana en Guayaquil (Ecuador), parte de un proceso de rehabilitación total donde la institucionalidad ha basado su acción en el desplazamiento de la infraclase a zonas periféricas, respaldada por “el discurso de la moral y de la seguridad”³⁰⁰ (Allan, 2008).

Los resultados del diagnóstico fueron presentados el 25 de abril de 2011 a los medios de comunicación y el documento fue entregado al Ministerio de Vivienda, Ambiente y Desarrollo, pero solo hasta entrado el 2013 fue puesto en circulación para la ciudadanía en general. Apenas se discutían entonces los alcances del proyecto. Aunque todo su contenido puede consultarse en línea, los espacios de discusión del mismo

³⁰⁰ Allan (2008: 4) expone sobre los procesos de regeneración urbana de Quito y Guayaquil (modelo que pretende emular el gobierno de Cartagena): “estigmatiza y criminaliza a los/as ‘indeseables’” y “les niega la capacidad de constituirse en ciudadanos/as”. Lo califica como un “proceso neoliberal que tiene características excluyentes y autoritarias, al buscar la gobernabilidad y el disciplinamiento social (a través de la imposición de una serie de reglas de ‘buen gusto’ y comportamiento); el control de la moralidad y sexualidad de los sectores populares; la expulsión de los/as ‘indeseables’ (proceso realizado por grupos de vigilancia del sistema de fundaciones y la Policía Metropolitana); ‘el rescate de la historia y de la identidad guayaquileña’ (que en realidad es la historia y la identidad de las élites locales); la acumulación capitalista con dineros públicos a través del sistema de fundaciones; y, la privatización de la seguridad y del espacio público, entre otras”.

han sido apenas goteados y no en todos los aspectos coincidentes con el espaldarazo de su vocero a las comunidades nativas.

Como sea, la Popa se convirtió en un escenario de “sinecismo de identidad, resistencia y lucha en los hacinados recintos pobres” (Soja, 2006: 450), que no han sido sometidos a la alienación por marginalización. Ello no contradice las condiciones violentas que, también desde el interior, ejercen presión sobre este sinecismo. El caso más sobreexplotado es el de las pandillas.

Los sectores de influencia de la Popa son escenario de actuación de la mayor parte de las cerca de 90 pandillas juveniles que hay en la ciudad (Moreno y González, 2011: 9; Alcaldía de Cartagena, 2010: 33), de las que hacen parte casi 400 personas. Un fenómeno que si bien precede a la urbanización del conflicto armado nacional, se complejiza con los nuevos elementos que los grupos paramilitares y guerrilleros, y la respuesta institucional le incorporan. Entre las presiones externas e internas, el sinecismo se ve debilitado en cuanto a lazos comunitarios y bases territoriales, sumado a la justificación “moral” que el Estado encuentra en la simplificación criminalizante, para aplicar la contención punitiva de los pobres (Wacquant, 2000: 184). Ello erosiona el dominio comunitario sobre el espacio, y, por tanto, aleja mucho más de las capacidades para hacer frente al desarrollo geográfico desigual: participación en la construcción y transformación del espacio urbano. En consecuencia, conjuga las tres formas de manifestación del fascismo societal, sumando al apartheid y a la manifestación del fascismo del Estado paralelo, una versión del *fascismo* paraestatal, donde grupos violentos ejercen la coerción y la regulación social, torpedeando la acción popular comunitaria antisistémica.

Cada uno en sus términos, Harvey, Soja, Wacquant y De Giorgi, coincide en la objeción que el sinecismo de este tipo, como esta territorialización popular organizada escenificada en la Popa, representa para la destrucción creativa del modelo. La tara se vuelve problemática en la medida en que las comunidades territoriales y territorializadoras, espaciales y espacializadoras, logran coherencia entre sus reivindicaciones individuales y diferenciadas y los universales políticos. Esto es –pese las contradicciones todavía vigentes- lograr reconciliar el derecho al desarrollo político desigual (político, económico y cultural) con los ideales universales sobre los derechos (Harvey, 2000: 115).

El optimismo, no obstante, advierten los autores, es apenas moderado. La maquinaria sistémica de la postmetrópolis se guarda una última geografía para garantizar con ella el “sometimiento semiótico” (Querrien, prologando a Guattari: 2004: 26-29) y el dominio sobre la construcción del espacio.

16. SIMCITY: LA GESTIÓN DEL PARAISO Y EL TRIUNFO DEL SIMULACRO

En la presentación de este trabajo se citó una reflexión de Pamela Flores y Livingston Crawford que sirve para dar introducción a la sexta y última geografía postmoderna, porque da cuenta de un ejercicio de desarraigo del sentido histórico de la universalidad y de la globalidad, para finalmente devenir en mito:

La globalización ha encontrado en los planteamientos multiculturalistas el escenario adecuado para la puesta en escena de reparaciones virtuales y de un espacio plural que oculta el totalitarismo tras la metáfora del descentramiento y la marginalización tras la simbolización de la multiplicidad (Flores y Crawford, 2003: 67).

Es importante retomarla porque amplía la mirada sobre las escalas y las dimensiones en las que la representación de los conceptos y los discursos se desconectan funcionalmente de su equivalencia material, para servir de telón que legitima, por vía estética, por sabor y brillo, la consolidación de un proyecto de clase desigual e inequitativo, que sostiene el poder que ostenta sobre la construcción del espacio y la ciudad, precisamente gracias al control de la representación del espacio y los espacios de representación en la ciudad. Y es importante también porque describe una de las dinámicas de reparación virtual más efectivas en Cartagena de Indias.

Las contradicciones sobre la construcción del universo discursivo de la cosmópolis cartagenera para su incorporación a la globalidad, principalmente por el canal del turismo, han sido abordadas entre otros por Ávila (2008) y Cunin (2006, 2007), citados aquí en apartes anterior-

res, quienes han dado claridad de la escisión entre la imagen construida para el mercado global del turismo y la materialidad o la vida cotidiana de la mayoría de sus habitantes, cotidianidad que no solo es invisibilizada en esos discursos (Ávila: 115), sino que es usada como escenografía: “parte del paisaje vendido, para consumo de los turistas” (Cunin, 2007: 136).

Una diferencia frente al abordaje culturalista que debe asumirse para entender la *simcity* (ciudad del simulacro) en Cartagena de Indias radica en que aquí no se presume que la simulación esté desconectada de la posibilidad de materialidad. Porque, en coherencia con el archipiélago carcelario, gestiona desde el poder la reorganización del “modo postmetropolitano de regulación social y espacial” (Soja, 2006: 420), es decir, administra la estructura de relaciones socioespaciales. Es decir, que es útil, no ajena, a la materialidad; arte y parte de la estructura, también entendida en términos explícitamente marxistas: la producción de lo social[espacial] y lo social[espacial] de la producción. No por una reducción simplista, sino asumiendo la sugerencia de Negri (2012: 33): “La producción de subjetividad tras la subsunción de la sociedad en el capital y la inmanencia de la resistencia en la explotación, ahora bajo un horizonte global”. Porque la producción, incluyendo la producción del imaginario, es un asunto político. Dicho de otra forma, aunque parafraseando al mismo autor, se debe entender el simulacro como parte del conjunto de estrategias biopolíticas de producción, reproducción y acumulación.

También debe trascenderse la idea de que la manipulación de la conciencia cívica y las imágenes populares está circunscrita a una práctica de gestión especializada alrededor del Centro Histórico y el tu-

rismo, que en este caso serían los dispositivos para la gestión de las diferencias, no el producto.

LA HIPERREALIDAD URBANA Y LA LUCHA POR EL IMAGINARIO

En ningún otro aparte de este capítulo se hace tan útil la referencia a la hiperrealidad, o la realidad simulada, citada como parte del giro postmoderno, donde la sociedad, según Baudrillard, asiste a la precesión del simulacro. Incluso matizando la idea que este se ha devorado a la realidad, al tenor de la desconfianza neomarxista que manifiestan Harvey y Soja, el referente sirve como advertencia del poder innegable de la imagen y la mediación para la construcción o reconstrucción del espacio urbano, un juego de “refabricación ideológica” (Soja: 2006: 452) que incide en la vida material de la postmetrópolis y de sus habitantes. Este escenario de lucha por el poder urbano es el meollo de la sexta geografía, la que conecta con el mundo de la ciudad imaginada.

En su ensayo sobre Cali y sus imágenes en tiempos de globalización, Alejandro Ulloa (1999) explica los imaginarios “como sistemas de imágenes con los que vemos el mundo”, construcciones sociales que “mediatizan nuestra relación con lo real” y, en esa medida, con la ciudad. En términos de Soja (2006: 452): “El imaginario urbano [...] se refiere a nuestros mapas mentales y cognitivos de la realidad urbana, a las cuadrículas a través de las cuales pensamos, experimentamos, evaluamos y decidimos actuar en los lugares, espacios y comunidades en las que vivimos”. Estos mapas de imágenes contienen elementos de la memoria individual y colectiva, referencias espaciales, deseos, ideales, anhelos, sensaciones de experiencias, moralidades y éticas (Ulloa, 1999) que, más allá de lo personal, son objetos de juegos de manipulación para ob-

tener un orden específico. Más de 50 años antes, Horkheimer y Adorno habían escrito sobre el papel de control de sentidos ejercido por las Industrias Culturales: “La necesidad que podría acaso escapar al control central es reprimida ya por el control de la conciencia individual”.

Las fases de la imagen citadas a Baudrillard (1977: 149) van desde una primera en la que esta es un reflejo de la realidad, hasta lo que sería la construcción de la imagen como realidad en sí misma, como simulacro, en lo que el citado autor llama la huelga de lo real, en la cuarta fase de la imagen. Para Harvey y Soja, antes de llegar a la exageración de Baudrillard, es aceptable la tercera fase de la imagen, en la que esta, como simulacro, enmascara la ausencia de realidad más profunda o, adaptada a la dinámica postmetropolitana, esconde la realidad material, echando mano de un arsenal de industrias productoras de representaciones, encabezadas por los medios masivos: las industrias culturales sobre las que comenzaron a teorizar Horkheimer y Adorno (1969: 165-212).

Entendidas en íntima relación con el capital, estas industrias culturales implican la fabricación de mensajes que alimenten la estructura de sentimiento ajustada a las necesidades sistémicas, copan el espacio de reflexión crítica, extendiendo el ejercicio de control al espacio individual por fuera de la fábrica o el trabajo, crean además un circuito de circulación de capital proletario o clasemediero con la creación de necesidades, deseos y anhelos de consumo, como requerimientos de un estilo de vida objetivado como natural, impidiendo con ello la acumulación primaria, al tiempo que refuerzan la asignación de clases, ejerciendo un poder de excepción en el acceso a sus mismos “productos culturales” por vía de los precios. El poder de excepción también se ejerce por cuenta de la selección de las posibilidades: el consumidor asume su libertad como la posibilidad de elegir entre una cartelera de

productos culturales que previamente han sido establecidos por fuerzas en dimensiones a las que el consumidor no accede.

Para Horkheimer y Adorno esta era además la equivalente manifestación de la contradicción moderna, o de su resolución negativa en la cultura, donde la técnica se había devorado a la obra, así como la razón instrumental se había impuesto sobre la ilustrada, convirtiendo la estética en el todo, aunque escindido de la ética que manifestaba: el significante sin el significado. Y así, como mito, como elemento deshistorizado, como objeto simuladamente apolítico el producto cultural cumple la función en el ordenamiento social jerarquizado:

Mientras que hoy, en la producción material, el mecanismo de la oferta y la demanda se halla en vías de disolución, dicho mecanismo actúa en la superestructura como control a favor de los que dominan. Los consumidores son los obreros y empleados, agricultores y pequeños burgueses. La producción capitalista los encadena de tal modo en cuerpo y alma que se someten sin resistencia a todo lo que se les ofrece. (Horkheimer y Adorno, 1969: 178)

Algo va de Pedro a Pedro. El papel que dio vida y uso a las teorías de la información y la comunicación fue fundamental en la incorporación de la estructura, sentimiento del vigente ciclo sistémico, específicamente a las zonas del llamado Tercer Mundo, a las periferias del sistema mundial, ahora con Estados Unidos como potencia hegemónica y como centro de difusión del renovado universalismo. Para difundirlo hizo uso de medios inéditos en tecnología y masividad, recuperando los principios decimonónicos de gestión de las multitudes y control de la sociedad de masas (Mattelart y Mattelart, 1995: 18).

Con distintas perspectivas y valoraciones, las corrientes posteriores recogieron las generalidades científicas que eran acumulables de la sociología funcionalista de los medios de comunicación, que básicamente advertía su potencial para continuar el proceso de universalización-civilización, de incorporación al sistema mundial. Desde los enfoques subsiguientes se ha criticado, denunciado o rechazado el fin, de acuerdo con los protagonismos asignados a cuál actor de la relación mediada. Pero como capacidad incorporada a una lógica organizadora específica, ha dado para seis décadas de teorías en comunicación de masas, comunicación para el desarrollo y posteriormente para el cambio social. Como capacidad, precisamente, ha sido evaluada por la potencialidad de socialización de representaciones y su papel en la construcción social de la realidad, más allá de su gestión sistémica y de la dependencia de la tecnificación masificadora, ha sido vista también con potencial emancipador. El culturalismo crítico latinoamericano ha construido una profusa bibliografía al respecto³⁰¹. De la capacidad, incluso desde la crítica, queda así confirmado su potencial de producción de representaciones y por esa vía su poder en la producción imaginaria.

³⁰¹ Clemencia Rodríguez (2009: 14) explica: “Durante la década de 1980, los estudiosos de la comunicación y la cultura en América Latina propusieron marcos teóricos alternativos justamente para entender mejor los procesos culturales, comunicacionales y mediáticos. Antonio Pasquali en Venezuela, Paulo Freire en Brasil, Rosa María Alfaro en Perú, Armand Mattelart en Chile, Luis Ramiro Beltrán en Bolivia, Marita Matta y Eliseo Verón en Argentina, Néstor García Canclini en Méjico, Mario Kaplún en Uruguay y Jesús Martín Barbero en Colombia, propusieron una serie de marcos de referencia conceptuales que le permitieron a Latinoamérica pensar el asunto de las comunicaciones y la cultura en sus propios términos y cuestionar algunas teorías importadas del norte. Además, o quizá mejor así, los estudios latinoamericanos sobre comunicación y cultura abandonaron la “torre de marfil” de la academia y propusieron en cambio un tipo de estudio profundamente comprometido con los movimientos indígenas, obreros, estudiantiles, de mujeres y jóvenes que generan movilizaciones políticas y profundas transformaciones sociales, económicas y culturales en la región a partir de la década de 1970”.

Armando Silva (1992: 102) advierte que hay hechos que redundan en más producción imaginaria que otros, pero en general los medios permiten comparar imaginarios de miedo, peligros, afectos o rechazos de sitios o memorias colectivas que “nos hace de un lugar que compartimos, de una ciudad”. Estos hechos, ideas o proyectos pueden ser fantasmas urbanos, entendiendo esto como “aquella presencia indescifrable de una marca simbólica en la ciudad, vivida como experiencia colectiva por todos o una parte significativa de sus habitantes, por lo cual nace o se vive una referencia de mayor carácter imaginario que de comprobación empírica”. En tiempos en los que es cada vez más complicado el encuentro físico entre los habitantes de una ciudad, es el imaginario donde se “encuentran” los ciudadanos.

Por ello, el poder sobre este espacio que concentra lo que la ciudad por su extensión no puede, equivale a poder aplicar medidas de regulación social y control espacial, donde la represión, la desposesión y la segregación no se dan de forma “natural”. A lo que Harvey se refiere como poder sobre los espacios de representación y el espacio representado para poder controlar y construir el espacio. Un poder que se acrecienta en los momentos en que la imagen de la ciudad, la estética, ha tomado tanta autonomía que precede a la materialización de la misma.

El mapa que otrora se construyó como representación del espacio ahora lo precede. Alterar el mapa primero es estratégico para organizar el espacio. Los niveles de tecnificación permiten acrecentar la fidelidad –en términos icónicos– de la realidad representada con respecto a la que Berger y Luckmann (1967) llamaron la “realidad de la vida cotidiana”, “realidad por excelencia” o “suprema realidad”, refiriéndose a la que se organiza “alrededor del ‘aquí’ de mi cuerpo y el ‘ahora’ de mi presente” (p. 39). La fidelidad de la representación, posible gracias

a la tecnología, facilita la gestión inversa de la imagen. Una condición de las mediaciones en el flujo total, cuya compresión se facilita por una definición que Horkheimer y Adorno (1969) hicieron específicamente para el cine:

El mundo entero es conducido a través del filtro de la industria cultural. La vieja experiencia del espectador de cine, que percibe el exterior, la calle, como continuación del espectáculo que acaba de dejar, porque este último quiere precisamente reproducir fielmente el mundo perceptivo de la vida cotidiana, se ha convertido en el hilo conductor de la producción. Cuanto más completa e integralmente las técnicas cinematográficas dupliquen los objetos empíricos, tanto más fácil se logra hoy la ilusión de creer que el mundo exterior es la simple prolongación del que se conoce en el cine. (p. 171)

La última frase de la anterior cita hoy podría ajustarse para la referencia a los medios masivos en general y otras maneras de mediar la realidad y de producir el bombardeo de imágenes del *flujo total*, la euforia detrás de la que se difumina la realidad, borrando los espacios de negociación entre una y otra, facilitando el triunfo del simulacro. En la ciudad, equivale, vale repetir, a la primacía del mapa sobre la ciudad, de la imagen sobre la materialidad, una objetivación de la imagen, que la hace suponer natural, legitimando el imaginario, naturalizándolo. Una inversión de particular manifestación en la ciudad europea en Latinoamérica, ya que como han mostrado Romero y otros autores que indagaron en las contradicciones de su génesis, siempre fue primero una idea de poder antes que una materialidad.

Sometimiento y consentimiento

La inversión creativa de la imagen y la realidad no pueden entenderse por fuera de las herramientas contemporáneas de producción de representaciones y construcción de imágenes. Como herramientas, no pueden ser valoradas dicotómicamente, pero han sido gestionadas de forma efectiva para conseguir lo que Félix Guattari llama el sometimiento semiótico, “forma en que los equipamientos colectivos intervienen en los espíritus, en los imaginarios, y no solo en los cuerpos”, según adelanta Anne Querrien en la presentación de *Plan sobre el planeta* (Guattari, 2004: 22). Esto es un control para el pensamiento, equivalente al control sobre el cuerpo del que hablaba Foucault, que en la postmetrópolis es ejercido gracias a los archipiélagos carcelarios. Las *simcities* completan el cuadro.

El sometimiento semiótico es el equivalente al *habitus* de Bourdieu, y para que funcione “cada individuo enuncia por sí mismo, de forma aparentemente libre, el conjunto de frases que sellan su lugar en el capitalismo mundial integrado [lo que es el sistema para Guattari], y hace lo necesario para quedarse en éste”. Los Estados y los grandes medios de producción de representaciones se convierten en mediadores simbólicos entre el sistema económico y la gente, cotejando con impresionismo cualquier ruido que no se atenga a la represión. “Este capitalismo simbólico” es el éxito del neoliberalismo, el reciente ciclo de la onda larga, construido sobre la idea “thatchereana”³⁰² del “no hay alternativa” y sobre la efectiva gestión de las diferencias, las herramientas y las capacidades.

³⁰² Margaret Thatcher es para Gran Bretaña lo que Ronald Reagan es para Estados Unidos, gestores desde el Estado del neoliberalismo. Su frase para justificar las medidas tomadas para desmontar el Estado de Bienestar es ya mítica.

Claro está que los modos de sometimiento o de dominación no son exclusivos del sistema vigente. Pierre Bourdieu ha dado suficientes pistas del funcionamiento del sistema de estrategias de reproducción social y de cómo este compone un orden social, “vale decir, el conjunto de relaciones de orden que lo constituyen” (2011: 31-50), advirtiendo su prevalencia con respecto a una estructura económica o social específica o a un contexto o ciclo: el sistema de reproducción se ajusta a los contextos específicos. Dentro del sistema las estrategias de reproducción pueden funcionar en varias dimensiones (pp. 36-37): pueden ser biológicas (consecuencia del capital corporal o de la distribución y regulación poblacional), sucesorias (por capital heredado, cubierto por fuerza de costumbre o derecho), educativas (construcción de agentes sociales dignos de recibir la herencia del grupo), de inversión económica (aumento de capital económico y por su vía de los demás capitales), de inversión social (sostenimiento y monopolio de capital social) o de inversión simbólica (conservación y control del capital del reconocimiento). Como funcionan en sistema, estas estrategias son interdependientes, ante falta o déficit, pueden compensarse entre ellas, saltando el peso entre las diferentes formas de capital. Es decir, que puede reestructurarse.

Desde esta perspectiva, lo que puede entenderse es que en determinado sistema-mundo funcionan determinadas estrategias de relaciones y de reproducción interdependientes de su orden social. En el moderno sistema mundial vigente entonces pueden entenderse distintos órdenes en equilibrio dentro del orden social mundial, compensando múltiples estrategias de reproducción relativas a su complejidad multiestratificada; y un capital puede tener mayor peso específico en determinado espacio y tiempo de ese sistema. La característica del sistema vigente

es que el modo de producción y de reproducción está más ligado a estrategias económicas:

La dominación ya no necesita ejercerse de manera directa y personal cuando posee los medios (capital económico y cultural) para apropiarse de los mecanismos del campo de producción económica y del campo de producción cultural que tiende a asegurar su propia reproducción por obra de su funcionamiento mismo e interdependiente de toda intervención intencional de los agentes. (Bourdieu, 2011: 51)

El trabajo de Bourdieu propone que la primacía del campo del capital económico no rusa con los demás modos de dominación preexistentes, sino que se integran en una lucha compleja por la definición del modo de reproducción y los capitales que se reconvierten en poder o en el capital dominante, en este caso el económico. En cualquier caso llevan la ventaja quienes han podido acumular los respectivos capitales primitivos, como el caso de los descendientes señores de la tierra latinoamericanos, que eventualmente han podido intercambiar el capital social y simbólico heredado por capital económico dentro de la estrategia del ciclo vigente.

Entonces no todos los elementos culturales y tecnológicos han sido creados en subordinación al capitalismo o a su etapa tardía, pero su discurso ha podido dar uso efectivo a los canales de interiorización, para incorporar muchas de sus premisas al “sentido común”, o “al sentido poseído en común” (Gramsci, citado por Harvey, 2005: 45), asumiéndolo como orden natural del mundo, objetivándolo de esa manera. Así se cimienta el consentimiento (ibíd.), movilizando valores culturales y tradicionales previamente despolitizados –y desechando otros, como una buena sociedad del desperdicio-, para enmascararlos en la dimen-

sión del sabor y el brillo -la banalidad según Pardo (1989)-, e instrumentalizarlos como un tropo, una referencia a derechos y libertades “que las élites pueden pulsar para acceder a las masas” (Harvey: 46).

Como señala Harvey, no hay proyecto político que pueda triunfar aceptando que defiende los derechos del capital por encima de los derechos de la gente. Así que de lo que se trata es de capturar ideales para gestionarlos, en pos de la movilización de la gente.

La retórica neoliberal, con su énfasis fundacional en las libertades individuales, tiene el poder de escindir el libertarismo, la política de la identidad, el multiculturalismo y, eventualmente, el consumismo narcisista de las fuerzas sociales alineadas en pro de la justicia social a través de la conquista del poder estatal (Harvey: 49)

Esta compatibilidad con las capacidades de la postmodernidad y el tropo de la globalidad permiten control sobre los procesos sociales y culturales que de estas hacen parte, ajustándolos, por ejemplo, al patriotismo patrimonialista o a cierto empresarismo social populista que se implementa a través del entrenamiento en el uso del dinero, del sistema financiero y en general de la competencia capitalista³⁰³; y de paso le da una vía de escape retórica ante las crisis sistémicas, que el individualismo manipulado permite decantar precisamente sobre las decisiones

³⁰³ Se han citado antes los proyectos de empresarismo cultural, aplicados con apoyo del BID. En la parte más sádica del entrenamiento, o al menos la más cruelmente curiosa, están los programas de asistencia social, como Familias en Acción y, en Cartagena específicamente, algunos proyectos de capitalización marginal, que están sometidos a la vinculación de los beneficiarios al sistema bancario. No se hace aquí una crítica abierta al mismo, pero queda al menos el señalamiento de la contradicción, en cuanto incorpora a una infraclase que se construye precisamente con esos programas a los centros de poder financiero, si se acepta el binarismo, el opuesto del lado de los privilegios.

personales. Como señala Bauman (2002: 91), permite que se asuma posible dar soluciones biográficas a problemas sistémicos: ‘usted es dueño de su destino’, ‘quien quiere puede’.

Permite también etiquetar la violencia que viene con la falta de justicia social como ataques a los derechos individuales, sin que pueda ser retóricamente controvertido. Al fin que el individuo ha asumido la tarea de construirse de forma autónoma. En síntesis, libera al sistema de las responsabilidades, salvo las contraídas con el capital. O al menos eso intenta.

DEL MITO DE LAS DOS CIUDADES AL DUALISMO AUTOCUMPLIDO

En cada pareja de geografías aquí expuesta se ha hecho pertinente para Cartagena la crítica hecha por el Odesdo al mito del dualismo local, que entendido desde la ciudad del simulacro se devela como disimulación y simulación.

Disimular, señala Baudrillard (1977: 8), “es fingir que no se tiene lo que se tiene”. Así el mito local del dualismo disimula las conexiones estructurales entre las condiciones de las distintas clases en la sociedad cartagenera y en las distintas espacialidades.

Sobre la macroestructura del sistema, bien advirtió Frank (citado por Wallerstein, 1974: 137):

El desarrollo y subdesarrollo económicos no son simplemente relativos y cuantitativos, en el sentido en que uno represente más desarrollo económico que otro; [...] son relacionales y cualitativos, en el sentido de que son estructuralmente distintos aunque cada uno está causado por su relación con el otro. Sin embargo, el desarrollo y el subdesarrollo son lo mismo, en el sen-

tido de que ambos son producto de una estructura económica y un proceso de capitalismo únicos, si bien dialécticamente contradictorios.

La desconexión retórica o el ajuste parroquial a las teorías de la modernización, de la marginalidad y a la teoría estructuralista, han enmascarado la crítica política y la propia acción política detrás del guiso del imaginario urbano, donde las conexiones complejas han sido reemplazadas por purificaciones del modelo. Es en ese sentido que también simula.

Simular, dice Baudrillard (p. 8), “es fingir tener lo que no se tiene”. Aquí el fingimiento está en la idea que las condiciones responden a problemas asistémicos, explicados por la falta de pericia administrativa o los ruidos en la adaptación cultural y social del modelo así purificado, que en determinado momento postcrisis (disimulando que la crisis es perpetua) comenzará a funcionar para todos. Una ingente producción de textos aquí citados da cuenta de ese elemento del dualismo criticado por Sarmiento (2010) y Casanovas (coord. 2009), encabezado por buen número de intelectuales mediáticos, autoridades plenipotenciarias de cierto nivel de representaciones que, parafraseando a Bourdieu (1979), han sido delegadas por la estructura de relaciones para hacer el diagnóstico legítimo de los problemas en la aplicación del sistema, un papel para el que se entrena institucionalmente a partir de la escuela superior, corte nobiliaria de administración de legitimidad y asignación de títulos de nobleza cultural-educativa, que autoriza para tales diagnósticos y para la elaboración de planes o estrategias consecuentes con dichos diagnósticos, si es preciso. Una lectura de la sociedad y los problemas ya preconditionada por la incorporación de esta clase reflexiva, dueña

de capital escolar, a los circuitos y la estructura de sentimiento donde se titula, y una titulación que está condicionada al recambio de otro capital o a la promesa de ingresar a los circuitos de legitimación de los capitales. La titulación académica no explica por sí sola la apropiación de la cultura legítima, pero sí designa ciertas condiciones de existencia, que son las condiciones para la adquisición del título. Y el título certifica que el portador está dispuesto a cierto estilo de vida y la adopción de una estética específica (p. 26).

En Colombia, tal como se ha citado a Marco Palacios (2001: 99-158), la construcción de “mandarines” ha estado concentrada en la Universidad de los Andes, con oposición de una clase reflexiva crítica en la Universidad Nacional, que, no obstante, no ha tenido participación equivalente en los grupos de poder político legítimo. Como “saber es poder”, los economistas nacionales bien pueden entenderse como “un partido legítimo del conocimiento científico de la economía”, arropados con la idea ligera de la apolítica, camuflando su ideología bajo la definición de técnica y en diálogo interlegitimado con lo que consideran pares de la comunidad internacional. Lo que esconde la posada técnica apolítica del economista es que su saber experto, durante el reciente ciclo sistémico también materializado en el país, “se dedica a racionalizar las estructuras y orientaciones del poder en Colombia” (p. 103), correspondiente a una ideología transnacional, de acuerdo al universalismo anglosajón. En términos generales, la Universidad de los Andes se ha tragado gran parte del capital social del país.

Si en Cartagena “los herederos” (Bourdieu y Passeron, 1964), los beneficiados por los títulos de nobleza intelectual entregados por la institucionalidad educativa como prueba de su pertenencia a un universo social, económico y cultural objetivamente legítimo, no han tenido

igual interrelación con el círculo de poder estatal local, es porque en el orden social local la estrategia de reproducción había estado más determinada por el peso de otros capitales propios de la estructura de relaciones particulares de la periferia del país y su construcción histórica. La esclavitud, el feudalismo y la aparcería, como todos los matices del dominio español, establecieron unas estructuras vernáculas de recambio de capitales, ajustadas posteriormente por las élites criollas a los distintos ciclos de incorporación –distintas intensidades- al sistema mundial.

El esencialismo de la clase –blanca, hispana, cristiana- había primado y se ajustó a las nuevas condiciones del universalismo democrático naturalizando –objetivando- las condiciones estructurales de la pirámide sociorracial, estableciéndola como una doxa, para posteriormente subjetivarla en las condiciones consecuentes, como la pobreza, no como la condición material específica sino en sus múltiples y flexibles objetivaciones (ingresos, NBI, estratos); el desarrollo, no como una dimensión de la vida material, sino como un tropo, un concepto omnívoro ajustable a la producción tecnopastoral; y la dóxica diferencia en el capital humano, vigente en los discursos de la clase reflexiva glocal. Para esto, el sistema de estrategias ha ido subsumiendo el poder simbólico de la institución académica. El gobierno de Judith Pinedo, que cerró la primera década de este siglo, fue aplaudido a nivel nacional por su pretensión, autocalificada como apolítica, de darle solución técnica a los problemas sistémicos de Cartagena³⁰⁴. El accidentado primer gobierno de la segunda década se promovía como una extensión más po-

³⁰⁴ En agosto de 2011 la revista *Semana* publicó: “Más conocida como María Mulata, Judith Pinedo ha tenido tres grandes méritos como alcaldesa de una ciudad con la complejidad de Cartagena. Primero, haber mantenido a raya a la clase política clientelista que tenía a la ciudad sumida en el abandono.

pular del anterior. En todo caso, implicó el cierre de una década donde la conexión de la ciudad con el mundo fue consonante con la entrada en funcionamiento de la versión local del “ideal de lo práctico”, con papeles técnicos, políticos populistas y de coerción violenta.

Imaginario locales y competencia integradora

Los imaginarios de Cartagena, citados antes a Libardo Sarmiento, serían cuatro: la dependencia neocolonial, el capital humano, el desarrollismo y el dualismo. Bien pueden no coincidir exactamente con las definiciones barthesianas o condensar toda la complejidad de la imagen o del simulacro local, pero claramente se refieren al mismo ejercicio: “fundamentan los mitos que interpretan y ocultan, a la vez, la realidad y verdad de esta ciudad”.

El primero -sin que esto sea una cita explícita de Sarmiento- implica sus propias contradicciones. En la ciudad, si bien la clase reflexiva ha hecho explícita la conexión mundo(sistema)-ciudad a partir del aplauso o la crítica a la dimensión hispano-colonial de su devenir, nunca ha debatido las interrelaciones desde la posibilidad de entender la globalidad en y desde la ciudad, y por tanto, de construirla desde aquí.

Segundo, haber creado un estilo de gobierno de abierta participación de las comunidades. Y tercero, haber convertido a La Heroica en una de las ciudades con más avances en la lucha contra la pobreza. Pinedo ha logrado cerrar un poco la brecha de desigualdad entre la Cartagena ostentosa y la que vive en la miseria absoluta. Ha invertido como nunca antes en obras de infraestructura en los barrios más deprimidos, como El Pozón y la Ciénaga de la Virgen, y su apuesta ha sido especialmente por la educación de los más pobres, con megacolegios y una ampliación de la cobertura a todos los niveles. En su gobierno, el presupuesto de educación pasó de 2 a 16 por ciento”. Disponible en línea: <http://www.semana.com/especiales/articulo/la-otra-cara-cartagena/245657-3> (consultado en agosto de 2012).

El capital humano es quizá uno de los tropos más omnívoros de la reflexión teórica en la economía local, ya sea desde los enfoques modernizadores o estructuralistas. La construcción de industrias culturales del proyecto de formalización artística de *Emprende Cultura* o de incorporación sistémica por vía cultural de los esfuerzos conectados con la economía de la cultura racionalizada desde el Laboratorio de Desarrollo y Cultura, apuesta a la construcción de capital humano para la competencia en el mercado de bienes culturales; la relegación laboral de los afrocolombianos en la ciudad, analizada por Romero (2008), es justificada por la ausencia de capital humano; y en general los análisis de causas de la desigualdad regional que conforman la batería analítica de los grupos de reflexión glocal desde hace dos décadas están resumidas en la sentencia de Meisel ya citada: “Todo el que estudie los factores asociados al rezago económico del norte colombiano llegará a la conclusión de que la mayor debilidad de la región está en sus bajos niveles de capital humano”. Sarmiento calificó el imaginario del capital humano como un arbolito de Navidad, al que se le cuelgan todos los problemas de la ciudad, obviando o ignorando, dependiendo de la intencionalidad, que las complejas estrategias de compensación en los modos de dominación.

Como señala Bourdieu (1979: 140-141) el capital escolar, como modo certificado de capital cultural, no tiene poder de reconversión más que en relación a otros capitales apropiados gracias a otras estrategias: capital social, capital simbólico, por ejemplo. El camino dóxico de la construcción de capital humano disimula que este capital circula en un mercado del que no todos los sujetos que lo pretenden o adquieren tienen experticia. En ese sentido caen, pese a la titulación, en condiciones de dependencia o dominio, al tiempo que van devaluando las

titulaciones por cuenta de su masificación, mientras la apuesta cubre y encubre la dimensión estructural del orden social.

Continuando con Bourdieu, la devaluación de las titulaciones, el equivalente del capital humano omnívoro defendido en Cartagena, es progresiva y va creciendo entre generaciones, incluso en el tiempo corto que tarda una corte estudiantil en titularse. Es decir, que al obtener el título, un graduado se encuentra con un mercado completamente distinto al que estaba anunciado al momento de ingresar a la institución de titulación. Las probabilidades de fallar en su intento de enclásarse por vía de la titulación decaen, lo que redundará en un “desaliento social”, también gestionable, si, al tenor de Bauman, se asume como un problema biográfico y no sistémico. Acaso lo que Bourdieu (citado por Bauman, 2002: 90) llama “dominación por precariedad”, producto de la gestión de la inseguridad y de la ansiedad propia de la sociedad que vivimos. Así, conceder títulos devaluados es coherente con las estrategias de diferenciación de clases (Bourdieu, 1979: 153).

Otras dos contradicciones sobre el capital humano (además de la contradicción íntima de su definición) que se revelan por su contrastación con la lectura de Bourdieu, y que se disimulan con la tecnopastoral local, están relacionadas con las prácticas enclásantes y las estrategias desenclásadoras que se activan localmente y la imposibilidad de disminución de las desigualdades subsumida en la “lucha integradora” (p. 165) que esta estrategia dóxica propone.

Lo primero se refiere a la asignación (*allocation*) que la escuela puede ejercer como institución reguladora de legitimidad social, incorporando estatutariamente a la vida del sujeto prácticas culturales que ella no inculca (p. 23). Esas prácticas culturales, dice Bourdieu, están

ligadas a las titulaciones que confiere y a las posiciones sociales a las que estas titulaciones dan acceso.

En el escenario local, la socioespacialidad de Cartagena de Indias, ha explicitado los lugares correspondientes a las clases específicas asignando escenarios para la formación. Uno de los esfuerzos de este siglo ha sido la construcción de centros de formación técnica en barrios. Es un proyecto nacional ampliamente desplegado en Cartagena. Son 15 Centros Regionales de Educación Superior (CERES) que ofrecen carreras técnicas en Olaya Herrera, Daniel Lemaitre, Bayunca, La Boquilla, Pasacaballos, Ciudadela 2000, Arroz Barato, El Milagro, El Bosque, San José de los Campanos, El Pozón, Bocachica y Caño del Oro, todos barrios pobres o zonas rurales, además de casi una decena de megacollegios. Si bien reduce la fricción por distancia, recluye la vida social y urbana de sus estudiantes al mismo lugar de vivienda, limitando la territorialización de toda la ciudad. En cuanto a la posibilidad de reconversión del capital escolar adquirido, implica una limitación a las posibilidades de enclasmiento, al suponer la vinculación a ciertos oficios para desclasados en el mapa de la jerarquización laboral.

Es decir, que como sugiere Bourdieu, en la lucha por el llamado capital escolar las clases populares arrancan derrotadas, pero al integrarse a la misma reconocen la legitimidad de los fines perseguidos por aquellos a quienes persiguen (1979: 165). Las diferencias en las posibilidades de formación son claras también para la educación básica. El Odesdo ha señalado cómo las herramientas y las capacidades institu-

cionales –comenzando por la inversión³⁰⁵- discriminadas se reflejan en los resultados técnicos de calidad entre egresados de escuelas públicas y privadas³⁰⁶ (Casanovas, coord. 2009: 170-171). Esta desigualdad en la lucha integradora es la última contradicción a señalar, pues también permite una analogía en relación a la ciudad, el país y el mundo, porque los niveles de apropiación del conocimiento objetivado –naturalizado como legítimo- están muy lejos de las zonas del centro del país y, mucho más, del centro del sistema mundial.

El desarrollismo y sus teorías son la piedra de toque del culturalismo crítico local, del que se ha explayado en otros capítulos. Puede agregarse una lectura más, para tratar de conectar con las teorías de Bourdieu aquí citadas y la referencia de Sarmiento específicamente a la ciudad. Y es que el desarrollo devenido en mito, entiéndase un concepto deshistorizado, supone, que como otros tropos, puede ajustarse a distintas ideologías, como lo ha demostrado la historia de las teorías del desarrollo y su revisión desde la Comunicación y el Desarrollo. Así, por un lado disimula la conexión con la materialidad mientras supone un debate de imaginarios sobre el desarrollo local, y por el otro simula la centralidad del problema material en la actividad reflexiva –el problema científico o su racionalización en cambio de la condición vivida- escondiendo bien el sistema de relaciones que lo sostiene detrás de la doxa.

³⁰⁵ “El desarrollo en la versión privada ha llevado hasta la zona rural de la Zona Norte las sedes de un par de universidades y uno de los megacolegios privados, que en costos duplica a cualquiera de los públicos: la construcción del Jorge Washington requirió cerca de 20.000 millones de pesos; cada uno de los megacolegios públicos ha costado cerca de 10.000 millones de pesos” (Odesdo, 2011b: 15).

³⁰⁶ Las pruebas de excelencia educativa se realizan a estudiantes de grado 11. Estas tienen valoraciones por estudiante y por institución. Para el estudiante implica una condición de acceso a la educación superior, donde se establecen unos marcos mínimos relativos a la institución y a la carrera. Es decir, que puede servir como otro elemento de asignación.

En la ciudad, las recientes décadas han estado repletas de discusiones sobre el desarrollo, que con mayor o menor sofisticación responden al mismo principio formal, confundiendo la profundidad del debate con una cartilla donde se postulan antinomias virtuales dentro de un mismo modelo. En ese debate las propuestas y estrategias de organización económica y social y su materialización espacial no tienen diferencias en la médula, independiente del formato en que se presenten. En analogía con la pérdida de las conexiones (el desarraigo, diría Polanyi) por cuenta de la industrialización cultural, también de la academia, responde, ya no a un almacén conceptual, sino a una doxa, idea con la que se piensa pero en la que no se piensa: el papel estatutario de la ciudad en el sistema mundial.

En esa condición, solo la mitificación y la afiliación ideológica al universalismo enclasador puede sostener la legitimidad de la batería analítica de la clase reflexiva, en conexión profunda con el sistema de estrategias de reproducción que parece criticar. Una incorporación que, en el complejo sistema de compensación del sistema, requiere de ciertas condiciones, también, de textualidad.

La práctica tecnopastoral se ajusta también a los sistemas del sabor y del brillo (Pardo, 1989: 96-121) y se gestiona para su incorporación por medio de un poder sutil que propone “hacer de los intelectuales los agentes de su gran empresa de semiotización generalizada, de los marginales su relevo, de los críticos las juntas del edificio social agrietado, y de los antiguos militantes, los pensadores de su política de seguros a todo riesgo” (Querrien, prologando a Guattari 2004:20). La crítica se incorpora en sendas orillas del sistema, donde estudiosos culturalistas asumen poderse quedar con un elemento constitutivo del sistema para sacudirse responsabilidades criticando desde allí el otro (el neoliberal-

lismo económico³⁰⁷), sin modificarlo más allá de sus justas proporciones, porque es el mismo que garantiza su confort intelectual, más si pertenece a la clase reflexiva estructuralmente irrelevante, para usar un término de Marshall Berman.

Esa incorporación tiene tanto las vías de entrada por el mercado académico, como por el mercado de imágenes que pueden llegar a ser los medios de comunicación, donde la banalidad se hiperboliza.

Las rutinas de la vida cotidiana, la banalidad del mundo que nos representan los medios de comunicación, nos envuelven en una atmósfera tranquilizadora en la que, en realidad, nada parece tener consecuencias. Nos tapamos los ojos, nos prohibimos pensar en la turbulenta huida de nuestro tiempo, que proyecta hacia atrás, muy lejos y muy deprisa, nuestro pasado más familiar, borra unas maneras de ser y de vivir aún frescas en nuestra memoria y adhiere nuestro futuro a un horizonte opaco, cargado de nubarrones y de miasmas. Se busca a toda costa una tranquilidad a medida que todo ofrece cada vez menos seguridad. (Guattari, 2004: 119)

La respuesta en los medios es siempre un nivel de hiperrealidad, una verdad modificada, aunque sea por la mera simplificación, de la que, no obstante, se puede vivir (Baudrillard: 11), pero al precio de una desubicación espacial o de una cierta medida de desarraigo. “Estamos cada vez más inmersos en un mar de ‘falsificaciones reales’ y de ciudades ‘absolutamente falsas’”, dice Umberto Eco (citado por Soja, 2006: 454). Quizá otra exageración, que no reduce por ello la importancia de sospechar que las imágenes de un mundo concebido, contemplado y reconstruido a través de una pantalla (televisor o computadora)

³⁰⁷ No es difícil encontrar las referencias a la Constitución Política de 1991 desde su carácter binario. Con el neoliberalismo (0) negativo y el multiculturalismo y la pluralidad (1) positivo. En la segunda parte del libro se hizo mención de esta contradicción.

[...] afectan todo lo que hacemos, desde dónde compramos a cómo votamos, desde nuestras opiniones acerca de cuestiones globales a quiénes elegimos como pareja sexual. Los habitantes se camuflan de forma creciente en el medio de las representaciones y de las simulaciones espaciales. (Soja: 461)

Así como la globalización, que ha existido desde hace siglos, afecta cada vez de manera más directa la materialidad y la vida cotidiana de las personas, las representaciones y las imágenes lo hacen para formular y proponer desde su sustancialización la subordinación del espacio, en este caso, la ciudad. El ciberespacio se ha sumado como el clímax del simulacro y a partir de este se desahoga la participación reprimida o sometida en la espacialidad. Una respuesta lógica frente a la descentración del poder, más aún, frente a su desmaterialización. El poder, se ha dicho antes, se ha difuminado en la extensión exopolitana de la postmetrópolis y en la red total de ciudades globales, así que es más difícil enfrentarlo: “La élite dominante del mundo no tiene lugar fijo en el espacio” (Castells, 1981: 12). “De hecho, el surgimiento del espacio de flujos expresa la desarticulación de sociedades y culturas con base local de las organizaciones de poder y producción que siguen dominando la sociedad sin someterse a su control” (Castells, 1989: 484).

En respuesta, la movilización espacial ha perdido “terreno” frente a la protesta virtual, dando pie a su uso por parte tanto de los movimientos de perchero³⁰⁸, como de la masificación de las intenciones reivindi-

³⁰⁸ En los recientes años han sido convocadas por las redes sociales protestas contra la ocupación del espacio público, asesinatos de personas específicas, los retrasos en las obras del Sistema Integrado de Transporte Masivo, violencia contra animales, mala atención y servicios por parte de restaurantes, declaraciones gubernamentales, entre otras.

catorias de los movimientos sociales urbanos. Con el apoyo del PNUD, el Gobierno local de Cartagena de Indias instaló todo un programa de atención, servicio al ciudadano y gobernabilidad, que tiene gran actividad en línea³⁰⁹, aunque las cifras de acceso a Internet en la ciudad son bastante bajas en relación con otras ciudades, específicamente del centro (pero similares a las de otras de la Costa Caribe). Solo el 37,4 por ciento de los mayores de 5 años en Cartagena accedió a Internet durante 2011 (22,5 por ciento en casa), frente a 54 por ciento de Medellín, 61,7 por ciento en Bogotá, 51,2 por ciento en Manizales, 47,2 por ciento en Cali y 60 por ciento en Bucaramanga³¹⁰. Ninguna ciudad del Caribe superó el 40 por ciento. Es la prueba desnuda que incluso en el ciberespacio, la ubicación en el desarrollo geográfico desigual sigue marcando diferencias (Soja, 2006: 468).

³⁰⁹ Hace parte de un ejercicio mayor de acompañamiento del PNUD, que explica en su sitio en línea (http://cartagena.pnudcolombia.org/index.php?option=com_content&view=article&id=53:que-es-el-sigob&catid=40:governabilidad-y-territorio&Itemid=60) el apoyo que brinda a la Alcaldía de Cartagena: “Se estructuró una estrategia de Gobernabilidad Local sobre tres ejes básicos: Desarrollo institucional, participación, e incidencia y movilización política.[...] la estrategia contempló, en primer lugar, diferenciar claramente la actuación entre Gobierno y Sociedad Civil, apostando al primero para que ganara en capacidad institucional de respuesta participativa y transparente hacia demandas sociales acumuladas históricamente; y para el segundo, en la generación de espacios de diálogo social y control a la gestión de lo público. Un segundo lugar se adecuó las potencialidades del PNUD a las necesidades demandadas por la Administración Local. Y como tercera parte, se ha logrado activar espacios, tanto internos como externos, de Gerencia Pública, lugares e instancias donde tomadores de decisión (Funcionarios de alto nivel) con información confiable construyen mandatos de alto impacto social haciendo concurrir el saber técnico con las expectativas de la ciudadanía. Toda la estrategia de Gobernabilidad Local en Cartagena tiene como punto de partida el marco conceptual que el PNUD define para el tema, entendiendo la Gobernabilidad Democrática Territorial como la capacidad de las sociedades para orientar y organizar sus instituciones públicas y sociales de modo que ofrezcan a las personas más y mejores oportunidades para llevar el tipo de vida que valoran, incluyéndolas en las decisiones que les afectan”.

³¹⁰ Cifras del DANE, de la Gran Encuesta Integrada de Hogares - GEIH. 2011.

Esa imposibilidad vigente de ciberespacialización urbana aporta matices particulares al dualismo de la ciudad informacional local, que más allá de la dualidades desarrollistas, existe en relación a la brecha entre el espacio de los flujos de comunicación global y redes de intercambio y las redes segmentadas, recludas y desconectadas del mundo (Castells, 1989: 320-322). Obviando las diferencias estructurales en la materialidad (se expusieron en las otras geografías utilizando a varios autores) la dualidad referente a los alcances comunicativos está determinada por la especialización mediática.

La contradicción social representada en las páginas de El Universal, subrayada por Chica (2005) hace más de una década, fue desarticulada, al menos en relación de sus lectores, para construir distintos escenarios periodísticos de representación que han copado los sectores populares en los recientes diez años. La misma casa editorial desagregó su información en dos periódicos populares, de impresionismo sensacionalista (El Teso y Q'hubo) y en uno de registro de intereses barriales para la zona de estratos 5 y 6 que rodea la bahía (Gente Bahía). La casa editorial del periódico El Heraldo entró también al mercado de la producción de representaciones para público de zonas de pobreza en la ciudad con el diario Al Día, un ejercicio de asignación de imágenes de la ciudad relativas a las clases sociales.

Los periódicos populares escinden la información de cualquier carácter económico y limitan la de carácter político. Dan protagonismo a la crónica roja y al lenguaje sensacionalista. Gente Bahía no contiene información de crónica roja, salvo la que se refiere a posibles peligros en la zona de interés, casi siempre por la presencia de los “marginales”. Este uso político de los flujos desconecta a ciertos sectores de lo pertinente sobre incorporación económica y planeamiento urbano. “La

gente vive en lugares, el poder domina mediante flujos (Castells, 1989: 485).

Aquí conviene volver a Baudrillard para matizar la importante crítica de Sarmiento y Casanovas sobre el mito de la dualidad. En las dimensiones de las discusiones sobre desarrollo y el modelo, es claro el punto que señalan, pero no puede ser tomado como una mentira, o no como una total mentira en la ciudad del simulacro. En la *simcity* cartagenera, la dualidad es una imagen que enmascara y niega una realidad profunda (la de las conexiones estructurales), pero como simulacro no aspira a quedarse en pura mascarada. Como simulacro pretende ser el precedente de la materialización urbana exopolitana, fractal y carcelaria. Badenes (2007), citando a Gorelik, expresa:

Los relatos que circulan socialmente, y en este caso los relatos sobre la ciudad, condicionan las propias prácticas. En ese sentido, solo en una dimensión analítica *la ciudad representada* se escinde de la *ciudad vivida*. Existe no obstante una relación dialéctica entre ambas: “la ciudad y sus representaciones se producen mutuamente. No hay ciudad sin representaciones de ella, y las representaciones no solo decodifican el texto urbano en conocimiento social, sino que inciden en el propio sentido de la transformación material de la ciudad”.

Los análisis de la ciudad, de hecho, se han desarraigado de la posibilidad de construir el espacio, en una división de imaginario e imaginación que se puede explicar citando al mismo Gorelik:

[...] los imaginarios urbanos como reflexión cultural (por lo general, académica) sobre las más diversas maneras en que las sociedades se representan a sí mismas en las ciudades y construyen sus modos de comunicación y sus códigos de comprensión de la vida urbana, y la imaginación urbana como dimensión de la reflexión político-técnica (por lo general concentrada a un

manejo de profesionales: arquitectura, urbanística, planificación) acerca de cómo la ciudad debe ser. (Gorelik, 2002: 2).

En todo este circuito de producción imaginaria analizado, lo que sobresale es el imaginario de la dualidad, desarraigado de la materialidad compleja y del sistema de estrategias de reproducción y de la estructura de relaciones sociales. La construcción retórica de las dos ciudades, no solo como simplificación de la realidad, también como anuncio de la ciudad deseada desde las clases dominantes.

En términos de las estructuras de relaciones de género y étnica, organizaciones y movimientos han dado cuenta de la desconexión entre el discurso de incorporación del tema a la agenda y el alcance de las políticas urbanas, legitimadoras, por la ausencia de una cuestión sobre el sistema de estrategias de reproducción del mismo sistema. Sobre la acción para las mujeres, el Odesdo (2010) sintetiza:

En las actuaciones realizadas se observa una tendencia a una visión fragmentaria sobre la lógica integradora. Y en muchos casos, las acciones se asemejan más a un política social focalizada, de corte asistencial, para mujeres definidas como sector *vulnerable y desfavorecido*, en el cual subyace la idea de *naturalización* de los roles femeninos. (p. 15)

Sobre la misma dinámica, pero en relación a los derechos de la población afrocolombiana, señala:

En la ciudad, con un marco político y social más proclive a pensamientos globales a favor del reconocimiento pluriétnico, de la protección y defensa de los derechos étnicos y humanos de las minorías –aun siendo mayorías las minorías– y a la lucha contra la discriminación racial asistimos a una serie

de afirmaciones, propuestas, decisiones, y acciones de naturaleza diversa y de baja intensidad. Si bien evidencian un cambio en el discurso y en la imagen del Distrito, no se constituyen, en sí mismas, en auténticos desafíos para revertir las persistentes dinámicas de “racialización” y exclusión social y política que subyacen en el seno societal del Distrito y afectan, en términos de derechos étnicos y humanos, a una amplia mayoría de la ciudadanía afrocartagenera. (Odesdo, 2011b: 3)

La tematización y la festivalización urbana

En Cartagena, muchos análisis académicos se concentran en el imaginario y los medios son el espacio para hacer la proyección de lo que se quiere: una imaginación urbana proyectual. Esa estrategia mediática, calculada o no, lleva un abecé de actuaciones urbanas, de manuales de relación con la ciudad y de lugares sociales en la ciudad, tal como mostró Chica (2005) antes de la desarticulación de los lugares en la prensa. En un reciente trabajo producto de su tesis doctoral en Educación, extendió el ejercicio a las mediaciones del cine en los albores de la modernidad local, llegando la mitad del siglo pasado. Encontró que ese proceso de entrenamiento en la pobreza ha sido una constante emprendida por diversos medios, producto de un ejercicio no exclusivamente conectado con presiones globales, pero siempre con el anhelo parroquiano de incorporarse al mundo, de convertirse en “ciudad moderna”, mientras se garantiza el control del sistema de reproducción social. La síntesis folclórica de ese control del caos está sintetizada en la máxima: “se sufre pero se aprende”.

Las investigaciones de Javier Ortiz (2003, 2001) dejan ver que la resistencia popular de principios de siglo estaba basada en buena parte en la creatividad y la resistencia desritualizadora, una suerte de indis-

ciplina antisistémica cotidiana que impidió a las élites lograr la ciudad que querían. Los recientes ejemplos de la diferencia y la resistencia gestionada dejan sospechar que la incorporación de la ciudad a cierta escala sistémica ha podido ajustar los canales para el direccionamiento de este caos cotidiano al modelo de acumulación, precisamente a través de los sistemas de la banalidad: sabor y brillo.

La elección de recientes gobernantes ha estado articulada, precisamente por los elementos de esos dos sistemas: limpieza, suavidad, energía y diversión. Judith Pinedo (periodo 2008-2011) resultó electa con una votación histórica en la vida democrática de la ciudad, ondeando el eslogan “Por una sola Cartagena”, en referencia directa a la dualidad urbana que habría de superarse, comenzando por sacar de la pobreza extrema a la población que estuviera en esa condición.

Famosa por haber dirigido una de las principales ONG gremiales de la ciudad (Funcicar), Pinedo movilizó a muchos votantes en desmedro de los intereses electorales de lo que se rotuló negativamente (0, en el plano binario) como clase política de la ciudad, sugiriendo la característica apolítica de la nueva administración (1, en el plano binario). A su alrededor se conformó una administración que se promocionó como inédita, integrada por clases medias, reflexivas, académicas, activistas, periodistas y políticos en presumida oposición a las formas corruptas (faltas de limpieza) y excluyentes (faltas de suavidad) de administrar la ciudad, lo que representó un reconocimiento nacional a su gestión, despertando aplausos en gestión fiscal y construcción de infraestructura educativa³¹¹.

³¹¹ Véase la nota al pie número 304.

Campo Elías Terán (periodo 2012-2015) superó la cifra de votos alcanzada por su antecesora, como cosecha de varios lustros dirigiendo el noticiero radial más escuchado en los sectores populares de la ciudad, desde donde, con su popularidad, aseguró la victoria electoral mucho antes de la campaña. En su bandera llevó el eslogan “Hay Campo para todos”, mensaje autorreferencial amarrado a un histrionismo de lo popular que ataca la debilidad institucional (falta de energía) “para atender a la gente pobre” y la elitización (falta de diversión) urbana, para lo que ha sido acompañado de una clase de dirigentes populares, clases medias heredadas de la anterior administración y otros de los políticos rotulados (0 en el sistema binario) desde la victoria anterior.

Pinedo fue impulsada desde un principio por la clase empresarial e industrial local, la misma que financia la ONG mencionada. Terán recibió a la largo de la campaña gran parte de los mismos apoyos, con la promesa de continuar los logros adjudicados a la administración anterior. Sin intención de hacer un balance, lo pertinente aquí es señalar que ninguno de los dos gobiernos tomó medidas políticas frente a la construcción del espacio urbano o su transformación por clases medias o bajas. La inercia claramente está sujeta a la neutralidad política del Estado local y a la estratificación y asignación posterior de las redes de servicios urbanos específicos.

En ese sentido, a diferencia de los gobiernos normalizadores europeos y estadounidenses, se evidencia en Cartagena que el consentimiento político tiene que ver con el sabor y el brillo. El gusto de la ciudad que se anhela, no como una nueva forma de construir la ciudad, sino con la promesa de que se puede ingresar a ella si se rompen ciertas barreras culturales, asumiendo que esa ciudad anhelada no es producto de unas brechas económicas que trascienden la tolerancia de la diferencia.

Esta simulación/festivalización política se corresponde con la festivalización y tematización espacial, detrás de la que se esconde la persistente tendencia exopolitana y fractal, con aperturas medidas de dichos espacios para matizar la segregación espacial y temporal. “Los centros urbanos han ido adquiriendo una nueva función [...]. Más que una ciudad para ser habitada a diario, se configuran como un espacio urbano diseñado para ser visitado intensivamente y a tiempo parcial” (Muñoz, 2008: 58).

El calendario de eventos determina quién visita el Centro Histórico, moviéndolo entre coordenadas globales, locales y populares: desde el Reinado Nacional de Belleza, el Hay Festival de literatura, el Festival Internacional de Música Clásica, la Cumbre de las Américas, el encuentro Latinoamericano de Turismo; hasta las Fiestas de la Independencia, el Festival de Cine y el Festival Mucho + Mayo, de simulacros de conexión mundial a simulacros de ocupación de arte popular. Lo que implica, además, es una jerarquización profunda de gustos y estéticas con base en la legitimidad de una cultura arte y el modo de vida cosmopolitano objetivado como natural, que se subsume en la pose de la democracia cultural de la oferta urbana de eventos.

Bourdieu (1979: 13-15) expone el universo de los gustos con base en tres clases: el gusto legítimo, que implica el consumo de obras objetivadas como legítimas; un gusto medio que se manifiesta en el consumo de obras menores de las artes mayores; y un gusto popular, construido en oposición al gusto legítimo, caracterizado por el consumo de obras degradadas por la masificación. En el sistema de estrategias de reproducción la producción de las obras legítimas y del gusto legítimo está en íntima relación con el escenario de producción de la obra y del

gusto mismo, en lo debe entenderse como un circuito circular de enclausamiento, con su equivalente circuito de desclasamiento.

En esta cosmopolitización vertiginosa, el gusto popular de la “multitud” de la ciudad se manifiesta así en relación con el gusto legítimo de la clase legítima y objetivamente cosmopolita y de la pretensión cosmopolitana de la élite de la provincia. Esa práctica explica la desconexión entre el espectáculo temático de ciertos festivales y la vida material previa y posterior. De las decenas de festivales que se celebran en Cartagena pocos tienen equivalencias en la cotidianidad de la vida urbana. El Festival de Cine es una vez al año pero su oferta concentrada en una semana no se ve reflejada luego en las carteleras de los teatros locales. Hay festival de literatura pero apenas tres librerías con las que se alimenta de libros la ciudad; y no cuenta con una red de bibliotecas fuerte, sometida a los vaivenes políticos, excepto por las pertenecientes a la estatal Red de Bibliotecas del Banco de la República. Hay festival de música clásica pero no oferta a lo largo del año. Se celebraron en la reciente década eventos deportivos internacionales de fútbol y de otros deportes, pero no escenarios públicos para practicar el deporte.

Como la Disneylandia local, el Centro entonces se postula como escenario de “entretenidos mundos hiperreales en paquetes de culturas simuladas, comunidades urbanas, estilos de vida y preferencias de consumo” (Soja, 2006: 474). Una suerte de multiplex que cambia las salas a lo largo del año, en el que el consumidor, habitante o visitante, elige qué lugar simbólico quiere y puede pagar, lo que para el habitante resulta en una esquizofrenia de paisajes de variación constante que contrastan con la espacialidad, pero que no alcanza a organizar en medio

del flujo de imágenes que la ciudad le despacha³¹². Y así, el flujo total y la ciudad, como puras intensidades, apenas imágenes para consumir.

En términos de clase, el centro se objetiva como el espacio urbano donde se practica el enclasmamiento y a partir del cual se determina el desclasamiento, relativo a las posibilidades del uso, a las maneras del uso, entiéndase, en términos de Bourdieu, a la disposición estética frente al Centro Histórico como obra de arte.

En términos de la gestión completa del espacio a partir de la construcción previa de la *simcity*, “el papel de las políticas urbanas, pero sobre todo de la arquitectura, se va reduciendo en cierta medida a la producción y reproducción de imágenes urbanas” (Muñoz, 2008: 57). La imagen precede a la ciudad construida, y se impone por la seducción, el anhelo, la banalización, el simulacro. Una vez el consumidor de la imagen escoge cuál paisaje desea “las libertades simuladas de elección desaparecen”. A partir de entonces deberá responder a “una colección de regulaciones y pactos formales e informales” que “hacen cumplir el compromiso con el imaginario elegido, creando otro tipo de ‘comunidad’ y de cercamiento residencial semejante a lo que los abogados llaman régimen de servidumbre administrado por una asociación” (Soja, 2006: 474). Ingresar al simulacro es suscribirse al orden social y la estructura de relaciones que impone.

³¹² Del traslado de mercado a la muerte diaria, de la denuncia contra el alcalde al partido del equipo local, del deslizamiento y la erosión en la Popa a la apertura de Festival de Cine, de la privatización de las playas al problema de interconexión eléctrica, de las inundaciones por el invierno al Reinado Nacional de la Belleza, de las Fiestas de Independencia a la temporada de cruceros, de la violencia contra las mujeres a la protesta en contra de servicio discriminatorio de los restaurantes.

En la oferta voluntaria de la *World Heritage City* se encuentran multiculturalandia, ecolandia y cosmopolandia. En la obligada solo cárceles de pobreza y miseria para los no ingresados.

CIERRE

**17. PARA REEMPLAZAR LA CONCLUSIÓN:
EL DESARRAIGO, LA CRISIS Y LA OPORTUNIDAD**

Pensar en una conclusión para un ejercicio de análisis de estas pretensiones es complicado. Principalmente por no echar al traste el intento de análisis con salidas románticas o con cierres exagerados. Lo que se intenta a continuación, entonces, no son más que un par de comentarios tomados de los capítulos, que puedan abrirse a nuevas discusiones.

Sin condescendencias: en el culo del sistema-mundo

Lo primero que corresponde señalar es el lugar de la ciudad en el sistema mundial al que pretende incorporarse bajo la romántica promesa cosmopolitana del turismo, la industria y el comercio exterior. Desde la perspectiva de este trabajo, es claro que ello no trae por sí solo un buen augurio para la mayoría de la población. Como el proceso lo ha demostrado, representa una recomposición socioespacial urbana que reclasifica en un nuevo universo de ingresados y excluidos a las clases altas, medias y bajas históricas, complejizando el mosaico con las justas reivindicaciones de nuevos sujetos identitarios, con el nuevo esquema internacional del trabajo y la reconfiguración de las clases mundiales en el continuo del desarrollo geográfico desigual, en lo que entra a jugar, claro está, la estructura sociorracial vigente.

Las cifras de distintos grupos de investigación y los análisis poblacionales son bastante claros. El proceso de incorporación o de globalización no ha representado un simétrico beneficio para la población. Contrario a esto, ha agudizado unas diferencias y desigualdades que se pueden leer en las múltiples dimensiones de las clases sociales complejizadas por las nuevas y necesarias reivindicaciones y por la vigencia de la pirámide sociorracial de la ciudad. No obstante, la lectura académica

que se ha hecho desde lo local no ha logrado conectar de manera holística tantos elementos.

Ciudad (post)moderna, globalización y normalización sistémica

El mencionado proceso de rearticulación se presume como la normalización de la ciudad para los flujos de capital en dimensiones superlativas. Eso que en prensa y la tecnopastoral se conoce como modernización, una asunción completa de la categoría narrativa urbana, dentro de la cual el sometimiento semiótico permite ajustar roles a cada grupo, dentro de un escenario espacial reconfigurado. Esa reconfiguración, que puede llamarse normalización sistémica, es el resultado de la gestión de las diferencias históricas, sociales, políticas y culturales de la ciudad, que desemboca en una infraestructura adecuada para la gestión global del espacio urbano. En el caso de Cartagena de Indias, ha implicado el apanamiento de dinámicas metropolitanas y postmetropolitanas, en respuesta al momento de incorporación que, como periferia, le ha correspondido.

La lectura de la ciudad desde la complejidad multiescalada del sistema mundial y a través de las geografías postmodernas, muestra cómo las fuerzas centrífugas y centrípetas, materiales y simbólicas, se conjugan para blindar una inercia de desarrollo geográfico. El Centro Histórico, patrimonial, museificado, clásico, donde se encerró Cartagena de Indias durante la mayor parte de su historia, se postula como el principal lugar en disputa, el escenario de las disputas por lo público, por lo público de muchas épocas y lecturas. Es la referencia simbólica y la piedra angular de narrativa de la ciudad. Al tiempo, la relación con el centro y las zonas de mayor potencial de explotación capitalista de la

tierra determinan el orden, en un proceso tardío de institucionalización de espacio-clase.

Como en la apuesta de Soja, los mapas mentales de la ciudad sirven para ocultar detrás de sus imágenes el acercamiento a una realidad de conexiones en diversas intensidades. Esa simulación consigue desconectar los asuntos estructurales de la ciudad de los asuntos coyunturales, fracturando retóricamente los elementos que conforman el sistema local. En esa medida desconecta la discusión política, por ejemplo el desarrollo geográfico, planteando discusiones virtuales solo en el plano de la administración de la pobreza y sus escalas y no en su conexión directa con la riqueza a través de un modelo de desarrollo sustantivo.

Espacios de resistencia

Sin falso romanticismo pero con el optimismo que permiten las grietas en la ciudad postmoderna, hay que subrayar los importantes ejercicios de resistencia que se encuentran en la ciudad y en la postmodernidad en general. La globalidad y la postmodernidad generan espacios para pensar de otra manera la forma de construir las ciudades y toda una batería de capacidades que, si son desmonopolizadas de la lógica económica y contrapuestas al sistema de estrategias de reproducción, potencian la transformación de un sistema desigual en uno -por venir- de justicia social y espacial.

Que la ciudad haya recuperado su condición como “espacio político y económico estratégico”, como respuesta a la desarticulación del Estado-nación, abre una oportunidad para, desde ella misma, ejercer presión directa sobre las dinámicas de poder. “Las condiciones actuales en las ciudades globales generan no solo nuevas estructuraciones de poder

sino también nuevos espacios operativos y retóricos para otros actores políticos hasta ahora sumergidos, invisibles o silenciados” (Sassen, 2006: 397).

Pensar en cada una de las geografías postmodernas o cualquier otra vía de comprensión de las contradicciones del proceso sistémico de la ciudad es también pensar en la resistencia de movimientos sociales urbanos que han entendido que lo que se juega con las decisiones del poder es la vida misma de la gente; y pensar cómo pueden prevalecer los derechos de las personas sobre los derechos del capital. Sectores del Cerro de la Popa y otros de zonas periféricas y rurales, así como distintos grupos de análisis, han dado claras pistas de cómo la construcción de ciudadanía implica una fuerte condición espacial y una dialéctica con los universales políticos.

Pensar en las geografías es pensar también que la globalidad no es una entelequia que aterriza sobre el espacio vacío, sino una construcción en doble vía, en la que el “no hay alternativa” debe superarse y transformarse en una construcción de las alternativas con base en los universales políticos y los derechos diferenciados, haciendo que tengan coherencia entre sí. “La puerta del mundo” que está abierta, muy probablemente no sea la puerta que le sirve a la mayoría de la población local, que debe tener el poder de decidir cuál puerta se usa.

Una crítica para enfrentar la inercia

En un escenario de estas condiciones, es necesario rescatar la crítica para poder trascender la discusión retórica del desarrollo y los derechos

humanos y poder construir, desde la materialidad urbana una dimensión de los derechos humanos, donde sean consecuentes con el derecho a la producción del espacio; y, entonces, con la producción de la ciudad como un sistema. Hasta ahora, los procesos antisistémicos importantes en Cartagena no han logrado incidir en la construcción del espacio, lo cual es, al fin de cuentas, la materialización del derecho a la ciudad. Un derecho que se ejerce también dentro de las libertades de imaginarla.

Pensar la ciudad desde la crítica obliga a pensarla en sus diferencias de imaginarla y habitarla, “no como algo que debe agregarse a las categorías marxistas más esenciales, sino como algo que debería estar omnipresente en cualquier intento dirigido a analizar la dialéctica del cambio social” (Harvey, 1990: 387). La crítica, ha señalado Harvey, debe superar cualquier tendencia al rigorismo, para encontrar coherencia entre los rizomas (como diría Guattari) de la ciudad, en relación con el mundo al que inevitablemente está anudada.

El papel y el reto de la comunicación social se decantan con estas premisas. Hace cuatro décadas Fernand Braudel advertía que para progresar (signifique lo que signifique) el tercer mundo debía romper de una u otra manera el orden actual del mundo. Eso implica pensar el mundo desde perspectivas diferentes, pero que trasciendan su inercia. En este momento, si los límites de la imaginación urbana han sido borrados, entonces existe la posibilidad de imaginar otro tipo de ciudad. Imaginar es una práctica social. Darle la vuelta al proceso de imaginación espacial, aprovechar, como sugiere Soja, la libertad que permite la *simcity*, es posible si se le arrebatara el monopolio de representación espacial a la gestión sistémica. E imaginar otra ciudad implica también renunciar a la nostalgia romántica también (y tan bien) gestionada por las imágenes gestionadas desde el poder.

La geohistoria de la ciudad, sobre todo para las periferias, demuestra que la ciudad justa y digna nunca ha estado en el pasado. Está por construirse.

BIBLIOGRAFÍA

ABELLO, A. (2003). “Cartagena, la ciudad vista desde el margen. La ciudad de los espejos”. En: *Revista Agüaita*. Número 9. Pp. 45-49. Observatorio del Caribe Colombiano. Cartagena.

ACNUR Colombia. (2009). *Las tierras de la población desplazada*. Documento. Recuperado en diciembre 7/2010. Disponible en: http://www.acnur.org/t3/fileadmin/Documentos/RefugiadosAmericas/Colombia/Las_tierras_de_la_poblacion_desplazada.pdf

ADAMS, R. (2000). *Las antiguas civilizaciones del Nuevo Mundo*. Editorial Crítica. Barcelona, 2004.

AGUILERA, M. & MEISEL, A. (2009). “Cartagena de Indias, la isla que se repite”. En: *Documentos de trabajo sobre economía regional*. Número 109. Banco de la República, Cartagena.

AGUIRRE, C.A. (2007). “Immanuel Wallerstein y la perspectiva crítica del análisis de los sistemas-mundo”. En: *Textos de Economía, Florianópolis* V.10, pp. 11-57. México.

ALCALDÍA DE CARTAGENA. (2012, julio 26). *Decreto 1144, por medio del cual se reglamenta el tratamiento para suelo rural suburbano y el tratamiento de mejoramiento integral para los centros poblados rurales suburbanos de la Zona Norte, contenidos en el Decreto 0977 de 2001 “por el*

cual se adopta el Plan de Ordenamiento Territorial del Distrito Turístico y Cultural de Cartagena de Indias” y se dictan otras disposiciones. Cartagena de Indias.

_____ (2010). *Política pública de juventud “Jóvenes constructores de ciudadanía”*. Cartagena de Indias.

_____ (2011, agosto 24). “Revitalización del centro”. Comunicado de prensa. Consultado en línea, en abril 15/2012. Disponible en: <http://sigob.cartagena.gov.co/prensa/default.asp?codigo=5355>

_____ (2003). *Decreto 0747 de 2003, por medio del cual se adopta el plan Parcial del Triángulo de Desarrollo Social*.

_____ (2001). *Decreto No. 0977 de 2001. Por medio del cual se adopta el Plan de Ordenamiento Territorial del Distrito Turístico y Cultural de Cartagena de Indias*.

ALLAN, H. (2008). “Reordenamiento urbano, seguridad ciudadana y centros de tolerancia en Quito y Guayaquil (Tema central)”. En: *Ciudad segura. Regeneración, seguridad y tolerancia*. Núm. 30, pp. 4-9. Programa de Estudios de la Ciudad. FLACSO sede Ecuador. Quito. Disponible en línea: <http://www.flacsoandes.org/dspace/bitstream/10469/2306/1/04.%20Reordenamiento%20urbano%E2%80%A6%20Henry%20Allan.pdf>

ALTAMIRANO, C. (Dir.)(2008). *Historia de los intelectuales en Hispanoamérica*. Katz Editores. Buenos Aires.

ALVIS, J. (2009) La vuelta al *boom* de la construcción. En: *Cuadernos de Coyuntura Económica Cartagena de Indias*, Edición especial 10 años. Cartagena de Indias.

ALVIS, J. & ESPINOSA, A. (2001). “Cartagena de Indias y los retos de la seguridad humana: diagnóstico para una agenda de gobierno en la segunda década del siglo XXI”. En: *Economía y región*. Pp. 183-235. Universidad Tecnológica de Bolívar. Cartagena de Indias.

AMADEO, J. (2006). “Mapeando el marxismo”. En: BORÓN, A. AMADEO, J. & GONZÁLEZ, S. (Comp.) *La teoría marxista hoy, problemas y perspectivas*. Pp. 53-101. Colección Campus Virtual. CLACSO. Buenos Aires. En línea. Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/campus/marxis/marxis.pdf>

ANDERSON, P. (2006). “Las ideas y la acción política en el cambio histórico”. En: BORÓN, A. AMADEO, J. & GONZÁLEZ, S. (Comp.) *La teoría marxista hoy, problemas y perspectivas*. Colección Campus Virtual. CLACSO. Buenos Aires. En línea. Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/campus/marxis/marxis.pdf>

ANGULO, A. (2012). *Los tiempos de Pablo Escobar. Lecciones de una época* [documental]. Colombia. Caracol Televisión y Laberinto.

ARNAIZ, M.C. (2012). “‘Del dicho al hecho...’. Reflexiones acerca de la política pública de mujeres”. En: *Anaqueles de ciudadanía número 10: Mujeres, política y vida*. Pp. 14-16. Observatorio de Derechos Sociales y Desarrollo. Cartagena de Indias.

ARCIERI, V. (2005, mayo 30). “Asesinan abogada en Cartagena”. En: *Periódico El Tiempo*. Bogotá. Consultado en línea en agosto 17/2011. Disponible en: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1676617>

ARNEDO, B (2011). *En la onda de la radio. Historia, diseño y producción radial*. Editorial Universitaria. Universidad de Cartagena.

ÁVILA, F (2008). *La representación de Cartagena de Indias en el discurso turístico. La representación de Cartagena de Indias en el discurso*. Cuaderno de Trabajo No. 2 / Document de Travail No. 2, México: Proyecto Afrodesc.

BADENES, D. (2007). “Comunicación y ciudad: líneas de investigación y encuentros con la historia cultural urbana”. En: *Question*. Argentina. 2010. Disponible en: <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/354>. Fecha de acceso: 12 de junio. 2012.

BÁEZ, J. & CALVO, H. (1999). *La economía de Cartagena en la segunda mitad del siglo XX: Diversificación y rezago*. Trabajo presentado en el II Simposio sobre la Historia de Cartagena, octubre 7 de 1999. Universidad Jorge Tadeo Lozano. Cartagena.

BAIROCH, P. (1990). *De Jericó a México. Historia de la urbanización*. Editorial Trillas. México.

BARTHES, R. (1957/1970). *Mitologías*. Siglo XXI Editores. México, 1999.

BAUDRILLARD, J. (1977). *Cultura y simulacro*. Editorial Kairós, 1978.

BAUMAN, S. (2008). *Mundo consumo. Ética del individuo en la aldea global*. Editorial Paidós. Buenos Aires, 2010.

_____ (2007). *Vida de consumo*. Fondo de Cultura Económica. México, 2009.

_____ (2004). *Vidas desperdiciadas. Los parias de la modernidad*. Paidós. Buenos Aires, 2005.

_____ (2000). *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica. Argentina, 2008.

_____ (1980). *Modernidad y holocausto*. Editorial Sequitire. Buenos Aires, 1989.

BECK, U. (1986). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Editorial Paidós. Barcelona, 1998.

BENJAMIN, W. (1936/1972). *Discursos interrumpidos I*. Editorial Taurus. Buenos Aires, 1989.

BERGER, P. & HUNTINGTON, S. (Comp.) (2002). *Globalizaciones múltiples. La diversidad cultural en el mundo contemporáneo*. Editorial Paidós. Buenos Aires.

BERGER, P. & LUCKMANN, T. (1967). *La construcción social de la realidad*. Amorrortu Editores. Buenos Aires, 2006.

BERIAIN, J. (1996) (Comp.). *Las consecuencias perversas de la modernidad*. Editorial Anthropos. Barcelona.

BERMAN, M. (1982). *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Siglo XXI Editores. México, 2006.

BOLAÑO, N, et al. (2009). *Representaciones sociales sobre la ciudad en la Cartagena contemporánea*. Universidad de Cartagena.

BONET, J. (2006). “La terciarización de las estructuras económicas regionales en Colombia”. En: *Documentos de trabajo sobre economía regional*. Número 67. Centro de Estudios Económicos Regionales. Banco de la República. Cartagena de Indias.

BONET, J. & MEISEL, A. (2007). “Polarización del ingreso per cápita departamental en Colombia, 1975-2000”. En: *Ensayos sobre economía política*. Vol. 25, No 54. Pp. 12-43. Banco de la República. Bogotá.

_____ (1999). “La convergencia regional en Colombia: una visión a largo plazo, 1926-1995”. En: *Documentos de trabajo sobre economía regional*. Banco de la República. Cartagena de Indias.

BORJA, J. (2004). *Los derechos en la globalización y el derecho a la ciudad*. Documento de trabajo. Barcelona. Recuperado en abril 22/2009. Disponible en: http://web.madridtel.es/personales/diegocruz/funda/51_2004.pdf

BORJA, J. & CASTELLS, M. (1997). *Local y global*. Taurus. Madrid.

BORÓN, A. (2000). “Filosofía política y crítica de la sociedad burguesa: el legado teórico de Karl Marx”. En BORÓN, A. (Comp.). *La filosofía moderna. De Hobbes a Marx*. Pp. 289-333. CLACSO. Buenos Aires. En línea. Recuperado en mayo 9/2010. Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/moderna/moderna.html>

BORÓN, A. (2006). "Clase Inaugural". En: BORÓN, A. AMADEO, J. & GONZÁLEZ, S. (Comp.) (2006). *La teoría marxista hoy, problemas y perspectivas*. Colección Campus Virtual. CLACSO. Buenos Aires. En línea. Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/campus/marxis/marxis.pdf>

BOURDIEU, P. (2011). *Las estrategias de la reproducción social*. Siglo XXI Editores. Buenos Aires.

_____ (1979). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Grupo Editorial Santillana. Madrid, 1998.

BOURDIEU, P. & PASSERON, J.P. (1964). *Los herederos. Los estudiantes y la cultura*. Siglo XXI Editores. Argentina, 2003.

BRAUDEL, F. (1985). *La dinámica del capitalismo*. Fondo de Cultura Económica. Bogotá, 1997.

_____ (1979a). *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV-XVIII*. Tomo I: "Las estructuras de lo cotidiano: lo posible y lo imposible". Alianza Editorial. Madrid, 1989.

_____ (1979b). *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV-XVIII*. Tomo II: "Los juegos del intercambio". Alianza Editorial. Madrid, 1989.

_____ (1979c). *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV-XVIII*. Tomo III: "El tiempo del mundo". Alianza Editorial. Madrid, 1989.

_____ (1974). *Civilización material y capitalismo*. Editorial Labor. Barcelona, 1984.

_____ (1968). *Las civilizaciones actuales*. Editorial Tecno S.A. Madrid, 1989.

BUITRAGRO, A. (2006). "Rodeados por las murallas. Conflictos por el territorio en La Boquilla, Cartagena". En: *Memorias. Revista digital de histo-*

ria y arqueología desde el Caribe. Primer semestre. Vol. 3. Número 5. Universidad del Norte. Barranquilla. Consultada en línea: septiembre 2/2012. Disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=85530504>

BURGOS, S. (2008). *La soledad del Papayal*. Inédito.

_____ (2007, marzo 25). “A la sombra de Transcaribe”. En: *Periódico El Universal*. P. 8A.

_____ (2006, mayo 7). “Hay asistencia, pero son más los problemas”. *Periódico El Universal*. P. 6A.

CALINESCU, M. (1991). *Cinco caras de la modernidad*. Tecnos. Madrid.

CÁMARA DE COMERCIO DE CARTAGENA. (2012). “Cartagena emprende cultura” (en línea). Consultado en mayo 11/2012. Disponible en: <http://cccartagena.org.co/cultura-proyecto.php>

CAMACOL. (2012). *Edifikando, revista de la construcción sostenible*. Edición número 1. Cartagena de Indias.

CANAVESE, M. (2006). Entrevista a David Harvey: La ciudad como cuerpo político. *Revista Ñ* (en línea). Buenos Aires. Recuperado septiembre 8/2010. Disponible en: http://www.kaosenlared.net/noticia.php?id_noticia=28304

CANTÓN, C. & RUIZ, J.A. (2005). “Investigación y realidad social. Una reflexión epistemológica”. En: BERGANZA, M.R & RUIZ J.A. *Investigar en comunicación: guía práctica de métodos y técnicas de investigación social en comunicación* (pp. 3-18). McGraw-Hill Interamericana de España. Madrid.

CARRILLO, G. (2006). La ciudad latinoamericana: constitución cultural. En: *Espacios Públicos*. Pp. 367-375. Universidad Autónoma del Estado de México. Toluca. En línea. Recuperado en mayo 23/2011. Disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/676/67601722.pdf>

CARTA MUNDIAL POR EL DERECHO A LA CIUDAD: Foro Social de las Américas (Quito), julio de 2004; Foro Social Urbano (Barcelona), octubre de 2004; Foro Social Mundial (Porto Alegre), enero de 2005. Revisión previa a Barcelona, septiembre de 2005.

CARTAGENA CÓMO VAMOS. (2012). *Evaluación ciudadana a la calidad de vida 2011*. Recuperado en agosto 13/2012. Disponible en: http://www.cartagenacomovamos.org/temp_downloads/calidad-de-vida-2011.pdf

_____ (2009) Resultados de la encuesta de percepción ciudadana. Recuperado en diciembre 10/2009. Disponible en: [http://cartagenacomovamos.org/temp_downloads/Resumen%20Ejecutivo%20EPC%202009\[1\].pdf](http://cartagenacomovamos.org/temp_downloads/Resumen%20Ejecutivo%20EPC%202009[1].pdf)

CASANOVAS, LI. (Coord.) (2009). *Ciudad heterogénea, diversa y desigual*. Observatorio de Derechos Sociales y Desarrollo. Cartagena.

CASANOVAS, LI. & ARNAIZ, C. (2010). *Las mujeres y el mercado laboral en Cartagena de Indias. Una mirada a los derechos laborales de las mujeres de los sectores populares*. Observatorio de Derechos Sociales y Desarrollo. Cartagena de Indias.

CASTELLS, M. (1997). *La era de la información: economía, sociedad y cultura. Vol. II. El poder de la identidad*. Siglo XXI Editores. México, 1999.

_____ (1981). *Capital multinacional, estados nacionales y comunidades locales*. Siglo XXI Editores. México

_____ (1972). *La cuestión urbana*. Editorial Siglo XXI. México. 1982.

_____ (1971). *Problemas de investigación en sociología urbana*. Siglo XXI Editores. México. 2001.

CENAC (Centro de estudios de la construcción y el desarrollo urbano y regional). (2008). *Plan maestro de vivienda del Distrito de Cartagena*.

CHACÓN, F. (2010). *Hábitat-centralidad. Relación determinada por la transformación. Problematización del fenómeno en centralidades conformadas a partir de centros comerciales*. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

CHICA, R. (2012). *Cine, cultural popular y educación en Cartagena. 1936-1957*. Tesis doctoral en Ciencias de la Educación. Universidad de Cartagena y Rudecolombia.

_____ (2011). *Memoria radial solle. Dinámicas urbanas, música mundo e identidad juvenil en los sectores populares de Cartagena. 1975-1985*. Editorial Universitaria. Universidad de Cartagena. En línea: <http://unicartagena.edu.co/publicaciones/libromemoriaradialsolle.pdf>

_____ (2005). *¿Quién cogió Universal hoy? Prensa y sectores populares en Cartagena*. Ediciones Tecnológica de Bolívar. Cartagena.

CHICA, R. & BURGOS, S. (2010). *El fantasma urbano de Samir Beetar*. Editorial Universitaria. Universidad de Cartagena.

_____ (1936). *Los orígenes de la civilización*. Fondo de Cultura Económica. México, 1997. Título original: *Man makes himself*.

CIDER. (2011, septiembre 16). “No se trata de una súper herramienta para reducir la pobreza. Es tan solo el nuevo Índice de Pobreza Multidimensional” (en línea). Consultado en julio 10/2012. Disponible en: http://debates-obrepobrezas.uniandes.edu.co/Historial_Expertos/105_Expertos_superherramienta_16092011.asp?id=105

CLEMENTE, I. (1989). La revolución francesa como revolución burguesa: Albert Soboul y Michel Vovelle. En: *Historia crítica*, Número 2 (pp. 23-44). Universidad de los Andes. Bogotá. En línea. Recuperado en septiembre 22/2009. Disponible en: <http://historiacritica.uniandes.edu.co/view.php/41/index.php?id=41>

COLOM, F. (1998). *Razones de identidad. Pluralismo cultural e integración política*. Editorial Anthropos. Barcelona.

COMITÉ INTERNACIONAL DE LA CRUZ ROJA. (2007). *Una mirada a la población desplazada en ocho ciudades de Colombia: respuesta institucional local, condiciones de vida y recomendaciones para su atención*. CICR. Bogotá.

CORTÉS, C. (1997). “La comunicación al ritmo del péndulo: Medio siglo en busca del desarrollo. Bogotá y Quito: MIMEO.

CRUZ, B. (2012). “Política pública de mujeres y género en Cartagena: un desafío por cumplir”. En: *Anaqueles de ciudadanía número 10: Mujeres, política y vida*. Pp. 12-13. Observatorio de Derechos Sociales y Desarrollo. Cartagena de India

CUNIN, E. (2007). “El turismo en Cartagena. Vendo, luego excluyo”. En: *Revista Noventaynueve*. Núm. 7. Pp. 35-39. Cartagena de Indias.

_____ (2006). Escápate a un mundo... fuera de este mundo: turismo, globalización y alteridad. Los cruceros del Caribe en Cartagena de Indias. *Boletín de Antropología* Número 20 (pp. 131-151). Universidad de Antioquia. Recuperado agosto 20/2009. Disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/557/55703707.pdf>

_____ (2003): *Identidades a flor de piel. Lo “negro” entre apariencias y pertenencias: categorías raciales y mestizaje en Cartagena (Colombia)*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Universidad de los Andes, Instituto Francés de Estudios Andinos, Observatorio del Caribe Colombiano. Bogotá.

DANE. (2012a, mayo 2). Encuesta anual manufacturera. Boletín de Prensa. Bogotá. Recuperado en junio, 8/2012. Disponible en: http://www.dane.gov.co/files/investigaciones/boletines/eam/bolet_eam_2010.pdf

DANE. (2012b, mayo 17). Pobreza en Colombia. Comunicado de prensa. Bogotá. Recuperado en septiembre 12/2012. Disponible en: https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/condiciones_vida/pobreza/cp_pobreza_2011.pdf

DAVIS, M. (2004) Planeta de ciudades-miseria. *New Left Review*, n° 26 (en línea), edición española. Recuperado el 30 de julio/2009. Disponible en: <http://www.scribd.com/doc/16190752/Davis-Mike-Planeta-de-ciudades-miseria-NLR-n-26-2004>

DAVIS, R (1973). *La Europa Atlántica. Desde los descubrimientos hasta la industrialización*. Siglo XXI Editores. Madrid, 1976.

DEÁVILA, O. (2008). *Políticas urbanas, pobreza y exclusión social en Cartagena: el caso de Chabacú 1956-1971*. Universidad de Cartagena. Facultad de Ciencias Humanas. Tesis de historia.

DEBORD, G. (1967). *La sociedad del espectáculo*. Ediciones Naufragio.

DE CERTEU, M. & GIARD, L. (1999). *La invención de lo cotidiano*. Tomo I y Tomo II. Editorial Universidad Iberoamericana. México DF.

DE GIORGI, A. (2002). *El gobierno de la excedencia. Postfordismo y control de la multitud*. Editorial Traficantes de Sueños. Madrid, 2006.

DE ROUX, G. (2010). *Políticas públicas para el avance de la población afrocolombiana: revisión y análisis*. Proyecto regional “Población afrodescendiente de América Latina. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

DEL OLMO, C. & RENDUELES, C. (2007). “Entrevista a David Harvey. Las grietas de la ciudad capitalista”. *Cuadernos del Cendes*. Pp. 131-138. Mayo-agosto. En línea. Recuperado en marzo 10/2010. Disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=40306505#>

DÍAZ, J. (2011, abril 2). “Cartagena abre las puertas a la industria plástica”. En: *Portafolio*. Revisado en línea, en diciembre de 2011. Disponible

en: <http://www.portafolio.co/negocios/cartagena-abre-las-puertas-la-industria-plastica-0>

DÍAZ, Y. & FORERO, G. (2006) Exclusión racial en las urbes de la Costa Caribe colombiana. *Documentos Instituto de Estudios Económicos del Caribe N°25* (en línea). Universidad del Norte. Barranquilla. Recuperado noviembre 19/2010. Disponible en: <http://hdl.handle.net/10584/1205>.

DINERO (2012, agosto 23). “En Cartagena está el metro cuadrado más costoso”. Consultado en línea. Disponible en: <http://www.dinero.com/negocios/articulo/en-cartagena-esta-metro-cuadrado-mas-costoso/157867>

DUBE, S.; BANERJEE, I. & MIGNOLO, W. (Coord.) (2004). *Modernidades coloniales: otros pasados, historias presentes*. El Colegio de México. México.

DOMINGUES. J. (2008). *La modernidad contemporánea en América Latina*. Siglo XXI Editores. Argentina, 2009.

DURÁN, C. (2010). “El laboratorio de Barú: Frankenstein o la utopía de un megaproyecto de ordenamiento territorial en el Distrito Turístico de Cartagena de Indias”. En: Serge, Margarita (coord.). *Desarrollo y conflicto. Territorio, recursos y paisajes en la historia oculta de proyectos y políticas*. Bogotá. Universidad de los Andes CESO. 2010.

_____ (2007) *¿Es nuestra isla para dos? Conflicto por el desarrollo y la conservación en Islas del Rosario*. Bogotá, Ediciones Uniandes.

DUSSEL, E. (2000). “Europa, modernidad, eurocentrismo”. En: LANDER, E. (ed.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Pp.41-53. Clacso. Buenos Aires.

_____ (1992). *1492. El encubrimiento del otro. Hacia el origen del mito de la modernidad*. Plural. La Paz, 1994.

EAGLETON C. & WILLIAMS, J. (1997). *La historia del dinero*. Editorial Paidós. Madrid 2009. (En línea). Recuperado en marzo 18/2011. Disponible

en: <http://books.google.com.co/books?hl=es&lr=&id=l1E4dgkKhfgC&oi=fnd&pg=PA7&dq=historia+del+dinero&ots=z6Fp7hv1q3&sig=rm0Tmgs-4CbSPUJUfjN0C1numiEY#v=onepage&q&f=false>

El UNIVERSAL. (2009, septiembre 1). “El tabú del orden urbano”. Editorial.

ESCOBAR, A. (2007). *La invención del tercer mundo. Construcción y desconstrucción del desarrollo*. Fundación Editorial El Perro y La Rana. Caracas.

ESPAÑA, I. & SÁNCHEZ, F. (2010). *Industrialización regional, café, y capital humano en Colombia en la primera mitad del siglo XX*. Facultad de Economía, Universidad de los Andes. Documento en línea. Recuperado, noviembre 8/2011. Disponible en: http://economia.uniandes.edu.co/investigaciones_y_publicaciones/CEDE/Publicaciones/documentos_cede/2010/Industrializacion_regional_cafe_y_capital_humano_en_la_primera_mitad_del_siglo_XX_en_Colombia

ESPINOSA, A. (2012, enero 19). “Cartagena musical y polifacética”. En: El Tiempo. Revisado en línea. Disponible en: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-10963381>

ESPINOSA, E. A. (2007). “El Centro: *for sale*”. En: *Revista Noventay-nueve*. Núm. 7. Pp. 6- 19). Cartagena de Indias.

FIGUEROA, H. (2102, enero 5). “Desarrollo en Chambacú ‘va duéla-le a quien le duela’”. En: *Periódico El Universal*. Revisado en línea. Enero 6/2012. Disponible en: <http://www.eluniversal.com.co/cartagena/economica/desarrollo-en-chambacu-va-duelale-quien-le-duela-59736>

_____ (2011, abril 13). “Megaproyecto de salud, en Marbella”. *Periódico El Universal*. Cartagena. Revisado en línea. Agosto 8/2012. Disponible en: <http://www.eluniversal.com.co/cartagena/economica/megaproyecto-de-salud-en-marbella-19269>

_____ (2011b, febrero 22). “‘Boom’ de centros comerciales en Cartagena”. En. *Periódico El Universal*. Cartagena. Revisado en línea. Julio 5 de 2012. Disponible en: <http://www.eluniversal.com.co/cartagena/economica/boom-de-centros-comerciales-en-cartagena-10764>

FLORES, P. (2010). *Ciudad, lugar y subjetividad en las tres películas de Sofia Coppola*. Tesis doctoral en Estudios Culturales. Universidad de Sevilla.

_____ (2004). *La ciudad europea o los desplazamientos del centro*. Ediciones Uninorte. Barranquilla.

FLORES, P. & CRAWFORD L. (2006). América Latina, la ciudad negada. En: *Investigación y Desarrollo*, número 14. Universidad del Norte. Barranquilla.

_____ (2003). La postmodernidad o la puesta en escena de la minoría (de edad). En: *Eidos: Revista de Filosofía*, pp. 62-76.

_____ (2001). La ciudad en América Latina o la construcción simbólica de una mirada que nos re-presente. *Revista de Estudios Sociales N°10*. Universidad de Los Andes. Bogotá. En línea. Recuperado en diciembre 24/2008. Disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/815/81501005.pdf>.

FONSECA, I. (2012). *Racismo: miradas cruzadas*. Editorial Universitaria, Universidad de Cartagena.

FORO SUR-SUR. (2012). “Documento de base para el debate - Hacia una plataforma intelectual sur-sur de ciencias sociales”. Foro Sur-Sur: Ciencias Sociales y Colonialidad del Poder. Teoría y Praxis. Agosto 6 de 2012. Buenos Aires. Disponible en: <https://sites.google.com/site/forosursurcienciassociales/home/documento-en-debate>

FRANK, A.G. (1970). *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*. Siglo XXI editores. México, 1982.

FURTADO, C. (1961). *La economía latinoamericana. Formación histórica y problemas contemporáneos*. Siglo XXI Editores. México, 1985.

GALVIS, L. & MEISEL, A. (2011). “Persistencia de las desigualdades regionales en Colombia: Un análisis espacial”. En: Bonilla, L. (Ed.). *Dimensión regional de las desigualdades en Colombia*. Banco de la República. Bogotá.

GALVIS, L. & MEISEL, A. (2001). “Crecimiento económico de las ciudades colombianas y sus determinantes, 1973-1998. En: Meisel, A. (Ed.). *Regiones, ciudades y crecimiento económico en Colombia*. Banco de la República. Bogotá.

GARCELÁN, M. & otros (2010). La educación universitaria en el centro del conflicto. En: *La universidad en el centro del conflicto. Capturas y fugas en el mercado global del saber*, pp. 13 -40. Editorial Traficantes de Sueños. Villatuerta. En línea. Recuperado en diciembre 3/2010. Disponible en: http://www.traficantes.net/index.php/trafis/editorial/catalogo/coleccion_mapas/la_universidad_en_conflicto_capturas_y_fugas_en_el_mercado_global_del_saber.

GARCÍA, L. (2001). “Elitización: Propuesta en español para el término *gentrificación*”. En: *Biblio 3W. Revista bibliográfica de geografía y ciencias sociales*. Universidad de Barcelona. Vol. VI, número 332.

GAY, P. (2007). *Modernidad. La atracción de la herejía de Baudelaire a Beckett*. Ediciones Paidós Ibérica S.A. Barcelona.

GEU (Grupo de estudios urbanos). (2010). Macroproyecto para la recuperación integral del Cerro de la Popa. Informe de diagnóstico – contrato consultoría 1521 de 2009. Grupo de Estudios Urbanos.

GIAIMO, S. (2012). “La entrada al mundo”. En: *Revista Pórtico*. Publicación de la Sociedad Portuaria de Cartagena. P. 32. Ediciones Semana.

_____ (1999). “Cartagena de Indias, sobrellevando la crisis. Re-latoría del taller ¿Cómo es Cartagena al final del siglo XX?”. En: *Cuadernos regionales*. Número 7. Observatorio del Caribe Colombiano. Cartagena.

GÓMEZ, C. (2010). “Los beneméritos de la tierra. Oro, conquista y poder en Cartagena de Indias 1532-1560”. En: Calvo, H. & Meisel, A. (Ed.). *Cartagena de Indias en el siglo XVI*. Banco de la República. Cartagena.

GORELIK, A. (2002). “Imaginaris urbanos e imaginación urbana: para un recorrido por los lugares comunes de los estudios culturales urbanos”. En: *Eure*. Vol. 28. Número 83. Pontificia Universidad Católica de Chile. Disponible en http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0250-71612002008300008&script=sci_arttext. Recuperado en 5 de mayo de 2012.

GRAHN, L. (2005). “Comercio y contrabando en Cartagena de Indias en el siglo XVIII”. En: Calvo, H. & Meisel, A. *Cartagena de Indias en el siglo XVIII*. Banco de la República, Cartagena.

GREIMAS, A. J. (1970). “For a topological semiotics”. En: *The city and the sign*. . Pp. 25-54. Columbia University Press. Nueva York ed.

GUATTARI, F. (2004). *Plan sobre el planeta*. Editorial Traficantes de Sueños. Madrid.

GUERRA, F. (1992). *Modernidad e independencia. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. Editorial Mafre. Madrid.

GUTIÉRREZ, R. (1983). *Modernismo. Supuestos históricos y culturales*. Fondo de Cultura Económica. Bogotá, 2004.

HABERMAS, J. (1991). Modernidad versus postmodernidad. En: VI-VIESCAS, F. & GIRALDO, F. (Comp.) *Colombia: el despertar de la modernidad*, pp. 17-31). Ediciones Foro Nacional por Colombia. Bogotá, 1998.

_____ (1984). *Ciencia y técnica como ideología*. Editorial Tecnos. Madrid, 2010.

HARVEY, D. (2011). "The end of capitalism". Dr. S.T. Lee Distinguishe Lectura Series in Humanities. Penn Humanities Forum. Londres. Recuperado en enero 12/2012. Disponible en <http://www.youtube.com/watch?v=EYzK-siev43Q&feature=related>

_____ (2011). *The enigma of capital: and the crises of capitalism*. Profile Books.

_____ [Reading Marx's Capital with David Harvey]. (2010a, 10, 27). Class 01 Reading Marx's Capital Vol I with David Harvey [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=gBazR59SZXk>

_____ (2010b). "Organizarse para la transición anticapitalista". En: *Crítica y Emancipación*. Número 4. Pp. 167-193.

_____ (2009). "El Derecho a la ciudad como alternativa al neoliberalismo". Conferencia en el marco del Fórum Social Mundial 2009, en Belém do Pará (Brasil), Seminario "Luchas por la reforma urbana: el derecho a la ciudad como alternativa al neoliberalismo". Versión resumida. En línea. Recuperada en marzo 15/2012. Disponible en: <http://infoinvi.uchilefau.cl/index.php/reforma-urbana-el-derecho-a-la-ciudad-como-alternativa-al-neoliberalismo/>

_____ (2006). *París, capital de la modernidad*. Ediciones Akal. Madrid, 2008.

_____ (2005). *Breve historia del capitalismo*. Ediciones Akal. Madrid, 2007.

_____ (2000). *Espacios de esperanza*. Ediciones Akal. Madrid, 2003.

_____ (1990). *La condición de la postmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Amorrortu. Buenos Aires, 2004.

_____ (1973). *Urbanismo y desigualdad social*. Siglo Veintiuno Editores. España, 1977. Título original: *Social justice and the city*.

HELIG, A. (2004). “Constituciones y prácticas sociopolíticas de las minorías de origen africano”. En: ARROCHA, J. (Comp.) (2004). *Utopías para excluidos: el multiculturalismo en África y América Latina*. Pp. 23-45. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

HELLER, A. (1993). “Omnívora modernidad”. En *Revista de Filosofía 3ra época*. Vol. VIII. Número 13. Pp. 85-102. Universidad Complutense de Madrid. Madrid, 1995.

HERNÁNDEZ, A. (2010). *Agenda Caribe: Propósito Colectivo*. Observatorio del Caribe Colombiano. Cartagena de Indias.

HERNÁNDEZ, G. (2011, agosto 16). “Ciudad deportiva, el desafío”. En: periódico El Universal. Cartagena. Revisada en línea. Disponible en: <http://www.eluniversal.com.co/columna/ciudad-deportiva-el-desafio>

HOBSBAWM, E. (1994). *Historia del siglo XX*. Editorial Grijalbo Mondadori. Buenos Aires, 1998.

_____ (1991). *La era de la revolución (1978-1848)*. Editorial Labor Universitaria. Barcelona.

HORKHEIMER, M. & ADORNO, T. (1944/1969). *Dialéctica de la ilustración. Fragmentos filosóficos*. Editorial Trotta. Valladolid, 1998.

HUNTER, J. & YATES, J. (2002). “A la vanguardia de la globalización: El mundo de los globalizadores estadounidenses”. En: BERGER, P. & HUNTINGTON, S. (Comp.) *Globalizaciones múltiples. La diversidad cultural en el mundo contemporáneo*. Pp. 400. Editorial Paidós. Buenos Aires.

IBAÑEZ, A.M. & MOYA, A. (2007). *La población desplazada en Colombia: examen de sus condiciones socioeconómicas y análisis de las políticas actuales*. Departamento Nacional de Planeación. Bogotá.

IPREG (2010). *Diagnóstico del Distrito de Cartagena en materia de ordenamiento territorial. Prediagnóstico componente socioeconómico*. Instituto de Políticas Públicas, Regional y de Gobierno. Universidad de Cartagena.

JAMESON, F. (2002). *Una modernidad singular. Ensayos sobre la ontología del presente*. Editorial Gedisa. Barcelona, 2004.

_____ (1998). *Sobre los "estudios culturales"*. En: Jameson, F. y Zizek, S., *Estudios culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*, cap. I, Paidós, Espacios del saber n° 6. Argentina, 1998. Pp.69-136.

_____ (1991). *Teoría de la postmodernidad*. Editorial Trotta. Valladolid, 1998. Título original: *Cultural logic of the late capitalism*.

JARAMILLO, R. (2010). "Cartografía de Cartagena colonial". En: Calvo, H. & Meisel, A. (Ed.). *Cartagena de Indias en el siglo XVI*. Banco de la República. Cartagena.

KALMANOVITZ, S. (2001). "Constitución y modelo económico" Preparado para el Seminario: Diez años de la Constitución colombiana, 1991-2001. Debate de Evaluación. Facultad de Derecho, Universidad Nacional e ILSA. En línea. Recuperada en septiembre 24 de 2011. Disponible en: <http://www.banrep.gov.co/documentos/presentaciones-discursos/pdf/cmodelo.pdf>

LADERO, M.A. (1991). "El horizonte histórico español de cara al nuevo mundo". En: *Medievalismo. Revista de la sociedad española de estudios medievales* número 1, pp-13-33. Recuperado en julio 1/2011. Disponible en: <http://revistas.um.es/medievalismo/article/view/49991/47891>

LANE, K. (2010). "Corsarios, piratas y la defensa de Cartagena de Indias en el siglo XVI". En: Calvo, H. & Meisel, A. (Ed.). *Cartagena de Indias en el siglo XVI*. Banco de la República. Cartagena.

LARA, D. (2011): *Dinámicas socioculturales en la tarimización de la cultura gaitera en la zona de Ovejas, Sucre*. Cartagena de Indias.

LECHINI, G. (2008). Comp. *Los estudios afroamericanos y africanos en América Latina. Herencia, presencia y visiones del otro*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. Argentina.

LEFEBVRE, H. (1970). *La revolución urbana*. Alianza Editorial. Madrid. 1980.

_____ (1968). *El derecho a la ciudad*. Ediciones 62. Barcelona, 1969. Título original: *Le droit à la ville*.

_____ (1961). *Introducción al marxismo*. Editorial Hacer. Barcelona. 1983.

LIPOVETSKY, G. (2006). *La felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad del hiperconsumo*. Editorial Anagrama. Barcelona, 2007.

_____ (1987). *El imperio de lo efímero*. Editorial Anagrama. Barcelona, 1996.

_____ (1983). *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Editorial Anagrama. Barcelona, 2010.

LIPOVETSKY, G. & CHARLES, S. (2004).) *Los tiempos hipermodernos*. Editorial Anagrama. Barcelona, 2006.g

LIPOVETSKY, G. & ROUX, E. (2003) *El lujo eterno. De la era de lo sagrado al tiempo de las marcas*. Editorial Anagrama. Madrid. 2004.

LIZCANO, E. (2006). *Metáforas que nos piensan. Sobre ciencia, democracia y otras poderosas ficciones*. Editorial Traficantes de Sueños.

LÓPEZ, L. (2010). Resultados del censo económico de Cartagena, 2010 (en línea). Recuperado en mayo 7/2012. Disponible en: http://www.cccartagena.org.co/docs/20110725175244_n_Presentacion%20resultados%20censo.pdf

LÓPEZ, L. & VILLADIEGO, P. (2011). *Las 200 empresas más grandes de Cartagena 2010*. Centro de Estudios para el Desarrollo y la Competitividad – CEDEC. Cámara de Comercio de Cartagena.

LULLER, T. & PAQUETTE, C. (2007). “Los grandes centros comerciales y la planificación urbana, un análisis comparativo de dos metrópolis lati-

noamericanas”. En: *Estudios demográficos y urbanos*. Mayo agosto. Vol. 2. Pp. 337-361. El Colegio de México. México.

MANDEL, E. (1977). *Introducción al marxismo*. Versión digital. Recuperado en: noviembre 22/2010. Disponible en: <http://www.ernestmandel.org/es/escritos/>

_____ (1972). *El capitalismo tardío*. Ediciones Era. México, 1979.

MARGOT, J.P. (1999). *Modernidad, crisis de la modernidad y postmodernidad*. Universidad del Valle. Cali, 2008. 24 de mayo, Banco de la República, Bogotá.

MARTÍN, E. (2009). “Habitus”. En: Román Reyes (Dir.): *Diccionario crítico de ciencias sociales. Terminología científico-social*, Tomo 1/2/3/4, Ed. Plaza y Valdés, Madrid-México 2009. En línea. Consultado en junio 7/2012. Disponible en: <http://www.ucm.es/info/eurotheo/diccionario/H/habitus.htm>

MARTÍN-BARBERO, J. (2011). “Contexto público: multiculturalismo vs universalismo en la Constitución de 1991”.

_____ (2002). *Oficio de cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura*. Fondo de Cultura Económica. Santiago.

_____ (2000). “La ciudad: entre medios y miedos”. En: Rotker, S. (Ed.). *Ciudadánías del miedo*. Editorial Nueva Sociedad. Caracas.

MARTÍNEZ, R. (2006). ¿Es la alienación una problemática marxista? Un desafío para repensar el marxismo en el nuevo milenio. III Conferencia Internacional. La obra de Carlos Marx y los desafíos del siglo XXI. La Habana, 3 al 6 de mayo (paper). Recuperado en mayo 23 de 2011. Disponible en: http://www.nodo50.org/cubasigloXXI/congreso06/conf3_martinez.pdf

MARX, K. (1867/1946). *El Capital. Crítica de la economía política. V.1* Fondo de Cultura Económica. México, 1994.

MARX, K. & ENGELS, F. (1885/1946). *El Capital. Crítica de la economía política. VII*. Fondo de Cultura Económica. México, 1994.

MARX, K. & ENGELS, F. (1848). *Manifiesto comunista*. Escuela de Filosofía Universidad Arcis. Edición electrónica. Recuperado en julio 11/2010. Disponible en: <http://www.philosophia.cl/biblioteca/Marx/El%20manifiesto%20comunista.pdf>

MATTELART, A. & MATTELART M. (1995). *Historia de las teorías de la comunicación*. Editorial Paidós. Buenos Aires, 1997.

MEISEL, A. (2012, marzo 16). “Trinca contra la educación”. En: *Periódico El espectador*. Consultado en línea en junio 7/2012. Disponible en: <http://www.elespectador.com/impreso/opinion/columna-332835-trinca-contra-educacion>.

_____ (2005). “¿Situado o contrabando?: la base de la economía de Cartagena de Indias y el Caribe neogranadino a fines del siglo de las luces”. En: Calvo, H. & Meisel, A. *Cartagena de Indias en el siglo XVIII*. Banco de la República, Cartagena.

_____ (1999a). “Por qué perdió la Costa Caribe el siglo XX”. En: *Documentos sobre economía regional*. Número 7. Banco de la República. Cartagena de Indias.

_____ (1999b). “Cartagena 1900-1950: a remolque de la economía nacional”. En: *Cuadernos de historia económica y empresarial*. Número 4. Banco de la República. Cartagena de Indias.

MEISEL, A. & AGUILERA, M. (2004). La economía de Cartagena y los beneficios de la apertura. Presentación. [En línea]. Recuperada en enero 22/2012. Disponible en: <http://www.banrep.gov.co/documentos/publicaciones/pdf/Cartagena-Economia-sigloXX.pdf>

MEDINA, F. (1997). El centro comercial: Una burbuja de cristal. En: *Diálogos de la Comunicación, No.50*, Lima. Recuperado en julio 15/2009.

Disponible en: http://www.dialogosfelafacs.net/dialogos_epoca/pdf/50-08FedericoMedina.pdf

MIGNOLO, W. (2000). “La colonialidad a lo largo y a lo ancho: El hemisferio occidental en el horizonte colonial de la modernidad”. En: LANDER, E. (ed.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Pp. 55-82-246. Clacso. Buenos Aires.

MINISTERIO DE TRANSPORTE DE COLOMBIA. (2011a). Sistema integral nacional de información de carreteras. Servicio en línea. Consultado en abril 20/2012. Disponible en: <http://web.mintransporte.gov.co/sinc/#>

_____ (2011b). *Informe consolidado año 2010. Movimiento de carga en los puertos marítimos colombianos*. Oficina de Planeación, Superintendencia de Puertos y Transporte. Bogotá.

MIRALLES, A. (2001). *Comunicación para el desarrollo urbano*. Colección Vox Civis, UNESCO. Disponible en: <http://www2.metodista.br/unesco/PCLA/revista9/documentos%209-13.htm>

MOGOLLÓN, P. (2012). “6 razones para ser líder”. En: *Revista Pórtico*. Publicación de la Sociedad Portuaria de Cartagena. P. 32. Ediciones Semana.

MOLANO, A. (2012, marzo 10). “Destierro de nativos en Cartagena”. En: *Periódico El Espectador*. Consultado en línea en marzo 10/2012. Disponible en: <http://www.elespectador.com/impreso/nacional/articulo-331626-destierro-de-nativos-cartagena>

_____ (2011). “Bolívar: desarrollo y conflictos”. Seminario Desarrollo, territorio y conflicto. Aproximaciones al modelo de desarrollo en el departamento de Bolívar. Observatorio de Derechos Sociales y Desarrollo y Alianza Mujeres y Calidad de Vida. Cartagena de Indias. Noviembre 3 (paper).

MONTERO, P. (2011). “La Boquilla frente al modelo de desarrollo”. En: *Anaqueles de ciudadanía*. Número 8. Pp. 10-11. Observatorio de Derechos Sociales y Desarrollo. Cartagena de Indias.

MONTES, M. (2011a, agosto 11). “El Centro se renueva”. En: *El Universal*. Consultada en línea, en septiembre 5/2011. Disponible en: <http://www.eluniversal.com.co/cartagena/local/el-centro-se-renueva-37700>

_____ (2011b, junio 14). “Centro Histórico quedará renovado en diciembre”. En: *El Universal*. Consultado en línea, en septiembre 5/2011. Disponible en: <http://www.eluniversal.com.co/cartagena/local/centro-historico-quedara-renovado-en-diciembre-29137>

MORELOS, O. (2012). *Análisis de comportamiento del comercio exterior de Bolívar, 2011*. Centro de Estudios para el Desarrollo y Competitividad. Cámara de Comercio de Cartagena.

MORENO, P. & GONZÁLEZ, E. (2011). *Juventud urbana en Cartagena: de los riesgos a las oportunidades*. Fundación Manos Visibles. Cartagena de Indias.

MORRIS, A. (1984). *Historia de la forma urbana. Desde sus orígenes hasta la revolución industrial*. Editorial Gustavo Gili. Barcelona.

MOSQUERA, C. (1999). “Las familias de los sectores populares de Cartagena”. En: *Revista Agüaita*. Núm. 1. Pp. 56-71. Observatorio de Caribe Colombiano. Cartagena de Indias.

MUJICA, M. (2005). “Entrevista a Armando Silva: Ser santiaguino o porteño es, primero, un deseo”. En: *Bifurcaciones* [en línea]. Núm. Consultada en julio 3/ 2010 en <http://www.bifurcaciones.cl/004/Silva.htm>

_____ (1961). *La ciudad en la historia: Sus orígenes, transformaciones y perspectivas*. Versión castellana E.L. Revol. Ediciones Infinito. Buenos Aires, 1966. Título original: *The city in history*.

MÚNERA, A. (2005). *Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano*. Editorial Planeta.

_____ (1998). *El fracaso de la nación. Clase y raza en el Caribe colombiano (1717-1810)*. Banco de la República, Áncora Editores. Bogotá.

_____ (1996). “El Caribe Colombiano en la república andina: Identidad y autonomía política en el siglo XIX”. En: *Boletín Cultural y Bibliográfico*. Vol. 33. No 41. Pp. 29-49. Bogotá.

MUNIZAGA, G. (1999). *Las ciudades y su historia*. Ediciones Universidad Católica de Chile.

MUÑOZ, F. (2008). *Urbanización: Paisajes comunes, lugares globales*. Gustavo Gili. Barcelona.

Museo del Holocausto de Houston. “Preguntas que se hacen frecuentemente”. Recuperado de la página web de las Naciones Unidas, en mayo 18/2012. Disponible en: <http://www.un.org/en/holocaustremembrance/docs/FAQ%20Holocaust%20SP%20El%20Museo%20del%20Holocausto%20de%20Houston.pdf>

NAVARRO, L. (2010). *Entre esferas públicas y ciudadanías*. Ediciones Uninorte. Barranquilla.

NEGRI, A. (2012). *Marx, la biopolítica y lo común*. Instituto Latinoamericano para una Sociedad y un Derecho Alternativo. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

NEWSON, L. & MINCHIN, S. (2007). “Cargazones de negros en Cartagena de Indias en el siglo XII: Nutrición, salud y mortalidad”. En: *Cartagena de indias en el siglo XVII*. Meisel, A. & Calvo, H. (Ed.). *Cartagena de Indias en el siglo XVII*. Banco de la República. Cartagena.

NICOLINI, A. (2005). La ciudad hispanoamericana, medieval, renacentista y americana. En: *Atrio. Revista de Historia del Arte*. Pp. 27-36. Uni-

versidad Pablo de Olavide. Sevilla. En línea. Recuperado en enero 28/2011. Disponible en: <http://www.upo.es/depa/webdhuma/areas/arte/atrio10/03.pdf>

_____ (2001). La ciudad hispanoamericana en los siglos XVII y XVIII. En: *III Congreso internacional del barroco iberoamericano, Territorio, arte, espacio y sociedad*, o al 12 de octubre 2001. Edic. Universidad Pablo Olavide, II Volumen. Pp. 1287-1302. Sevilla. En línea. Recuperado en enero 28/2011. Disponible en: <http://www.fba.unlp.edu.ar/historiadelasartes2/textos/Urbanismo%20en%20iberoamerica.pdf>

NOVOA, E. (2010). *La metamorfosis de la cuestión espacial en Colombia*. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

ODESDO. (2011a). “Una aproximación sociodemográfica a la población afrocartagenera”. En: *Anaqueles de Ciudadanía. Dinámica urbana y población afrocolombiana*. Número 7. Pp. 4-9 Observatorio de Derechos Sociales y Desarrollo. Cartagena de Indias.

_____ (2011b). “Panorama de la población afrocolombiana en la zona rural”. En: *Anaqueles de Ciudadanía*. Número 8. Pp. 4-9. Observatorio de Derechos Sociales y Desarrollo. Cartagena de Indias.

_____ (2011). *Situación del derecho de las mujeres a una vida libre de violencias en Cartagena de Indias 2010*. Observatorio de Derechos Sociales y Desarrollo. Cartagena de Indias.

_____ (2010). “El empleo y el trabajo decente y productivo para la juventud: Una asignatura pendiente en la ciudad”. En: *Anaqueles de Ciudadanía*. Número 5. Pp. 10-11. Observatorio de Derechos Sociales y Desarrollo. Cartagena de Indias.

_____ (2010b). “Nuevos discursos y viejos estilos”. En: *Anaqueles de Ciudadanía*. Número 6. Pp. 15-16.

ORTIZ, J. (2003). “Espacio público, entre la democracia y la fragmentación. Una larga historia de trato y maltrato”. En: *Revista Aguaita*. Núm. 9. Observatorio del Caribe Colombiano.

_____ (2001). “Modernización y desorden en Cartagena, 1911-1930: Amalgama de ritmos”. En: Buenahora, G., Ortiz J., Quiroz, P., & Román, R. *Desorden en la plaza. Modernización y memoria urbana en Cartagena*. Pp. 83-117. Instituto Distrital de Cultura. Cartagena.

ORTIZ, R. (1996). *Otro territorio. Ensayos sobre el mundo contemporáneo*. Convenio Andrés Bello. Bogotá. 1998.

_____ (1994). *Mundialización y cultura*. Convenio Andrés Bello. Bogotá, 2004.

OTERO, A. (2012). *Infraestructura aeroportuaria del Caribe colombiano*. Documentos de trabajo de economía regional. Centros de Estudios Económicos Regionales. Banco de la República. Cartagena de Indias.

OYUELA-CAYCEDO, A. (2010). “San Jacinto 1 y los inicios de la alfarería en el nuevo mundo”. En: Calvo, H. & Meisel, A. (Ed.). *Cartagena de Indias en el siglo XVI*. Banco de la República. Cartagena.

PADILLA, A. & PERNETH K. (2010). “Apuntes para una reflexión del trabajo femenino en la industria cartagenera”. En: *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica: literatura, género y diversidad sexual*. Ceilika. Universidad del Atlántico y Universidad de Cartagena. Barranquilla y Cartagena

PALACIOS, M. (2003). “Un país sin clase gobernante”. En: *El conflicto, callejón con salida. Informe Nacional de Desarrollo Humano para Colombia – 2003*. Naciones Unidas.

_____ (2001). *De populistas, mandarines y violencias. Luchas por el poder*. Editorial Planeta. Bogotá.

PALACIOS, M. & SAFFORD, F. (2002). *Colombia: país fragmentado, sociedad dividida. Su historia*. Editorial Norma. Bogotá.

PARDO, J.L. (1989). *La banalidad*. Editorial Anagrama. Barcelona.

PÉREZ, J.M (2010). *Luchas campesinas y reforma agraria. Memorias de un dirigente de la Anuc en la Costa Caribe*. Punto Aparte Editores. Colombia.

PÉREZ, A. & CASTAÑEDA, W. (2011). *Condiciones laborales y retos de trabajo decente en las ciudades de Barranquilla, Cartagena y Santa Marta, 2011*. Escuela Nacional Sindical. Medellín.

PÉREZ, G. & SALAZAR, I. (2007). *La pobreza en Cartagena: un análisis por barrios. Documentos de trabajo sobre economía regional N°94*. Banco de la República. Cartagena de Indias.

PINEDA, R. (2005). “La enseñanza y los campos de la antropología en Colombia”. En: *Universitas humanística*. Núm. 59. Pp. 11-21. Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá.

PIRENNE, H. (1971). *Las ciudades en la edad media*. Alianza Editorial. Madrid. 1972. Título original: *Les villes du Mayen Age*.

POLANYI, K. (1944). *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. Fondo de Cultura Económica. México, 2003.

POSADA, M. (2009). *Televerdad, mediaciones y lecturas en el marco de un proceso electoral en Cartagena de Indias*. Tesis de maestría en Desarrollo Social. Universidad del Norte. Barranquilla.

PNUD (2010). *Crecimiento de mercados inclusivos. Estrategias empresariales para la superación de la pobreza y la exclusión en Colombia*. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. Bogotá.

PROEXPORT. (2012). *Directorio zonas francas permanentes en Colombia*. Fiducoldex – Fideicomiso Proexport Colombia. Bogotá.

_____ (2012b). Colombia, destino para invertir en infraestructura hotelera y turística. Presentación [en línea]. Recuperada en mayo 8/2012. Disponible en: <http://www.slideshare.net/inviertaencolombia/infraestructura-hotelera-y-turstica-julio-2011>

_____ (2012c). Directorio turístico de Colombia. Guía para turistas internacionales en línea. Consultado en junio 2/2012. Disponible en: <http://www.colombia.travel/es/turista-internacional/informacion-practica/directorio-turistico-de-colombia/Hoteles-Boutique/Cartagena>

_____ (2010). *Manual para presentación de solicitudes de declaratoria de zonas francas*. Fiducoldex – Fideicomiso Proexport Colombia. Bogotá.

PUIGGRÓS, R. (1974). *La España que conquistó el Nuevo Mundo*. Ediciones Corregidor. Buenos Aires.

QUIJANO, A. (2000a). “Colonialidad del poder., eurocentrismo y América Latina”. En: LANDER, E. (ed.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Pp. 201-246. Clacso. Buenos Aires.

_____ (2000b). “Colonialidad del poder y clasificación social”. En: *Journal of world-systems research*, vi, 2, summer/fall pp. 342-386. Special Issue: Festschrift for Immanuel Wallerstein – Part I

_____ (1992). “Colonialidad y modernidad-racionalidad”. En: BONILLA, H. (Comp.). *Los conquistados. 1492 y la población indígena de las Américas*. Pp. 437-447. Tercer Mundo Editores; Flacso/Ediciones Libri Mundi. Quito.

_____ (1988). *Modernidad, identidad y utopía en América Latina*. Sociedad y Política Ediciones. Lima.

QUINTERO, J. & LÓPEZ, L. (coord.) (2012). *Índice global de competitividad de las ciudades del Caribe colombiano Evolución. 2009-2010*.

Observatorio del Caribe Colombiano y Cámara de Comercio de Cartagena. Cartagena de Indias.

QUINTERO, J., LEVILLER, L., LÓPEZ, L., VILLADIEGO, P. & GARCÍA, A. (2009). *Indicador global de competitividad de las ciudades del Caribe colombiano 2008*. Observatorio del Caribe Colombiano, Cámara de Comercio de Cartagena y Grupo Bancolombia. Bogotá.

RAMA, A. (1984). *La ciudad letrada*. Arca. Montevideo, 1998.

RAMOS, J. & RODRÍGUEZ, K. (2011). “Zonas francas en Colombia: Beneficios tributarios en el impuesto de renta”. En: *Borradores de Economía* (en línea). Número 657. Banco de la República. Bogotá. Recuperado en enero 10/2012. Disponible en: <http://www.banrep.gov.co/docum/ftp/borra657.pdf>

RED DE SOLIDARIDAD SOCIAL. (1999). *Atención a la población desplazada por el conflicto armado*. Presidencia de la República. Bogotá.

REDONDO, M. (2004). *Cartagena de Indias. Cinco siglos de evolución urbanística*. Universidad Jorge Tadeo Lozano, seccional del Caribe. Cartagena.

REYES, R. (Dir.) (2009). *Diccionario crítico de ciencias sociales. Terminología científico-social*. Editorial Plaza y Valdés. Madrid y México. En línea (publicación electrónica de la Universidad Complutense. Recuperado en noviembre 8/2011. Disponible en: http://www.ucm.es/info/eurotheo/diccionario/index_b.html

RIECHMANN, J. (2011). *Tiempo para la vida. La crisis ecológica en su dimensión temporal* (Primera edición colombiana). Taller de Edición Rocca. Bogotá.

RIPOLL, M. (2006). *La élite en Cartagena y su tránsito a la República: Revolución política sin renovación*. Ediciones Uniandes. Bogotá.

_____ (2001). “Tradición mercantil en Cartagena en el siglo XIX”. En: Serie Estudios sobre la Costa Caribe. Número 13. Universidad Jorge Tadeo Lozano, Seccional Caribe. Cartagena de Indias.

RIZO, M. (2005). “La ciudad como objeto de estudio de la comunicación. Hipótesis, preguntas y rutas para la construcción de un estado del arte sobre línea de investigación ‘ciudad y comunicación’”. En: *Revista de Investigación Social*. Núm. 002. Pp. 197-225. Universidad Autónoma de México.

RODRÍGUEZ, C. (2009). “De medios alternativos a medios ciudadanos: trayectoria teórica de un término”. En: *Folios* Núm. 21 y 22. Facultad de Comunicaciones, Universidad de Antioquia. Pp. 13-27. En línea. Recuperada en noviembre 5/2012. Disponible en: <http://aprendeonline.udea.edu.co/revistas/index.php/folios/article/viewFile/6416/5898>

_____ (2001). *Fissures in the mediascape. An international study of citizens' media*. Hampton Press.

RODRÍGUEZ, J.J. (2005). La nueva fase de desarrollo económico y social del capitalismo mundial. Tesis doctoral. Universidad Nacional Autónoma de México. En línea. Recuperada en marzo 20/2012. Disponible en <http://www.eumed.net/tesis/jjrv/>

RODRÍGUEZ, C. & MURPHY, P. (1998). El estudio de las comunicaciones y cultura en América Latina. Del retraso y opresión a la resistencia y las culturas híbridas. Documento traducido por el profesor Kart Boehemer. Escuela de Periodismo. Diversidad ARCIS. Chile.

ROMÁN, R. (2008). “Espacio público y conflictos en la construcción de la memoria política de Cartagena”, En: *Cuadernos de Literatura Hispanoamericana y del Caribe N°7*. Pp. 51-63. Universidad de Cartagena-Universidad del Atlántico.

ROMÁN, R. & GUERRERO, L. (2011). “Entre sombras y luces: La conmemoración del centenario de la independencia de Cartagena, modernización e imaginarios de ciudad”. En: *Memorias, Revista Digital de Historia y Ar-*

queología desde el Caribe colombiano. , N° 14. Pp. 114-136. Universidad del Norte, Barranquilla.

ROMERO, J.L. (1976). *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Editorial Universidad de Antioquia. Medellín, 1999.

ROMERO, J. (2008). “¿Discriminación laboral o capital humano? Determinantes del ingreso laboral de los afrocartageneros. En: Bonilla, L. (ed.). (2011). *Dimensión regional de la desigualdad en Colombia*. Pp. 121-146. Colección de Economía Regional. Banco de la República. Bogotá.

RUIZ, J. (2007). “Gobierno, comercio y sociedad en Cartagena de Indias en el siglo XVII”. En: *Cartagena de indias en el siglo XVII*. Meisel, A. & Calvo, H. (Ed.). *Cartagena de Indias en el siglo XVII*. Banco de la República. Cartagena.

RUIZ, P. (2011). *Dinámicas de consumo cultural de tecnologías de información y comunicación de estudiantes universitarios de facultades de artes y humanidades en Cartagena de indias*. Cartagena de Indias.

SALAZAR, L. (2009). “Plan de revitalización del Centro Histórico de Cartagena”. En: Huamani, S. (Coord.). *La rehabilitación urbana y el derecho a la ciudad. VII encuentro gestión de centros históricos Cartagena de Indias 27-30 de julio*. Pp. 35-46. Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo.

SANABRIA, A. (2011, junio-julio). Desde abajo. P. 6. Número 170. Bogotá.

SÁNCHEZ, S. (2004). Los patriciados urbanos. En: *Medievalismo. Revista de la sociedad española de estudios medievales* número 13-14, pp-143-145. Recuperado en julio 15/2011. Disponible en: <http://revistas.um.es/medievalismo/article/view/51231>

SANTOS, B. (2006). *Reinventar la democracia. Reinventar el Estado*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales –Clacso. Buenos Aires.

_____ (2005). *Sociología jurídica crítica. Para un nuevo sentido común del derecho*. Instituto Latinoamericano de Servicios Legales Alternativos –Ilsa. Bogotá, 2009.

SARMIENTO, L. (2010). *Cartagena de Indias: El mito de las dos ciudades*. Observatorio de Derechos Sociales y Desarrollo. Cartagena de Indias.

SASSEN, S. (2007). *Una sociología de la globalización*. Katz Editores. Epub. Madrid, 2011.

_____ (2006). *Territorio, autoridad y derechos. De los ensamblajes medievales a los ensamblajes globales*. Katz Editores. Buenos Aires, 2010.

_____ (1998). *Los espectros de la globalización*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires, 2003.

_____ (1995). “Ciudad global: Una introducción al concepto y su historia”. En: *Brown Journal of World Affairs*. Vol. 1. Pp. 27-47.

_____ (1991). *The global city, New York, London, Tokyo*. Princeton University Press. Princeton.

SAUTU, R., BONIOLO, P., DALLE, P., & ELBERT, R. (2005). *Manual de metodología. Construcción del marco teórico, formulación de los objetivos y elección de la metodología*. Clacso. Buenos Aires.

SENNETT, R. (1994). *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Alianza editorial. Madrid, 2007.

SICA, P. (1970). *La imagen de la ciudad. De Esparta a Las Vegas*. Editorial Gustavo Gili, S.A. Barcelona, 1977.

SILVA, A. (1992). *Imaginario urbano. Bogotá y Sao Pablo: cultura y comunicación urbana en América Latina*. Tercer Mundo Editores. Bogotá, 2000.

Sociedad Portuaria Regional de Cartagena. (2012). “La autopista del mar”. En: *Revista Pórtico*. Publicación de la Sociedad Portuaria de Cartagena. Pp. 36-37. Ediciones Semana.

SOJA, E. (2006). *Postmetrópolis, estudios críticos de las ciudades y las regiones*. Editorial Traficantes de Sueños. Villatuerta. Recuperado en marzo 8/2009. Disponible en: http://www.traficantes.net/index.php/trafis/editorial/catalogo/coleccion_mapas/postmetropolis_estudios_criticos_sobre_las_ciudades_y_las_regiones

_____ (1996): *Thirdspace: journeys to Los Angeles and other real-and-imagined places*. Malden, MA y. Oxford, Blackwell Publishers.

_____ (1989) *Postmodern geographies. The reassertion of space in critical social theory*. Verso Press. Londres.

SOLANO, S. (2000). “Un siglo de ausencia: La historiografía de Cartagena en el siglo XX”. En: Meisel, A. & Calvo, A. (Ed.) *Cartagena en su historia*. Banco de la República y Universidad Jorge Tadeo Lozano.

_____ (1994). “Empresarios, proyectos de modernización e imaginarios sociales en la provincia de Cartagena durante la primera mitad del siglo XIX”. En: *Historia y Cultural* número 3, pp. 9-38. Universidad de Cartagena.

SOTO, C. (2009, septiembre 16). “Un hotel de lujo en la isla Barú”. En: *Qué hay para estrenar*. Metro Cuadrado TV. Revisado en línea en marzo 2/2011. Disponible en: <http://www.citytv.com.co/videos/23340/un-hotel-de-lujo-en-la-isla-baru>

TABORDA, E. (2011, abril 26). “Cerro La Popa sería parque botánico, turístico y ambiental”. En: *Periódico El Universal*. Cartagena de Indias. Consultado en línea en abril 7/2011. Disponible en: <http://www.eluniversal.com.co/cartagena/local/cerro-la-popa-seria-parque-botanico-turistico-y-ambiental-21064>

TOMÁS, M. (2004) Entrevista a Edward Soja: Lo macro, lo mezzo, lo micro. En: *Café de las ciudades*. Número 22. En línea. Recuperado en agosto 5/2008. Disponible en: <http://www.cafedelasciudades.com.ar/politica22.htm>

TOURAINÉ, A. (1992). *Crítica de la modernidad*. Fondo de Cultura Económica. México. 2006.

TREVIÑO, P. (2000). Apuntes para una definición de la modernidad. En ZERAOU, Z. (Comp.). (2000). *Modernidad y postmodernidad. La crisis de los paradigmas y los valores*. Editorial Limusa. México.

ULLOA, A (1999). *Los imaginarios urbanos: Cali y sus imágenes. Globalización, ciudad y representaciones sociales en Cali*. Tercer Concurso Latinoamericano de ensayo René Uribe Ferrer, 1999. Editorial Universidad Pontificia Bolivariana. Medellín, 2000.

VALDELAMAR, L. (2010). “Monumentos y conflictos en la construcción de identidades e imaginarios en Cartagena de Indias: hacia un inventario simbólico”. En: *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*. Número 11. Pp. 253-287. Universidad de Cartagena y Universidad del Atlántico. Cartagena y Barranquilla.

VALDERRAMA, R. (2012). “Los retos de la política pública de mujeres en la nueva administración distrital”. En: *Anaqueles de ciudadanía número 10. Mujeres, política y vida*. Pp. 17-18. Observatorio de Derechos Sociales y Desarrollo. Cartagena de Indias.

_____ (2008). *Hacia una política pública de mujeres con perspectiva de género para el Distrito de Cartagena de Indias 1991 – 2003*. Tesis de Maestría. Estudios de Género, Mujer y Desarrollo. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

VÁRNAGLY, T (2000). El pensamiento político de Jhon Locke y el surgimiento del liberalismo. En: BORÓN, A. (Comp.). *La filosofía moderna. De Hobbes a Marx*. Pp. 41-76. CLACSO. Buenos Aires. En línea. Recuperado en

mayo 9/2010. Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/moderna/moderna.html>.

VÉLEZ, C. (2009, septiembre 2). *Pobreza monetaria en Colombia: nueva metodología y cifras 2002-2010* (en línea). Misión para el empalme de las series de empleo, pobreza y desigualdad. Resultados 2da Fase. Recuperado en marzo 22/2012. Disponible en http://www.banrep.gov.co/documentos/conferencias/Medellin/2011/presentaci%F3n%20Pobreza%20Monetaria%20en%20Colombia%20%20Carlos_Eduardo_Velez.pdf

VIÁFARA, C. & URREA, F. (2006). Efectos de la raza y el género en el logro educativo y en estatus socio-ocupacional para tres ciudades colombianas. *Desarrollo y Sociedad, No 58*. Universidad de los Andes, Bogotá.

VIDAL-KOPPMANN, S. (2007). *Transformaciones socioterritoriales de la región metropolitana de Buenos Aires en la última década del siglo XX. La incidencia de las urbanizaciones privadas en la fragmentación de la periferia*. Tesis doctoral. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, sede académica Argentina.

VILLARREAL, H. & DORIA, A. (2011). *Indicadores de espacio público*. Alcaldía de Cartagena.

VILORIA, J. (2009). “Economía y conflicto en el cono sur del departamento de Bolívar”. En: *Documentos de trabajo sobre economía regional*. Centro de Estudios Económicos Regionales. Banco de la República. Cartagena de Indias.

WACQUANT, L. (2001). *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos de milenio*. Ediciones Manantial. Buenos Aires, 2010.

_____ (1999). *Las cárceles de la miseria*. Ediciones Manantial. Buenos Aires, 2000.

WALLERSTEIN, I. (2007). *Crisis estructural del capitalismo*. Ediciones Desde Abajo. Bogotá.

_____ (2006). *Universalismo europeo. El discurso del poder*. Siglo XXI Editores. México, 2007.

_____ (Coord.)(1996). *Abrir las ciencias sociales*. Siglo XXI Editores. México, 2007.

_____ (1991). *Geopolítica y geocultura. Ensayos sobre el moderno sistema mundial*. Editorial Kairós, S.A. Barcelona, 2007.

_____ (1989). *El moderno sistema mundial III. La segunda gran expansión de la economía-mundo capitalista, 1730-1850*. Siglo XXI Editores. Madrid, 1998.

_____ (1980). *El moderno sistema mundial II. El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea 1600-1750*. Siglo XXI Editores. Madrid, 1998.

_____ (1974). *El moderno sistema mundial I. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*. Siglo XXI Editores, Madrid, 1979.

WHITEHEAD, G. & BASKERVILLE, P. (1979). *La historia del dinero: cómo nació el dinero y cómo trabaja*. Ediciones Plesa. Caracas.

WILLIAMS. E. (1944). *Capitalismo y esclavitud*. Editorial Traficantes de Sueños. Madrid, 2011. Recuperado en junio 18/2011. Disponible en: <http://www.traficantes.net/index.php/editorial/catalogo/historia/Capitalismo-y-esclavitud>

WOLF, E. (1982). *Europa y la gente sin historia*. Fondo de Cultura Económica. México, 1994.

YÁNEZ, M., & ACEVEDO, K. (2010). “Determinantes de la estructura espacial del empleo en Cartagena”. *Revista Sociedad y Economía*, pp. 179-204. Universidad del Valle. Cali.

YORY, C.M. (2009). *Pensamiento urbano. Una aproximación, “en clave” de lugar, a la construcción social del hábitat desde el concepto de topofilia*. Memorias de arquitectura 002. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

_____ (2006). *Ciudad, consumo y globalización*. Editorial Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá.

_____ (2003). *Topofilia, ciudad y territorio: Una estrategia pedagógica de desarrollo urbano participativo con dimensión sustentable para las grandes metrópolis de América Latina en el contexto de la globalización: “el caso de la ciudad de Bogotá”*. Memoria para optar al grado de doctor. Facultad de Geografía e Historia. Universidad complutense de Madrid.

ZERAOUI, Z. (Comp.) (2000). *Modernidad y postmodernidad. La crisis de los paradigmas y los valores*. Editorial Limusa. México.

ZEUZKE, M. (julio, 2011). Comercio de esclavos, contrabando y atlantización en el Gran Caribe, 1750-1850. Trabajo presentado en el X Seminario Internacional de Estudios del Caribe. Cartagena (Paper).

ZICCARDI, A. (2008). “Ciudades latinoamericanas: procesos de marginalidad y de exclusión social”. En: Cordera, R., Ramírez, P. & Ziccardi, A. (coord.). *Pobreza, desigualdad y exclusión social en la ciudad del siglo XXI*. Pp. 73-91. Siglo XXI Editores. México.

ZULETA, L. & JARAMILLO, L. (2006). *Cartagena de Indias, impacto económico de la zona histórica*. Convenio Andrés Bello. Bogotá.



La impresión de este libro se realizó en papel bond blanco 90 grs. para páginas interiores y propalcote de 280 grs. para la portada con plastificado mate. Con un tiraje de 200 ejemplares. El libro *CARTAGENA DE INDIAS EN EL SISTEMA MUNDIAL*, del autor Santiago Burgos Bolaños, se diseñó y diagramó en la Editorial Universitaria - Sección de Publicaciones de la Universidad de Cartagena y se terminó de imprimir en el año 2016 en la empresa Alpha Impresores, en la ciudad de Cartagena de Indias, Colombia.